

Isabel Acuña

PERDIDO
EN TU PIEL

UN AMOR PARA SIEMPRE



PERDIDO EN TU PIEL

UN AMOR PARA SIEMPRE



Isabel Acuña

© 2010 Barranquilla, Isabel Cristina Acuña Caballero.

Registro de Autor: 1-2015-58541

Oficina de Registro de Autor. Ministerio de Justicia.

Colombia.

Diseño de interior y portada: Sheila Irizarry

Fotografía de portada: fotolia.com

Primera edición: agosto de 2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Ro, por tu fortaleza y tu gran corazón.
Verás que en poco tiempo volverá a brillar el sol.
Te amo.

“Ella le preguntó por esos días si era verdad,
como decían las canciones, que el amor lo podía todo.
Es verdad, le contestó él, pero harías bien en no creerlo.”

Gabriel García Márquez.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1



Pleasanton California, Agosto del 2008.

Debería estar en la cama, pero le era imposible conciliar el sueño con Michael Donnelly dormido a tres puertas de distancia. Lori Stuart se dijo que una novela, de las que su madre tenía en la biblioteca, sería la mejor compañía. Caminó al estudio por el pasillo, al entornar la puerta, escuchó la voz de Mike que hablaba por teléfono, discutía con alguien. Se le aceleró el pulso y un estremecimiento recorrió su espalda al escuchar su voz, se quedó quieta y en silencio.

—No quise ir.

Se percató de que estaba bebiendo, otra vez, lo mejor sería alejarse por donde había venido. Algo superior a ella le impidió moverse del lugar.

—Me has hecho muchas cagadas.

¿Sería alguna novia?, se preguntó, no, no lo creía, era distante y a veces antipático, pero no grosero.

—Hablo como se me da la gana —continuó—. A Isabella no la

metas en esto.

Isabella era la hermana mayor de Michael Donnelly y el único ser humano capaz de cambiarle la expresión con solo nombrarla. Entonces, la llamada era familiar. Lo observó abrir una petaca que no le conocía.

—¡Eres un desastre como administrador, como hombre y como padre! ¡Dile a tu furcia que no va a ver ni un centavo de mis hoteles!

“*Márchate, Lori, márchate.*”

Mike interrumpió la comunicación y ella decidió entrar. El joven mientras tanto, tomó otro trago.

—¿Estás bien? —En la cena apenas había probado bocado, el comportamiento con sus padres y sus modales habían sido impecables. No se dieron cuenta de su estado. Mike, visitante asiduo de la casa, era compañero de su hermano en la carrera de empresariales en Stanford.

La mirada embriagada del joven se centró en ella por largos segundos y se dedicó a beber otro sorbo que por lo visto era el último. Vestía un *jean* bajo de cadera y una camiseta pegada al cuerpo de color oscuro. Lori ya se había percatado que tenía el cabello algo largo y barbilla sombreada. Adoraba su sonrisa ladeada, que pocas veces aparecía, en la que surgía un hoyuelo que daba algo de calidez al gesto y la mirada oscura que magnetizaba a la gente. Era un hombre adusto para ser alguien tan joven, con nariz recta y la mandíbula recia. Llevó la vista a sus labios delineados y gruesos. Alto y acuerpado, lo veía algo encogido en el sofá.

—Ven, *principessa*, siéntate a mi lado —señaló con la mano un lugar en el sillón.

La voz suave le acarició la piel causándole un escalofrío. Sonrió. Era hermoso cuando sonreía y era la primera vez que la llamaba así, lo miró con desconfianza. Mike siempre mantenía una fría distancia con ella y Lori se devanaba los sesos preguntándose el porqué. Su modo de comportarse le era ajeno, por primera vez parecía contento de verla.

—He venido por un libro. —Se alejó unos pasos y ya cerca de la biblioteca, simuló ver los títulos mientras ordenaba sus pensamientos. Sacó del estante el primero que encontró.

Mike se levantó tambaleándose un poco. Había visto a Lori en incontables ocasiones y era la primera mujer aparte de Isabella que le

infundía un sentimiento noble. Antes muerto que manifestarlo. No tenía en un buen concepto a las mujeres, eran pérfidas, hipócritas e interesadas. Lori lo alcanzó y lo llevó de nuevo al sillón.

—No deberías beber más ¿Te traigo un café?

—Lo único que quiero es —la observó de arriba a abajo y demoró la mirada en sus pechos—: hablar contigo un rato y poder mirarte.

Lori sabía que era una estupidez quedarse y más después de la discusión con su padre, pero su invitación fue como maná caído del cielo, la próxima semana se graduaría y no volvería a verlo. Había hecho de todo para llamar su atención y perdido la esperanza. Se sentó a su lado.

—¿Qué pasa Mike, por qué bebes tanto?

Él soltó una risa sarcástica que no llegó a sus ojos.

—La lista es larga, *principessa* y no quiero hablar de eso ahora.

Alargó el brazo y tomó un mechón de su cabello entre los dedos. Se acercó un poco más a ella.

—Hueles a fresas. Pareces recién salida de un frasco repleto de fresas. Delicioso.

Le sonrió con ese gesto que le aceleraba el pulso, le secaba la garganta y le trancaba la respiración. No lo creía, estaba coqueteando con ella.

—Es el que siempre uso.

—Ya lo sabía.

Se separó de ella y se recostó en su puesto del sofá. Estiró las piernas. Lori quedó pasmada por su declaración. Así que había reparado en ella.

—Voy a extrañar este lugar cuando vuelva a Los Ángeles.

Lori resopló.

—Y las cantaletas de mamá por el desorden también.

Mike sonrió de nuevo.

—Sí, también. No sabes lo afortunada que eres.

—Lo sé, pero tienes a Isabella y a tus sobrinas.

—Es lo único que me permite no perder la cordura.

—No digas eso, Mike. Tienes un futuro brillante, amigos que te quieren, yo...

Mike volvió la vista hacía ella, cambió el gesto adusto por su sonrisa.

—Tú, ¿qué...?

Lori enrojeció de pronto, lo que la hizo tan transparente como un cristal. Mike la miró con curiosidad, no dijo nada.

—Puedes volver cuantas veces quieras —aventuró ella.

—Será difícil, hay muchos problemas con los hoteles ahora. No sé si la abuela nos hizo un favor dejando todo a mi nombre ¿Me vas a echar de menos, *principessa*?

—Claro que sí —decidió cambiar de tema, no quería exponerse a un rechazo hablando de los sentimientos que le profesaba—. Aprenderás cosas nuevas al lado de tu padre. No puede ser tan malo.

Mike soltó otra carcajada.

—Yo no lo apostaría.

Mike le cogió la mano, el cosquilleo que Lori sintió y que ascendió por su brazo y terminó en el corazón, le confirmó que así sería todo con él, tal y como lo había imaginado. Le gustó como encajó su mano con la suya. La manera en que sus pieles se unían, se rozaban.

Lori se levantó.

—¿Quieres algo de comer? En la cena apenas probaste bocado.

—No.

—Habla conmigo, Mike.

El joven puso los codos en las rodillas, ladeó la cara en dirección a ella y la miró de forma inexplicable antes de contestar.

—¿Qué podrás saber tú, si has tenido todo lo que has querido?

—A ti no te ha faltado nada tampoco —contestó ella envarada.

—No me malinterpretes. —Se refregó la cara y miró a lado y lado—. ¿Dónde guarda tu padre el licor?

—No te lo voy a decir, ya has bebido suficiente.

Inclinó la cabeza asintiendo.

—*Principessa*, no querrás saber los detalles sórdidos de mi familia.

—Podré soportarlo.

Él suspiró.

—Quiero olvidar.

El tono en el que pronunció esas palabras hizo renunciar a Lori de seguir indagando ¿Qué era lo que lo atormentaba?, ¿por qué Mike tenía una dureza de carácter tan diferente a la de Nick y Peter? Era como si no estuviera cómodo con su vida y con lo que tenía. Sabía que era huérfano de madre, que su padre no se preocupaba por ellos. Solo volvía a casa por Isabella su hermana que se había casado el primer año de universidad y que de un tiempo a esta parte bebía demasiado.

Mike la jaló de nuevo cerca de él. Ella se dijo ¡Qué diablos! No volverían a estar así de cerca. Mike se incorporó un poco y se inclinó sobre Lori. Lo miró a los ojos intentando descubrir algo más en su expresión tormentosa. Sin vestigio de pena o timidez, le acarició el rostro, notó el tacto rugoso de la barba, tocó el puente de la nariz y la mandíbula. Mike chasqueó y negó con la cabeza varias veces.

—Va a ser un jodido error.

Lori era parecida a Peter, había pasado más tiempo en casa de los Stuart durante el último año, que en su verdadero hogar. La joven era sensacional, sus ojos azules eran casi púrpura en ese momento y el rubor en su piel era único, se sonrojaba débilmente bajo los pómulos y eso hacía su mirada implacable, como si él fuera su próxima víctima, y a lo mejor lo era. Era una mujer alta y con curvas pronunciadas, la escuchaba renegar de su peso, pero para él era perfecta, con un cabello rubio y rizado que le caía en ondas hasta debajo de la espalda. En medio de la nebulosa de alcohol se decía que estaba mal seducir a la hermana de uno de sus mejores amigos e hija de la extraordinaria pareja que eran los padres de Lori, pero al observar su rostro que pedía a leguas sus besos y su bella figura ¡Dios! Era su tipo de mujer en todos los aspectos, mandó al diablo los resquemores.

—Bésame, Mike.

Las manos del joven envolvieron su cara y sellaron sus labios. Lori era incapaz de moverse, la boca de Mike era ardiente, firme y con experiencia. Una experiencia que no se comparaba a ninguna otra. Frotó sus labios una y otra vez, cortejándola, instándola a abrirla, le mordisqueó el labio inferior. En cuanto ella claudicó, la sometió con labios y lengua a un beso recóndito y penetrante. Mike olía a jabón y sabía a licor. No le importó.

La excitación llegó a estremecerla, quitarle la respiración y robarle todo pensamiento. Le respondió como nunca le había respondido a nadie en sus veintiún años de vida. Se escuchó gemir. Sus labios se ajustaron a sus movimientos, abrió más la boca para disfrutar de la suaves embestidas de su lengua, tan diferente y añorada. Temblaba cuando Mike la soltó.

—Mike...

—Lori... —respondió sin aliento.

—Bésame más.

Nadie nunca había tenido la capacidad de hacerla actuar primero y recapacitar después. Ella solo quería volver a sentir su lengua en la boca. Nada más.

Mike le aferró la cabeza, le enterró los dedos en el cabello y se apoderó de nuevo de sus labios, le penetró sin la ceremonia de hacía unos segundos, hasta privarla de la respiración.

La soltó.

Cabizbajo, se agarró las piernas con las manos.

—Vuelve a tu habitación, Lori —se levantó como si el sofá tuviera tachuelas.

Los escalofríos de ella no cesaban. Era increíble, el frío y antipático Mike la hacía sentirse jadeante y excitada como nunca.

—Mike, por favor...

La mirada vehemente de sus ojos azules y los labios húmedos, se le clavaron al joven en el alma.

—Si no te vas, será difícil detenerme.

—No quiero que te detengas.

—¿Sabes lo que estás pidiendo? No te convengo, no le convengo a nadie.

—No hables así.

—Soy una muy mala apuesta.

—No me importa.

Él rio de manera silenciosa. Necesitaba otro trago, no quería que la cordura regresara, quería quedarse en ese mundo de cabello rubio, piel perfecta y ojos insondables.

—Ven aquí, *principessa*...

Capítulo 2



San Francisco, finales abril del 2014.

—Tenemos a hoteles Admiral en el bolsillo.

Lori fijó su mirada en el hombre sentado al otro lado de la mesa. Cruzó las piernas y tomó un lápiz con el que empezó a jugar.

—Explícate —sus terminaciones nerviosas se irguieron ante las noticias y en silencio esperó que Peter continuara.

—¿No te parece fabuloso? No te lo conté antes porque quería darte la sorpresa. La semana pasada pusieron fin al contrato con la empresa que les llevaba la publicidad, no fue nada fácil por cierto, los cabrones pelearon con uñas y dientes. Nos darán un portafolio que nos llevará a las grandes ligas.

Lori permanecía estática.

—Es algo precipitado, no creo que estemos listos todavía.

—Claro que estamos listos y por eso te necesito con las baterías

puestas, habrá reunión para presentarle el proyecto a Mike Donelley, viajarás a Los Ángeles...

—Espera, espera —interrumpió Lori—. Deberías ir tú y hacer la presentación. No me llevo bien con Mike.

—No me importa, lo que sea que haya ocurrido, debes enterrar el hacha.

—Escoge una parte de su cuerpo y con mucho gusto lo haré.

—Muy graciosa —se quedó mirándola fijo— ¿Qué ocurre, Lori? Quiero la verdad, no comprendo tu incomodidad ¿Pasó algo que deba saber?

—Nada, nada —Lori se escudó en la pantalla de su ordenador.

—No volviste a verlo desde que nos graduamos, en cuanto sabías que iría cualquier fin de semana a saludar a nuestros padres, te escabullías como una liebre. Mike te estima y siempre pregunta por ti.

—Bien por él.

—Lori...

—Mira, Peter, no tengo problema con Mike, me parece prepotente y engreído, pero son cosas mías, no tienes nada de qué preocuparte.

—Bien, siendo así, te dejo para que te inspires querida, llama a tu equipo, incluido el ratón de presupuesto.

—Ese ratón tiene nombre; Lilian, disculpa si no cumple tus cánones de supermodelo de alta costura.

—Bien, bien —levantó ambas manos en un gesto de paz—. Iremos los dos a Los Ángeles.

El hombre salió de su oficina y dejó a Lori sumida en el desconcierto.

Se dijo que era una mujer madura de veintisiete años, con los pies bien puestos sobre la tierra, lo ocurrido con Mike años atrás, merecía ser un simple recuerdo, como los muchos que había atesorado después de él. Ni más faltaba. Resopló y tiró el lápiz sobre la mesa. Podía seguirse engañando con mil pensamientos más, pero la llana verdad consistía en que Mike Donelley había encarnado la fantasía de su primer año de universidad y el comienzo de sus desilusiones. Solo necesitó una noche y

las primeras horas del día siguiente para lograrlo. Desterró los oscuros pensamientos, llamó a Lilian a su equipo y empezaron a trabajar.

Se había graduado en publicidad y mercados con énfasis en medios audiovisuales. Era ejecutiva de cuentas y además ayudaba en el departamento creativo en la empresa de publicidad que había fundado Peter al año y medio de graduarse. En cuanto Lori terminó la carrera; su hermano la reclutó en sus filas. Era muy buena profesional, con un saco lleno de ideas para sacarlas cuando la ocasión lo requiriera, sabía trabajar a presión y en equipo. Tenía varias cuentas a su cargo, pero ninguna de la envergadura de hoteles Admiral.

Viajera incansable, disfrutaba de la vida y el trabajo al máximo, muy pocas cosas la alteraban, generosa con su tiempo, su dinero y sus afectos, tenía multitud de amigos, los más cercanos; Julia Lowell, Jack Donovan y su hermano Peter, daría la vida por esos tres personajes.

La noche antes del viaje a Los Ángeles. Jack Dónovan se había presentado en su apartamento, estaba echado en el sofá de la sala en mangas de camisa, con los pies encima de la mesa de centro; era un hombre muy guapo, parecido a Smith Jerrod el novio joven de Samantha Jones, una de las protagonista de *Sex and the City*.

—Déjame recapitular, vas a Los Ángeles a reunirte con tu pasado oscuro del que te niegas a hablar y por el que los exponentes del sexo opuesto, merecemos tu pobre opinión.

Lori soltó la carcajada.

—Suenas terrible como lo dices. Tú, querido, eres la excepción.

—Porque soy gay y me consideras tu amiga chismosa.

Ella abrió una botella de vino.

Se habían conocido porque un amigo común los presentó. Jack requería una campaña publicitaria para su fábrica de muebles y al conocer a Lori habían congeniado enseguida, salían juntos, iban a fiestas, teatro, habían viajado unos días a Cancún y a La Toscana, se consolaban al término de sus relaciones amorosas.

Sirvió dos copas y le pasó una a Jack. Sentada en una silla frente a él, meditaba sobre lo que ocurriría al día siguiente. Se había cambiado al llegar de la oficina, con un pantalón corto de *jeans* rotos y una camiseta de

tiras, iba descalza y sin maquillaje.

—Tienes que enfrentarlo, Lori, es lo mejor. Así dejas de mirarnos como boñiga de vaca.

—A ti no te miro así y eres injusto. Leí una entrevista que le hicieron la semana pasada en una revista. Hombres de éxito, creo que se llama. Y es el mismo niñato consentido y prepotente que recuerdo.

—¿Estás segura? Ese niñato, sacó a flote un negocio casi en la ruina, en pocos días cerraran el trato aquí en San Francisco y empezará la remodelación de otro hotel. Puede que sea prepotente, pero niñato, no creo.

—¿Y tú como sabes eso, estás enamorado de él?

—Tal vez.

—Jack, siento decirte que Mike no es gay.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Probaste la mercancía?

Lori frunció los hombros.

—La probaste, entonces.

Lori no quería seguir con el tema, pero sabía que Jack no la dejaría tranquila y optó por su pose de mujer remilgada que se le daba bien.

—Una mujer tiene sus secretos.

—Nada te hará hablar después de eso. —Se levantó y se dirigió a la cocina—. ¿Con que me vas a alimentar? —preguntó dando por concluido el tema.

Lori era pésima cocinera, las labores de la casa pasaban de ella, cuando cenaban juntos, Jack hacía toda la labor, pedían a un restaurante o calentaban en el horno microondas algo de la comida congelada que ella tenía en la nevera.

Lori fue a la cocina.

—Tengo lasaña, ravioles, pizza.

Jack hizo una mueca de disgusto.

—No, otra vez comida congelada no; no sé como cabes por la puerta con esa dieta, ni lo sueñes, pidamos comida china, hoy no tengo ganas de cocinar —concluyó Jack y se dirigió al teléfono para llamar a su

restaurante chino favorito—. Yo invito.

Hicieron el pedido, hablaron del trabajo de Jack, de la nueva línea de muebles que había creado con su diseñador estrella, de las reformas que estaba haciendo en su casa, comieron y se despidieron pasadas la media noche.

Los hermanos Stuart, aterrizaron en el aeropuerto de Los Ángeles a primera hora de la mañana. Un chofer de la cadena hotelera los recogió y los llevó a las oficinas de la firma ubicadas en uno de los rascacielos del centro de la ciudad. El tráfico era caótico a esa hora de la mañana.

Lori, enfundada en un traje sastre rojo vino, se puso los lentes oscuros, se dijo que sería un encuentro de negocios como cualquier otro. Era estúpido e infantil censurarlo por algo que...

—¿Estás bien? —preguntó Peter.

—Muy bien —suspiró ella, Peter aferró su mano.

—Todo saldrá bien, ya verás.

—Lo sé.

—Hiciste un magnifico trabajo, estoy muy orgulloso de ti.

—Ay, hermanito ¿qué sería de ti, si tu talentosa hermanita no estuviera aquí para salvarte el trasero?

Peter sonrió.

—No me subestimes, contrataría a alguien que lograra igualar tu talento y supiera mantener la boca cerrada.

—¡Ja!

Se apearon del auto y entraron al edificio, en el ascensor Lori miraba ascender los botones del tablero de pisos. Al llegar al piso treinta y dos salieron a una lujosa zona de recepción con el logo de la firma en letras doradas plasmado en la pared del fondo. Una esbelta mujer los guió hacía una sala donde una secretaria los anunció. Peter le hablaba pero ella apenas le prestaba atención. Se secó las manos sudorosas en la falda.

Había tenido una semana para planear la estrategia de trabajo y del trato que le daría. Actuaría con tranquilidad, tacto y profesionalismo.

—Adelante —la secretaria los acompañó hasta la puerta de madera.

Lori, se arregló el cabello, enderezó los hombros, tragó en seco y el corazón se le aceleró cuando entró a la oficina de Michael Donnelly. En segundos, estaba frente al hombre causante de la única experiencia bochornosa que había tenido en su vida. Luchó por ahogar las ganas de dar media vuelta e irse y más cuando lo vio levantarse de su silla y acercarse a ellos, la miró con un gesto que no supo interpretar, ¿calidez?, ¿sorpresa?, tal vez. Su penetrante mirada vagó por su figura hasta detenerse en sus ojos.

—Lori, cuántos años sin verte, estás hermosa —le tomó la mano entre las suyas, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

El corazón de Lori tambaleó a un ritmo loco cuando el aroma de su piel le bailó en las fosas nasales y percibió la calidez de sus labios en el rostro. El tono grave de su voz le atravesó las memorias.

—Hola, Mike, ha pasado un largo tiempo.

—Muy largo —contestó.

Mike saludó a Peter y les invitó a una sala de juntas contigua a la oficina. Se regaló unos segundos para detallarlo, no lo recordaba tan alto, sus músculos apenas contenidos en un traje gris que seguro era hecho a la medida y sus rasgos habían madurado. La mirada de alma atormentada que fue su compañera en la juventud había sido reemplazada por una expresión sagaz e inflexible.

Mientras el par de amigos charlaban del último partido de Los Lakers, Lori se dedicó a alistar el computador para la presentación.

Mike la miraba de reojo. Estaba sorprendido por la fresca y competente mujer que tenía en frente, tan lejana a la joven de rizos rubios desordenados que lo miraba con devoción. Había florecido muy bien. Curvas precisas, magníficas piernas y delantera muy bien desarrollada. El cabello recogido delataba sus facciones. Labios carnosos pintados de un tono claro, piel blanca perfecta. Nunca había sido delgada y no entendía la obsesión de las mujeres por ser delgadas, le gustaba que disfrutaran de una buena cena sin remordimientos y tener carne mullida y suave de

donde agarrar en el momento de la pasión.

—Bien, podemos empezar.

Con un video beam Lori de pie ante los dos hombres, empezó la presentación, hizo una breve reseña de la empresa de publicidad antes de entrar en materia.

—Somos el lenguaje de las marcas y para nosotros es importante hacer de la comunicación un diálogo, con nuestras ideas y la tecnología actual nos convertiremos en un activo de tu empresa. Construiremos espacios de encuentro entre hoteles Admiral y los posibles clientes generando una sinergia que posicionará a tu empresa entre las más recordadas.

Una sonrisa sensual curvó sus labios y por un momento Lori se dispersó.

—Prometes mucho.

—Es mi trabajo —contestó ella y volvió al tema—. He analizado tu empresa y diseccionado la campaña de tu anterior compañía de publicidad y puedo decir sin temor a equivocarme que debes hacer grandes cambios Mike.

—Te escucho.

—Empecemos por el logo, es anticuado y tiene poco tiempo de duración en la mente de las personas. Si alguien habla de hoteles Admiral no lo distinguen de cualquier otro y debemos trabajar en un logo de larga permanencia en la mente de las personas.

—Ese logo lo creo mi abuela. Hace parte de la historia de la empresa.

—Te entiendo, Mike, pero es anticuado.

La mirada directa de ella, le causó algo extraño en la piel, ignoró la sensación.

—Menos mal que no te oye.

—¿Quién?

—Mi abuela.

Lori sonrió. Él estudió su cara durante un momento, parecía acariciarla al tantear cada rasgo. Ella le hizo frente a su escrutinio, tendría

que trabajar con él, debía acostumbrarse.

La reunión prosiguió con Lori al mando, por medio de unas diapositivas, le mostró lo que podrían lograr y el segmento de personas al que podrían llegar con la nueva campaña.

Mike se retrajo unos momentos distraído por esta nueva mujer de genio vivo y respuesta rápida. Lo que denotaba una gran inteligencia, tan diferente a la chica complaciente de años atrás. Imaginaba los enfrentamientos entre el par de hermanos, donde estaba seguro, Peter saldría pocas veces victorioso.

Mientras ella hablaba de clientes, porcentajes y estrategias, él volvió a pasear la mirada por su figura. Era tentadora, como el fruto prohibido y estaba fuera de sus límites al ser la hermana de uno de sus mejores amigos. ¿Tendría un amante? “*Mierda ¿Qué te pasa?*”, miró con disimulo a Peter que escuchaba atento la presentación de Lori. Se imaginó esas pantorrillas tan bien formadas alrededor de sus caderas. “*¡Suficiente!*”, dispersó la imagen y volvió al tema. Lori concluyó y Peter siguió con la disertación económica.

La reunión terminó con una invitación a almorzar al mejor restaurante de Los Ángeles.

—Si deseas ir de compras a Rodeo Drive o dar un paseo por el hall de la fama —dijo Mike a Lori—, pondré mi chofer a tu disposición.

—Es muy generoso de tu parte, agradezco tu oferta, pero vine en plan de trabajo.

—De acuerdo.

No entendía la actitud de Loris eran amigos, ¡por Dios!, y ella lo miraba como si fuera un insecto y no lograba entender el porqué. Estaba acostumbrado a su mirada de anhelo. Se había percatado que ella tenía un pequeño enamoramiento por él en su último año de universidad. Le pareció halagador. Pero luego todo había cambiado y recordó el momento exacto, fue el último fin de semana antes de la graduación, no supo que hizo, pero el brillo que acostumbraba a ver en los ojos de Lori al dirigirse a él había desaparecido como por encanto.

En cuanto la tuvo cerca en el auto, su olor a fresas, que era su marca registrada, le bailó en la nariz y le ocasionó un extraño sentimiento de añoranza, de pérdida. Se dijo que estaba de psiquiatra cuando tuvo la

urgencia de ver algo de aprobación en su mirada ¿Qué diablos le pasaba? Y se dedicó a recordar los buenos tiempos juntos, pero ella actuó como un témpano.

La incertidumbre lo acompañó todo el rato, casi estaba reacio a despedirse de ella, quiso encararla y preguntarle que le pasaba, pero la presencia de Peter se lo impidió. Con una despedida breve los dejó en el aeropuerto. Sin ganas de volver a la oficina, regresó a casa, cambió el traje de tres mil dólares en tiempo record por unos *jeans* deshilachados, una camiseta blanca y una cazadora de cuero, botas negras. Tomó la billetera y el móvil, caminó hasta el garaje, se puso el casco y se subió a su moto para dirigirse al lugar que le brindaba algo de tranquilidad.

Capítulo 3



Era la hora punta. Montado a horcajadas sobre la motocicleta negra y brillante, con el motor que vibraba bajo él y sacudía el aire, se movía hábil entre la barahúnda de autos, manteniendo su velocidad. El sol peleaba en el horizonte reacio a dar su lugar a la luna. El destello del pavimento, el viento frío en la cara, la mancha de los edificios que se levantaban, le daban una anhelada sensación de libertad.

Llegó a una capilla católica ubicada en Compton, un barrio al sur de Los Ángeles, considerado uno de los más peligrosos. Mike se apeó del aparato y enseguida dos ruidosos jóvenes salieron a su encuentro.

—Brother —saludó un joven de ascendencia afroamericana, el otro chico, de origen hispano, encendió un cigarrillo —préstame la moto tengo una hembra que impresionar.

Mike soltó la carcajada y le devolvió el saludo con una serie de gestos.

—Utiliza otra cosa para impresionarla, prefiero darte mis pelotas si las tuyas no alcanzan.

—Eres un mariconazo —contestó el chico con una sonrisa.

—¿Ya llegó Lucas? —preguntó Mike.

—Sí, está con el padre Gregorio.

Mike ingresó en la casa adjunta a la iglesia, era una edificación pequeña que cumplía varios propósitos, talleres de diversas índoles para los diferentes habitantes del barrio. Entró a un salón donde se reunía el grupo de Alcohólicos Anónimos dos veces por semana.

Había una mesa con una cafetera, vasos y botellas de agua. Sillas plásticas donde ya esperaban sentadas varias personas.

Un atrio en madera oscura con un micrófono. En la pared en letras grandes la oración de la serenidad y el logo del grupo, cortinas color café y dos plantas artificiales en cada esquina. Saludó a los reunidos y tomó asiento en la primera fila.

—Buenas noches —retumbó la voz de un hombre de aspecto latino, estatura normal, con barba y de ojos verdes.

Todos correspondieron el saludo y al llegar a Mike, le tendió la mano y le hizo señas para que subiera con él.

—¿Cómo estás? Llevabas tiempo sin venir.

—He estado viajando, pero estoy pendiente de mi gente no te preocupes. Cuando viajé la semana pasada los dejé recomendados con Celia.

—Bien. Vas a abrir la reunión.

—No, hoy no la abriré yo, la abrirá Francisco.

—Me parece bien.

Mike le hizo señas al joven que nervioso se acercó al atril, graduó el micrófono, dio el saludo de bienvenida, el grupo al unísono en voz alta respondió, ¡Hola Francisco!, siguió con la oración de la serenidad y empezó su historia.

—Me llamo Francisco García y soy alcohólico. —prosiguió—: Empecé a beber en la adolescencia para integrarme con la gente, porque era tímido e inseguro y el alcohol me desinhibía, así empecé bebiendo los fines de semana. Mi consumo aumentó cuando llegué a Los Ángeles y empecé a trabajar y a gastar dinero en mujeres y en tragos, un par de años después conocí a la que sería mi esposa, nos casamos y tuvimos un hijo. Pero los malos tratos y las borracheras la alejaron de mí. Perdí mi

familia, mi empleo y casi pierdo la vida por estar en malas compañías. Toqué fondo una noche en que me golpearon casi hasta morir. Pensé o te mueres o sales de este hueco inmundo en el que convertiste tu vida.

Después de salir del hospital entré en un programa de rehabilitación de un mes y aquí estoy. —Sacó una moneda del pantalón y orgulloso la levantó—. Llevo tres meses sin probar una gota de alcohol, sé, que es poco tiempo y que es un tramo muy difícil, pero deseo recuperar mi vida y tengo la esperanza de también recuperar a mi familia. Solo por hoy no consumo, ese es el lema, un día, veinticuatro horas sobrio, es la meta de todos mis días. Este es un proceso que nadie hará por ti, sin esta comunidad no lo habría podido lograr, vengo porque es un programa de vida que me ayuda y ayudo a los demás compartiendo mi experiencia de cambio. El primer paso es admitir que no podemos controlar los efectos del alcohol y que necesitamos ayuda.

Al terminar la intervención, se escuchó el mismo coro del saludo, que al mismo tiempo señaló: ¡Gracias Francisco!

Mike felicitó al joven por su intervención. Se reunió con su grupo de apoyo, eran dos hombres y una mujer joven afroamericana llamada Althea, llevaba cuatro meses sobria y peleaba la custodia de sus gemelos al estado. No tenía más de veinte años, y a sus hijos de dos años se los habían quitado los de Servicios Sociales por culpa de su amistad con el alcohol. Trabajaba en un supermercado. Los dos hombres de origen hispano, Andrés y Francisco, el que había dado su testimonio, eran obreros de la construcción. Después de un rato de charla y ver lo animados que estaban por el discurso se despidió. No sin antes reiterar que estaba disponible para ellos las veinticuatro horas del día.

Se encontró con Lucas a la salida que lo invitó a tomar un café en un sitio cercano. Se sentaron en la cafetería y pidieron las dos bebidas humeantes. El lugar estaba vacío y los atendieron con rapidez.

—¿Cómo va el tugurio ese que quieres convertir en centro para jóvenes?

—Bien, muy bien, teniendo en cuenta que la mayoría del vecindario roba, se droga o se emborracha. Si tan solo pudiera sacar a algunos de este ambiente, de nada me vale trabajarlos todo el día para que

en las noches vuelvan a casa con una madre que se droga o prostituye o un padre que los maltrata.

La mesera se acercó con el par de bebidas.

Mike admiraba a Lucas Escamilla, lo había visto en ocasiones con el agua al cuello pero nadie podía doblegarlo. Creía de manera ferviente en sus sueños.

—Sabes que cuentas con mi apoyo, dinero, publicidad, lo que quieras.

—Claro que tomaré tu dinero, cabrón.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no trabajas en una gran empresa?

Lucas era graduado de psicología en Stanford, podría estar en cualquier lugar del país y sin embargo pasaba sus días entre los más necesitados. Para él, el cinismo de Mike que solo creía en sí mismo, era desconcertante.

—Porque me necesitan. Porque no puedo dejarlo, no quiero dejarlo. —Soltó una risa y añadió—: ¿Por qué atraviesas la ciudad para venir aquí? Podrías codearte con tus ricachos de Malibú en esta misma reunión.

Mike tomó un sorbo de su bebida y miró para la calle.

—No lo sé. Tú fuiste la primera persona que me dio la mano. Me siento cómodo en este lugar, necesitado y en control de mi vida.

—No es el lugar, brother, eres tú mismo. Has hecho cambios importantes en tu vida ¿Cómo van las cosas con el viejo?

Lucas lo había traído al grupo sin presiones ni exigencias. Solo quería hablar del centro de jóvenes y sacarle una donación que en esa época, cuatro años atrás, se limitaba a reunir dinero para comprar el terreno en el que hoy planeaba construir el centro de apoyo para jóvenes, pero Mike no paraba de mirar la puerta con el logo de AA. Fue el comienzo de todo.

—No presiones, hasta allá no llego.

—Llegarás, brother, el viejo no será eterno y debes liberarte del resentimiento, esa carga no te llevará a ninguna parte. Soltar, perdonar.

—Ya veremos.

Su amigo rio entre dientes y se despidió. Volvió a casa. Unos ojos azules, se hicieron presentes durante el recorrido. Recordó que era la misma expresión que tenía Isabella cuando se embriagaba, como si hubiera hecho algo indebido y detestaba esa sensación en la boca del estómago.

Michael Donnelly era descendiente de italianos, con un temperamento apasionado, obstinado como una mula, algunas veces arrogante e independiente. Sus ancestros habían llegado a Estados Unidos antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Fue relato obligado en varias ocasiones durante la niñez. Mike pensaba que su abuela había olfateado el principio de la contienda porque, con dieciocho años, sedujo al nuevo peón de la finca de su padre, el joven se llamaba Marcelo Donnelly y segundo hijo de una pareja de campesinos de las afueras de Palermo. Guapo, de tentadores ojos negros y cuerpo de hombre curtido por el trabajo duro. Consumaron su amor en el pajar del granero en medio de los gritos de satisfacción de Isabella. Ella perdió la cabeza por él. Marcelo no podía creer que esa hermosa muchacha educada para casarse con un hombre rico, lo hubiera elegido a él, un campesino ignorante. Lo enloquecían sus caricias y la necesidad ardiente que había despertado en ella. Al proponerle empezar juntos en Estados Unidos, Isabella no lo pensó dos veces y con una carta a su madre, se despidió de ellos para iniciar su nueva vida al lado del hombre que adoraba. Además, estaba embarazada, se casaron antes de tomar el barco que los llevaría a América.

Después de su paso obligado por la isla de Ellis y pisar por fin suelo americano, hicieron todo tipo de trabajos. A Isabella no le gustaba la costa este y decidieron ir más al centro del país. Ambos trabajaban por igual, desde recolectar cosechas hasta oficios varios. Llegaron a Los Ángeles dos años después de haber emigrado y con dos niños que necesitaban estabilidad. Se alojaron en una pequeña pensión, la dueña congenió enseguida con la joven. Para esa época se habían definido los roles; Marcelo era un hombre trabajador, pero las ideas, la ambición y la sagacidad estaban en cabeza de Isabella. Trabajó en la posada y ahorró hasta el último centavo. Llegó a maniobrar el lugar y a su dueña a su antojo. Mientras tanto, Marcelo desempeñaba el trabajo de obrero de la construcción. Isabella manejó la economía, como manejaba todo en su hogar, con mano de hierro. Cuando la dueña de la posada se enfermó les

vendió el lugar. “Ahora sí me siento en casa” dijo esa noche Isabella a Marcelo mientras celebraban haciendo el amor.

Con el paso del tiempo remozó la pensión, la agrandó y la convirtió en un pequeño hotel con todos los servicios. Ambicionaba un lugar elegante, no quería terminar con una pensión de tres al cuarto, ¡No señor! Isabella iba a los mejores hoteles de la ciudad y se sentaba en la sala de recepción a observar hasta el último detalle. “*Así será mi hotel algún día*”, pensaba. La oportunidad se presentó cuando pusieron en venta la casa de al lado, se endeudaron de nuevo, Marcelo quiso hacerla desistir, asustado ante la enormidad del compromiso, pero Isabella no le prestó atención, le dijo que los grandes sueños implicaban grandes sacrificios. Compró la vivienda y con un préstamo bancario construyó el hotel de sus sueños. Tuvieron cuatro hijos, uno de ellos murió de neumonía viral. El chico del medio murió en un accidente de tráfico. Quedaron Angélica y Pedro el menor y padre de Mike que se casó con la hija de los dueños de un hotel en Las Vegas, italianos también.

Pedro era soberbio se creía soberano de su entorno. El problema era que adolecía de las cualidades para serlo. Angélica, miedosa e insegura, vivió siempre a la sombra del fuerte temperamento de su madre. Isabella era consciente de los defectos de sus hijos. Mientras estuvo viva, no soltó el control de los hoteles y Pedro resintió ese hecho siempre. Adquirieron cinco hoteles más a lo largo de California. Isabella puso el ojo en Mike; del desastroso matrimonio de Pedro, Mike era el único que se salvaba, a la nieta Isabella, Pedro por adularla le había puesto el mismo nombre, la consentía en todo, pero poco la tuvo en cuenta para formarla en el negocio. El chico había heredado la sagacidad e inteligencia de ella y lo hizo heredero de su fortuna. Pedro nunca le perdonó el gesto. Cuando Isabella murió, Pedro fue el encargado de administrar el patrimonio mientras Mike se convertía en mayor de edad. La fortuna menguó en menos que canta un gallo por culpa de las malas inversiones y la terquedad de Pedro. Cuando Mike salió de la universidad, se dispuso a trabajar y tratar de salvar lo que quedaba del patrimonio familiar.

Al llegar a casa, después de la reunión con Alcohólicos Anónimos, se dijo que delegaría la campaña de publicidad en su departamento de mercadeo y publicidad, no tendría que verle la cara a

Lori cada tanto. Cuando se tomara la decisión final del rumbo de la campaña volvería a verla, antes no.

El vuelo de vuelta a San Francisco fue tranquilo y en silencio gracias a que Peter rentó una película de acción que lo tuvo distraído todo el rato.

No sabía qué pensar de su encuentro con Mike, tuvo la impresión de encontrarse ante un hombre muy exigente, con altas expectativas en la consecución de sus logros, con un cerebro que funcionaba a gran velocidad y captó también su vena salvaje bajo el traje fino, el reloj costoso y dominio de modales. Lori tuvo una extraña sensación durante breves momentos en la reunión, se sintió acorralada por su mirada y fue como si una mano se hubiera extendido a ella y le aferrara la garganta, acariciándole el rostro con la otra. Miedo y placer, perplejidad y deseo la envolvieron en ese breve espacio de tiempo. Ya de joven la había impresionado, ahora lo percibía peligroso y estaba segura que casi siempre se salía con la suya. No quería desearlo de nuevo. Por lo que Peter le contaba, no tomaba a las mujeres en serio, sus relaciones no trascendían de las sábanas.

Se quitó los zapatos en la puerta tan pronto llegó a su hogar. Vivía en North Beach, en Filbert Street, a una cuadra de la iglesia de San Pedro y San Pablo, era un barrio con un fuerte sabor italiano, debido a que los inmigrantes de Italia se asentaron en ese sitio a finales de mil novecientos veinte; se caracterizaba por edificios de tres pisos, compactos, reconstruidos y pintados en colores claros. Había una variedad de restaurantes de donde escoger, pues sus dotes de cocinera no eran las mejores ¿qué hacía una mujer soltera y con poca disposición para la cocina? Rodearse de lugares estratégicos, donde pudiera pedir lo mejor que ofreciera el sector.

El apartamento quedaba en un segundo piso. Era una explosión de comodidad y colores, el sofá de tres puestos color rojo, invitaba a recostarte y no levantarte en un buen rato, una silla, tapizada de beige y un

puff rojo también. Una mesa de centro en madera, comprada en una tienda de sauzalito, comedor clásico con mesa de cuatro puestos, y sillas tapizadas de beige, al fondo una vitrina con platos decorativos y un juego de plata herencia de su abuela. Cuadros vivaces y alegres que reflejaban la personalidad de su dueña. Al subir tres escalones, estaba la puerta del cuarto de huéspedes, le seguía una habitación que tenía adaptada como estudio pintada en tonos vivos, con varias telas de pinturas sin terminar y oleos, acuarelas y acrílicos de todos los colores, era su afición. Al fondo estaba su habitación, una cama doble con dosel y cubrecama multicolor, dos mesas de noche y unas hermosas lámparas antiguas.

Las tres cuartas partes de su vestier estaban ocupadas por zapatos; su adicción, zapatos de todos los colores, formales e informales, de cuanta clase de materiales había y modelos que pudieran existir, allí convivían en armonía desde sus Manolo Blahnik hasta sus zapatillas Keds de caminar por el parque.

Después de desembalar la maleta, pasó a saludar a su vecina del primer piso, la señora Anne Marlowe. Era una anciana que Lori quería como si fuera su abuela.

—Lori, pasa querida, hacia días que no disfrutaba de tu compañía.

Lori devolvió el saludo y entró en el departamento de la anciana; sorprendida como cada vez que venía a visitarla, la sala era un revuelto de colores y estilos que iban desde los años veinte hasta la moda de los ochenta. Solo ella podía combinar tallas y patinas antiguas con acero y espejos biselados, aparte de que acumulaba cantidad de cosas, libros, revistas, periódicos. A Lori no le importaba, solo pensaba que alguien que quisiera sacar tanto cachivache tardaría semanas en organizarlo todo. En el principal sillón de la sala, como rey, estaba Gaspar el gato que a veces le hacía sus malas pasadas y que la miró con fría indiferencia.

—¿Quieres un chocolate caliente? —Anne no le importaba que estuvieran en primavera para ella el clima siempre estaba frío.

—No, gracias Anne, quería saber como seguías de tu dolor de rodilla.

—Igual, hija, esta artrosis ya no me deja. Gaspar volvió a perderse ayer.

—No debes preocuparte por eso, siempre vuelve.

—Si querida, es como los hombres, cuando termina su aventura, vuelve donde encuentra refugio y comida seguros.

Lori soltó la carcajada.

—Es cierto.

Lori charló un rato más con ella y volvió a su casa, después de cenar una lasaña calentada en el horno microondas se tomó media botella de vino y bailó sola al ritmo de la música de Adam Levine, antes de irse a dormir, pensaba, que era lo más parecido al ejercicio, detestaba los gimnasios.

Capítulo 4



A Lori le llevó tres meses junto a su equipo de trabajo, tener lista lo que sería la nueva campaña de hoteles Admiral. Tres semanas después de la primera reunión, presentó un bosquejo del concepto estructurado y las estrategias a seguir ante el departamento de publicidad y mercadotecnia de la firma que a su vez, serían los que tratarían con Lori. Ellos se encargarían de presentarle los avances a los dueños, eso la relajó de manera visible. Viajó en varias oportunidades a Los Ángeles y a Las Vegas. Dio rienda suelta a su creatividad y realizó un trabajo del que se sentía orgullosa. El presupuesto se había desfasado un poco, pero el resultado y el retorno valdrían la pena. El hotel de San Francisco ya estaba en proceso de remodelación y Nick de la Cruz había vuelto a vivir en la ciudad. No había hablado con su amiga Julia al respecto; estaba comprometida para casarse con un magnate de la industria hotelera. A Lori no le agradaba mucho la nueva relación, pero ella insistía en que era feliz.

La segunda reunión con Michael Donnelly se dio a mediados del verano en las oficinas provisionales del hotel en San Francisco.

Habían alquilado un lugar en el centro de la ciudad mientras la remodelación seguía su curso.

Lori llegó a la oficina a primera hora de la mañana. Había escogido un sastre de falda y chaqueta azul marino y blusa blanca de seda. Se sentó un minuto en la sala de espera, antes de que la secretaria la invitara a seguir.

La llevó a una sala de juntas en otra estancia, donde el equipo del hotel que había trabajado con Lori los meses anteriores, la recibió.

Louis Porter una mujer en la treintena y muy atractiva, la saludó con sonrisa profesional. Sam Parker, jefe del departamento de mercadeo, un atractivo hombre con ojos color miel, le dedicó un amable saludo y una cálida sonrisa. La puerta se abrió de pronto y los tres amigos hicieron aparición. Eran hombres demasiado guapos, a su paso, destilaban un aura de puro poder, la personalidad y la energía del trío de amigos, le habían recordado a un potente reflector anulando la oscuridad. Mike destacó sobre los demás, al soltar un punzante comentario.

La efusividad con que Nick saludó a Lori, hizo que a Mike un músculo le contrajera la mandíbula. La miró y cuando una sonrisa ladeada, “su sonrisa”, vistió su semblante, le alteró a la mujer las pulsaciones. *“Profesionalismo ante todo, Lori, has tenido meses para madurar este encuentro.”*

—Hola, Mike, es un placer volver a verte.

Mike se acercó, la saludó de mano, esta vez no le dio beso en la mejilla. Ella le devolvió la cortesía, se sentó a su lado y el olor a fresas, a mar y a verano, lo embriagó. Era consiente de ella, mientras hacía la introducción a lo que presentaría a continuación. Llevaba el cabello suelto, pero peinado liso. Le gustaba más como lo llevaba en la época de estudiantes ¿Dónde quedaron sus rizos? Le vino a la mente una visión, él acariciando ese cabello rubio y abundante y hundiendo el rostro en el. ¡Epa! ¿De donde vino eso?, nunca la había tocado.

Lori se levantó y con el video beam listo, empezó su presentación. La aparición del nuevo logo en tercera dimensión sobre lo que sería el hotel en San Francisco, sorprendió al par de hombres. Decisión acertada, se dijo Lori satisfecha, si hubiera puesto el logo sobre los hoteles ya construidos y reformados, Mike habría recordado a la abuela y se

predispondría en contra del nuevo arte.

—El departamento de mercadeo, hizo un estudio a posibles clientes de los hoteles, aquí está el informe; sus costumbres cuando viajan, qué esperan encontrar, actividades que les gustaría realizar, comidas favoritas. Están distribuidos por demográficos. En esta otra gráfica agrupamos los diferentes motivos de viaje, las necesidades son distintas para una familia que llega de vacaciones o un ejecutivo que pernocta por motivos de trabajo. Queremos cambiar un poco el concepto...

Mike se distrajo con la visión de Lori, la bendita falda era algo corta, mostraba sus estilizadas piernas y los tacones, era fetichista con los zapatos de las mujeres, esos tacones deberían estar prohibidos fuera de la alcoba. Demasiadas tiras, demasiado perfume, demasiada mujer. Se arregló el nudo de la corbata y se removió en su silla. Necesitaba acostarse con alguien. Se obligó con gran esfuerzo a centrarse en la exposición.

—La publicidad para los diferentes medios está hecha, radio, periódicos, blogs de turismo y el comercial que verán a continuación.

Apareció el comercial en la pantalla, elegante, yendo al punto y de amplia recordación.

El par de socios cruzaron una mirada de entendimiento.

Mike sabía que Lori era excelente profesional, se desempeñaba muy bien en lo suyo pero no hasta ese punto. Era muy dotada, se notaba la dedicación a su carrera, el sentido común y la inteligencia.

—La página web necesita unos pequeños ajustes. El lunes estará en funcionamiento, le hice los cambios que pediste. —Se dirigió a Mike—. Salió un poco más costosa, debido al recorrido virtual.

—¿Qué tan poco? —quiso saber Nick.

—No te preocupes, Nick, valdrá la pena —dijo Lori de forma tranquila.

Así siguieron durante casi dos horas, organizando lo que se iba a realizar de ahí en adelante, la parte del presupuesto la tocaron con Peter.

—Y bien, ¿qué opinan?

—Esto era lo que quería —contestó Mike.

—Muy buen trabajo, Lori, tienes mucho talento —dijo Nick.

La reunión terminó media hora más tarde. Nick y Peter se despidieron y mientras Lori recogía su maletín, Mike despachó a los otros empleados.

Cuando habló, no dijo lo que ella esperaba. ¿Algún comentario sobre el comercial o alguna crítica sobre el logo? No.

—¿Dónde están tus rizos?

Lori acarició su cabello.

—Me gusta así.

Mike frunció el ceño.

—Tenías unos rizos preciosos, dime que ese peinado no es algún menjurje definitivo.

Ella soltó una débil sonrisa.

—No es tu problema, Mike.

—¿Qué pasa, Lori? ¿Por qué desde que nos volvimos a ver me tratas como si te hubiera hecho algo?

Se sintió ridículo, no se conocía, hablando de rizos y cabellos y haciendo reclamos estúpidos. La mirada que ella le obsequió lo atravesó.

—No te miro así —dijo en un tono de voz más bajo de lo que quería.

Lori tomó su maletín. Mike le aferró el brazo.

—Sé cuando una mujer me mira de determinada manera.

Lori alzó las cejas altanera.

—¿Qué pasa, Mike, molesto porque no me sumo al club de admiradoras?

—No es eso *principessa*...

Lori se soltó de forma brusca del amarre y con los ojos como dardos le dijo:

—¡No me llames así! Yo no soy tu *principessa*.

Mike la miró extrañado, no había sido para tanto.

—Discúlpame, Lori, se me salió sin pensar.

Mike se llenó de certezas, por su actitud ante algo tan simple

como llamarla por ese apelativo, había reaccionado muy mal y eso solo significaba una maldita cosa, la había agraviado en alguna de sus lagunas legendarias. La dejó ir, ya en la puerta, se giró a mirarlo.

—Me avisas con tu secretaria, para cuándo queda la próxima reunión.

—¡Mierda! —soltó Mike en cuanto se quedó solo.

Lori salió del edificio mortificada a más no poder. No debió haber reaccionado así, después de casi siete años, no debería importarle. Había tenido buenas relaciones después de él, se había enamorado varias veces, había intimado con hombres buenos y no tan buenos. El problema era que le importaba, sentir su cercanía le hacía ir de viaje al pasado, a lo ocurrido esa noche en la biblioteca...

—*Ven aquí, principessa.*

Lori no se lo pensó dos veces y llegó hasta él. Mike le tomó el rostro y con mirada fija preguntó:

—*¿Te ha besado alguien que te haya puesto tan caliente como para dejar toda precaución de lado?*

A Lori la habían besado muchas veces, pero nunca se sintió tentada de llegar a más con nadie, hasta Mike. No le contestó.

La besó de nuevo. Su boca trazó un recorrido por la mejilla hasta llegar al lóbulo de la oreja.

—*¿Te han tocado? ¿Alguien ha percibido lo suave y caliente que eres?*

Nadie la había tocado y sus palabras en vez de asustarla aumentaron su excitación, se derretía entre las piernas y lo besó desesperada. Mike la levantó tomándola por las nalgas y la pegó al anaquel de libros. La apretujó contra la pelvis. Lori sintió su erección. Mike le acarició las piernas hasta subirle la bata por encima de los muslos.

—*¿Está segura? —No dejaba de mirarle el rostro—. Podemos parar aquí.*

—*¡No!*

Los labios de Mike iniciaron un recorrido por la mejilla y

descendieron hasta el cuello.

—Tu piel es muy suave. —Respiró profundo—. Deliciosa.

Desabotonó la parte superior del pijama y aparecieron sus hermosos pechos. Lori se sonrojó de nuevo.

—No me has contestado ¿Alguien...?

—No.

—Dime que estamos haciendo bien, principessa —le dijo él con la respiración agitada.

La agasajaba con la mirada. En ese momento no parecía borracho. Tenía aspecto lúcido.

—Tócame, Mike, tócame.

Lori supo el momento exacto en el que Mike claudicó y su mente quedó en blanco.

—Tienes unos pechos preciosos de pezones rosados, se me hace la boca agua. Los rozó con su mejilla y Lori soltó una exhalación.

—Sabía que serían así, te he imaginado muchas veces.

El joven besó el pezón y al sentirla arquearse, la alzó y con las piernas de ella rodeando sus muslos, la llevó hasta el sofá donde la acomodó debajo de él. Ella vibraba en los brazos de Mike, en vez de mostrarse tímida, le sacó la camiseta y se deleitó en su torso desnudo que acarició a su antojo. Mike se enredó con los botones de la bragueta pero en segundos estaba sin ropa. Al observarlo, el ligero rubor de Lori, mudó a rojo carmesí.

—¡Quiero tocarte! —dijo ella en un susurro.

Sorprendido y encantado, cogió su mano y la llevó hasta su duro pene. El cuerpo se le tensó al sentir sus dedos aprisionándolo. Resopló ante la caricia.

Mike deslizó las manos por los muslos, el contorno de la cintura y dentro de sus bragas, las yemas de sus dedos rozaron su pubis y con un delicado roce, le abrió los labios.

—Estás mojada.

Ella le respondió con un jadeo.

—Voy a hacerte arder. Ya lo verás.

Le regaló una de sus sonrisas, mientras le bajaba la ropa interior. Con el pulgar le obsequió multitud de caricias.

—Sí, así, sigue así.

Ella se movía debajo de él, en una danza más vieja que el tiempo, su cabello enmarañado lo rozaba, excitado al extremo y en medio de su confusión se dijo que tendría que ir despacio.

—Necesito probarte.

Se arrodilló frente a ella y le abrió las piernas. Le besó y acarició el interior de los muslos. Y entonces, la besó entre las piernas, así como había hecho con su boca.

Sorprendida por la osadía de Mike, guardó silencio unos segundos. Pero cuando las sensaciones se arremolinaron, soltó un jadeo en medio de los espasmos de placer.

—Mike.

Al arquear la espalda, respuesta a lo que la boca de Mike le provocaba, éste la devoró literalmente con labios y lengua. Aferró la cabeza con la manos y el techo y todo a su alrededor se desdibujó, mientras un calor abrasador le atravesó los muslos, el centro de las piernas y los pechos. Cuando acabó supo que no sería la misma. Y entonces, él se enterró lentamente en ella. Apretó los dientes y sin quitarle la vista de encima empezó a moverse despacio, paró unos momentos ante el gesto de dolor y se sintió un miserable. Lori debía entregarle su virginidad a un hombre que la amara y besara el piso a su paso y no a un tipo como él, incapaz de albergar un buen sentimiento hacía una mujer. Pero ya era tarde, estaba en medio de sus piernas y la joven le brindaba un placer inimaginable. Para su veta de macho alfa, no podía olvidar que ancestros italianos corrían por sus venas, era satisfactorio saber que ningún otro la había tocado, hasta él. Se prometió que todo sería distinto que mañana hablaría con ella sin la nebulosa de alcohol. De pronto un intenso placer creció con cada embestida, el fuego lo arrastró hasta chamuscarlo y se despeñó por un precipicio de placer, quedando jadeante y sudoroso.

Se separaron y quedaron un rato abrazados. A Lori el corazón no le cabía en el pecho. Se vistieron y se acostaron en el sofá. Mike no tardó en dormirse.

Lori volvió a su habitación en una nebulosa de felicidad que

ahuyentó todo mal pensamiento, había sentido algo de dolor, pero no era nada comparado con el intenso placer que le regaló. No había usado protección. Aun podía sentir sus manos, sus labios y su miembro dentro de ella, era increíble. Se avergonzó por su comportamiento, se le había abalanzado, tampoco era que él estuviera pasándolo tan mal. Desechó todas las dudas al último rincón de su mente. Tendrían que hablar. Por primera vez en un año, Mike la había visto y tratado como a una mujer. Era un buen comienzo, deseaba ayudarlo, darle felicidad a su vida, que sonriera más a menudo.

Se levantó temprano, se duchó y se puso un par de shorts oscuros y camiseta de tiras rosada. La casa estaba en silencio, sus padres y Peter aún dormían. Se recogió el cabello en una moña y se dispuso a ir a la cocina a prepararle un desayuno especial a Mike. Deseaba que la abrazara, que la besara y que le dijera principessa en ese tono de voz que la derretía. No quería ilusionarse demasiado, pero soñar no costaba nada. Anhelaba que la noche compartida tuviera el mismo significado para él. Sabía que tendría algo de resaca, le preparó un jugo de vegetales y mientras batía de forma algo torpe la harina de trigo con la leche y los huevos, ya que no era versada en la cocina, cantaba una canción de su reproductor de música. El plato con panqueques crecía, así como el volumen de su voz, unos cuantos reposaban en la basura, sin dejar de sonreír dio la vuelta con la espátula a la torta, cuando su mirada se encontró de lleno con la de Mike, se asustó y lo que tenía en las manos terminó en el piso. Soltó los auriculares y se agachó a levantar el reguero.

Un Mike alto y con el ceño fruncido, los ojos rojos y la mirada antipática de siempre la recibió cuando puso la espátula con los pedazos de masa encima del mesón. Estaba guapísimo, así estuviera despeinado y la camisa por fuera de los pantalones y la mandíbula oscura que le daba el aspecto sexy y salvaje que tanto Lori adoraba. Él ni siquiera la saludó, siguió derecho al mueble donde guardaban los vasos y fue hacía la nevera.

Lori se tragó la desilusión, aún no perdía la esperanza.

—¿Cómo amaneciste? Te hice jugo de vegetales. Me imaginé que estabas con resaca.

Mike se frotó los ojos lentamente. Luego llevó la mano al cuello y

se lo frotó para destensionarlo.

—¿Cómo sabes que tengo resaca? —soltó Mike sin mirarla siquiera, caminó hasta la nevera, la abrió, ignoró el jugo y sacó un botellín de agua. Sirvió en el vaso, dio un sorbo largo y lo dejó en su lugar.

Mike puso ambas manos en la mesa y la miró confuso, esperaba su respuesta.

—¿No recuerdas lo que pasó anoche? —preguntó ella.

—No recuerdo nada especial.

El pecho de Lori se hundió y su corazón empezó a latir de forma tan fuerte que se le dificultó respirar ¡Dios mío! ¡Qué diablos había hecho! Para disimular los nervios se puso a limpiar el mesón y poner en su lugar los recipientes.

—Para, que me estás mareando.

Lori levantó la cabeza bruscamente y al observarlo confirmó que no se acordaba de lo ocurrido horas antes. En ese momento deseó no haberse levantado en mitad de la noche y no haber ido por el estúpido libro. Ni siquiera habían usado protección.

Mike ajeno a lo que le ocurría a Lori, se sentó y alejó el plato con los panqueques.

—Retíralos, o vomitaré encima. No tienen muy buen aspecto.

El corazón de Lori se fue hundiendo más, la invadió una indignación tan profunda, no hacía el hombre que estaba frente a ella, sino contra ella misma, de todas formas se desquitó con él.

—Pues entonces vete de mi cocina, no eres más que un borracho y no eres quien para pedirme algo.

—No es necesario que te pongas así —soltó una sonrisa—. Ya sé, ¿estás en esos días?

Lori enrojeció, con ojos brillantes y boca temblorosa se acercó a él.

—Lárgate de mi cocina, mejor aún, lárgate de esta casa antes de que contamines a mi familia después de todo lo que han hecho por ti.

Mike levantó los brazos en señal de paz y salió del lugar. Lori soltó el trapo que aferraba y subió corriendo las escaleras. Al llegar a la

soledad de su habitación, se desplomó en llanto encima de la cama.

Capítulo 5



Mike llegó a la fiesta de cumpleaños de Lori en la casa de Peter, corrían los primeros días de agosto. Habían coincidido en varias reuniones de trabajo y actuado como si el exabrupto de ella en su oficina nunca hubiera tenido lugar. Sin embargo, él no lo olvidaba, ella lo ponía nervioso y no sabía por qué o si lo sabía, se sentía atraído, fantaseaba con ella ¿quién no?, con el fruto prohibido, la hermana de su mejor amigo, la mujer más bella y deseable del lugar. Ardería en el infierno si le ponía un dedo encima ¡Pero qué ganas de hacerlo! Aunque ya no era una jovencita, era toda una mujer ¡y qué mujer! Esa noche estaba bella, con un tentador vestido negro, el cabello suelto en rizos, no podía dejar de imaginar a qué sabría su boca carnosa y fresca, sus pechos, su sexo, quería agarrarle el cabello, hundir el rostro en él y los malditos zapatos, elegantes de tacón de aguja, impresionantes, quería tocarlos, sentirlos enterrados en su espalda. Las reuniones no habían sido llevaderas, algo había cambiado, la tensión se sentía en el aire y se respiraba un ambiente tenso y él no reaccionaba de muy buena manera, era por la forma en que Lori lo miraba, como si él no existiera y entonces, la atacaba por cualquier cosa, desde hacerle comentarios despectivos de la última campaña hasta decir algo sarcástico

sobre sus llegadas tarde, su carácter, sus gustos. Peter y Nick observaban los enfrentamientos como si de un maldito juego de tenis se tratara. Ella no se quedaba atrás, era rápida en las respuestas y él pocas veces ganaba.

Se acercó a saludarla, le dio un beso en la mejilla que demoró más de la cuenta, percibió la piel cálida y suave, se separó en cuanto se dio cuenta que Lori dejaba de inspirar.

—Feliz cumpleaños —le entregó un paquete envuelto en fino papel de regalo.

—Gracias, Mike —miró el envoltorio con desconfianza—. Dime por favor, que no es una caja de bromas o que no me voy a encontrar con un sapo o un ratón.

Mike levantó la mano derecha.

—Palabra de honor, espero que sea de tu gusto.

Lori no aguantó la curiosidad y desenvolvió el presente, la caja con el nombre de una famosa marca de relojes atizó su curiosidad. Un Rolex en acero y oro hizo su aparición. Lori quedó muda. Cuando Mike vio la joya se arrepintió enseguida de haberse dejado llevar por el impulso de comprarlo. No por el valor. Era un regalo costoso para dárselo a una mujer con la que ni siquiera se había acostado y que apenas lo toleraba.

—Es hermoso, Mike, no debiste haberte molestado.

—No es un regalo tan desinteresado. —Permanecieron unos instantes mirándose—. Necesito que llegues a tiempo a las reuniones con mi equipo, vi que no usas reloj.

Mike tomó el reloj de la caja que dejó en una mesa cercana y le aferró la muñeca, un escalofrío lo recorrió a los dos. Le puso el reloj y vio que había sido acertada su medida, no había que arreglarlo. Le acarició la piel con el pulgar, allí donde sentía su pulso acelerado. Confuso por las sensaciones, la soltó.

Ella le sonrió y agasajó la joya mientras él le pasaba una copa de champaña.

—Ahora quieres emborracharme —dijo.

Mike se quedó mirando los labios pintados de rojo, hablaban de sensualidad y erotismo.

—Es lo único que se me ocurre para que dejes de verme como a un incordio.

Ella sonrió de nuevo y bebió. El estómago se le encogió mientras paseaba su mirada por el rostro de Mike, labios gruesos y mirada punzante, eran una mala combinación para ella. Esa noche vestía de color gris tiza con rayas delgadas, camisa blanca y corbata roja. Su olor, un suave toque a especias la estimulaba. El aroma de su colonia mezclado con su olor corporal, le hablaba de una personalidad sensual, sofisticada y oscura.

La llegada de Julia su mejor amiga en compañía de su novio, la sacó de la ensoñación. Se acercó a ellos, se percató que Mike la seguía.

Se abrazaron y Julia le entregó el regalo. Lori volvió a abrazarla y al oído le dijo:

—No quiero preocuparte pero Nick está aquí.

Julia la tomó del brazo y la alejó unos pasos de Frank. Frank el novio de Julia y Mike, se sumieron en una conversación.

—¿Por qué lo invitaste?

Un mesero se acercó y le brindó una copa, que Julia tomó enseguida. Lori procedió a explicarle que Mike había traído a Nick, antiguo novio de ésta. Julia se limitó a mirar el entorno y no lo vio por ningún lado. Lori le reiteró que no pudo hacer nada ya que ellos eran los dueños de la cuenta más importante que la empresa de publicidad llevaba en ese momento.

—Lo siento amiga —Lori observó a Julia con curiosidad—. Te ha afectado, vaya si te ha afectado.

Julia resopló y blanqueó los ojos.

—Estás loca —respondió.

—A mí no puedes engañarme, no en vano te conozco desde que nos cambiaban el pañal y tomábamos biberón.

—No seas tan exagerada —a pesar de la preocupación, no pudo evitar sonreír—. Teníamos cuatro años cuando nos conocimos.

—Bueno, yo creo que a esa edad todavía me hacía pis en los pantalones, eso volvía loca a mi mamá que le tocaba ponerme pañal.

Lori no había tenido que ver con la invitación de Nick aunque Julia pensara lo contrario.

Todos los años Lori hacía una fiesta temática, pero por la cantidad de trabajo que tenía en ese momento, no había tenido tiempo de preparar más que una fiesta normal con sus amigos en casa de Peter, que vivía en el condado de La Marina.

Era una vivienda amplia y lujosa, con toques minimalistas, y uno que otro detalle de la modelo de turno que compartiera en esos momentos la cama con su hermano. Jack Donovan se le acercó por detrás y la abrazó. No había perdido pies ni pisada del encuentro.

—Son los hombres más guapos del lugar —dijo Jack al ver a Nick acercarse al grupo donde charlaba Mike y Peter con Julia y Frank.

—Deja de babear que no traigo pañuelo.

Jack soltó la risa.

—¿Estás segura que ninguno es gay?

—Sí.

—Qué desperdicio —Aferró la muñeca de Lori—. Bonito reloj.

—Sí. Aunque es raro, ¿por qué me habrá dado un presente tan costoso?, con unas flores, una pasmina o un perfume habría sido suficiente.

Jack le regaló una sonrisa y Lori se dio cuenta, una vez más de lo afortunada que era al contar con él. Tenía todo lo que configuraba un buen amigo.

—Abonando el terreno tal vez o a lo mejor intenta reparar algo. Ve tú a saber.

—No lo creo.

—No ha dejado de mirarte desde que entré en tu campo de visión y es una mirada de: ¿Quién será el apuesto hombre que la acompaña?, ¿será su amante?, ¿será Superman?, ¿será el hombre que me hará salir del closet?

Lori soltó una carcajada que se escuchó por toda la estancia.

—Vete de aquí, saluda a mis padres, saca a bailar a algún chico. Ve y come algo.

Jack resopló. A pesar de su homosexualidad, no era abierto en sus manifestaciones hacía otros hombres. Toda una ironía viviendo en San Francisco.

—Ya lo hice.

Lori levantó una ceja.

—¿A qué chico sacaste a bailar? Si se puede saber.

—Ya saludé a tus padres y comí.

Los pensamientos de Mike, iban por derroteros hasta ahora desconocidos para él ¿Quién era el tipejo que la abrazaba?, lo que faltaba, con pinta de actor de cine. Un instinto posesivo se alzó sobre él al ver la manera en que le aferró la muñeca y examinaba el regalo, *su regalo*. Quería acercarse y alejarla de él, ¿por qué ella lo miraba así, con cariño? A él apenas le regalaba un gesto amable. Quiso ese brillo azul y púrpura de sus ojos centrados en él, quiso ser él el que le provocara esa mirada y su risa. Cuando reía se le iluminaba el rostro como a un jodido árbol de navidad, era un gesto franco y abierto. Peter le dijo que no tenía novio, a lo mejor era su amante. El estómago se le revolvió con la sola idea de imaginarlos en la cama ¿Qué diablos le pasaba?

A la media hora y después de soportar la charla con Frank, se armó la debacle, Nick peleó con Frank el novio de Julia, la verdad el hombre estaba hecho un soberano petardo, se había pasado de tragos y seguro estaba fastidiado por la manera en que Nick y Julia se miraban. Pobre diablo, él hubiera hecho lo mismo. Aunque si tuviera satisfecha a una mujer en su cama, ésta no andaría babeando por otro. Eso seguro. Los afectados se retiraron y la fiesta volvió a la normalidad. El último éxito de Madonna se escuchaba por los parlantes. La gente comía y bebía. Las carcajadas y las conversaciones habían subido de tono. Sonó el móvil y salió a la terraza a contestar.

—Althea, ¿cómo estás? —Fruunció el ceño—. Tranquila, tranquila. Vas a dejar esa puta botella en su lugar, solo por hoy. Domina el impulso, solo por hoy querida. ¿Cuéntame qué ocurrió?

La mujer le relató la visita a los gemelos, había estado bien, los había llevado al parque y comprado un helado. Estaban hermosos, mucho más altos y con más peso desde la última vez que los viera. La mujer lloraba desconsolada y a Mike se le estrujó el corazón de pena.

—Deberías estar contenta. Piensa por un momento cómo era de ingobernable tu vida cuando la manejaba el alcohol y siéntete orgullosa de los que has logrado.

Ella comentó que al llegar al lugar donde vivía, lleno de drogos y putas, se dijo que nunca lo conseguiría.

Mike se prometió darle un trabajo en su empresa.

—No llores preciosa, mañana estaré en Los Ángeles y hablaremos. Eres valiosa, eres fuerte y te quiero mucho. Mañana iré a tu casa. Althea, no pienses más en ello, lo lograrás, yo sé que lo harás.

Lori había escuchado parte de la conversación. Mike tenía una relación con una mujer llamada Althea. El nudo de los celos le llegó hasta la garganta. No debería, ellos no eran nada, pero le molestó sobremanera y salió al balcón cuando Mike guardaba el móvil en el bolsillo.

—No le molestará a tu novia que regales joyas a otras mujeres.

Mike sorprendido, levantó una ceja.

—Es de mala educación escuchar conversaciones ajenas.

Necesitaba saber hasta qué punto había escuchado ella y como si hubiera adivinado su pensamiento, ella le contestó.

—No escuché gran cosa por si te preocupa, solo que la quieres y que la verás mañana.

Lori no supo interpretar su reacción.

—Althea es una amiga —frunció los hombros y cambió de tema—. Parece que a tu novio no le gustó mi detalle.

Lori casi suelta la carcajada cuando Mike dijo novio. Dios, Jack se iba a morir cuando le contara.

—No es mi novio, pero es alguien especial y no es un detalle, le causó curiosidad, comentó que era un regalo algo costoso, que se da para obtener algo o para pedir perdón.

Sus ojos se oscurecieron. Lori dio la vuelta para volver al salón, conocía el poder de la mirada de Mike y sus efectos, su imagen de hombre oscuro era una tentación más que suficiente para cualquier mujer menor de ochenta años. Él le aferró la muñeca. Lori volvió la cabeza de golpe y con expresión de sorpresa, observó cómo Mike con gesto sensual, le

acarició la palma y llevó la boca directo al pulso, el roce de los labios suaves y cálidos, le erizó la piel y le aceleró los latidos del corazón, intentó retirar la mano pero Mike la aferró más y le acarició con la punta de la lengua, ese gesto le produjo un sobresalto. Mike sonrió al percatarse de ello y contento con su hazaña la soltó.

—¿Debo pedir perdón por algo?

Lori despertó de golpe y disimuló la expresión entregada que mostró agachando la cabeza. Sabía que él lo había percibido, aun sentía el hormigueo de la suave caricia. Él le atraía, pero no podía darse el lujo de caer en esa atracción y que le nublara el sentido común. Mike sigue sin recordar, caviló ella, no es su culpa, entonces, ¿por qué el resentimiento la atenazaba? El discernimiento y la madurez de sus veintiocho años le respondieron: *“Porque no correspondió a mi amor y de paso me rompió el corazón.”* Déjalo ir ya Lori, no vale la pena.

—No debes pedir perdón por nada.

Percibió el alivio en los ojos de él.

Lori se dirigió a la esquina donde sus padres, charlaban y bebían champan.

—El vestido es precioso, hija —dijo su madre repasándola de arriba abajo—. Pero debes cuidar tu peso, hacer una dieta o aumentar tu rutina de ejercicios —comentó Adele sin dejar de mirar a su hija de forma crítica.

Adele y Mattew Stuart, eran una pareja bien avenida, la piedra de la discordia era que Adele no ocultaba su preferencia por Peter y ese hecho resentía a Lori mas allá de lo que ella deseaba admitir. La joven se había pasado la vida tratando de complacer a su madre, hasta que se dio cuenta que nunca lo lograría y se resignó con tranquila indiferencia; pero le dolía, sí que dolía. De todas maneras habían sido buenos padres y a pesar de sus críticas estaban ahí para ella.

—Mamá, peso lo mismo de hace tres años —era mentira pesaba dos kilos más, pero no le iba a dar el gusto de que siguiera con sus amonestaciones.

—Solo lo digo de forma preventiva, a medida que pasan los años, es más difícil bajar de peso y conociendo tus hábitos alimenticios —concluyó Adele.

—No le prestes atención a tu madre. Estás preciosa hija —señaló Matthew, que abrazó a Lori.

—Gracias papá, me alegra que hayan venido.

—Es increíble cómo pasan los años sin que nos demos cuenta, que hace que eran unos adolescentes que se reunían en casa. Hacían fiestas por cualquier pretexto —exclamó Matthew.

—Sí, lo recuerdo, buenos tiempos aquellos —señaló Lori, algo nostálgica.

—Pero no te puedes quejar, te ha ido bien, trabajando con Peter —la besó en la mejilla, el mayor de los Stuart estaba orgulloso de sus hijos. Adele tenía a Peter en un pedestal. Se daba cuenta de que eso lastimaba a Lori. Trataba de corregirlo y reñía a Adele por eso, pero sabía que el daño estaba hecho.

—El trabajo va muy bien, la empresa crece cada día, nos sentimos satisfechos.

—Peter es excelente, me imagino que has aprendido mucho de él.

Matthew le dirigió una mirada de reproche.

—Sí, mamá —contestó Lori resignada.

Adele no entendía o no deseaba entender, que los campos de acción de los hermanos eran diferentes; mientras Peter se encargaba de la parte administrativa, financiera y del personal. Lori, aparte de lidiar con clientes de todo tipo, debía crear y darle vida a las campañas que le habían hecho ganar mucho dinero a su hermano. No tenía ganas de poner las cosas en su sitio hoy. Lo haría, claro que lo haría, ya iba siendo hora. Se despidió de ellos para seguir compartiendo con sus amigos.

Mike aterrizó a primera hora en el aeropuerto de Los Ángeles, ni siquiera fue a su casa. Citó a Althea en la cafetería de Compton cerca de la iglesia, el día anterior había hablado con Celia y ésta la había acompañado gran parte de la noche. Mike también había dialogado por WhatsApp con Celia durante su trayecto al aeropuerto.

Se paró en la puerta de la cafetería, la mirada recorrió el lugar hasta que la vio; La chica ya esperaba en una de las mesas del fondo. Una mezcla de olores que seguro eran el menú del día colmaba el ambiente; café, torta de canela y beicon eran los que sobresalían. Se abrió paso entre las mesas ocupadas. Después de saludar, ordenó a una mesera dos cafés.

—¿Cómo te sientes?

—Avergonzada.

—¿Por qué?

—No debí llamarte.

La joven puso los codos en la mesa y con ambas manos se tapó el rostro.

—Debes llamarme siempre, estoy para ti a cualquier hora del día o la noche ¿Ya desayunaste?

Ella negó con la cabeza.

Mike hizo señas a la mesera que con trote rápido se acercó.

—Dos platos de panqueques, beicon. —Mike preguntó—: ¿Te gustan los huevos revueltos?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Dos platos de huevos revueltos —La joven se fue tan pronto anotó la orden.

—Mírate, eres un hombre ocupado, hay gente que depende de ti.

—La familia es lo primero y tú eres familia.

La mirada agradecida que le lanzó Althea le encogió el corazón. Era tan joven y sus ojos mostraban una abierta desilusión, era una morena bonita, con los dientes algo estropeados, pero no le arruinaban las facciones.

—¿Crees en Dios?

—Sí, claro —contestó ella.

La mesera se acercó con las dos tazas del líquido. Althea, nerviosa, jugueteó con el azúcar antes de ponerlo en la bebida.

—Debes aferrarte a él. Poner tu voluntad y tu vida en manos de él.

—Es muy difícil, a veces pienso que no valgo nada.

—No digas eso.

Althea se llevó las manos a la garganta.

—Tengo esta sed, aquí —señalaba la garganta—. No me deja, es desesperante el deseo de beber, daría lo que tengo por un trago, así sepa que mi vida se va a ir al carajo.

Con manos temblorosas, aferró la taza. Mike la escuchaba con atención.

—Al comienzo es normal, pero esa sensación desaparecerá en algún tiempo. —Ella lo miró sin creerle y él sonrió. Aunque su adicción no había sido tan fuerte, también sintió lo mismo que la chica—. Es cierto. Debes ocuparte en seguir los pasos, no bajar la guardia. ¿A qué hora entras a trabajar?

—En una hora.

—Puedo ofrecerte trabajo en uno de mis hoteles, para que puedas salir de donde vives.

Mike sacó una tarjeta.

—Te comunicas con Marcia Stevens, es una amiga, ella dirige una fundación de mujeres solas. Te ayudará con tu nueva vivienda.

—Gracias, Mike, muchas gracias, espero no defraudarte.

—No lo harás, chiquilla, estoy seguro.

La mesera llegó con el pedido, aunque él apenas tenía hambre, se obligó a comer para que Althea disfrutara de su desayuno tranquila.

Capítulo 6



Mike observaba la niebla que cubría el Golden Gate a últimas horas de la tarde, como la manta que arropa a alguien que vuelve a casa después de una larga jornada. El clima de San Francisco no era de su agrado. El tiempo era impredecible, bipolar, el viento y la manera en que variaba la temperatura de unas cuadras a otras, lo ponía de mal humor. Salía de algún lado con el sol brillante adornando el firmamento y en un dos por tres aparecía la lluvia a aguar el rato. Habían transcurrido algunas semanas desde el cumpleaños de Lori. Estaba inmerso en sus pensamientos cuando Nick y Peter entraron a la oficina.

—¡Ey! —Mike se volvió, tomó asiento detrás del escritorio.

Nick y Peter siguieron hablando del nuevo presupuesto económico de la campaña, mientras Mike miraba su correo y eliminaba toda la basura que le enviaban por internet. Cuando salió el nombre de Lori a relucir, Mike con el ceño fruncido levantó la vista.

—Se ha desfasado en el presupuesto por mucho más de lo que creíamos, no me gusta nada. —Nick instó a Mike a que dijera algo—. Lori debe ceñirse al cálculo o tendremos problemas.

Peter observaba los papeles donde estaban las cifras de las que hablaba Nick.

—La culpa no es de ella, lo único que ha hecho es hacer bien su trabajo —soltó Mike. Nunca supo qué impulso negro le llevó a defenderla a toda costa, a querer protegerla. Él era el único que podía opinar sobre ella, el único que podía criticarla, nadie más—. La culpa es mía, solo estaba cumpliendo con lo que le sugerí.

El tono tenso en el que habló, lo delató, quiso evitar que sus amigos se dieran cuenta del desbarajuste de emociones que la mujer le causaba, pero la manera en que la salvaguardó, sorprendió a Nick. Peter extrañado levantó la cabeza de golpe.

—Agradezco tus palabras, Mike, pero mi hermana se puede defender sola o estoy yo para apoyarla y difiero de tu comentario, Nick. Si te das cuenta, en estos mismos papeles está el descuento que consiguió con el alquiler de las locaciones del comercial. Una cosa por otra, amigo.

—Me quiero ceñir al presupuesto y si podemos ahorrarnos algunos dólares por el camino, mucho mejor —retrucó Nick—. La inversión ha sido inmensa y no quiero incrementos innecesarios.

—Ese pequeño incremento era necesario —intervino de nuevo Peter—. La página web con recorrido virtual, es un trabajo costoso y pienso que tu inversión la merece.

Mike levantó el teléfono y pidió tres cafés a su secretaria.

—No me parece que unos cuantos miles de dólares hagan la diferencia, pero lo tendré en cuenta no te preocupes —le contestó cortante y volvió al computador.

Nick todavía poco convencido del gasto, estaba intrigado por la actitud de Mike. Nunca había defendido a Lori de ninguno de sus ataques en el tiempo que llevaba trabajando para ellos y sabía que ninguno de los dos eran fáciles de llevar cuando de negocios se trataba.

—Unos cuantos dólares no hacen la diferencia, pero si empiezas a sumar gastos innecesarios sí la habrá —contestó Nick, mientras se arreglaba la corbata.

Mike y Peter iban a seguir insistiendo en sus puntos de vista, pero Nick levantó las manos y continuó:

—Sé que era necesario y que es una inversión a largo plazo. Peter, en ningún momento he puesto en tela de juicio el trabajo de Lori que ha sido magnífico. Bien, ya aclarado todo, pasemos a otra cosa.

Mike y Peter, entendían el punto de vista de Nick, que era muy concienzudo para el manejo del dinero, a Mike no le molestaba, para eso lo había hecho socio.

Entró una empleada con una bandeja donde reposaban tres tazas de café. Cada uno tomó la suya, la joven se sonrojó ante el guiño de ojo de Peter, mientras le echaba azúcar a la bebida. En cuanto la chica se retiró Mike soltó una sonrisa.

—¿Qué es eso Peter? No me digas que tu modelo de turno te tiene a dieta.

—No, no es eso, esa chica es preciosa —contestó el aludido.

—Les tengo dos noticias —señaló Nick al tiempo que dejaba la taza en la mesa.

—Habla —dijo Mike.

—Julia y yo nos vamos a casar.

—¡Felicitaciones! —soltó Peter entusiasmado.

—¡Por fin! —Mike se levantó y abrió los brazos al cielo—
¡Gracias Dios mío! Julia será mi heroína de ahora en adelante. No sabe lo que le espera y lo que yo he tenido que aguantar.

Se acercó a Nick, lo abrazó y después dijo:

—Esa es una noticia ¿y cuál es la otra?

—Julia está embarazada.

Ambos abrieron los ojos y se quedaron en silencio.

—¿Qué? Digan algo.

—¡Felicitaciones! —exclamó Mike y volvió y lo abrazó. Peter hizo lo mismo.

—Yo también me alegro —Sonrió Peter—. Hiciste la labor completa en un mes. Eso es actuar con rapidez.

—Qué va, si por mi fuera me casaba mañana, pero la mamá de Julia quiere organizar todo. Nos hizo aplazar la boda un mes —soltó Nick con el ceño fruncido y ofendido, mientras recordaba los breves

encuentros con su suegra que lo dejaban sudando frío.

—Esto merece un brindis.

Se acercó a un bar empotrado en un mueble de madera y sacó una botella de whisky y tres vasos, sus amigos se miraron sorprendidos, Mike sirvió dos tragos de licor y uno de agua. En el semblante de Peter se reveló el alivio. Brindaron por la futura boda.

—Me encargaré de la despedida de soltero, la haremos en Las Vegas —sugirió Peter, entusiasmado por la idea y dándose cuenta que la vida cambiaría para los tres de ahí en adelante, ya no más juergas de amigos, solo serían Mike y él. Sería solo él, Mike llevaba vida monacal. No bebía y en sus rollos con mujeres era muy reservado.

—Las Vegas no, Peter, no quiero dejar a Julia sola.

—Me lo imaginé.

—Amigo, tendrás que viajar por un tiempo, porque después de la boda me llevaré a Julia tres semanas a Tahití.

—Con tal de que estés en la inauguración del hotel no habrá problema —señaló Mike.

—Estaré.

Mike se alegraba de que Nick hubiera podido recuperar a Julia. Él no se imaginaba enamorado de alguna mujer, pero sabía que la familia era importante. Cuando decidiera sentar cabeza, lo haría con cabeza fría, pensaba que un matrimonio basado en el respeto, la lealtad y la camaradería sería suficiente, no había porque involucrar flechazos ni corazoncitos que lo único que traían era desengaño. Los hijos se criaban bien en un ambiente estable. El matrimonio de sus padres y la soledad de su infancia, lo habían obligado a ver las cosas de manera un poco diferente que a sus amigos. Deseaba para su vida, una mujer de carácter dulce, que adorara los niños y quisiera criarlos ella misma; que fuera una excelente ama de casa, que horneara tortas, cariñosa, complaciente. El físico no era tan importante pero la química sexual sí lo era. Tampoco pensaba pasar media vida con una mujer con la que no pudiera acostarse cuando quisiera. En ese momento le vino a la mente un cuerpo de curvas generosas y unos preciosos ojos azules. “*¡Ni en sueños,*” se reprendió Mike.

Jack Donovan recogió a Lori en su casa. Eran las diez de la mañana de un sábado de mitad de septiembre. El día estaba soleado. Donovan invitó a Lori a desayunar en *Tartine* su pastelería favorita que quedaba en el barrio La misión. Había cola cuando llegaron al lugar. Después de veinte minutos lograron una mesa. Ordenaron *croissants* de almendras y café *latte*.

Lori puso a Jack al día, sobre la reconciliación de Julia y Nick y el embarazo que tan felices los había hecho.

—Entonces el matrimonio será dentro de poco.

—Claro, por Nick se casaba enseguida, pero la madre de Julia no le ha puesto las cosas fáciles.

—Bueno, tendrán que apurarse sino quiere que se le dañe la línea del vestido de novia o que el bebé nazca en pleno altar.

Lori, soltó la risa.

—Eres un exagerado. En eso andan, esta tarde tengo cita con ella en la casa de trajes de novia para escoger el vestido de dama de honor.

La joven le dio un mordisco al pan.

—Mmmmm. —Lo soltó y se limpió con una servilleta—. Esto es el cielo ¿cometeré pecado mortal si pido otro?

—Pidamos dos más.

Jack hizo seña al camarero y ordenó otros dos *croissants*.

—Mamá dice que debo hacer dieta.

—Adele y sus comentarios, a estas alturas del partido, no sé por qué no le has parado los pies.

—Lo haré, te lo aseguro.

—Estás muy bien, además, tú nunca serás flaca de pasarela. Eres una mujer voluptuosa y bella y el que no vea esas curvas es porque está ciego. Por un cuerpo como el tuyo fue la guerra de Troya.

—Oh Jack, ojalá no fueras gay, estaría muy enamorada de ti.

—¡Ja! —Palmeó la mesa, el camarero se acercó con la segunda orden de pan—. Lo dudo, si no fuera gay habrías salido corriendo hacía mucho rato. Hemos podido ser amigos porque conmigo no te sientes amenazada. Además, no tengo demonios que combatir, querida, y esos demonios son los que le resultan atractivos a mujeres como tú.

—¿Por qué me dices eso?

—En todas tus relaciones, buscas rescatar, eres una mujer rescatadora y eso no está mal, querida, el problema es cuando dejas el pellejo en el rescate.

—Hace unos días decías que tenía una pobre opinión de los hombres.

—Y la sigues teniendo, pero no te importa, te lanzas de cabeza a ver si por fin el sapo se transforma en príncipe por obra y gracia de tu amor.

—Me quitaste el apetito. Que pobre opinión tienes de mí.

—No es para tanto —le aferró la mano—. Eres una gran mujer, inteligente, hermosa y con una inmensa capacidad de amar, aunque a veces tu gusto en colores deja mucho que desear.

Lori soltó la carcajada.

—Eso es mentira. Me gustan los colores alegres, no todos podemos ser tan sobrios como tú, que vistes como enterrador.

El turno para las carcajadas fue para Jack. Era cierto, en el vestuario del hombre primaban los colores oscuros.

—El negro es elegante y recuerda que soy diseñador, volviendo a nuestro tema, a veces dejas que los malnacidos de los que te enamoras te succionen hasta la última gota. Está bien que ayudes a tu vecina a buscar el maldito gato cuando se le refunde, que le pagues el mes de desayunos en la cafetería del barrio al limosnero que ronda tu edificio, eso está muy bien. Lo que no está bien, es que le quieras solucionar la vida a tu pareja. Créeme los hombres no lo necesitan y no es eso lo que buscan en una mujer.

—Deberías tener tu propio programa de autoayuda.

—Lo sé. Vamos a dar una vuelta. ¿A qué horas es la cita con Julia?

—A las tres.

- ¿Quieres que te acompañe?
—Ni en sueños, querido, no quiero que te burles.
—Tú te lo pierdes.
—¿Quiénes serán los padrinos?
—Peter y Mike.
—Vaya, entonces serás compañera del príncipe oscuro.

Lori le dio un puño en el brazo.

Caminaron por la calle dieciocho hacia el este. Ambos iban cómodos, Lori vestía un *jean* desteñido, manoleínas café oscuras, un suéter delgado y una chaqueta marrón. El cabello lucía sus rizos naturales y llevaba poco maquillaje, los hombres volteaban a verla. Lori poseía una innata elegancia así luciera ropa deportiva o el mejor traje de diseñador.

La situación geográfica del barrio lo hacía más cálido y soleado que el resto de la ciudad, hasta allá no llegaba la dichosa niebla. En la calle Valencia visitaron una librería de segunda y un anticuario, donde Jack encontró una cámara fotográfica de los años veinte. Contento con la compra, bajaron por la calle veinticuatro, donde tuvo origen el arte muralista de la década de los setenta y terminaron el recorrido en la avenida La Misión, donde un ambiente latino, los sorprendió. Se escuchaba salsa por un parlante ubicado en la esquina de una plazoleta, una pareja daba una demostración de salsa. Jack tomó a Lori del brazo e hicieron un pequeño baile que se ganó varios aplausos. Era una escena bohemia, que permitía descubrir el encanto de esa maravillosa ciudad, que estaba en la mezcla de culturas, lo que hacía el lugar favorito de los ciudadanos. En la tarde y antes de encontrarse con Julia, decidieron almorzar sushi en un restaurante ubicado en Union Square y que era el favorito de Lori.

Mike decidió pasar el día en San Francisco, en la noche volaría a Los Ángeles a su reunión de los fines de semana y el domingo se lo dedicaría a sus sobrinas. Tuvo junta con el arquitecto y con el distribuidor del mobiliario del hotel durante toda la mañana. Salió alrededor del

mediodía y después de deambular un rato por las tiendas de Unión Square, decidió almorzar sushi en el restaurante que le había recomendado Peter.

Lori y Jack entraron al restaurante y se sentaron en la barra. Seguían su conversación mientras miraban a los chefs preparar cada plato. Un camarero sonriente, les sirvió agua, habían hecho una buena caminata. El líquido transparente y burbujeante le recordó a Lori la sed que tenía.

Mike estaba sentado en una mesa al fondo, leía los mensajes de su *iPad* cuando una risa conocida, hizo que levantara la mirada. Era ella. Soltó un suspiro, por lo visto el monigote que la acompañaba tenía buen repertorio de chistes porque Lori no dejaba de reír, ¿sería así de bueno en la cama? Mike la encontró irresistible, quedó suspendido ante el gesto de ella de recogerse el cabello y echarlo a un lado mientras otra sonrisa afloraba, no pudo evitar tomarle una fotografía sin que ella se percatara. Podría mirarla cuando quisiera. Quería grabar para él ese instante en que la veía, tan guapa, sensual y la sonrisa; su alrededor se hacía más brillante con ese simple gesto. No sabía qué le pasaba, ¿qué era lo que la hacía especial?, sería porque la conocía desde chica y además estaba vetada para él. Había tratado de mantenerse alejado, no quería intentarlo más. Se descubría pensando en ella en cualquier momento y el hecho de trabajar juntos se había vuelto una tortura, solo imaginaba sus labios y todo lo que podría hacer con ellos y la textura de su piel. Estaba de loquero.

No percibía una amenaza en el hombre que la acompañaba, no. Él no la miraba como estaba seguro la miraba él, como fiera hambrienta, pero los celos le contraían las entrañas. Decidió actuar. Todavía no les habían servido, los invitaría a su mesa, necesitaba estar seguro de la relación de había entre ese par.

Jack y Lori quedaron sorprendidos por la invitación que les trajo el mesero a sentarse en la mesa de...

—Oh mi Dios, es tu príncipe oscuro.

Lori volteó enseguida y Mike le hizo un brindis con una copa de agua. No podría rechazarlo, trabajaban juntos, además, Peter la había llamado en la mañana a contarle lo ocurrido el día anterior en la oficina de la firma.

—Vamos a aceptar la invitación, me imagino. —Jack se puso de

pie—. Este almuerzo pinta interesante.

—Sí, vamos.

—¿Qué estás pensando, Jack Dónovan? —preguntó preocupada—. Si haces una trastada o algo que me ponga en evidencia no te vuelvo a hablar.

—¿En evidencia? Lo sabía, el cabrón te gusta. —Ante el gesto de Lori prosiguió—: No te hagas la remilgada ahora conmigo. Haré un poco de juego sucio, para ver cómo reacciona, nada más.

Lori sabía que se iba a arrepentir. Mike no le quitaba la mirada de encima mientras llegaban a la mesa. El hombre estaba guapísimo, con un *jean* oscuro, una camisa a cuadros rojos y azules y un *blazer* color arena.

La saludó de beso en la mejilla y le estrechó la mano a Jack. Los invitó a tomar asiento.

El lugar estaba repleto, era elegante y uno de los más concurridos del área de la bahía, con aspecto contemporáneo y decoración minimalista, su carta era una de las más completas en cuanto a cocina japonesa se refería. Los meseros iban y venían con platos y órdenes. Como Lori y Jack habían hecho su pedido, Mike adicionó unas líneas de maki y sashimi y otra de sushi tradicional. Hablaron del clima, de la inauguración del hotel y de las sobrinas de Mike. Lori se quitó la chaqueta, el suéter era de manga corta. Jack le pasó el brazo y empezó a acariciar la extremidad de ella de arriba abajo.

Mike no lograba apartar la vista de ese gesto. El hombre lo miraba de forma burlona, quería partirle la cara a ese cretino por manosearla como lo estaba haciendo, pero no tenía ningún derecho.

Aún.

Además, no les iba a demostrar a estos dos que estaba molesto.

—¿Cómo va tu empresa? —inquirió Mike, trataba sin éxito que se concentrara en otra cosa y soltara a Lori.

Jack no mordió el anzuelo.

—Muy bien, sacaremos una nueva línea Art-Deco en septiembre con una madera especial traída de Nueva Zelanda, sé que tendrá éxito — Jack se daba cuenta que Mike estaba furioso con él y eso lo alegró; sin embargo, lo disimulaba muy bien, Lori no se dio cuenta de nada, era un

duelo entre ellos dos.

A Mike le valía cinco si la famosa madera era traída de África, Indochina o Marte, solo necesitaba que Jack la soltara. La llegada de la comida, lo obligó a desviar el gesto. Los olores y la vista se llenaron de los aromas y colores de los diferentes platos. El mesero les sirvió.

—Se ve delicioso —Lori empezó a comer con ganas. Saboreó con gusto y cerró los ojos unos instantes mientras dejaba que aquella profusión de sabores la deleitara.

Mike suavizó su expresión, le gustaba lo que veía. No le iban las mujeres que solo pedían ensalada en una cena, y que pesaban cincuenta kilos con estaturas kilométricas. Le gustaba que comieran con gusto y sin restringirse por el hecho de tener un hombre al lado.

—Te cambio una porción, por una de las tuyas —dijo Lori a Jack.

—Claro cariño, ven, déjame alimentarte —Jack tomó con destreza el alimento con los palillos y los acercó a la boca de Lori, ésta recibió el bocado y con una sonrisa de satisfacción le agradeció a Jack.

Mike casi salta de la silla, aquello era un gesto íntimo, de pareja, para tomarlo a la ligera y se volvió a preguntar si entre aquellos dos había algo. Lori saboreó con igual gusto que el resto de la comida. Era un gesto tan sensual que a Mike se le secó la garganta. Miró a Jack con franco odio. Deseó ser él, el que le brindara todo lo que necesitaba y no solo comida. Le entró una urgencia por ser él, el que pusiera un gesto satisfecho en sus facciones, por sus proezas en la cama, en la mesa o donde quisiera. Necesitaba que lo mirara con adoración como en la juventud.

“*Vaya me he ganado un enemigo, de por vida,*” sonrió Jack satisfecho. Así que Mike siente algo por Lori. Bien, ya había puesto las cartas sobre la mesa, en ellos estaba que hicieran algo al respecto.

Ante la llegada de la carta de postres, Lori se percató que Mike estaba molesto por algo. Le preguntó que le pasaba, Mike se limitó a negar con la cabeza.

Jack lo miró con esa risa burlona que usaba siempre y ella estuvo segura que Mike quería desaparecer el gesto de un puñetazo. No entendía el por qué.

—Creo que pasaré de postre —dijo Jack—. Querida siento

dejarte, olvidé un compromiso.

—Yo tengo cita con Julia en unos minutos, iré contigo.

Mike los interrumpió.

—Vaya tranquilo, Donovan, yo llevaré a Lori donde sea que tenga que ir.

—De verdad no es necesario, son un par de cuabras.

—No importa, te acompaño, deja que Jack se vaya, comeremos postre y te dejo con Julia.

A la llegada de los postres. Lori se concentró en el plato. Era un dulce hecho de pasta de arroz, suave y cremosa con un toque de algas y frutos ácidos.

Mike se recostó sobre el respaldo de la silla y con la curva de los labios levantada, observaba a Lori degustar el manjar.

—Vas a conseguir que pese por lo menos dos kilos más —dijo ella ante su escrutinio.

—¡Qué va! Si buscas culpables, culpa a Jack, parecía feliz alimentándote y tú no rechazabas ni un bocado.

—No me pude resistir —le regaló una sonrisa.

—¿Cuánto llevas con él?

Lori se hubiera atragantado con el sorbo de agua, sino hubiera dejado el vaso en la mesa tres segundos antes.

—No tengo nada con Jack —dijo de pronto, tomó aire y siguió hablando—. Es mi mejor amigo, mi confidente y lo quiero cantidades.

Mike levantó la ceja y no contestó.

Estaba molesto y celoso por la afirmación de Lori, así no se acostara con el tipo, era una persona importante para ella.

—En un rato vuelvo a Los Ángeles, y luego iré a Las Vegas, con los preparativos del matrimonio de Nick voy a venir más seguido.

—Eres uno de los padrinos, ¿no?

—Ni modos, chiquilla, tendrás que tolerarme a tu lado durante la ceremonia.

Lori le dirigió a Mike una mirada limpia que lo hizo reír, antes de

que ella hablara de nuevo:

—Ya me he resignado.

—Más te vale —Mike quiso preguntarle si iría con alguien a la boda, pero la consideró una pregunta impertinente y no le habló más del tema.

Pidieron la cuenta y salieron del restaurante. El cielo estaba gris, la temperatura había descendido.

—Pero qué diablos... —señaló Mike. Mientras tomaba a Lori del brazo y caminaba con ella por la avenida. Hubiera podido llamar al chofer que tenía designado, pero el trayecto terminaría demasiado pronto y no estaba listo para dejarla ir.

—¿Qué pasa? —preguntó Lori.

—No sé cómo hacen ustedes para vivir en este jodido clima. Es desesperante. Sol, lluvia, vuelve el sol y después niebla y aguacero.

—No seas tan gruñón. Se llaman los microclimas y la gente ya está acostumbrada.

Se desencadenó la lluvia. Mike y Lori arreciaron la marcha. A ese paso, estarían lavados antes de llegar al primer cruce. Mike la arrastró ante el primer portal que pudo vislumbrar.

—¿Estás acostumbrada a esto?

—Sí —aunque a veces Lori deseaba vivir en un lugar más cálido con playa, brisa y sol—. Ya puedes soltarme hombre de cromañón.

El semblante de Mike se distendió y sonrió.

Mike la miró, en ese campo tan estrecho sus senos rozaban su camisa, los notó redondos y firmes, quiso tocarlos, saborearlos. Examinó su rostro húmedo, los labios rojos, seductores y aterciopelados. Se moría por probarla. Su piel era perfecta, delicada, estaba seguro que el roce de su barba le dejaría un tono rojizo a su piel. Se imaginó apropiándose de su boca y de su piel hasta llegar en medio de sus piernas, estaba seguro que sería igual de suave y apetitosa. Se puso duro de forma lenta y dolorosa. Allí tan cerca, su aroma a fresas era dulce y delicioso y estaba seguro que sería más intenso en otras partes.

No debía hacerlo, estaba en el manual de relaciones de mejores amigos y otra cantidad de razones por las que no debía tocarla, pero en

ese momento le importaron muy poco, iría al infierno y disfrutaría de cada jodido minuto. La mirada de ella se agrandó y oscureció, vio como sus manos subieron y cuando sus uñas pintadas de rojo llegaron a su pecho, ya nada más importó. Su olor se le subió a la cabeza. Le rodeó la cintura con sus manos.

—¡Al carajo con todo! —gruñó Mike por lo bajo e inclinó la cabeza, despacio, para saborear el momento y la besó.

El tacto de sus labios era suave como el algodón de azúcar. Chupó a conciencia la protuberancia de su labio superior. Iba preparado para un rechazo, pero el gemido que ella profirió, le hizo ver que estaba dispuesta. Le sujetó la nuca e incrementó la presión de su boca con lo que la obligó a abrir la boca, que invadió con la lengua. Notó el sabor dulce del postre que había degustado hacía unos minutos, junto al sabor de ella. Se sentía embriagado y sin haber consumido una jodida gota de licor. Ella entrelazó los brazos en su cuello y con un dulce gemido unió su lengua a la de él. Mike la empujó contra la pared sin dejar de devorarla, experimentaba una serie de sentimientos encontrados, como si hubiera llegado al final de un camino después de una búsqueda desenfrenada y como si ya hubiera probado esos labios. Un extraño *déjà vu* lo invadió, pero se reprendió por necio, nunca la había tocado. Lori era pura pasión entre sus brazos y Mike lo quiso todo, la apretó más a él. Ella enroscó las piernas en las suyas, sin dejar de besarlo. Pura satisfacción masculina lo invadió cuando la sintió vibrar entre sus brazos. Su erección encajaba en la hendidura entre sus piernas.

Sus sentidos se agudizaron y experimentaron una extraña confusión; escuchaba el repiqueteo de la lluvia sobre el asfalto, la gente que corría a resguardarse y el desorden de texturas increíbles que descubría segundo a segundo, la delicadeza de su piel, el calor de sus labios, la trama de su cabello y el fuego que había encendido en ella. Se sumergió de nuevo en su boca en un beso dulce y desesperado. Quería todo lo que esa mujer pudiera brindarle. Estaba perdido en el mundo sensual que esa boca húmeda le brindaba. Supo que sería cuestión de días tenerla en su cama.

El ruido del móvil de Lori atravesó la cortina de lujuria y se separaron enseguida. Mike con la respiración agitada:

—Es el tuyo —dijo.

Lori con manos temblorosas sacó el móvil del bolso.

—Hola querida, estoy a una cuadra, sí, ya nos vemos.

Dejó caer el teléfono en el bolso y su mirada dio de lleno con la de Mike.

—Esto es un jodido error.

Lori salió a la lluvia y arreció el paso sin mirar atrás.

Capítulo 7



Lori trataba de calmar el estremecimiento en los huesos, que no era por la lluvia sino por el beso que acababa de compartir con Mike. La ropa le pesaba, pero no tenía frío, estaba molesta por lo que había sentido en cuanto él le rozó la piel. Presionó los dedos contra los labios. Un beso de Mike tenía más pasión que cualquier otro encuentro que hubiera experimentado. La habría devorado viva si el sonido del móvil no los hubiera interrumpido. Por Dios, ella casi experimenta un orgasmo, soltó una carcajada nerviosa, la caja de Pandora se había abierto, no había marcha atrás. Su mente voló al recuerdo de la noche compartida, ¿cómo encarar algo que él ni siquiera recordaba? Mike la quería en su cama, eso era evidente, pero ¿y los sentimientos qué? Esta vez ella no arriesgaría su corazón a una carta como años atrás, no era tan imbécil, la madurez la había adquirido para algo.

—Lori —la saludó Julia al verla entrar en el salón calada hasta los huesos.

—Hola, perdona la demora.

Se vio en el espejo, el cabello húmedo, la ropa mojada y mirada

de desconsuelo.

—No te preocupes.

Una de las dependientas se acercó con una toalla, Lori se quitó la chaqueta que la mujer recibió.

—¿Desaparecieron los taxis de la ciudad?

—Vine andando —fue la lacónica respuesta de ella.

Entró al *vestier*, se quitó la ropa, una mujer de ascendencia oriental se la llevó y le dejó una bata acolchada de la misma calidad de la que Julia tenía puesta. Sabía que estarían el resto de tarde en el lugar. Se peinó el cabello con los dedos y salió de nuevo al salón donde su amiga la esperaba sentada en un cómodo sofá. Otra dependienta entró con una bandeja en la que reposaba una taza de té.

—¿Qué pasa? Tienes cara de haberte encontrado con un espanto.

Lori sonrió, tomó la taza humeante y declinó el azúcar.

—No es para tanto.

Lori envidió de pronto a Julia, pero era envidia de la buena, de querer las mismas cosas para ella, un amor, compromiso, hijos. Nunca se lo había planteado, estaba satisfecha con su vida hasta la llegada de Mike y el beso...

—Algo sucede, dime de una buena vez. Estás muy callada —observó a Lori y dejó la taza de té en la mesita esquinera.

—Es Mike.

—¿Qué pasa con él?

Lori soltó la taza, se levantó y caminó por la estancia. La dependienta se acercó con unos vestidos que colgaban de una percha rodante, pero ante una seña de Julia volvieron a quedar solas.

—No sé qué diablos pasa, desde que trabajamos juntos, siento que estoy en una maldita burbuja.

Lori procedió a contarle a Julia con pelos y señales los encuentros con Mike hasta el beso compartido media hora atrás.

Julia levantó la ceja, la miró de reojo y exteriorizó:

—¿Han hablado de esa noche?

Lori le devolvió una mirada sorprendida e incrédula.

—¡No! Cómo se te ocurre, me moriría de vergüenza. Le rogué sexo. Gracias a Dios no lo recuerda.

Julia levantó una ceja y chasqueó los dientes.

—No me vengas con cuentos, Lori Stuart, yo estuve allí, sufrimos juntas dos o tres semanas hasta la llegada de tu periodo. Tú deseas que él lo recuerde porque para ti no fue solo sexo, estabas enamorada de él.

Lori enrojeció. Recordó el beso y la multitud de sensaciones.

—¡Lori Stuart, aún estás enamorada de Mike Donnelly!

—¡No!

—No me mientas, te conozco y muy bien ¿Cuándo fue la última vez que saliste con alguien?

—¿A qué viene eso?

—Contesta.

—Hace algunos meses.

—¿Cuántos?

—Ocho meses o algo así.

Lori se acercó a un ramo de flores y aspiró el aroma.

—Más o menos el tiempo que volviste a ver a Mike.

—He estado ocupada, esa campaña ha sido de locos.

—Excusas, desde que apareció Mike en tu vida todos los hombres te parecen insípidos.

—¿Cómo diablos sabes eso?

—Fue lo mismo que me pasó con Nick.

—Con la diferencia que tú estabas comprometida para casarte con don aburrido.

A lo mejor se preocupaba por nada. Era un beso, un simple beso y nada más, una atracción sin resolver entre dos personas que se consideraban atractivas. “Sí y las vacas vuelan”.

Ante un gesto de Julia la vendedora entró con la percha de vestidos de dama de honor.

—Nada de colores rosados o azules, me niego a verme como un ponqué glaseado de crema rosa. Recuerda el matrimonio de Dora Parker, el novio debió suspender la boda al ver aparecer las damas de honor de color fucsia. Era una señal de lo que le esperaba al pobre tipo.

Julia soltó la carcajada.

—No todos hacemos caso a las señales.

A Julia le preocupaba Lori, esa noche años atrás fue un hito en su vida, así lo disimulara con su alegría y su eterna sonrisa. A veces pensaba que la alegría de su amiga escondía algo de tristeza. No quería que sufriera. Tenía un gran corazón y merecía un hombre excepcional.

Lori salió del *vestier* con el vestido, lo modeló ante el espejo.

—Te ves bellísima, si mamá te viera no te dejaría ponértelo, diría que me opacarías.

Lori bufó incrédula. Era un hermoso vestido de raso color beige con destellos de colores muy suaves, *strapless*, pegado al cuerpo y a la rodilla.

—Pensé que ibas a estar con Liz, estoy sorprendida, parece un general. —Sonreía Lori—. Me trajo recuerdos, pensé que los años la habían aplacado.

—Nunca —la miró con gesto resignado—. El zorro pierde el pelo nunca las mañas.

Lori se dio la vuelta.

—Gracias a Dios tu gusto es impecable.

Caviló en el peinado que se haría y los zapatos que usaría.

—Siempre, volviendo a lo tuyo ¿por qué no te das una oportunidad con Mike?

Lori soltó una carcajada, el vestido de Julia hizo su aparición.

—Más bien mídete tu vestido.

—No es broma, de pronto las cosas funcionan.

—Ya veremos —dijo Lori dirigiéndose al *vestier* para cambiarse.

Salieron casi al tiempo del probador, el vestido de Julia era perfecto y no podía estar más feliz por ella.

—¡Oh, Julia, es precioso!, a Nick le dará un infarto.

—Esa no es la idea, lo único que quiero es dejarlo con la boca abierta.

—Amiga, lo vas a dejar babeando.

—¿Tú crees? —la miraba ilusionada.

—Estoy segura.

Era un precioso vestido color blanco, pero con ligeros destellos color champaña, entallado en la cintura, los hombros descubiertos y el vuelo de la falda no era muy amplio. El velo le caía hasta los pies. Después de unas indicaciones para soltar un poco la cintura, que es lo primero que se pierde cuando se inicia un embarazo, ya Lori con la ropa seca, salieron del salón de novias a comprar lencería. Nick adoraba la lencería de La Perla y Julia quería sorprenderlo en la luna de miel con varios conjuntos de ropa interior y *negligees*.

—Vaya, vas a usar todas tus armas, por lo que veo —señaló Lori, observaba la fina prenda color champaña que tenía Julia en sus manos.

—No te quepa la menor duda —sonrió Julia satisfecha de su elección.

El sábado en la noche después de la reunión de AA, Mike salió con su grupo a la cafetería, invitó a los dos chicos y a Althea a comer. La joven estaba de muy buen ánimo, había empezado a trabajar de mucama en el Admiral de Los Ángeles y se había mudado a un vecindario sin tanto problema como Compton. Esa tarde visitó a los gemelos y los chiquillos estuvieron más receptivos con ella. Mike admiraba la lucha de Althea por sus hijos y su mente recordó que su madre no había tenido esa misma voluntad de luchar por ellos.

El domingo fue a una barbacoa organizada por Patrick, el esposo de su hermana Isabella. El día era soleado, no parecía acorde con el otoño. La familia Davenport, vivía a pocas cuadras de la casa de Mike en Malibú, en una vivienda típica de playa, con grandes ventanales que daban al mar, la decoración era acogedora y moderna, tenía un bello jardín en la parte de atrás, que su hermana cuidaba con mimo.

Había meditado desde el día anterior sobre sus sentimientos por

Lori, no estaba enamorado, pero la deseaba como hacía años no deseaba a una mujer. A raíz de su problema con el alcohol, se había vuelto muy cauto en sus relaciones con el sexo opuesto. Antes de entrar a Alcohólicos Anónimos, era un hombre que si le gustaba una mujer, iba tras ella sin contemplaciones de ningún tipo. No involucraba sentimientos, “un anarquista en el amor”, le había dicho una vez su hermana Isabella y tenía razón, le parecía un sentimiento complicado. No era material para hacer feliz a una mujer. Si no existieran los lazos que los unían, en ese momento Lori estaría en su cama, pero estaban los nexos con los Stuart, su amistad con Peter durante sus años universitarios. El hogar de Lori fue su hogar, no quería decepcionar a una familia que había evitado más tragedias en su vida.

—¡Tío Mike! ¡Tío Mike!

Dos chiquillas de nueve y doce años atravesaron la puerta, eran preciosas, aunque la de doce años llevara gafas y frenos dentales, tenía unos hermosos ojos azules, herencia del padre y cabello oscuro como la madre, la menor era muy parecida a Isabella cuando era chica. Les seguía una hermosa mujer alta y con abundante cabellera negra, muy parecida a Mike. Eran los únicos exponentes del sexo femenino con los que se sentía libre de demostrar cariño y afecto.

—Volviste a encontrar el camino. —Lo abrazó—. Casi te olvidas de nosotros.

—El trabajo ha estado de locos y más ahora con el matrimonio de Nick encima.

—¿Nick se casa? —profirió la mayor de los Davenport con mirada atormentada.

La mujer blanqueó los ojos.

—Ya, Melody no seas tan dramática, guarda el teatro para la obra de la escuela —dijo su madre.

—Es injusto, yo quería casarme con él.

—Pero qué dices, en unos años lo considerarás un abuelo —dijo Mike con una sonrisa. Recordó que Isabella ya casada y embarazada de Carole había conocido al par de amigos, no pudo evitar admirar lo guapos que eran.

Miró a su hermana con burla.

—Lo que se hereda no se hurta.

Isabella llevó el dedo a los labios pidiéndole silencio.

—Tío, vamos a la piscina —intervino la menor llamada Carole a la que le importaba cinco el matrimonio de Nick.

Carole era posesiva con su tío, lo tomó de la mano y lo llevó al patio donde un hombre, el esposo de su hermana, organizaba una barbacoa.

—Por fin llegas, no sabes lo que es estar rodeado solo de mujeres, necesitaba aumentar el nivel de testosterona de este lugar o mi color favorito iba ser el rosa.

Isabella, le regaló un beso que él profundizó. Había hablado en broma, adoraba a sus mujeres.

—Tú color favorito ya es el rosa, cabrón.

—Uy mami, hay que traer el frasco de la cocina, tío debes dos dólares.

Carole corrió a la cocina. Mike levantó las cejas sorprendido y elevó la comisura de los labios.

—¿Y eso?

—Sí, amigo —sentenció Patrick—. Es la multa por decir malas palabras.

—Eso es nuevo.

—Sí, desde que descubrí una pelea de Carole y Melody donde salieron a relucir unas cuantas —dijo Isabella, recibió el frasco de manos de Carole y lo extendió hacía Mike.

Mike puso el dinero en el recipiente. Luego se quitó la camiseta, tomó a Carole por sorpresa y se tiró con ella a la piscina. Melody lo siguió, Isabella los observaba desde una de las sillas. Nadaron y jugaron un buen rato, hasta que el apetitoso olor que expedía la barbacoa, los sacó del agua. Mientras se secaba, ella se le acercó.

—Hace meses que no llamas a papá.

Mike levantó la cara enseguida, con un brusco ademán se separó unos pasos de ella.

—¿Desde cuándo eres su recadera?

Isabella nerviosa, se mordió los labios. Recordó la vez que había visitado a Pedro Donelly y había arreglado las cosas con él, por ella misma y por sus hijas. Su padre se había casado en la treintena y habían pasado años antes de dejar a su esposa embarazada. Pedro no era viejo, pero tampoco un jovencito, era un ser humano solo y arrepentido de sus malas decisiones. Isabella sabía que era un proceso largo el perdonar a su padre la negligencia y el abandono en que tuvo su hogar, pero era un buen comienzo empezar a hacer las paces con su pasado.

—Hace mucho tiempo, Mike, no es sano que mis hijas crezcan lejos de su abuelo. —Isabella observó a sus pequeñas—. No entendían por qué no lo visitaban.

—Me lo tenían bien escondido ¿Eh? —la miró sorprendido.

Ella titubeó y habló con tono anhelante.

—Sabíamos que te molestaría, pero ellas lo necesitan y él a ellas.

La respuesta de Mike fue deliberada y dura.

—Mi padre nunca ha necesitado a nadie, solo a sus fursias.

Patrick frunció el ceño, estaban algo alejados, él no alcanzaba a escuchar lo que hablaban el par de hermanos, pero no le gustaba la pose beligerante de Mike.

—Por Dios, Mike. ¿Qué quieres que haga? —preguntó ella— Ellas quieren a su abuelo. Por primera vez en mi vida veo a mi padre vinculado emocionalmente con alguien.

Mike chasqueó los dientes y una sonrisa irónica vistió sus facciones.

—No me digas.

—Él las adora y eso ha permitido que no esté tan solo en ese mausoleo en el que vive —lo miró seria— ¿Por qué no lo visitas?

—Isabella —mover la cabeza de un lado a otro—, no sabes lo que me estás pidiendo.

—Lo sé, ya es hora de dejarlo ir. Sé que te traicionó de una manera horrible, pero lo hizo por tu bien, Rosario...

Mike soltó una carcajada irónica y con ademán de disgusto la

interrumpió:

—No sabes de lo que hablas. Ese es el único favor que me ha hecho.

Isabella se quedó callada, no quería forzar las cosas, pero tenía que hacer reaccionar a su hermano de alguna manera.

—Así no lo veas, esa es una de las cosas que te impide tener un hogar y el amor de una buena mujer.

Mike soltó otra carcajada esta vez más alegre, como si Isabella le hubiera contado un chiste.

—No le des a ese episodio una importancia que no merece. Casi nos quedamos en la calle por su incompetencia, eso sí fue relevante.

Mike se dijo que Isabella no conocía toda la verdad y no sería él el que la iluminara. Respecto al episodio al que se refería su hermana, ella estaba de viaje por Europa cuando ocurrió. Mike tenía diecinueve años e Isabella veinte. Seguro se enteró a su regreso.

—Estás en un error.

Patrick los interrumpió.

—¿Todo bien?

Isabella se acercó a su marido y le brindó una sonrisa que le sirvió para disimular la tensión entre el par de hermanos.

—Sí, mi amor, todo muy bien. Vamos a almorzar.

Mike las siguió.

—¡Qué delicia! —exclamó Isabella.

El almuerzo transcurrió en calma, las chicas amenizaron la conversación, Mike estuvo algo callado y rato después se despidió.

Ya en su casa se encerró en el estudio. Volvió a revivir lo ocurrido trece años atrás. Rosario, Rosario, repitió en una letanía llena de desprecio. Recordó las primeras vacaciones al concluir el primer año de universidad. Ella era la nieta de la cocinera de la casa, que había llegado de México en busca de una mejor vida. Se había enamorado y no le importaban sus orígenes, estaba hechizado por sus delicadas facciones, sus ojos pícaros y su cuerpo de diosa latina que le tenía las hormonas alborotadas, mayor que él dos años, se encontraban en la noche detrás de

la casa del jardinero. Recordó los primeros avances y como la chica se le resistía.

—Ten calma, pronto estaremos juntos.

Él quiso preguntar cuándo pero no se atrevió y se dedicó a cortejarla con regalos, paseos en coche y cenas en la playa, hasta que cedió, con algo de reserva y timidez, cuando él pensaba que ardería en su propio fuego si no la poseía. Pasaron un fin de semana en la casa de la familia en isla Balboa, ellos solos, la habitación poseía un gran ventanal desde el que se veía el mar. Pensó que jamás se saciaría de ella, una mujer evasiva, exótica y exquisita, que lo consumió con su ardor. Dejó de beber y decidió hacer más deporte. Le propuso matrimonio, le prometió que haría cualquier cosa por ella. Rosario no le dijo ni sí ni no. De vuelta a la casa, se encontraban cada vez que podían, la servidumbre empezó a hablar. Por su padre no se preocupaba, apenas le prestaba atención en medio de sus amantes caras y el juego.

Se sorprendió cuando lo mandó a buscar una tarde al estudio a una hora determinada. Pensaba en la mejor manera de abordar el tema de Rosario cuando abrió la puerta del estudio y encontró a su padre y a la joven besándose.

Mike dominado de manera súbita por una intensa furia, se acercó a ellos, dio un golpe en el escritorio, sus ojos relampagueaban.

—¡Quítale las manos de encima malnacido! —exclamó, pensó que su padre se estaba aprovechando de ella, pero un gesto en la cara de la mujer, le dijo que era consensuado.

—¡Qué bien, hijo! —exclamó Pedro—. Únete a la fiesta.

Mike estaba tan sorprendido, que apenas pudo pronunciar palabra. Se percató que la mujer tenía la blusa abierta y el sujetador, de abrochar por delante, colgaba a ambos lados. Se le subió la sangre a la cabeza, sus ojos volvieron a relampaguear.

—¡Eres una puta! —lanzó con desprecio. Luego miró a Pedro—. Gracias padre, está vez te superaste. Es lo único bueno que has hecho por mí en esta jodida vida.

Salió dando un portazo.

El jardinero se apiadó de él, ya enterado de lo que era *vox populi*

en la mansión, le explicó lo que de verdad había sucedido:

—Tú padre podrá ser el incordio más grande de la vida, pero en esto actuó por ti. Aunque no te niego que también miraba a la chica con ganas y ya le había hecho sus avances. Ésa era una oportunista, si de verdad hubiera sentido algo por ti, no hubiera sucumbido a tu padre. Rosario lo único que quería era salir de pobre y vio en ti o en tu padre el medio para hacerlo.

Meses más tarde, se enteró de que su padre le había dado diez mil dólares a la chica, al tiempo que la había hecho su amante durante varios meses. Eso era lo que no le perdonaba, que hubiera tenido una relación con ella después de lo ocurrido, sin tener en cuenta sus sentimientos, cuando imaginarlos juntos, le nublaban el pensamiento y le corroía las entrañas.

Con el tiempo hizo las paces con su padre pero se volvió frío y distante en su trato con él. Lo único que lo hacía sentir era Isabella, la amaba y la protegía como a nadie. Se había forjado una gruesa armadura hecha de cinismo y desamor, solo Isabella podía atravesarla. Lo ocurrido con los hoteles fue la gota que rebosó la copa y abrió aún más la brecha que existía entre los dos.

En cuanto a su vínculo con las mujeres, pensaba que Isabella se equivocaba, no se enamoraba porque no le daba la gana, no porque Rosario le hubiera hecho aquello. Los primeros años después del desengaño, tenía una pésima opinión de las mujeres, pero con el tiempo lo había superado o eso creía, había tenido unos pocos amoríos, se había encoñado un par de veces y más adelante cuando tuvo su problema de alcohol y luego el arduo trabajo con los hoteles, convirtió sus relaciones en un simple intercambio de placer, solo satisfacción física. Sí, era gentil, considerado, amable y muy generoso, siempre tomaba de ellas lo que estuvieran dispuestas a darle, no era ningún tonto, pero las despachaba sin contemplaciones de ningún tipo si le exigían algún tipo de compromiso. Ellas estaban ahí para su uso y disfrute, nada más.

Capítulo 8



Mike esperaba a Lori en la oficina de la sede de Los Ángeles a las tres de la tarde. El chofer había ido a recogerla al aeropuerto. La impaciencia por verla, hacía que tamborileara los dedos sobre el escritorio y le impedía concentrarse. No se veían desde el beso. Ya había esperado más que suficiente. Había tomado su decisión, la tendría, no había marcha atrás, pero sería honesto con ella. Le mostraría esa cara de la que no hacía mucho alarde y después rogaría porque la hermosa mujer que lo llenaba de deseo, quisiera lo mismo que él.

Se levantó y caminó por el lugar. La oficina, elegante y sobria, algunos cuadros de paisajes y viñedos italianos herencia de su abuela adornaban las paredes. Volvió a sus pensamientos, ¿qué pensaría ella de la propuesta por la que la convocó? Era un tema diferente a la publicidad de los hoteles y deseaba saber que tan receptiva estaba para aceptar el trabajo y además, necesitaba tenerla en su ambiente.

Lori nerviosa, apenas le prestó atención al trayecto y al caótico tráfico de la ciudad. No sabía que esperar a nivel personal de esa reunión, a un nivel profesional ni siquiera estaba intrigada, cubriría cualquier

frente o dificultad que se le presentara, pero volverlo a ver después del beso compartido era otra historia.

—Hemos llegado, señorita Stuart.

El recorrido se le había hecho demasiado corto. Se quitó los lentes y se dio un repaso en el espejo que sacó de su bolso mientras el chofer dio la vuelta y le abrió la puerta. El viento le alborotó el cabello, era un viernes de la última semana de septiembre, el otoño estaba en sus inicios. Entró en el edificio y llegó al piso treinta y dos. Cuando ingresó en la recepción de la oficina de Mike, la secretaria levantó la mirada y le sonrió.

—Siga, señorita Stuart, el señor Donelly la está esperando.

Lori vaciló unos momentos antes de entrar, tranquilizó las pulsaciones y aligeró la piedra alojada en el estómago. Al ingresar al recinto se permitió unos momentos para embeberse en su imagen. Mike Donelly era un hombre de un fuerte atractivo. Decir que no se sentía atraída era una gran mentira y no acostumbraba a mentirse a sí misma. Se acercó a ella con su sonrisa ladeada y paso firme y elástico. Le dio un beso en la mejilla que Lori sonrojada respondió. Por Dios, parecía una estúpida quinceañera, se reprendió, solo le faltaba babear. El hombre lucía elegante como siempre y olía muy bien.

Mike deslizó la mirada por su cuerpo, con evidente interés. Lori llevaba un traje ejecutivo color beige con blusa de seda oscura.

Mike puso la mano en la espalda y con gesto posesivo la invitó a que se sentara.

—El tema por el que te convoqué no tiene que ver con la campaña de Admiral, pero está relacionado conmigo —la vio levantar la ceja algo confundida, Mike continuó—: Hay un centro para jóvenes, en un sector deprimido de la ciudad del que soy benefactor, queremos atraer gente para hacer crecer el proyecto y por eso convoqué tu ayuda.

Lori se revolvió en la silla más sorprendida a cada minuto que pasaba. Mike elevó la comisura de los labios en un amague de risa burlona.

—Sí, el ogro tiene su corazón.

—Siempre lo he sabido. Aunque también sé que cualquier obra de

caridad que desees hacer significa menos impuestos para tu firma.

Mike la traspasó con la mirada. Se puso de pie y se acercó a ella, se recostó en el filo del escritorio y se metió las manos en los bolsillos.

—En este caso, no lo es. La firma no tiene nada que ver, es un proyecto que quiero que conozcas y nos brindes tu ayuda, pagaré de mi bolsillo.

Lori estaba avergonzada, no quiso sonar tan dura y sarcástica con él. Mike era un hombre decente, un hombre bueno. Debía dejarlo de medir con el rasero que le había impuesto años atrás.

—Discúlpame, son pocas las personas de tu estatus que se preocupan por lo que sucede fuera de su esfera

—Mi esfera es amplia, Lori. Algunas cosas han sido elegidas y otras me las ha heredado la vida.

—¿Por qué nuestra empresa? Hubieras contratado a alguien de aquí.

—Sí, hubiera podido hacerlo, pero no quiero, quiero que seas tú.

—Querrás decir la empresa que manejo con mi hermano. Yo soy una empleada.

—Repito, quiero que seas tú, no quiero a Peter en esto, es algo que manejaremos tú y yo.

—Das muchas cosas por hecho, Mike. —Él iba a revirar, pero Lori lo interrumpió—. Tengo otros compromisos aparte de la campaña Admiral, estoy muy ocupada.

—Sé qué clase de mujer eres, Lori, el dolor y el deseo de ayudar no te es ajeno.

—¿Cómo lo sabes? Apenas me conoces.

—Lo sé. No te lo habría pedido de no saberlo.

Además, estaba su motivo egoísta, era un hombre manipulador y no se disculparía por ello, estaba acostumbrado a salirse con la suya. Era la única forma de saber si podría entablar una relación con ella. Sin ataduras claro. Sonrió para sus adentros, se estaba tomando muchas molestias por una mujer, hacía años no le pasaba, con Lori afloraba su instinto de cazador y haría lo que fuera por ver esa estupenda melena

desperdigada en la almohada de su cama.

—Bien, dime qué quieres hacer.

Mike desvió la mirada a sus labios. El tono en el que pronunció las palabras lo llevó a imaginársela desnuda entre sus brazos y la mirada entregada le hizo tensarse de pronto. Era un hombre dominante en todos los aspectos de su vida y con ella presentía sumisión en la pasión. Se obligó a pensar en otra cosa.

—En este momento quiero una cosa por encima de las demás —se saboreó los labios en un gesto carnal, que hizo que Lori se rebullera en su silla—, pero hasta no tener ciertas certezas, no haré nada al respecto.

Lori supo que hablaba de ella, se inquietó y decidió llevarlo por la línea del trabajo de nuevo.

—¿Cuándo conoceré tu proyecto?

—Empezaremos hoy en la noche, necesito que me acompañes a un lugar. Mañana iremos al centro de jóvenes.

Hablaron unos minutos demás y después de decirle que la recogería en el hotel a las siete y que se vistiera informal, se despidieron.

Lori se hospedó en una suite de hoteles Admiral y después de deshacer el equipaje y contestar varios correos de trabajo, se dedicó a arreglarse para la noche. Escogió un pantalón vaquero claro, botas negras y suéter de lana azul oscuro. Mientras esperaba a Mike se dedicó a charlar con Jack por WhatsApp, la invitó a comer esa noche.

“No puedo cielo, estoy en Los Ángeles”

“Me imagino que estás reunida con Minka Dobson”

Jack se refería a la diseñadora de zapatos, a la que la empresa de publicidad le manejaba un portafolio de servicios. La joven diseñadora había empezado con un pequeño negocio, pero la calidad de su trabajo y el asesoramiento de Lori habían abierto cantidad de puertas y ahora poseía varias boutiques de calzado en California. Era una de las campañas de la que más orgullosa se sentía, Jack las había presentado hacía nueve meses”

"No querido, no es con ella la reunión, aunque mañana me reuniré en su empresa antes de volver a San Francisco"

"???????"

"Reunión de trabajo con Mike"

"Vaya" Emoticones sorprendidos.

Lori procedió a explicarle lo acontecido en la reunión.

"¿Intentó besarte otra vez?"

"No, cómo se te ocurre, la reunión transcurrió como si lo del beso no hubiera ocurrido."

"¿Y cómo te sentiste?"

"Normal."

Aunque era mentira, se había desilusionado un poco porque quería que insistiera. Ella lo deseaba, pero esta vez, él tendría que dar los primeros pasos para la conquista. Procedió a relatarle el nuevo trabajo que Mike le había ofrecido. La charla se interrumpió cuando tocaron a la puerta y un botones entró con un ramo de orquídeas color rosa. Le dio una

propina al joven y en cuanto se quedó sola abrió el pequeño sobre donde venía la tarjeta.

“Gracias por estar aquí, y por querer conocerme un poco más. Significa mucho para mí. Este color me recordó tus mejillas cuando te sonrojas, te hace auténtica.”

Tuyo,

Mike”

Lori escribió enseguida a Jack.

“Acabo de recibir un ramo de orquídeas rosado, es precioso.”

“Déjame adivinar, el príncipe oscuro. ¿Qué dice la tarjeta?”

Lori le tomó fotografía al ramo y la tarjeta y se lo envió enseguida.

“Mierda. Es una declaración de intenciones jajajaja. Te envió la flor erótica por excelencia y pues el color indica que quiere sexo. Aunque el contenido de la tarjeta es algo simple y cursi. Se nota que no está acostumbrado a cortejar.”

“¿Cómo diablos sabes tú eso?”

"Soy gay pero sigo siendo hombre jejejeje. Es buen momento para que dejes las cosas claras, si no deseas nada con él."

"No sé, Jack, estoy algo confusa. Ya no estoy para juegos y amores de adolescencia."

"¿Quién habló de amores? Y para juegos estamos todos, no te lo tomes tan en serio. Disfruta un poco de esa belleza de hombre que estoy seguro sabe cómo hacer sentir a una mujer."

Lori blanqueó los ojos.

"Necesitas salir con alguien Jack. Estás mal de la cabeza, necesitas compañía y urgente".

"Jajajaja. Habló la mujer que hace más de un año no se echa un polvo, yo por lo menos lo hice hace poco."

"No necesitas recordarme mi ausente vida sexual, muchas gracias."

El teléfono de la habitación sonó, Lori contestó, de recepción le anunciaban que el señor Michael Donelly había llegado y la esperaba. Sintió un vuelco en el estómago.

Lori se despidió de Jack a lo que éste contestó.

“Pórtate mal y pásala bien. Hazlo por mí.”

Cuando Mike habló de vestirse informal, pensó que era para ella, pero al verlo con su pinta de chico motero malo, el cuerpo le ardió. Con *jeans* gastados y ajustados, camiseta blanca y chaqueta de cuero típica de motero, era perfecto. Le resultó difícil controlar la sensación que la invadió, se obligó a respirar de manera pausada cuando Mike con su sonrisa de la casa, llegó hasta ella. Le devolvió el gesto.

—No te veía vestido así desde tu época universitaria —dijo ella por decir cualquier cosa.

Mike frunció los hombros.

—Visto así a menudo.

Ya a la salida del hotel Lori reparó en la Harley reluciente y el par de cascos. Había anochecido y el clima había descendido unos cuantos grados, Lori se arropó aún más con la chaqueta.

—Vaya —articuló sorprendida—, no recordaba que montabas.

—Monto siempre que puedo —le contestó con un tono de voz indecente, la miró de arriba abajo con hambre y volvió a aparecer ese gesto carnal que hacía con su lengua al repasar los dientes con ella, provocándola. Lori le sostuvo la mirada durante un rato hasta que no pudo más y la desvió.

—Gracias por las orquídeas, no te hubieras molestado.

Mike se rio en voz baja. Le entregó el casco, mientras su mirada vagaba por su cuerpo, satisfecho con lo que observaba. El *jean* ajustaba a la perfección la curva de su trasero, el pecho sobresalía así estuviera disimulado por el suéter y la chaqueta. Se imaginó el color de sus pezones y estuvo seguro que eran la fantasía de cualquier adolescente. El viaje hasta Compton sería una tortura.

La piel de Lori se erizó cuando Mike la rozó y revisó que el cierre del casco de ella hubiera quedado bien ajustado. Empezaron el recorrido por las calles de Los Ángeles que estaban atestadas al ser viernes en la noche. Mike montaba como un experto. Empujaba la máquina con potencia. Se notaba que conocía la motocicleta, la respetaba y la manejaba con habilidad y maestría. En poco tiempo se comió kilómetros

de carretera. Lori aferrada a su espalda, al comienzo estaba algo tensionada, pero a medida que pasaron los minutos, se relajó, se pegó más a él y disfrutó la travesía. Hacía años que no montaba en moto.

Mike frenó en el parqueadero de la iglesia, ya había varios autos en el lugar.

—Llegamos.

Lori espero a que él apagara la moto, se quitó el casco y se revolvió los cabellos, una chispa de emoción poblaba el color de sus ojos. Había disfrutado el viaje.

Mike estaba nervioso, se bajó de la moto y no le dirigió más la palabra. Apoyó la mano en su espalda y entraron a la casa. El pasillo, de cuyas paredes colgaban afiches y avisos, olía a limpiador de piso. Mike con el ceño fruncido la guiaba a uno de los salones de la estancia. Lori sonrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Mike, al ver que Lori no lo despintaba ni un segundo.

—Nada, en este ambiente pareces un forajido del viejo oeste.

Mike le destinó una mirada, que Lori estuvo segura, si hubieran estado solos, la habría besado. Saludó con un gesto de manos a unos jóvenes en la entrada. Abrió una puerta con el logo del grupo pegado en la madera. Cuando entraron al salón, el corazón de Lori se disparó. La distrajo un hombre de ascendencia latina y hermosos ojos verdes que se acercó a saludar.

—¡Cabronazo! No sabía que venias.

Mike lo saludó con un abrazo.

—Llegué ayer de Las Vegas.

Lori permaneció en un segundo plano mientras los amigos se ponían al día en novedades. Lucas miró a Lori y le sonrió.

—Hola, eres bienvenida y ya que este hijo de perra no nos presenta soy Lucas Escamilla.

El hombre le dio la mano a Lori que le devolvió el saludo.

—Mucho gusto, Lori Stuart.

Lucas la invitó a tomar asiento, le ofreció algo de beber, ella

rehusó con una sonrisa. Se alejaron y siguieron la charla.

Lori observó que era un hombre atractivo, lo que le llamó la atención fueron sus ojos de un verde profundo, mirada tierna y vivaz. Irradiaba confiabilidad y ausencia total de cinismo, ese que a Mike le sobraba, su mirada y aspecto eran los de un hombre al que las luchas y la resiliencia habían convertido en alguien comprensivo y bueno. Lori no tenía muy claro todavía cuál era el motivo de estar en aquel lugar pero lo suponía y no quiso conjeturar más o se pondría a llorar. Tenía muchos interrogantes y esperaba que Mike los respondiera todos. Vio como él saludó a una jovencita morena de bellos ojos, con preocupación y afecto y a otros dos muchachos en la veintena. La gente allí reunida compartía un pasado en común. Recordó la nota que Mike le había enviado con las orquídeas “gracias por querer conocerme un poco más”. En el salón había una docena de personas. Llegaron tres personas más. De pronto se hizo silencio. Mike con paso decidido, se ubicó al pie del atril, tomó el micrófono y empezó a hablar. El tono de voz firme, acerado y la certeza de que lo que iba a escuchar cambiaría muchas cosas, la sumió en el mutismo, pero estaba alerta a cada gesto y palabra. Fijó la mirada en él y se dedicó a inspeccionarlo. El cabello lucía revuelto después de quitarse el casco, tenía el ceño fruncido, la sombra de barba a esa hora le daba aspecto varonil, y las manos aferradas al atril como si estuviera nervioso, pero tenía una fuerza o fortaleza interior que lo ponía por encima de los hombres que había en el lugar. Sería un honor y un motivo de orgullo tener el corazón de Mike, la mujer que lo lograra, se llevaría un gran premio.

—Buenas noches. —Todos respondieron al saludo—. Vamos a empezar con la oración de la serenidad: Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las cosas que puedo y la sabiduría para conocer la diferencia; viviendo un día a la vez. Me llamo Michael Donnelly y soy alcohólico.

Capítulo 9



Mike sacó una moneda del bolsillo de su chaqueta, la levantó y la mostró a los presentes.

—Llevo cuatro años sin beber una gota de alcohol. —Se escucharon suspiros y comentarios entre dos mujeres que estaban sentadas en las últimas sillas. Mike continuó con la mirada fija en los presentes, de vez en cuando destinaba vistazos a Lori que había quedado estática—. Empecé a beber a los dieciséis años. Mi madre murió cuando tenía doce años, era alcohólica y depresiva. —La mirada se le ensombreció—. Vivía alejada de nosotros, casi todo el día la pasaba en su habitación bebiendo. “Dame un momento cariño” fue la frase más escuchada en nuestra niñez. No supe si su manera de beber era porque mi padre nunca estaba o mi padre nunca estaba porque ella bebía, lo cierto es que éramos dos niños, mi hermana y yo, jugando solos o en compañía de la servidumbre. Bebía en el instituto y después en la universidad. Iba embriagado a clase. Mis profesores nunca lo notaron. Cuando me gradué de la universidad y tuve que enfrentar una serie de responsabilidades, el alcohol era lo único que me ayudaba —señaló con los dedos entre comillas—, a soportar el estrés laboral. Negaba tener problema alguno con la bebida, insistía en que tenía

el control y podría dejarlo cuando yo quisiera. Pensé que había aprendido a controlarlo, porque consumía más y no me embriagaba. Empecé a notar que al día siguiente de haber bebido no recordaba lo ocurrido la noche anterior y me di cuenta que me ocurría de forma esporádica desde que estaba en la universidad y después aumentó la frecuencia —le dirigió a Lori una mirada penetrante que ella le sostuvo sin pestañear—. Todo cambió el día que me levanté a las ocho de la mañana en una habitación de un lugar que no conocía y en compañía de dos prostitutas. No utilicé condón y duré meses con la angustia de haber contraído alguna enfermedad. Me di cuenta que si bien no había tocado fondo, la relación con mi hermana no era la mejor y que tenía problemas que resolver con mi empresa. Cientos de familias dependen de mí y de mis acciones. Mi familia, la que me queda, me necesita en mis cinco sentidos. Tengo dos sobrinas que adoro y por nada del mundo dejaré que mi enfermedad les llegue. Vengo a este sitio, porque aquí fue donde tomé la decisión después de un largo paseo y de conocer el trabajo de Lucas y del padre Gregorio. Todos estamos unidos por un problema común: el alcoholismo. Esta reunión es importante y es trascendental saber que no estamos solos y que el compartir con otras personas y ayudar, nos permite mantener la sobriedad. Es difícil dar el primer paso, los comienzos no son fáciles y el problema con nosotros los alcohólicos no es la segunda, la tercera o la cuarta copa, es la primera copa la que ya nos genera la cadena que nos lleva a perdernos en el alcohol. No es fácil aprender a ser sobrios por convicción. Entonces, mis amigos, la decisión está en cada uno de ustedes —alzó la moneda, para que la vieran todos los presentes—. No tenemos por qué sentirnos degradados o diferentes, somos guerreros en constante lucha, mis amigos. ¡Adelante!

Todos aplaudieron, Lori escuchó el relato con el semblante congelado, la tribulación la invadió a medida que Mike contaba sobre su enfermedad. Su corazón lloró de pena por el niño abandonado que había sido y por el adolescente solo y confundido que había percibido años atrás. Entendió muchas cosas y supo que no podía culparlo por lo ocurrido hacía siete años. Si Mike hubiera estado sobrio, no habría ocurrido nada esa noche. Era un hombre que había viajado al infierno y como buen guerrero, salido victorioso de la contienda.

La reunión duró un rato más, otra persona habló y después, Lucas dio varios avisos de actividades que se realizarían en los próximos días en

la comunidad.

Al terminar, Mike se acercó a ella con expresión inescrutable. Lori le sonrió, quiso abrazarlo y consolarlo por sus penas, quiso arroparlo con sus sentimientos, quiso entrar en su corazón y con su calidez de mujer sanarlo de todo lo que aún lo atormentaba. Pero no era el momento, saldría corriendo. Se limitó a abrazarlo, Mike enseguida la aferró a él.

—Eres un valiente —dijo sobre su pecho.

Mike la soltó poco a poco, le aferró el rostro con las manos.

—Tenías que saberlo.

En ese momento Lucas se acercó. Estaba complacido por Mike, por la manera en que se miraban esos dos, estaba seguro de que no era un ligue pasajero. Además nunca había visto a Mike acompañado de alguna mujer y sabía que no era ningún santo. Era la primera mujer aparte de Isabella que había traído a ese lugar. Debía ser alguien especial, irradiaba amabilidad y clase.

—Mike me comentó que te ofreció el trabajo de la publicidad del centro de jóvenes.

Lucas le explicó con evidente entusiasmo, los servicios que ofrecería la obra. Le habló de estadísticas, de la población a la que iría dirigido el servicio comunitario y de los planes inmediatos.

—Mañana iré a conocerlo y a hacerme una idea de lo que podríamos trabajar.

—¿Ya aceptaste entonces?

Mike la miró sorprendido.

—Sí, me encantará trabajar en tu proyecto, Lucas.

—En nuestro proyecto —señaló Mike—. Vaya, tienes más poder de persuasión que yo.

—No te quepa duda —contestó el aludido.

Mike hizo un gesto obsceno con el dedo medio, Lucas le contestó con una retahíla de palabras en español, Lori estuvo segura eran obscenidades.

—Por favor Lucas —expresó Mike en tono burlón—, hay una

dama presente.

En ese momento se acercó la joven que a Lori le había llamado la atención.

Mike la tomó por los hombros en un gesto afectuoso y le presentó a Lori.

—Te presento a Althea Banks. Soy su padrino.

Así que esta era la mujer con la que Mike hablaba el día de su cumpleaños.

—Mucho gusto, Althea, soy Lori. —Una mezcla de emociones entre las que el alivio fue una de ellas, pobló su semblante—. ¿Qué es eso de padrino?

Althea llevó a Lori a la mesa donde estaba el café y el agua. Lori se sirvió una taza y la chica tomó un botellín de agua.

—Un padrino es una persona que escogemos cuando entramos al programa. Mike es una persona confiable y se toma su sobriedad muy en serio, está totalmente adherida a su vida. Vive pendiente de mí y siempre contesta mis llamadas. Me ha ayudado mucho. ¿Eres su novia?

Lori negó con la cabeza mientras sorbía su café. Por la manera en que le devolvió la mirada, estaba segura que la chica no le creyó. Vio a Mike hablar con los dos jóvenes.

—Mike también es padrino de ellos.

—Qué bien.

—Mike sabe de todo, adivina mi estado de ánimo con un simple hola.

Mike llamó a Althea y los tres jóvenes se reunieron alrededor de él. Lori se dedicó a curiosear por el lugar. La reunión de Mike duró cinco minutos. Se despidieron de los que quedaban en el salón. Lucas se acercó, le dio unas palmadas en el hombro a su amigo y le dirigió a Lori una afectuosa mirada.

—Me alegra haberte conocido, los espero mañana.

Salieron al parqueadero. Mike se metió las manos a los bolsillos.

—Lucas y tú son muy parecidos, son estupendos guerreros.

—No, no nos parecemos en nada, Lucas es diferente, es un

hombre sin pizca de cinismo.

—Ambos son hombres decentes.

—Eso sí, pero somos diferentes, él es un hombre especial, extraordinario, tiene un corazón de oro. Se graduó de Stanford con matrícula de honor.

—Vaya, es un hombre humilde. Un redentor de tiempos modernos. Me cayó muy bien.

Al llegar al sitio donde estaba estacionada la moto, Lori le acarició la mejilla.

—Estoy orgullosa de ti Mike. No es fácil superar lo que tú has superado y además, desnudar tu alma ante una veintena de personas.

Mike tomó su mano y la besó. No estaba acostumbrado a los gestos cariñosos de las mujeres, se las sacudía enseguida, pero con ella, era como si necesitara de su roce. Tenía unas ganas inmensas de probar sus labios otra vez, de tocarla, de olerla.

—Es la manera que encontré de dominar mis demonios, *principessa*.

Esta vez Lori no le dijo nada por el apelativo utilizado.

—Buena manera de hacerlo.

Lori tomó el casco que él le ofreció.

—Vamos a cenar. ¿Qué quieres comer?

—Cualquier cosa.

—Conozco un restaurante de comida italiana.

—Me encanta la comida italiana, vivo en un barrio italiano, estoy segura que en vidas anteriores fui italiana.

—Ah, ya entiendo.

Lori levantó una ceja.

—¿Qué?

—Esa atracción que siento por ti, de pronto en otras vidas fuimos amantes en Italia —la miró con su sonrisa y mirada cargada de sensualidad—. ¿Te lo imaginas? Apasionados, lujuriosos, calientes.

—¡Ja!

Se montaron en la motocicleta. Lori invocó esas imágenes de los dos en alguna villa italiana perdidos en una tórrida relación. Se obligó a calmarse. Llegaron al centro de Los Ángeles a un lugar apartado de todo y que parecía más una bodega.

—No te dejes engañar, su fachada no puede ser gran cosa pero te aseguro que la comida es de lo mejor.

El interior del restaurante, era una típica bodega reformada que recordaba los almacenes de la década de los cincuentas, con paredes de ladrillo rojo, techos altos desde el que se desprendían lámparas minimalistas que adornaban cada mesa. Había una terraza, pero desistieron por el frío. Ambiente desenfadado y ruidoso. Mike había hecho la reserva más temprano aparte de que era muy amigo del chef.

Se sentaron y ordenaron una botella de vino. Lori no quería beber delante de Mike, pero este le dijo que no tenía problema con ello y que además para la comida que iban a degustar, debería hacerlo con un buen vino. Ella que podía disfrutarlo, lo hiciera sin pena. Mientras inspeccionaban la carta, el camarero se acercó con un cestillo de pan y una bandeja de antipastos. Mike tomó un panecillo y le untó con antipasto de champiñones y lo roció con aceite de oliva. Le ofreció el bocado.

—¿Puedo o es solo prerrogativa de Jack?

La observó con un ardor feroz.

Lori blanqueó los ojos. Otra vez Jack, por el tono en el que pronunció su nombre, su amigo no era de sus afectos. Decidió ignorar el comentario. Algo en el aire echaba chispas, seducía y envolvía, al menos en la mente de Lori. Asumió el hecho de que le atraía hasta el punto de querer llevárselo a la cama enseguida. Se preguntó si lo que sentía estaba escrito en su cara. En tono de voz ronco le contestó:

—Adelante.

—A ver *principessa* abre esos apetitosos labios para mí.

El tono en el que pronunció las palabras hizo que sus muslos se cerraran en un movimiento involuntario al experimentar excitación y la humedad. Recibió el bocado de manos de Mike, el sabor del pan con las especias se derritió en su boca. La sensación con Jack cuando le recibía algún alimento no tenía nada que ver con está emoción que le incendiaba el estómago. Era poder y dominación, lujuria y placer.

Él aprovechó para pasar su dedo por el borde de los labios. La función del labial era la de pensar en sexo, caviló Mike, labios húmedos y exuberantes, dispuestos para besarlos, para lamerlos, para... De pronto, se imaginó deslizando su mano por debajo de la mesa, para eso ella tendría que tener una falda o vestido, le acariciaría los muslos, le apartaría la ropa interior y tanteando entre sus piernas, insertaría un dedo en su interior, mientras le ordenaba que se mantuviera tranquila y siguiera con su cena. Retiró el pulgar de sus labios, carraspeó nervioso y agradeció la llegada del mesero con la botella de vino y el par de copas, Mike declinó el uso de la suya.

—Tienes una piel muy suave y perfecta.

—Ya me los has dicho —contestó ella, sin dejar de mirar la carta.

Mike también observaba la carta distraído en sus pensamientos. Decidió ponerla un poco a prueba. No tenía ni idea de por qué lo hacía, pero lo cierto es que Lori era una mezcla desconcertante de femineidad, gracia y agudeza mental que hacía que se sintiera lanzado y un poco ebrio y eso que no había tomado una jodida gota de alcohol.

—Las berenjenas asadas son una delicia y ese comentario es lo más decente que puedo decirte de todo lo que cruza por mi mente.

Levantó la vista sorprendida por su osadía. Mike no se andaba por las ramas, eso era seguro. Lori decidió tomar el toro por los cuernos.

—¿Qué deseas Mike? Quiero que seas claro.

El mesero interrumpió, tomó la orden. En cuanto se alejó, Mike bajó su voz hasta un susurro y se inclinó sobre ella.

—Te deseo, quiero tenerte en mi cama —bajó una mano a su pierna y acarició su rodilla—. Darte el placer que no encontrarás en otro lado, sueño con tu olor, tu sabor, con enterrarme duro y profundo dentro de ti.

—¡Mike! Por Dios, estamos en un lugar público no es momento de hablar de eso.

—¿Por qué? ¿Quién lo dice?

—Mike...

—El instrumento sexual más importante es el cerebro —sonrió ladino—. Conozco el poder que tienen las palabras calientes en el cerebro

de una mujer. Soy un hombre exigente en el sexo, Lori, es mejor que lo sepas. Eres una mujer adulta y muy sensual. —La imagen de Lori saboreando lo que él le brindaba, era la imagen más erótica que había visto nunca—. No soy promiscuo, cuando estoy con una mujer me dedico solo a ella. Tendrás todo el sexo y el placer que quieras.

—Das muchas cosas por sentado.

El tono remilgado de ella, hizo que otro sorpresivo ataque de lujuria hiciera aparición.

—Nos atraemos, Lori y el paso siguiente es entablar una relación.

Lori decidió que era momento de cambiar de tema. Le pidió a Mike que le relatará la historia del restaurante, se sorprendió cuando le contó que un matrimonio de chefs eran los dueños del lugar. La pareja joven y talentosa, habían dado vida a un estupendo negocio.

El mesero se acercó con los platos humeantes y una profusión de olores y sabores inundó el pequeño espacio. Pulpo a la plancha con verduras salteadas, selección de carnes curadas, pasta a las finas hierbas en salsa cremosa, berenjenas asadas.

Lori mordió una de las berenjenas, el sabor fresco y crocante hizo que soltara un gemido de puro placer.

—No entiendo cómo puede alguien perderse de esta delicia servida de manera muy bella.

Los labios de Mike se torcieron en una sonrisa muy sensual y tuvo que ajustarse de nuevo los pantalones. No pudo evitar otro de sus picantes comentarios.

—Estoy de acuerdo, las cosas hermosas deben disfrutarse. No saborearlas es un crimen.

Lori captó el doble sentido de las palabras y aunque la excitación endureció sus pezones, no iría por ese camino.

—¿No podemos disfrutar esta cena tocando temas más mundanos? Háblame de tu vida aquí en Los Ángeles, de tus sobrinas.

—Cobarde.

—No es eso, es que esta cena bien merece ser disfrutada y con tus temas de conversación es algo difícil.

—Sí, te entiendo, dan ganas de salir corriendo y disfrutar de nuestras tórridas fantasías.

Lori soltó la carcajada y el rostro de Mike se iluminó. Deseaba esa risa en las cuatro paredes de su habitación, entre sábanas enredadas.

—Tus tórridas fantasías.

—Lo que sea —soltó otra risa—. Come, te dejaré en paz.

La cena fue un momento delicioso con Mike relatándole anécdotas de sus sobrinas, Lori disfrutó con el comentario del enamoramiento de Melody por Nick y su reacción al matrimonio con Julia. Las adoraba y se preguntó por qué no tenía su propia familia. Al postre volvió a tocar el tema inconcluso.

—¿Por qué no estás casado?

Mike alzó la copa de agua, bebió un trago, se limpió con la servilleta antes de contestar.

—Vivo para mi trabajo. La familia es importante y por ahora con mi hermana, mi cuñado y mis sobrinas me basta.

—¿Qué pasa con el amor, Mike? —la pregunta voló sin siquiera pensarlo mucho, el vino le había aflojado la lengua y se mortificó por ello.

—Creo en la amistad, la lujuria, la camaradería. Disfruto de todas ellas, el amor es un invento de algún cabrón que no tenía nada que hacer.

Lori aferró la copa de vino y bebió un sorbo para pasar el sinsabor que le había dejado la declaración de Mike. Su confesión le molestaba, ella vivía enamorada del amor. Creía en el con esperanza ciega, así su vida de amores y desamores no fuera lo que ella hubiera soñado. Quería saber más de Mike, indagar en su psique, en sus sentimientos.

—Hablas de una relación entre nosotros, pero no sé cuáles son tus sentimientos, además, trabajamos juntos y pienso que eso puede ser un problema. No acostumbro a entablar una relación con personas de mi entorno laboral y ahora vamos a estar más unidos con el nuevo proyecto.

—Esto no se trata de trabajo y lo sabes bien. Es solo una casualidad *principessa*, no somos desconocidos, si nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias, la atracción sería también visible. En

cuanto a mis sentimientos, te ofrezco una amistad honesta, compañía. No regalo te amos y no vendo futuros, pero tendrás el mejor sexo del mundo, te lo aseguro.

—Te tienes mucha confianza.

—Por supuesto.

Mientras Mike cancelaba la cuenta, Lori experimentó la necesidad feroz de que Mike se enamorara de ella. Ser la mujer que lograra sacarlo del desapego emocional que sentía, ser ella la que hiciera latir su corazón. Era una tentación demasiado grande y le vinieron a la mente las palabras de Jack *“Te lanzas de cabeza a ver si por fin el sapo se transforma en príncipe por obra y gracia de tu amor.”* Las dejó de lado. Era hora del desafío.

Salieron del restaurante, eran casi las once de la noche. El parqueadero estaba solo. Antes de ponerse el casco, Lori tomó del brazo a Mike.

—Tendré que pensarlo.

Arqueó una ceja y sin dejar de mirarla, la hizo retroceder hacía un poste de concreto que separaba el lugar donde estaba la motocicleta y el espacio libre de un auto. Su espalda chocó contra la pared. Con los brazos a lado y lado de ella, le tocó el rostro con los labios.

—Parece que habrá que persuadirte de otra manera. No quiero que pienses. —El cuerpo de Lori le respondió, sonrió para sus adentros—. Quiero que sientas.

Con una mano le sujetó el cabello por detrás y con la otra, la mandíbula. Se inclinó hacia ella y tomó su boca. La obligó a echar la cabeza hacia atrás, deseoso de probarla y decidido a devorarla, deslizó la lengua entre sus labios. Un gemido por parte de ella, lo apresuró aún más. Se abrió paso hasta el interior y se dedicó a explorarla.

La lengua insaciable hacía diabluras en la boca y la índole de Lori que sintió los pezones erguidos y le arreció la tirantez entre las piernas. El beso de Mike, hablaba de experiencia y de destreza. Le acarició la cadera y reptó hasta la cintura por debajo del suéter, la acercó más, otro gemido salió de su garganta al ser patente la erección. Había recibido muchos besos y caricias pero la excitación que experimentaba era diferente, era una necesidad cruda y visceral que estaba relacionada solo con Mike. Dejó

de lado cualquier pensamiento racional y como él le había dicho, se dedicó a sentir. Lori se olvidó de que estaba en la calle en un lugar desierto con la noche como testigo.

Mike estaba incendiado, la saboreó como quería, estaba seguro que la devoraría hasta el final. No esa noche, pero lo haría como que se llamaba Michael Donnelly. Su aroma a fresas tan de ella, su aliento dulce penetró su conciencia y posó las manos en sus pechos por encima del sostén. Empezó a acariciarla hasta que metió la mano dentro del sujetador y llegó a los pezones. No aguanto más y con la respiración agitada, dio gracias a Dios, que la prenda se abrochara por delante, la soltó liberando sus pechos, la miró sorprendido, eran bastante llenos, más de lo que había imaginado, de pezones gruesos de un delicado rosado, pasó saliva y los chupó.

Lori estaba muy excitada, trataba de respirar, pero lo hacía con dificultad, una marea de estremecimientos la asaltó al percibir las nuevas caricias. Se acercó más a él y se refregó a punto de tener un orgasmo.

Mike, no imaginó que fuera así, no quería desprenderse de esa parte del cuerpo, pasaba de uno y a otro queriendo abarcarlos a los dos. No acostumbraba a actuar como adolescente en celo. Hacía años no le ocurría algo así.

—Hueles delicioso —dijo en un susurro ronco y espaciado—. Me tiene loco tu aroma.

El ruido de risas de un grupo de gente, penetró en la mente de los dos y se separaron enseguida. Lori se ajustó de nuevo la prenda ante la mirada de Mike.

Ya cerca de la moto, le entregó el casco, se subieron a la motocicleta y partieron rumbo al hotel.

Capítulo 10



Se apearon de la motocicleta al llegar a la entrada del Admiral. Lori se quitó el casco, Mike levantó la careta transparente.

—Discúlpame, no sé que me pasó.

—¿Por qué te estás disculpando? —levantó una ceja y le regaló una mirada entre burlona y nerviosa— ¿Por meterme mano?

Mike se quitó el casco, lo sostuvo debajo del brazo y le lanzó una risa ronca.

—Entre otras cosas. —Se alejó unos centímetros y la miró a la cara—. *Principessa*, quiero saber adonde nos lleva esto. Deseo compartir tiempo contigo.

Lori veía su pecho subiendo y bajando, cada respiración más profunda que la anterior. Un músculo se contrajo en su dura mandíbula.

—¿A qué te refieres con tiempo?

—Semanas, meses, eso es difícil de medir, ni siquiera hemos empezado una relación.

En el viaje de vuelta, aunque fue una tortura ir aprisionada al

cuerpo de Mike y rememorar lo ocurrido momentos atrás, Lori enfrió sus emociones, ya no se sintió tan segura como a la salida del restaurante. El hombre solo quería sexo. ¿Valdría la pena el desafío? Ella no caería tan fácil, ni tonta que fuera, por más que él le prometiera la luna y las estrellas en cuanto a placer se refería, no iba a correr a meterse en su cama.

Lori se acercó a la entrada del hotel. Dio media vuelta y se despidió con la mano. El portero le abrió la puerta mientras observó a Mike con curiosidad.

—Hasta mañana, Mike, paso de tu propuesta.

Mike se quedó en la acera, descolocado por primera vez en la noche y asombrado porque hacía muchos años una mujer no lo rechazaba. La lección aprendida de su desengaño amoroso años atrás, era que él tenía la última palabra siempre. La admiró por su actitud, su obstinación, pero que ni pensara por un momento que abandonaría la contienda. Se puso el casco y manejó hasta su casa.

—Lo primero que hicimos, fue hacer una investigación en la zona sobre consumo de drogas, alcohol y baja escolaridad en jóvenes de catorce a diecisiete años, por medio de estadísticas. El problema es la falta de control —le explicaba Lucas a Lori y a Mike, mientras hacían un recorrido por el lote. Estaban levantados los cimientos y algunas paredes. Los muchachos involucrados ayudaban y había una cuadrilla de obreros, el lugar bullía de actividad.

Mike la había recogido hacía una hora en la empresa de calzado de la diseñadora Minka Dobson, con la que había estado reunida desde temprano. La mujer le coqueteó a Mike con descaro y este ni corto ni perezoso le devolvió el flirteo. Lori estaba furiosa pero no se los demostraría, se despidieron. Iba preparada para el viaje en motocicleta pero esta vez era un auto deportivo el que los esperaba.

—Agradable tu amiga.

—No es mi amiga —retrucó ella—, es una cliente de la empresa.

—Ah.

—Si deseas su número de teléfono puedo dártelo.

Mike sonrió abiertamente.

—Eso sí que es bueno. —Siguió sonriendo con el gesto confiado del que nunca ha tenido que utilizar el truco de pedir el teléfono de una mujer a otra—. ¿Estás celosa?

Lori, soltó la carcajada.

—Por favor. No voy a entrar en tu juego.

—No hemos empezado a jugar. Aún.

Su mirada hipnótica y penetrante la atravesó con un magnetismo casi tangible, estaba en su elemento, no le hizo comentario alguno de lo ocurrido la noche anterior, se mostraba amable y comedido, pero a ella no la engañaba, por debajo de su autodominio y compostura, era un hombre que quemaba. Coqueteó con Minka porque ella lo había rechazado, no estaba acostumbrado a perder, sonrió para sus adentros, los hombres eran tan ingenuos.

Lori volvió de sus pensamientos, para seguir escuchando la exposición de Lucas.

—Tenemos unos objetivos claros. El primero, sacar a los jóvenes de la drogadicción, de su trato con camellos, putas y las peleas callejeras. El segundo objetivo, darles un lugar digno, decente para que puedan continuar su proyecto de vida libres de adicciones.

—Es una labor ambiciosa ¿Has tenido apoyo?

Lucas miró a Mike.

—Sí, todo esto es obra de Mike, pero no es suficiente, es un proyecto costoso.

—No te hagas el santurrón, has disfrutado sacándome cada centavo.

—¿Por qué no involucras a hoteles Admiral en esto? —preguntó Lori a Mike que se sorprendió de que se dirigiera a él, pues hasta el momento Lucas había llevado la voz cantante y Lori lo miraba como si estuviera hablando con Cristo resucitado y estaba fastidiado por eso.

—Hoteles Admiral, tendrá parte en este proyecto.

—¡Qué bien! —soltó Lucas—. Te lo tenías calladito.

—Ya tomé la decisión.

—No será oneroso —interrumpió Lori—, recuerda los beneficios tributarios que tendrá la empresa, a Nick le encantará.

—Sí, sería un tonto si no lo aprovechara.

—Y todos contentos —concluyó Lucas.

—Además, hablaré con Peter, la empresa de publicidad puede aportar algún dinero.

—Eso está muy bien, Lori, pero no será suficiente, deseamos articular el centro con políticas mundiales como los objetivos de desarrollo del milenio.

—Entonces dirigiré la campaña hacia ese nicho. El Banco Mundial y otras entidades.

—Es un proyecto ambicioso —dijo Lori.

Tomó del brazo a Lucas y siguieron hablando del tema. Mike se quedó rezagado, desde la noche anterior no había podido sacársela de la cabeza. No recordaba a otra mujer a la que hubiera deseado metérsele en la piel. No había experimentado esa intensidad de sentimientos y no solo abarcaba su cuerpo, sino la mente y los sentimientos. El sonrojo de su piel lo tenía idiotizado, lo de anoche había sido una pequeña degustación de lo que sería entre ellos. Una sonrisa afloró a sus labios ante el recuerdo. Había respondido muy bien a él, era cremosa, lujuriosa y caliente. Tuvo otra vez la sensación de que ya había probado esa piel, los labios. Era extraño y ahora estaba fastidiado porque parecía hechizada por Lucas, aunque su amigo no hacía nada por atraerla, solo mostraba pasión por su trabajo. Le molestó reconocer la marea de celos que lo asaltó. Necesitaba el control, con él regía su vida, había superado el alcoholismo y los demás demonios se mantenían a raya, había aprendido a canalizar la rabia, la frustración y la maldita culpa. En cuanto la tuviera donde quería, todo volvería a la normalidad, las emociones estarían en control como siempre.

Una hora más tarde se despidieron de Lucas. Lori lo abrazó y lo felicitó por tan maravillosa labor. Se reunirían en tres semanas para presentar un bosquejo de lo que sería la campaña.

Mike la llevó al aeropuerto, estaba serio y silencioso. Se acomodó

las gafas oscuras. Lori le acarició el brazo.

—Me alegra conocer más facetas del señor Michael Donelly, el hombre de acero en el sector hotelero, creo que eso decía una revista de ti. Este trabajo con el centro de jóvenes es fabuloso.

—¿Te gusta, Lucas?

Lori le devolvió un gesto sorprendido.

—¿Qué? No, ¿cómo se te ocurre? ¿Estás celoso?

Ahora fue el turno de Mike de reír con un gesto entre mordaz y displicente.

—Lo mirabas con ojos de ternero degollado.

—Estás celoso y no tienes derecho, no somos nada.

—Todavía.

Lori blanqueó los ojos y puso música, un tema de Bon Jovi se escuchó por los parlantes. No hablaron más hasta llegar al aeropuerto.

La acompañó hasta la puerta de salida y llegó la despedida. Mike se acercó y tomó con delicadeza la barbilla de Lori y le dio un suave beso en el borde de los labios.

—Cuídate mucho, *principessa*.

—Gracias por todo, lo haré.

La semana siguiente, fue una de las más desconcertantes en la vida de Lori, aparte de la creación de una nueva campaña para un jarabe de tos, Mike se había dedicado a cortejarla.

Al levantarse y revisar el móvil, ya tenía un mensaje de él deseándole una buena jornada, en la oficina no faltaba un ramo de orquídeas cada tercer día. Las tres reuniones de trabajo que compartieron, fueron una completa tortura. Insinuaciones, leves caricias y siempre el beso de despedida, igual al que le había dado en el aeropuerto. Se encontró añorando lo compartido el sábado en la noche en el parqueadero.

La ceremonia de la boda de Julia y Nick se celebró el primer domingo de octubre. Liz hubiera preferido un sábado pero Julia y Nick deseaban celebrar la boda en la iglesia de San Pedro y San Pablo y solo tenía cupo ese día y a última hora de la tarde. La misa empezó con quince minutos de retardo por culpa de la novia, pero al verla desfilar por el pasillo, Mike se dijo que había valido la pena. Julia estaba hermosa, el vestido de novia era perfecto. La felicidad de Nick no la opacaba nadie. Al lado de Nick se encontraban él y Peter que eran los padrinos. Cuando Lori entró a la iglesia con su sexy vestido, Mike trazó las curvas de su cuerpo con los ojos, se maravilló de la sensación de cruda necesidad que sintió en su vientre y cuando le sonrió con sus pícaros ojos azules, un fuego de emociones y anhelo invadió su plexo solar, pero acalló ese sentimiento de forma fiera, concentrándose en la ceremonia.

Al finalizar el rito y salir de la iglesia posaron para las fotografías. Mike se acomodó detrás de ella. Sabía que había notado su presencia por el leve escalofrío que percibió. Al llegar al salón de la recepción en el hotel, vio que lo habían acomodado al lado de una prima de Julia, sin pena, cambió la tarjeta del acompañante de Lori que por fortuna no era Jack y sin ceremonias se sentó a su lado.

—¿Por qué haces eso? —Quiso saber Lori, el brillo certero en sus ojos le aumentó el ritmo cardiaco. Le recordó a un depredador dispuesto a devorarla de un bocado y ella estaría feliz con el resultado. Además, estaba de muerte lenta con su esmoquin, su sonrisa y su comportamiento intimidatorio que era ventajoso, algunas veces. “*Ha venido solo a la boda también*”, susurró su demonio al oído.

—Porque quiero —contestó Mike y miró despectivo el nombre de la tarjeta y se la entregó a un mesero para que la pusiera en el lugar que él tenía designado—. Tom Lowell, debe ser familiar de Julia ¿Lo conoces acaso?

—No, no lo conozco pero eso que hiciste es de mala educación.

—¿Es de mala educación querer compartir tiempo con una hermosa mujer que me gusta mucho? —La notaba nerviosa, le rozó los hombros y los brazos, estaba sedosa y deseable.

—Una boda preciosa, ¿no les parece? —interrumpió Elizabeth la

abuela de Julia, que se sentó frente a ellos.

—Todo está hermoso, Liz y Julia trabajaron mucho.

Lori observó a Mike coger su copa con agua, se concentró en sus dedos, que días antes la habían acariciado y vinieron a su mente los momentos en que esos dedos soltaron su sujetador y le acariciaron los pezones, se sonrojó enseguida. Los pensamientos de Mike debían ir por los mismos derroteros, porque pegó su pierna a la de ella con toda intención. Lori no podía apartar la suya, sin que se dieran cuenta. Empezó a sudar frío, y a rogarle a Dios que se terminara esa deliciosa tortura, su muslo firme que se notaba a través del pantalón, duro como el acero, en contraste con la pierna de ella.

Lori pegó un brinco, al ver una pareja que se sentó a su lado izquierdo, sobresaltada y avergonzada por sus pensamientos y lo que pasaba debajo de la mesa, le dio a Mike un golpe en la pierna, al que él ni siquiera le prestó atención. Mientras Mike charlaba con Elizabeth, Lori se dedicó a observar el lugar.

El salón estaba decorado con una exposición de flores de colores y lindos manteles de encaje de brujas, que daban aspecto elegante y a la vez acogedor. Habían hecho un buen trabajo en tiempo record, la pareja estaba sentada en la mesa principal y no dejaban de sonreírse.

Lori, se atragantó con el vino al sentir la mano de Mike debajo de la mesa, le levantó la falda del vestido y le acarició el muslo. Éste sonrió de manera reservada.

—¿Te sientes bien, querida? —preguntó Elizabeth que miró a Mike de forma inquisitiva. Para Lori no era un secreto que la abuela se las sabía todas, y se sonrojó aún más.

—Sí, señora, estoy bien —contestó Lori con la voz algo ronca.

—Parece que algo te incomodara, hija —insistió Elizabeth con sonrisa pícara mirando de Mike a ella.

—Anda, dile a la buena señora qué es lo que te incomoda.

Lori por debajo de la mesa, le dio una palmada a Mike y de forma brusca le retiró la mano.

—No en serio, ya estoy bien —Lori además de sonrojada, quería que la tierra se la tragara, estaba segura que todo el mundo se había dado

cuenta de lo que sucedía. No había podido probar bocado, jugueteaba con el tenedor en la comida. No sabía que estaba mal con ella, debería estar indignada, pero lo único que quería era que Mike se la llevara a algún lugar y continuara con su juego.

A la hora del brindis, Mike se levantó, pidió silencio, golpeó su copa con el tenedor dispuesto a felicitar a su socio y amigo.

—Nick es mi hermano por elección y ha recaído en mí, después de una larga deliberación con Peter, la responsabilidad de realizar este brindis, deseándoles toda la felicidad del mundo. Pocas veces he visto un amor como el que ustedes se profesan, todos conocemos su historia, sus años de separación y su reencuentro, nunca dejaron de amarse a pesar de estar separados. Nick siempre te estaba recordando y perdóname Julia por lo que te voy a decir, a veces era un gran incordio —se escucharon risas alrededor—. Menos mal que te apiadaste de él. —Más risas—. No, es broma. Lo que ustedes comparten es el verdadero amor que no muere ni en el tiempo, ni en la distancia. Estaban destinados a estar juntos desde siempre y estoy seguro de que nada los separará. Nick, Julia, les deseo amaneceres llenos de esperanza, días de sueños cumplidos y que cuando sean ancianos puedan mirar hacia atrás con la satisfacción de que todos sus deseos fueron cumplidos. Salud.

Todos levantaron sus copas brindando por ellos. Después siguió el brindis del papá de Julia igual de emotivo.

—Vaya, para ser el invento de un cabrón que no tenía nada que hacer —dijo Lori recordando las palabras dichas por él en el restaurante —, ese brindis fue muy emotivo, cualquiera diría que has estado enamorado.

—He experimentado algo parecido pero no terminó muy bien, paso del sentimiento, *principessa*.

—Entiendo.

La pareja bailó el vals y después se dio inició al baile. Mike invitó a Lori y salieron a la pista, la orquesta empezó a tocar una suave melodía. Mike pegó su cuerpo al de ella, olía el aroma de su pelo ya familiar, ¿qué carajos le hacía esta mujer?, ¿por qué sentía esa necesidad de tocarla, de devorarla?, de llevársela a algún lugar en modo hombre de las cavernas.

—Estás muy sexy con ese vestido y quiero quitártelo, disfrutar de

ese caliente cuerpo tuyo —dijo Mike al oído y luego frotó la nariz en el cabello de ella.

—Creo que se formaría un pequeño escándalo, a la mamá de Julia le daría un ataque. La única que lo disfrutaría sería la abuela Elizabeth —sonrió de solo pensarlo.

—Estás loca.

—¿Te parece? —contestó Lori sin dejar de mirar su boca.

Mike se acercó con sus labios casi rozando los suyos, acariciándole los brazos con el pulgar de arriba abajo.

—¿Dónde está tu querido Jack?

—Está en Seattle —soltó Lori.

—Me alegro —respondió Mike algo decepcionado, porque estaba seguro que si el tipejo hubiera estado en la ciudad, estaría aquí con ella.

Terminó la pieza y Mike la tomó de la mano.

—Ven, tenemos que hablar, vamos a mi oficina.

Lori negó con la cabeza.

—¿Cómo se te ocurre?

—¿No confías en mí? —Mike la miraba con expresión inocente.

—No.

—Te prometo, que tendré mis manos quietas —la miraba de reojo.

—No te creo.

Volvieron a la mesa. Momentos después, Lori se dirigió al lavado con una sonrisa en los labios. “*Hombres*”. Se puso seria de repente, si seguía en compañía de Mike sabría cual era el resultado de la noche y a estas alturas estaba más que deseosa de estar con él. Sin reglas, sin ataduras de ninguna clase, tomaría lo que la vida le brindara, el tiempo que fuera y después seguiría su camino. En cuanto tomó la decisión se sintió más tranquila. Se lavó las manos, se arregló el cabello y cuando se retocaba los labios, Mike apareció detrás de ella. Con el labial en alto lo miró sorprendida, contuvo la respiración.

—¿Qué haces?

—Si no deseas ir a la oficina, este será un buen lugar, se acercó despacio.

—Podría entrar alguien.

—Soy el dueño del lugar, decidí poner un aviso de fuera de servicio. —contestó con voz ronca.

Estaba loco por probar sus labios. Frunció el ceño al observar su boca malhechora, que inspiraba solo cosas oscuras y fuera de control.

Una nube de erotismo espesó el aire y ya nada más importó. La intensidad de la atracción los envolvió.

Con un rápido tirón, Mike, la arrinconó con su cuerpo contra la pared y Lori pudo sentir su erección. Se acercó y con el rostro y la nariz la acarició.

—Me pongo duro con solo verte y me dan ganas de correrme con solo olerte ¿qué me haces, *principessa*?

La pasión se desató en un beso profundo y apasionado. Lori no perdió tiempo, introdujo la lengua en la boca de él y el beso se hizo largo y oscuro. En cuanto Mike hizo el amague de desprender las manos de la pared, Lori dijo.

—Prometiste que tendrías las manos quietas.

Él gimió dentro de su boca y se retiró un segundo; no apartaron la mirada de los labios del otro.

—No he utilizado las manos —contestó con la respiración estrangulada y era cierto, seguían a ambos lados de la pared a la altura de la cabeza de ella, mientras la miraba con ojos tormentosos.

Lori soltó la carcajada contra la boca de Mike.

—Eres un retorcido —le mordisqueó el lóbulo de la oreja, luego le echó los brazos al cuello y siguió besándolo. Volvió a introducir la lengua en su boca enredándola con la de él. Mike apretaba su cuerpo.

—Libérame de la promesa.

—Aún no —contestó Lori divertida.

—Hay esperanzas entonces —concluyó.

—Ya veremos.

Lori se volvió más atrevida, le bajó la chaqueta por los hombros

que fue a aterrizar al suelo, sacó la camisa de los pantalones y exploró con urgencia su pecho, su abdomen musculado, la línea de vello que descendía, chocó con la pretina del pantalón. “*Se ejercita*”, caviló, una gran emoción la embargó, estaba tocándolo, después de tantos años. Le acarició la erección por encima del pantalón. Deseaba provocarlo.

Gimió de nuevo.

—Eres perfecto —suspiró.

—Quiero hacer lo mismo —la voz de Mike sonó agitada con la respiración entrecortada.

—No estoy segura.

Mike atrapó su labio superior en un beso devorador.

—Por favor —balbuceó Mike contra su boca ya desesperado.

—Está bien —capituló Lori.

Mike liberó el cabello de su confinamiento dejando que cayera sobre la espalda, lo agarró con las manos y le giró la cabeza para tener acceso a su cuello que besó y mordisqueó cuanto quiso. Con sus emociones ya desbocadas Mike se lanzó hacia la cremallera del vestido, separó la tela y le bajó la prenda, le acarició la piel de la espalda y le desabrochó el sujetador, liberando los pechos que observaba con mirada hipnotizada.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento.

El turno de gemir fue de ella cuando le agasajó los pezones y bajó su boca hacia ellos, los chupó. Lo que inició como un juego preliminar por parte de Lori, cambió a algo más intenso y lóbrego. La pasión de Mike no tenía confines, una lujuria oscura se había apoderado de él. Empezó a tocarla por todas partes, le subió el vestido; sus manos siguieron el borde de las medias de ligero.

El corazón de Lori tronaba. Comparar la pasión de Mike de muchacho con la del hombre peligroso y experto que tenía enfrente, era de necios.

—Te deseo *principessa*, quiero estar dentro de ti —dijo Mike en tono implorante, en cuanto llegó al contorno de la ropa interior.

A Mike le temblaron las manos cuando hizo un puño con el caucho de las bragas y las rompió. Lori se quedó sin respiración ante el

gesto. Él empezó a luchar con el cierre del pantalón, liberó su erección y con la palma de la otra mano tocó su sexo, en caricias suaves y espaciadas a las que Lori respondió con gemidos y estremecimientos de placer apretándose más a él.

—Me deseas, has pensado en esto tanto como yo. —Ella permaneció con los ojos cerrados, le aferró el rostro—. Mírame, háblame.

Aunque su tono era controlador, Lori percibió en él un dejo de súplica, de necesidad.

Mike deslizó los dedos por los pliegues empapados y luego la levantó en un movimiento ágil que la tomó por sorpresa. Era un hombre fuerte. Entonces Lori, con salvaje deseo, enganchó las piernas a cada lado del cuerpo de él, en una posición perfecta y abrió los ojos.

—Yo también te deseo Mike, quiero sentirte.

—Y me sentirás —dijo con tono de voz estrangulado—. Me tendrás.

La inspiración era entrecortada, como si hubiera corrido kilómetros.

Su erección se acercó a la abertura de ella, tanteaba y exploraba, la obligó a bajar hasta que la penetró. Un placer abrasador recorrió el cuerpo de Mike de arriba abajo, al apreciar el calor y la estrechez de su sexo. Lori sintió una punzada de dolor, hacia demasiado tiempo que no tenía sexo. Él se retiró y volvió a la carga en embistes suaves y precisos que se acoplaron con el movimiento de cadera de ella.

—Lori, oh, Lori —jadeaba Mike impresionado y sin aliento por lo que sentía. “*Dios mío*” La miró confuso, trató de llenar de aire los pulmones, quería correrse enseguida, estaba como adolescente en celo y más cuando ella apretó los dientes contra su cuello, una marca. No aguantaría mucho más. Empezó a moverse rápido y fuerte y dio gracias a Dios, cuando Lori se ajustó a su ritmo moviéndose más rápido, hasta que no pudo aguantar más la tensión y llegó al punto de no retorno.

No fue un acoplamiento fácil o sencillo para ella, el placer intenso y frenético la despedazó encendiendo su interior. Escalofríos ondularon por su piel, los latidos del corazón los sintió en la cabeza, quedando sin respiración. Con la espalda arqueada, abrió la boca para gritar, pero Mike

la apretó contra él mientras las oleadas de placer la atravesaron, aferrándolo de manera fuerte con sus músculos internos.

Mike percibió el orgasmo de Lori en su propia piel. Abrió la boca y apretó los dientes contra su hombro. El cuerpo se le tensó y con un gruñido salvaje se sepultó completo en ella, liberándose y pronunciando su nombre una y otra vez.

Lori no quería soltarse, lo quería allí para siempre. Lo ocurrido no se parecía a nada que hubiera vivido antes. Cuando volvió en sí, se sintió magullada, como si hubiera corrido una maratón. Mike, la miró a los ojos y salió lentamente de ella. La bajó con delicadeza, le acarició el cabello y le dio un tierno beso, se limitó a observarla, como cuando se mira a alguien sorprendido de encontrarle cualidades que no le había visto antes.

—No te voy a compartir con nadie, *principessa*. Di que aceptas ser mía mientras dure.

Con la mirada embotada como si hubiera fumado algo Lori contestó:

—Acepto.

Capítulo 11



Salieron de la reunión sin despedirse de nadie. La limusina de Mike esperaba a la entrada del hotel. Lori le dio la dirección de su casa y él se la repitió al chofer. Tan pronto se acomodaron dentro del auto, Mike la acurrucó en su regazo y se permitió algunos gestos de ternura que estuvieron ausentes durante lo ocurrido en el baño, le acarició el rostro y la besó de forma suave. Levantó el vidrio que los separaba de la parte delantera del auto para evitar ser escuchado.

—Es la primera vez en muchos años que dejé de usar condón.

Y no le importaría no volver a usarlos con ella ¡Qué sentimiento tan raro! Desde Rosario no había sentido la necesidad de no usar condón, quería sentir piel a piel sin la barrera del plástico alrededor, pero la última palabra la tendría ella. Le observó la piel sonrojada, deseaba tenerla desnuda en una cama en ese mismo instante, una sensación que no supo reconocer si fue pánico, flotó sobre él. No podía creer la manera en que la había tomado, para la primera vez se imaginó una habitación del hotel, rosas, velas y todas esas cosas que a las mujeres les gusta. Pero era estar frente a ella y su autocontrol se evaporaba. Grabó a fuego en su mente y

su cuerpo los olores, las sensaciones y la textura de su piel.

Lori se enderezó y volvió su rostro a él.

—Tomo pastillas anticonceptivas.

—Estoy sano, me hago chequeos cada seis meses y soy muy cuidadoso.

Lori recordó su testimonio en Alcohólicos Anónimos.

—Te creo, yo también soy muy cuidadosa. —Soltó una risa nerviosa—. No sé qué me pasó hoy. Me hice mi chequeo anual el mes pasado. Estoy sana.

Hacía más de un año que ella no se acostaba con nadie, pero no iba a decírselo.

—Si te sientes más tranquila los usaremos, *principessa*. Mañana tendrás en tu correo los resultados.

Ella se quedó unos segundos pensativa.

—¿Cuándo fue tu último chequeo?

—Hace dos meses.

—¿Y has tenido mucha actividad en ese tiempo?

Mike levantó una ceja y recordó que hacía más o menos ese mismo tiempo no estaba con alguna mujer, pero ni de coñas se lo iba a manifestar a ella.

—Créeme, no hay ningún problema. Te lo repito, si deseas los usamos y...

—Está bien —se acercó a él de nuevo y le acarició la barbilla en un gesto muy de ella—, confío en ti, quiero sentirte sin la barrera del condón.

Mike le devoró la boca en un beso, al recordar lo que experimentó al estar en su interior. Se separó de ella, la tomó de la mano y en silencio siguieron el trayecto.

El chofer los interrumpió por el intercomunicador para comentarles que ya habían llegado al domicilio de Lori.

Lori se acomodó en la silla.

—Gracias por traerme.

Mike se cernió sobre ella de esa manera en que a Lori hacía que se le encogiera el estómago y la miró hambriento, como si no hubiera ocurrido nada media hora atrás.

—¿Crees que hemos terminado?

—Yo creí...

—No hemos empezado. Lo del hotel no fue ni de lejos suficiente.

Mike Donnelly le había brindado más placer en esos minutos que todos sus amantes juntos en más de siete años. Exageraba. No, no exageraba, al ver su mandíbula en la que ya brillaba un asomo de barba y que le daba un aspecto de chico malo, con el corbatín del smoking suelto a lado y lado de la camisa, era un Dios, hermoso, moreno y suyo por un tiempo, si aceptaba todo lo que le proponía.

—Qué manera tan machista tienes de decirme las cosas, Mike Donnelly —le dijo al tiempo que le jalaba la solapa de la chaqueta y lo besaba—. Mejora tu número de las cavernas si deseas convencer a una chica.

Su ronca risa le demostró eso no era problema para convencer a cualquier mujer.

—Vamos —dijo ella.

Despidieron al chofer y Mike entró detrás de ella. De cuando en cuando le lanzaba vistazos curiosos. Se negó a ponerse nerviosa al abrir la cerradura y se preguntó si habría recogido el desorden de la habitación. No lo recordaba. Menos mal que Purita, la empleada que iba cada quince días, había estado el día anterior.

—Te deseo —dijo Mike mirándola con un brillo de pasión en sus ojos tan pronto entraron en la estancia.

—Lo que son capaces de decir los hombres en el calor del momento —retrucó ella.

—No estamos en el calor del momento —la miro serio—; todavía.

Mike la levantó y Lori le guió hasta la habitación. La bajó despacio se sentó en la cama y la acomodó a horcajadas sobre él, sin quitar la mirada de su rostro, ella se dejó hacer. Le abrió la cremallera del vestido y se lo sacó por la cabeza, después de un largo beso, le soltó el

sujetador.

—Tienes unas tetas fabulosas —las acarició con firmeza y observó el contorno de su cuerpo—. Eres perfecta y quiero follarte como loco.

Empezó a devorar sus pezones succionándolos hasta que aumentaron de tamaño. Lori no se quedaba quieta, le quitó la chaqueta, le abrió la camisa y la empujó por los brazos, le acarició los pectorales.

—Quiero sentir tu piel —dijo ella al tiempo que pegó su rostro al pecho de él. Él la dejó hacer encantado con su respuesta. Empezó a besarla, a lamerla. Mike respiraba agitado, no aguantó y le acarició el triángulo de las piernas con la palma e introdujo un dedo en su apertura, luego dos, con el pulgar masajeó su clítoris, estaba tan caliente, húmeda y sedosa. Lori otra vez sintió que le faltaba la respiración. Mike la levantó y la acomodó en la cama, necesitaba penetrarla enseguida. Se desnudó en segundos. Lori iba a quitarse las medias. Pero Mike tomó su mano y la apartó.

—Es una visión muy sexi, mejor que en mis fantasías, déjatelas y los zapatos también.

—Vaya, me siento halagada, yo también quiero verte desnudo — lo miró intrigada y complacida. Paseó su mirada por la piel tensa y la musculatura cuidada. Sus dedos le acariciaron el vientre, las nalgas. Era un hombre hermoso, de piernas largas y musculosas, lo recorrió con el tacto de arriba abajo, mientras él la miraba con los párpados entrecerrados. Cuando le iba a acariciar el miembro, él aferró su mano y asumió el control. Su toque fue diferente, se tomó su tiempo para agasajarla, para seducirla, para jugar con ella.

No podía contenerse más. Con su virilidad liberada, la acomodó entre sus muslos, la cogió por el cabello. Luego la penetró, quería que lo acogiera de forma total, el roce de sus pieles lo estaba matando, le escurría el sudor por las sienes de lo apretado que se sentía; en su vida había sentido placer igual. No entendía que le pasaba. Mientras entraba y salía de ella sin pausa; un instinto animal lo circundaba, quería marcarla como suya, acercó sus labios al cuello y la mordió, no fue gentil. Cuando Lori se desbarrancó en un orgasmo atronador y cerró los ojos. Mike le aferró el rostro y clamó sobre su boca.

—Abre los ojos. Mírame, no quiero perder ningún gesto cuando te corras.

Observó sus facciones y la siguió segundos después.

—Nunca había sentido así —dijo Mike que resollaba en su oído.

—Yo tampoco.

—Hueles delicioso —era embriagante, el olor de las fresas mezclado con el aroma de mujer, el aroma de su excitación.

Se acomodó detrás de ella y la abrazó. A Lori le encantaba hacer el amor y había pasado mucho tiempo sin sexo, le gustaban las caricias, los olores y el momento de la liberación. Pero sus anteriores experiencias palidecían comparado con lo que había acabado de vivir. Este si era sexo duro y ardiente como el de sus novelas y estaba encantada. Recordó el apareamiento salvaje en el baño, la necesidad en sus ojos oscuros. Era un hombre de grandes contrastes, para todo lo que predicaba, en el momento de la pasión se despojaba de capas que lo dejaban vulnerable. Nunca lo reconocería. Lori, se reprendió, *“esos son los pensamientos que te meten en problemas”*, se dijo, *“has un alto y recuerda, es sexo y amistad, nada más”*.

Más tarde comieron lo que Lori tenía en la nevera de la cena del restaurante del día anterior. Se ducharon y volvieron a hacer el amor, varias veces, hasta que agotados se durmieron al fin.

A la mañana siguiente, Lori se despertó con Mike pegado a ella. Lo observó dormir un rato, el hombre era hermoso y un Dios, si un Dios del sexo, anoche le había hecho cosas con las que solo había soñado y había perdido la esperanza de encontrar. *“Recuerda, Lori, solo sexo”*, no pudo evitar un ramalazo de desilusión al pensarlo. Decidió levantarse, pronto tendría que ir a trabajar. Se dio una ducha rápida, se puso una camiseta larga y bajó a la cocina.

Puso la cafetera a funcionar, única concesión en las labores culinarias, mientras miraba la nevera y la alacena. No tenía gran cosa, había huevos y jamón que Jack había utilizado para una tortilla en una cena de la semana anterior. Recordó que hacía años preparaba panqueques que nunca le salían bien y dejó de intentarlo. Picó algo de fruta, sirvió jugo de naranja, leche y cereales.

Mike llegó a la cocina diez minutos después, con el pelo mojado y una sonrisa en su rostro, lo atrajo el olor del café.

Lori apreció el golpeteo en su corazón, cuando observó sus hermosos ojos oscuros. Se acomodó detrás de ella y la saludó con un breve beso en la mejilla. Ya se había percatado de la barrera que interponía entre él y los demás. No dejaba que nadie se acercara lo suficiente, solo en el sexo permitía un acercamiento total. Lori por el contrario era muy cariñosa, tocaba a todo el mundo, consentía, abrazaba, besaba. Llevó su mano al hoyuelo que se le hacía a Mike en la cara cuando sonreía.

—Debes sonreír más a menudo, tienes un hoyuelo adorable.

—Gracias —contestó Mike sorprendido, las mujeres le echaban piropos, en la cama y fuera de ella, pero ninguno a su gesto al sonreír, éste por algún motivo lo eterneció. Lori era una mujer muy tierna y pasional, pudo comprobarlo el día anterior.

Mike le echó un vistazo al apartamento. Observó la sala, se acercó a un mueble donde había varios portarretratos. Tomó uno en especial.

—Vaya una foto mía en tu casa —sonrió—. Eso sí es una sorpresa.

—No te hagas ilusiones, no estás solo, estamos todos con Julia y Nick y aquellos chiquillos del refugio de mujeres en el que ayudamos una tarde.

—Me imagino que a Julia no le hacía mucha gracia —contestó dejando el objeto en su puesto.

Lori soltó una sonrisa y Mike quiso devorarle el gesto con un beso.

—Tienes razón, siempre lo ponía boca abajo y me reñía sobre mi mal gusto.

—Me gusta tu casa, es cálida. Invita a quedarse en ella.

Asintió satisfecho.

—Gracias. Para el desayuno tengo fruta, jugo, cereales, leche — se dirigió a la cafetera para servirle un café —¿Cuánto de azúcar?

—Una cucharada —Mike se dirigió a la nevera para mirar si había un contenido más sustancioso.

—Que te parecen unos huevos fritos con jamón —señaló—. Estoy hambriento —la miró de arriba abajo.

Lori se acercó a él, le quitó los huevos, el jamón.

—Tú siéntate tranquilo, yo te los preparo.

—¿Estás segura? No quisiera molestar.

—Por Dios, no es ninguna molestia —señaló Lori, algo preocupada porque no se diera cuenta, que ella a duras penas prendía un fogón. No tenía idea de por qué era importante no quedar en ridículo en la cocina. Iba de un lado a otro alistando todo. Prendió la estufa sin problemas, puso la sartén, le echó el aceite, Mike la miraba con sonrisa burlona, Lori lo pensó dos veces, si echar el jamón primero o los huevos, se decidió por el jamón que empezó a reventar enseguida, lo retiró de la estufa al tiempo que se prendía el fogón. Mike, no aguantó más y soltó la carcajada, Lori lo miró sorprendida.

—Sé que no sabes cocinar, Peter nos hizo un comentario al respecto.

—¿Ah sí? —maldito traidor, ya vería— ¿Qué clase de comentario?

—Que no sabes prender la estufa. Que se te ahuma el agua y ahora recuerdo cierto estropicio en la cocina de tu casa un día que me levante y había unos panqueques desastrosos en un plato.

Lori sonrió con algo de tristeza, pero cambió de gesto tan rápido que él pensó, si lo había imaginado.

—¿Qué pasa, *principessa*?

—Nada —frunció los hombros—. Nunca tuve interés en aprender, no es lo mío. Ese experimento que viste ese día fue uno de los pocos con los que me he arriesgado.

—Déjame te ayudo antes que acabe en desastre —Mike tomó el mando de la situación y en menos de diez minutos, disfrutaban un suculento desayuno.

—Cocinas delicioso. —Se llevó otro bocado a la boca—. Nunca me ha interesado aprender.

—No tienes porque hacerlo —soltó Mike enseguida—. Además —la miró de arriba abajo y en tono íntimo prosiguió—: No te quiero para

que me cocines. El hombre que prefiere a una mujer en la cocina es porque no sabe que hacer con ella en la cama y créeme, cuando te miro, tengo muy claro que es lo que quiero hacer y no tiene nada que ver con sartenes.

Lori ordenó la cocina, mientras Mike terminaba de arreglarse y hacía un par de llamadas.

—Voy para el hotel, tengo una reunión en cuarenta minutos.

—Yo también, debo ir a trabajar.

—Ven aquí —Lori se acercó enseguida, Mike le cogió la barbilla—. Hoy viajaré a Los Ángeles pero volveré el jueves. Quiero verte ¿Habrá algún problema? —Le acarició las nalgas y los muslos, subió a sus pechos, estaba indeciso si marcharse o quedarse para un rapidito, pero desistió porque estaba sobre el tiempo.

—No hay ningún problema, esa noche ceno con mis padres y con Peter; pero estaré temprano aquí, si quieres te dejo una llave por si llegas antes. Mañana tengo una reunión en San Diego, volveré el miércoles.

—Está bien —tomó la llave, le dio un breve beso en la boca y salió. Si se quedaba más tiempo no se marcharía en un buen rato ¡Dios! Quería estar encima de ella otra vez, dentro de ella, saborearla. Ya en la limosina abrió su laptop, tenía que concentrarse en el trabajo, pero su mente desobediente a todo lo que no tuviera que ver con Lori, lo llevó de nuevo a ella. Le había hecho un chupetón en el cuello, sonrió nervioso, como un jodido chaval. Recordó el sabor de su piel y dio gracias a Dios de no haberla mordido más fuerte, aunque no le faltaron ganas.

Lori se dedicó a saborear cada momento de lo vivido la noche anterior, se dio otra ducha más larga que la anterior. Tenía adoloridos músculos que ni sabía que tenía. Después de una segunda taza de café, se arregló con un conjunto vinotinto de gabardina suave, blusa beige de seda, bufanda anudada al cuello para disimular el chupetón, zapatos Nine West negros de tacón con bolso a juego.

Se dirigió a la oficina donde su hermano Peter la esperaba mientras tecleaba mensajes en el móvil.

—¿Qué haces acampando aquí? —dijo Lori al llegar.

—Esperándote —señaló, mirándola con curiosidad.

Lori se sentó en la silla de escritorio y encendió el ordenador.

—¿Por qué?

—¿No puedo ser gentil y amable contigo?

Lori sonrió y lo miró confundida.

—Es raro.

—Te fuiste del matrimonio sin despedirte.

—Me dolía la cabeza. Demasiado vino.

—Qué raro —se arregló el nudo de la corbata—. Mike desapareció al tiempo contigo.

Lori le obsequió una mirada de incredulidad y dignidad ofendida que no supo si le salió bien. ¡Mierda! No le gustaba mentir pero hasta que no supiera como serían las aguas con su hermano, debía hacerlo.

—¿No creerás...?

—No, por supuesto que no. —Se apresuró a contestar Peter al ver la expresión de su hermana—. A duras penas se toleran, creí que te había llevado a casa.

—Nop, bueno querido, ya averiguaste por mi quebrantada salud —lo miró de soslayo—. Ah ya sé, estás nervioso por la presentación de mañana. Tranquilo la mujer maravilla y su equipo lo tienen todo calculado.

—Lo sé, tú sabes que me pongo nervioso por costumbre.

—No hay porqué, Lilian y yo hemos hecho un excelente trabajo. Cuando te traiga la cuenta de Laboratorios Pearl, espero ver un bono de gratificación para Lilian y para mí.

—Ya veremos —señaló Peter.

—Tacaño.

En ese momento golpearon la puerta de la oficina, cuando Lori dio la orden de entrada, un mensajero con un ramo de orquídeas rojas hizo su aparición. Lori ya sabía de quien eran antes de mirar la tarjeta. Aparte, le entregaron un pequeño paquete. Quería quedarse sola para poder leer la tarjeta que logró atrapar del arreglo antes de que Peter por curiosidad se la quitara. No sabía cómo sería la reacción de su hermano si supiera que se había acostado con Mike.

—Vaya, vaya, tenemos enamorado entonces, de razón que hoy estás como el gato que se tragó al canario.

—Sí, pero no te voy a decir nada más, así que márchate a tu oficina, me llamas si te surgen dudas o deseas algún cambio —lo despachó sin contemplaciones.

Peter salió echándole vistazos intrigados al ramo y al paquete. Si ella fuera Peter habría sospechado enseguida. Pero a los hombres les faltaba el chip de la malicia.

Al quedarse sola rasgó el sobre y leyó la tarjeta “*Gracias por el placer de tu hermosa compañía*”. Se imaginó el comentario de Jack, Mike no parecía un hombre de su generación.

Nunca un hombre le había agradecido por una fantástica sesión de sexo y no supo qué pensar. Pero al abrir el paquete que venía con las flores se llevó tremenda sorpresa y un brote de indignación germinó en su interior. No se lo esperaba, era un estuche con el logo de una famosa joyería, una pulsera en oro blanco con brillantes. Trató de calmarse y no buscarle cinco patas al gato, recordó un comentario de Peter meses atrás “*Por lo menos las conquistas de Mike terminan la relación bien provistas de joyas. No entiendo su afán de regalar joyas ¿es que nadie le ha dicho que no es necesario?*”. Lori se imaginó que era su forma de demostrar afecto, lo que no hacía con muestras de cariño o melosería, lo hacía con regalos y costosos además.

Tenía que hacerle ver que no era necesario. Decidió llamarlo para darle las gracias. Marcó el número de su móvil.

—Hola, *principessa* —contestó en tono sensual.

—Mike, recibí las flores, gracias, son preciosas. —Hizo una pausa pensando la mejor forma de abordar el tema de la joya—. En cuanto a la joya es muy bella, no te hubieras molestado.

—¿No te gustó? Puedes cambiarla por algo que te guste más. Abriré una cuenta a tu nombre.

—Calma, Mike, no necesitas regalarme joyas por el solo hecho de que me acosté contigo anoche. Me siento barata.

Ya está, lo había dicho.

Ahora el indignado era él y en tono frío contestó.

—No lo hice por eso. Es más que un polvo de una noche, lo sabes bien. Te mereces esa joya y muchas más. Te dije que soy generoso.

—No necesito esa clase de generosidad, con tu tiempo y lo que me brindas es suficiente. —Ni de lejos iba a caer en el mismo estante de las mujeres que lo rodeaban. Ni loca.

Después de un silencio que se prolongó varios segundos, Mike capituló.

—Tomo nota—susurró Mike en tono ronco, mientras recordaba la noche vivida. Lori era la primera mujer que no casaba en sus esquemas, sus mujeres se morían por las joyas o chucherías de toda clase y por todo el lujo que él les brindaba en el tiempo que compartían. Si Lori supiera que cuando salió de su departamento, deseó cubrirla de diamantes de la cabeza a los pies, simplemente por esa maravillosa noche.

—No hay problema, gracias y nos vemos el jueves.

—Adiós, *principessa*.

Capítulo 12



Lori estuvo encerrada todo el día junto a su equipo ultimando los detalles de la campaña del jarabe para tos que tendría que presentar en San Diego al día siguiente y también diagramando lo que sería la campaña del centro de jóvenes de Los Ángeles, había hablado con Lucas en varias ocasiones. Esa noche aunque cansada y pendiente de alistar maleta, se encontró con Jack en un centro comercial para ver una película. Comieron hamburguesas mientras Lori le contaba algunos detalles del matrimonio de Julia.

—Me hubiera gustado ir, pero apenas ayer le dieron salida a Dorothy de la clínica. Llegué en el último vuelo.

Lori robó una papa de la bandeja de Jack.

—¿Cómo sigue?

Dorothy era la tía de Jack, la mujer se había hecho cargo de él, al morir sus padres en un accidente de tráfico.

Jack dejó la hamburguesa en el plato y se limpió con una servilleta de papel.

—No desea dejar de fumar, dice que de algo se tiene que morir, es desesperante. Le dije que le pagaría el tratamiento que quisiera, donde quisiera y como siempre no me prestó atención.

—Lo siento.

—Es una de las adicciones más difíciles. En fin, recapitulemos, la novia hermosa, fiesta espléndida, todos felices y no me has nombrado al príncipe oscuro.

Lori que bebía un sorbo de soda, se atragantó con la bebida. Tosió un par de veces.

—Vaya, vaya.

Jack le dirigió una mirada punzante.

—¿Qué?

—Se te nota el revolcón.

—No se me nota.

Jack palmeó la mesa y soltó la carcajada.

—Ah, entonces sí hubo revolcón.

Lori soltó la carcajada y trató por varios segundos de cambiar de tema, pero la mirada de Jack no la dejó.

—Quiero detalles.

—No.

—Anda, cuéntale a tu amigo del alma. Necesito detalles para fantasear con él.

—Eres un perverso —dijo y le tiró una papa frita.

—¿La tiene grande?

—No te voy a contestar a eso.

Lori, le contó a grandes rasgos lo ocurrido la noche anterior. Contario a lo que pensaba, Jack dejó de batallarla y la miró con seriedad.

—¿Qué pasará si las cosas no funcionan? Lo ocurrido en el pasado quieras o no ha marcado tu vida sentimental ¿Qué va a pasar después de que termine la aventura?

—Primero, eres uno de los que me aconsejó tener sexo con Mike, así que no me vengas ahora con tus remilgos. Segundo, si las cosas no

funcionan pues nos diremos adiós, pero pienso que no puedes predecir lo que ocurrirá ni ahorrarte una vivencia por miedo a que no resulte como tú quieres. —Lori se quedó pensativa y después de un suspiro dijo—: Me sentiré mal y seguiré con mi vida.

—Te quiero mucho y no quiero verte con otro desengaño a cuestas, porque éste sí sería “el desengaño”.

—No seas exagerado.

—Mantenlo en lo que es y no vayas a perder la perspectiva, es una aventura y nada más, disfrútala como tal.

Se levantaron de la mesa y se dirigieron a las salas de cine. Lori miró la cartelera con los nombres de las películas que estaban exhibidas esa semana.

—Ven, compremos boletas para la de George Clooney. Escuché buenos comentarios —indicó Lori — ¿O prefieres la de Bratt Pitt?

—Me quedo con George Clooney —contestó Jack—. Tiene una trama más interesante.

—Aunque no la tuviera, con tal de verlo a él, ya paga la boleta —suspiró.

Al día siguiente junto con Lilian que era la encargada de marketing, presupuesto y estudio de tendencias, tomaron el vuelo para San Diego, llegaron sobre el medio día con tiempo suficiente para registrarse en el hotel.

Laboratorios Farmacéuticos Pearl, estaba ubicado a cinco minutos de la ciudad.

La reunión estaba programada para las dos de la tarde. Se presentaron con diez minutos de antelación.

La sala de juntas ya estaba lista. Les recibió el equipo del área de mercadeo de la empresa. Hicieron la presentación, escucharon sugerencias, dieron sus puntos de vista y al terminar Sam Kenett, el gerente de departamento, les dijo que de aprobarse el proyecto presentado, en veinticuatro horas tendrían noticias de ellos. Les llevaron a un recorrido por todo el lugar. Era una empresa en expansión y salieron de la reunión entusiasmadas por el éxito de la exposición y con tiempo

suficiente para cenar en un restaurante cercano antes de llegar al hotel.

—Cuéntame algo de ti, trabajamos juntas hace tiempo, pero poco nos conocemos.

—Mi vida es muy sencilla —contestó Lilian—, trabajo, casa, trabajo.

Lori partió un pedazo de pan, le untó mantequilla.

—¿No hay algún novio por ahí?

—No —contestó tajante—; no me interesa ese gremio.

—¿Por qué, te gustan las mujeres?

Lilian lanzó una carcajada sorprendida y Lori se percató de lo hermosa que era cuando relajaba el gesto adusto.

—No, es que no he tenido muy buenas experiencias, créeme estoy mejor sola.

—Eres muy joven para pensar así —sostuvo Lori la mirada.

—Ni tanto, tengo dos años menos que tú.

—Veintiséis años es ser joven. —Lori frunció los hombros—. A veces en soledad maduramos más y establecemos una honesta relación con nosotras mismas, si el amor viene, está bien.

—Es cierto, además, hay muchas responsabilidades familiares, tengo una hermana especial, está en la adolescencia. Viajo todos los fines de semana a verla a ella y a mi madre. Ningún hombre aguanta ese trote.

El mesero puso los platos en la mesa.

—Sé del hostel que tiene tu familia en Napa.

—El lugar ha estado en la familia por generaciones, además del hostel hay un pequeño viñedo. No es muy productivo, yo me encargo de pagar la educación de Alice.

—Tendré que hablar con Peter para que te aumente el sueldo.

Lilian dejó el tenedor en el plato.

—No lo hagas, en serio, no quisiera problemas con él. Mi labor es muy importante y estoy muy contenta trabajando contigo.

—Mi hermano aunque no lo creas tiene un corazón grande.

—No necesitas adornar las cosas, tú hermano no me tolera porque

no me ciño a sus cánones de belleza y elegancia.

Lori se quedó observando a la mujer. Nunca le había visto el cabello suelto, siempre iba al trabajo con una moña apretada, su cabello era de tono rojizo. Sus gafas anticuadas, escondían una mirada inteligente de color verde oscuro. Era bajita y menuda, vestía con sastres sombríos, anticuados y zapatos poco elegantes. La verdad, Lilian no era el epítome de la elegancia y el glamour pero era talentosa y Lori no medía a la gente por su apariencia. Pero para su hermano debía ser otro cantar ya que para él, la belleza era el primero de los requisitos al relacionarse con una mujer, la inteligencia le valía cinco ante un par de espectaculares y largas piernas, era famoso en el entorno de modelos, porque había salido con muchas de ellas. Con su físico no era difícil, de casi metro noventa, rubio, bronceado por sus actividades al aire libre y unos ojos azules que eran el sueño de toda mujer. Esperaba de corazón que Peter superara esa etapa y deseaba que un buen día, una chica con mucho seso, lo volteara al derecho y al revés. Ya iba siendo hora.

Lori le sugirió a Lilian una visita al salón de belleza para que les hicieran a ambas un buen corte pero la chica se rehusó de manera vehemente, no insistió más.

Al día siguiente volvieron a la empresa, se reunieron con las mismas personas, además de dos jóvenes ejecutivos del departamento de mercadeo que el día anterior no estuvieron allí. En cuanto Lori los vio, supo que habían ganado otra cuenta. Ya le tocaría a Peter viajar para lidiar con las condiciones del contrato. La empresa de su hermano crecía a pasos agigantados, aunque todavía era pequeña comparada con los tiburones del sector. Estaba saliendo a flote con gran dignidad, la nómina había aumentado en los últimos meses.

Regresaron en la tarde a San Francisco, Lori aprovechó para adelantar algo de la campaña del centro de jóvenes a la espera de una fecha para viajar a Los Ángeles. Habló con Mike intercambiaron WhatsApp algo subidos de tono.

A la mañana siguiente, Lori llegó a la oficina algo tarde. Había trabajado hasta tarde. Encendió el ordenador y miró la agenda del día. Peter entró en la oficina minutos después.

—Cuéntame los detalles —dijo al tiempo que tomaba asiento.

Lori se dedicó a explicarle como había estado la reunión y lo receptivos que estuvieron a todas las ideas. Le dijo que en los próximos días el que tendría que viajar sería él.

—Te felicito, eres la mejor —se levantó y le dio un fuerte abrazo—. No sé qué haría sin mi hermana preferida.

—La única que tienes.

—Lo sé y eres muy talentosa. ¿Sabes? Ya eres un activo grande en esta empresa y lo he pensado, en vez de aumentarte el sueldo quisiera que fueras mi socia.

Lori lo miró pasmada.

—Vaya, Peter, muchas gracias, me siento halagada con tu oferta y la discutiremos con calma, no deseo que tomes decisiones en un momento de euforia y quiero que no olvides que el mérito también es de Lilian.

Habló por el intercomunicador.

—Margot, por favor llama a Lilian dile que venga, gracias. Ah querida y avísale al que desees que doy mi cuerpo por tres cafés.

La mujer soltó la carcajada. A Lori no le gustaba pedirle a nadie que le trajera café. Se levantaba ella misma e iba a la pequeña cafetería por el o si sabía que alguien iba por café lo encargaba.

Lilian llegó al minuto, entró como una tromba, se sonrojó cuando dio de frente con la mirada de él.

¡Rayos! Pensó Peter, mientras la miraba con desagrado, ¿es qué esta mujer no sabe lo que es el maquillaje?, hacía más de una década que no se llevaba ese estilo de gafas.

Lilian saludó y Lori le brindó asiento al lado de Peter. En ese momento entró uno de los jóvenes de diseño, que hacían su pasantía en la empresa, con tres tazas de café. Le guiñó un ojo a Lori y salió veloz ante la mirada de Peter.

—Le estaba contando a Peter lo bien que fue la reunión de ayer y el buen desempeño de tu trabajo —Lori miraba a Peter invitándolo a decir algo.

Peter tomó de la bebida y dejó el pocillo en la mesa. Se arregló la

corbata, gesto que Lori conocía, era un rasgo nervioso.

—Te felicito Lilian, hiciste un estupendo trabajo. —Peter le dio la mano le sonrió con cortesía y volvió la mirada a Lori—. La cena con nuestros padres es hoy no lo olvides, más tarde te envió los datos con mi secretaria.

Al momento salió de la oficina.

El dúo de mujeres miró con extrañeza la salida abrupta de Peter de la oficina.

—Hombres.

—¿Te das cuenta? No le caigo bien.

—No es eso, es que las listillas lo ponen nervioso, está acostumbrado a salir con mujeres que no tienen más de un par de neuronas.

—Pero son muy bellas.

—La belleza cansa.

Lilian frunció los hombros en un gesto de no es mi problema. A ella no le importaba lo más mínimo la vida de su jefe, solo le interesaba desempeñar un excelente trabajo y recibir su cheque quincenal.

Mike despachó sus asuntos con celeridad en Las Vegas y volvió a Los Ángeles el martes en la tarde. Asistió a la reunión en Alcohólicos Anónimos. Habló con Lucas y le fastidió sobremanera que hubiera hablado con Lori en varias ocasiones, parecía que se hubieran hecho amigos, ya estaba arrepentido de haberle dado ese trabajo. Lucas hablaba maravillas de ella. Se encontró susurrando “Es mía”, ¿qué carajos le pasaba? Nunca había sido posesivo con alguna mujer. Se reunió con sus ahijados en la misma cafetería de siempre. Althea estaba muy bien, había florecido y aumentado algo de peso. Ya no tenía la expresión de desengaño contra el mundo que la caracterizaba semanas atrás. Hicieron planes para el fin de semana y se despidieron bastante optimistas. No todos los días eran así, Mike era consciente que en el proceso de superar una adicción, eran más los días malos que los buenos, para eso estaba él allí, como guerrero con su espada para hacerle frente a las jornadas difíciles.

En los momentos menos pensados, le venían a la mente imágenes

de lo ocurrido con Lori, trataba de concentrarse en sus asuntos pero siempre volvía a la misma escena, ella en la cama con medias de liguero y zapatos de tacón, abriendo los brazos, con su bella sonrisa, dándole la bienvenida. Él tumbado sobre ella, aprisionado en la deliciosa tortura de su sexo. Se excitaba en los momentos menos pensados y eso era una maldita distracción. No le gustaba perder el control de sus emociones. Su vida y su bienestar dependían de ello. El miércoles canceló el viaje a San Francisco del día siguiente. El jueves amaneció de mal humor y después de una larga pelea con sus emociones, le pidió a su secretaria que le reservara de nuevo el tiquete para la última hora de la tarde.

Lori llegó al restaurante italiano cerca de su vecindario donde Peter había invitado a sus padres a cenar. Estaban reunidos en la mesa disfrutando de un aperitivo.

Lori los saludó afectuosa y los besó con cariño.

Se decantó por una copa de vino que, enseguida, Peter ordenó al mesero con una nueva ronda de tragos para ellos. Hablaron del próximo viaje de los esposos a Tailandia.

—Felicitaciones —dijo Mattew a Lori con gesto de orgullo—. Peter nos ha contado tus proezas. Estoy muy orgulloso de ti.

—Muy bien, Lori —dijo su madre—. Peter, cuéntenos de tu nuevo barco ¿ya lo entregaron?

Lori se dio cuenta enseguida que Adele cambió de tema para que no se siguiera halagándola y eso la enfureció. Llegó el mesero con las bebidas y aprovecharon para ordenar. A Lori se le había quitado el apetito.

—Mamá, ¿por qué cambias el tema cuando el centro de atención soy yo? Si hubiera sido Peter habrías seguido hasta el término de la cena.

Adele con expresión sorprendida dejó el licor en la mesa. Mattew se atragantó con el Martini y empezó a toser. Peter bajó la cabeza, consternado, sabía que Lori tenía razón y no le gustaba la forma en que su madre disminuía sus logros, pero nunca había tomado partido.

—No sé de qué hablas —se defendió Adele incómoda, como se sentía siempre que su hija le hacía un reclamo o la miraba con reproche. La culpa y el remordimiento hacían presencia en esas ocasiones.

—Ya lo creo que sabes de que hablo —sentenció furiosa—. ¿Por qué no valgo lo mismo para ti que mi hermano?

Lori no se iba a callar ya puestas las cartas sobre la mesa, tenía derecho a profundizar en el tema, por el bien de ella y por la salud mental de ambas, lo único que le hacía falta era la colaboración de su madre.

—Claro que vales lo mismo. ¿De dónde sacas esa ridícula idea de que te quiero menos que a tu hermano? —respondió con disgusto.

—Porque es así, estoy cansada de escuchar Peter esto, Peter aquello y mientras tanto yo soy la que recibe las críticas, estás gorda, ¿qué le pasó a tu pelo?, ¿por qué no te has casado? No me gusta ese chico para ti.

—En cuanto a hombres no has hecho muy buenas elecciones.

—¿Te das cuenta? Mis malas elecciones me las recuerdas cada dos por tres. Sin embargo, no te acuerdas que gané el concurso de bellas artes dos años seguidos en la universidad. Nunca te acuerdas o haces la que no recuerdas mis logros, solo recuerdas mis fallos mamá, ¿cómo crees que me sienta eso?

Adele la observó en silencio con ganas de llorar, se levantó y salió del restaurante. Peter iba a ir tras ella, pero su padre se lo impidió.

Lori sabía que la relación con su madre era difícil, con su padre o con Peter se llevaba muy bien. Charlas con una terapeuta sobre el tema la habían orientado algo. La profesional le manifestó, que la relación entre madre e hija es una de las más complejas. A veces la madre concibe en la hija su propio ideal o quiere reparar conflictos a través de ella, puede proyectar en su hija los deseos no cumplidos, propósitos inconclusos, los sueños mejor guardados y los fracasos. Esto resiente la relación y se manifiesta en la falta de aceptación por parte de la madre a la hija. Para superar estos conflictos debe haber aceptación, dialogo y perdón.

—¿Lori, no podías dejarlo para otra ocasión? —dijo Peter, hizo el amague de levantarse e ir tras ella, pero Lori se lo impidió.

—Déjame voy yo y no había mejor ocasión que esta, lo siento. —refutó con firmeza.

La encontró sentada en un banco de la parada del autobús con un cigarrillo entre los dedos. La temperatura había descendido varios grados,

las gotas de neblina brillaban en el etéreo ambiente formado por ésta.

—Pensé que habías dejado el cigarrillo —le dijo Lori sorprendida al acercarse.

—Lo he dejado, pero de vez en cuando sucumbo. Tu padre no lo sabe, te agradecería que no le dijeras nada.

—No te preocupes.

—Cuando quedé embarazada de ti, debí retirarme de la universidad y renunciar a mi sueño en el arte.

—¿Por qué? No serías la primera mujer, que tiene una carrera, hijos.

—Naciste prematura, eras enfermiza y no podíamos darnos el lujo de contratar ayuda, tu padre estaba empezando su negocio, era algo que no se hacía.

—Mamá yo no tengo la culpa —Lori se alejó en la silla y la miró consternada—. Estás resentida conmigo.

No era una pregunta sino una afirmación.

—Por favor, Lori, eres mi hija.

—Eso no importa en este momento, lo que importa es lo que has sentido todos estos años.

—Lori, yo te cuidé, te tuve en brazos sin soltarte más de un mes, hasta que vi que podías respirar de forma normal y no necesitabas tanto mi calor, tu primer día de escuela sufrí más que tú, fui a cada presentación que participabas en la escuela, me amaneció ayudándote con tus trabajos de arte para la obra del festival de otoño, recorrí contigo una semana los centros comerciales buscando un vestido para tu fiesta de graduación, te cuidé Lori, así te critique de la cabeza a los pies, siempre he estado ahí para ti.

—Mamá, debemos superarlo, no es sano —insistió Lori queriendo llegar al fondo del asunto.

—Lori —dijo su madre tomándola de las manos—, te prometo que tendremos esta charla, déjame pensar cómo abordar esto, te lo suplico.

Lori la abrazó como cuando era una niña.

Adele la abrazaba y pensaba en las bendiciones de su vida, su esposo, sus hijos. Adoraba a Peter con un sentimiento que todavía le detenía el corazón cuando lo observaba y eso era algo que nunca cambiaría, pero con Lori era como verse ella misma treinta años atrás y todas sus frustraciones por su sueño incumplido salían a la superficie. Era hora de pasar la página.

—Ven, entremos al restaurante nuestros chicos deben estar preocupados —dijo Adele mientras sacaba el maquillaje del bolso, se empolvaba la cara y se pintaba los labios. Lori se compuso lo mejor que pudo y entraron de nuevo al restaurante. Mathew y Peter las miraban con expresión inquieta.

—Tranquilos, todo está bien —dijo Adele y tomó la mano de Lori.

—Menos mal —soltó Peter.

—¿Por qué será que los hombres le tienen pánico a los estallidos emocionales? —sugirió Adele ante el gesto de su hijo y esposo.

—No lo sé, pero es mejor así, creo que de ser de otra manera se hubiera extinguido la raza humana hace rato.

Ambos soltaron un bufido y procedieron a cambiar de tema.

Siguieron charlando del viaje y todos los lugares que conocerían.

—¿Estás saliendo con alguien hija? —preguntó su padre.

Lori enrojeció y bebió de su vino.

—No, papá, no hay nadie importante.

Peter se preguntaba quién era el hombre de las flores. Por lo visto no estaba preparada para hablar de él. Deseaba un buen hombre en la vida de su hermana, se lo merecía. Sería una buena esposa y magnífica madre. El hombre que la conquistara se llevaría a alguien muy especial.

Capítulo 13



Al llegar a su apartamento, se sorprendió al encontrar la luz de la sala encendida y a Mike dormitando en el sofá, tenía entendido que no se verían ese día, se lo había comentado en un WhatsApp el día anterior, hoy no habían hablado ni escrito en toda la jornada. Se había quitado la corbata y la chaqueta, por entre la camisa observó su pecho, recordó el roce con sus pezones y se le encogió el estómago enseguida. Su rostro se distendía cuando dormía. Se sacó los zapatos sin dejar de mirarlo, no quería despertarlo, fue a la cocina por un vaso de agua y al volver a la sala no se pudo aguantar y le dio un suave beso en los labios. Él esbozó una perezosa sonrisa, con aquel hoyuelo que encantaba a Lori, no se aguantó las ganas y le dio otro beso.

—Hola, *principessa* —soltó en tono de voz cuya frecuencia la escalofrió de arriba abajo—. Cambié el vuelo, espero que no te moleste.

Mike observó su expresión apagada y se preguntó qué le había ocurrido.

—No me molesta, me alegra que estés aquí —dijo mientras se quitó la chaqueta, la bufanda y se sentó a su lado— ¿Comiste algo?

—Sí, comí algo en el hotel. Tenía ganas de helado, compré helado de fresa en el supermercado de la esquina. ¿Qué te pasa? —soltó Mike sin dejar de mirarla—. Tienes mala cara. ¿Problemas en el trabajo?

Lori lo miró consternada, desde el restaurante y la charla con su madre quería llorar, ahora, al ver el gesto preocupado de Mike unas traicioneras lágrimas, empezaron a resbalar por sus mejillas. No todos los días te enterabas que tu madre vivía resentida contigo.

Las únicas lágrimas que Mike conocía eran las de su hermana, cuando la consoló de sus penas amorosas de adolescente, las de sus sobrinas cuando se caían y alguna ocasional novia que le rogaba llorando que no la dejara. Se consideraba inalterable ante cualquier crisis lacrimógena, pero este llanto atravesó su blindado corazón y le llegó al alma y un sentimiento de protección se alzó sobre sus barreras. Quería partirle la cara a quienquiera que la hubiera hecho llorar.

—Cuéntame, *principessasa*, ¿qué o quien te hizo llorar así? —¿Y si había algún desengaño amoroso? No le había preguntado sobre su vida. Le había exigido exclusividad sin indagar en su vida amorosa. Se dio cuenta que era un cabrón egoísta. Pero el hecho de que llorara así por otro hombre, sublevó su veta celosa. La aferró de ambos brazos y la miró fijo mientras ella se disponía a hablar.

—Mamá y yo tenemos problemas.

Mike no reconocería ni bajo la más dolorosa tortura, el alivio que sintió de que no fuera un asunto romántico.

—¿Quieres contarme? —preguntó aliviado.

—Nunca cumplo sus expectativas. Siempre pone a Peter en un pedestal, yo soy su constante fuente de críticas. He hecho muchas cosas para complacerla, hoy, al vivir lo mismo, no aguanté y le dije lo que pensaba.

—¿Y que ocurrió?

—Mamá y yo somos muy parecidas y parece que resiente el no haber podido realizar sus sueños.

—No entiendo, yo estaría orgulloso.

—Es complicado, siento que ella me culpa de no haber podido hacer otra cosa con su vida.

—¿Te lo dijo? —soltó Mike sorprendido.

—No, pero las mujeres tenemos un sexto sentido, para esas cosas.

—Debes arreglar las cosas con ella.

Mike pensó que Adele debería sentirse orgullosa de los logros de su hija, pero quién era él para cuestionarla o darle consejos, se había criado sin padres, así vivieran en la misma casa. Era un hipócrita al no solucionar las cosas con su padre y recordó la charla con Isabella de días pasados. Mike habría dado lo que fuera por tener unos padres que estuvieran en casa para ellos, así hubiera sido con conflictos y situaciones por resolver. Adele no era mala persona, es más, tenía a los papás de Lori en alta estima, por eso le extrañaba la situación. Los Stuart habían sido buenos padres, no era tarde para que Adele hiciera algo más con su vida, en vez de estar mirando de forma crítica la vida de su hija, pero eso era algo que tendría que descubrir ella misma.

—Ven acá —dijo abrazándola—. No has hecho nada malo, ella verá la luz, no te preocupes.

Lori percibió un dejo de ternura en las caricias de Mike y en vez de rendirse a ese gesto, se levantó como un resorte y se dirigió a la cocina.

—Vamos a probar el helado que trajiste —señaló y se dirigió a la nevera, sacó el helado, buscó en el mueble un par de cuencos y una cuchara que debía tener en algún lugar para servir ese postre en especial, al no encontrarla, se decantó por una cuchara cualquiera.

Mike la miraba con hambre y no de helado. Se acercó a ella y la arrinconó contra la mesa de centro de su cocina. Le agarró el rostro entre las manos y arrastró sus labios por el cuello y la mandíbula. La respiración se le hizo pesada mientras llegó a su boca. Le mordisqueó el labio superior, su lengua acarició la de ella tentándola. Ante el gemido de Lori, le aferró el cabello en un puño y se sumergió en su boca, caliente y hambriento. Ella le respondió con igual entusiasmo, el beso se desbocó en segundos y lo sintió entre las piernas. La levantó y la acomodó en la mesa. Retiró con la mano un juego de cubiertos y unas servilletas, que fueron a dar al piso. Le delineó los labios con los dedos.

—Eres exquisita. Tus labios son un reclamo sexual, cuando te beso pienso en la textura y el sabor de los otros —dijo y empezó a

desabrocharle la blusa al tiempo que acariciaba su piel. Al exponer el sujetador de encaje, la levantó y pegó su frente a la de ella, mientras se deshizo de la blusa y la otra prenda—. Creo que hoy te daré la clase de cocina que tanto necesitas.

Lori soltó una carcajada.

El tono de voz en el que pronunció la frase iba en contravía con su mirada, intensa y voraz.

—Hoy aprenderemos sobre frío y calor, el primer ingrediente de la cocina sexual —señaló en tono ronco y con la respiración agitada. Le abrió la cremallera de la falda y se la bajó al tiempo que se metía un pezón a la boca. A la altura del otro pezón la despojó de las medias veladas. Levantó la mirada y pegó de nuevo la frente a la de ella, la mano se movió dentro de la ropa interior, acariciando su humedad.

—Uy, ¿todo esto es para mi? —sus ojos resplandecieron con picardía.

Le introdujo el dedo en su sexo que enseguida respondió con una caricia prensándolo. La excitación ya estaba haciendo estragos en ella, sus palabras eran el mejor ingrediente, se encendía con solo mirarlo, la piel se le había enrojecido, tenía las pupilas dilatadas y la humedad creciente de su sexo la hizo gemir.

—Es para ti.

A Mike las fosas nasales se le dilataron y la mirada se le hizo más intensa. Cuando Lori trató de tocarlo para despojarlo de la ropa. Él aferró sus manos y las puso encima de la cabeza. Tiró de sus piernas, las dobló y apoyó los pies en el borde de la mesa.

—Ahora sí, te tengo como quería.

Lori hizo el amague de soltar las manos para abrazarlo.

—Ni se te ocurra, *principessa*. Segundo concepto —dijo mientras tomaba el vaso de helado y sacaba una porción—: Improvisación, imaginación y ensayo.

Mike esparció helado en un pezón. Lori soltó un respingo,

—El alimento y la pasión se cocinan en sus propios jugos. —Trataba de vencer la lujuria que obstruía su garganta.

Mike enseguida bajó los labios al pezón y un corrientazo de

placer recorrió a Lori de la cabeza a los pies por ese simple gesto. Repitió la receta en el otro seno.

—Quiero tocarte.

—No, *principessa*. —Levantó la mirada—. Si me tocas no podré controlarme.

Mike siguió su recorrido con el helado por la línea de su abdomen hasta llegar al ombligo, chupándola a ella y al helado con fruición como si estuviera saboreando el mejor manjar del mundo. Siguió en línea descendente hasta llegar en medio de las piernas.

—Mike, por favor.

Llenó esa zona de helado.

—Y ahora el punto culminante. No uno, dos puntos. —Bajó la cabeza—. El plato se degusta y se devora.

La chupó, la saboreó y la volvió loca de placer. Se bajó la cremallera del pantalón y liberó su miembro que creció al contacto con el aire. Agarró a Lori firmemente por las nalgas y la comió como si fuera a ser su último plato en mucho tiempo. Lori llegó a un orgasmo estremecedor que la hizo salirse de ella misma y ver estrellas o puntos de luz. Mike tomó su miembro de nuevo y lo tocó un par de veces antes de entrar en ella

—Tócame —le pidió a Lori.

Ella se apresuró a complacerlo y aún en las últimas brumas del orgasmo musitó.

—Te vas a estropear la ropa.

—Shhh —jadeó Mike sobre su boca.

La necesitaba de manera fiera y primitiva y le importaba un carajo nada más. Necesitaba su lengua en su apetitosa boca y su miembro bien profundo dentro de ella. Necesitaba hacerla suya con un afán que por un momento lo asustó. Soltó un gemido cuando se enterró en ella de un solo golpe y empezó a balancearse sin contención ya todo rastro de control desatado. Sus manos aferraron las nalgas, con ímpetu, marcando el ritmo. Los sonidos llenaban la cocina. Se iba a correr, no quería, pero la fricción de su sexo le impedía bajar la cadencia. La sintió gritar y todo pensamiento racional huyó de su mente. Empujó de nuevo una y otra vez.

El sentimiento oscuro de someter primaba sobre sus demás emociones.

—No te detengas —suplicó ella.

“*Como si pudiera*”, caviló Mike. El roce de sus pieles húmedas, los gemidos, el calor y la estrechez que lo rodeaba, observar como sus pechos se movían al compás de sus embestidas, lo llevó al punto sin retorno en el mismo momento en que Lori capituló en otro orgasmo contrayendo aún más su sexo y percibiendo los estremecimientos en su piel. Cuando volvió a la realidad, la mirada de Lori lo recibió. Se levantó un poco y lo besó en los labios. Él la alzó de la mesa e hizo que enroscara las piernas en su cintura, se terminó de quitar el pantalón y la llevó a la habitación.

Después de hacer de nuevo el amor, se ducharon juntos y Lori puso la camisa de Mike en la lavadora. Extendió el pantalón en una silla y volvió a la habitación. Mike la esperaba en la cama.

—Creo que saqué sobresaliente en mi primera clase de cocina.

Mike elevó la comisura de los labios.

—Puedes estar segura.

La besó en la boca y no fue un beso de buenas noches. Cuando introdujo la lengua de Mike en su boca, le abrió las piernas y la tomó de nuevo.

—Estás ardiendo —murmuró mientras se mecía de nuevo sobre ella.

Sería muy fácil enamorarse de nuevo de Michael Donnelly se dijo mientras trataba de dormirse. Un dolor recóndito y sensual la invadía, su piel estaba muy sensible. Trató de separarse un poco de Mike, pero éste la aferró más. Un temblor exquisito la recorrió. La ternura con que la había tratado Mike cuando llegó a casa, la asustó. Recordó el día que lo conoció, el fin de semana que Peter lo llevó por primera vez a casa. Su aire de chico rebelde y atormentado, la enamoró enseguida. Él apenas le prestaba atención, era antipático con ella y luego lo que había ocurrido en la biblioteca. Tenía la certeza de que si el hombre decente que era, se enteraba de lo sucedido, sufriría. Se durmió minutos después, su sueño estuvo plagado de imágenes eróticas, susurros roncós y miradas candentes.

Mike se levantó temprano, puso la cafetera, mientras que su mente recreaba lo ocurrido la noche anterior. Fuego, pasión, entrega y algo que no sabía definir se había levantado la noche anterior. Había límites que nunca traspasaba, en cuanto al placer no; esos límites los traspasaría las veces que quisiera la mujer con la que compartiera la cama. Eran otras sensaciones las que lo tenían de ánimo sombrío y con ganas de tomar distancia. Se había metido en esta aventura con los ojos abiertos. Era un hombre controlado en el sexo, siempre viéndolo desde la barrera que interponía siempre, pero con Lori las cosas eran muy diferentes, ese afán por someterla, ese deseo de marcarla, con sus besos, su miembro y su olor. Era animal y troglodita. Nunca le había pasado. La culpa la tenía ella, era sexy como un demonio, como si tuviera regado el sexo y su aroma por todo el cuerpo y así era difícil controlarse. Se reprendió, él era el que tenía el control, él era el que llevaba la voz cantante. En la noche viajaría a Los Ángeles, tomaría algo de distancia y el fin de semana sería la reunión con Lucas. Volvió con dos tazas de café al cuarto.

Lori ya se había despertado y levantado de la cama.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días ¿hace mucho te levantaste?

—Soy madrugador y deseaba un café.

Le brindó una taza y Lori se sentó en la cama y sonrió al ver la camiseta que se había puesto Mike.

—Te queda bien.

—Era una emergencia.

Tenía puesta una camiseta de Berkeley algo grande que seguro perteneció a alguno de sus novios. Escondió la sonrisa detrás de la taza de café.

Era hermosa hasta recién levantada y tuvo ganas de sexo otra vez y no salir de aquella cama en un buen tiempo, pensó Mike. Tomó su móvil y le hizo un par de fotografías ¿Dónde estaba el puto control? Soltó una risa irónica. Ella le tiró un cojín.

—No, estoy espantosa. —Se jaló la cabellera—. Estos pelos.

—Estás hermosa —dijo Mike mientras revisaba las fotos en el

móvil.

No sería ella la que lo hiciera cambiar de opinión, si la consideraba una belleza recién levantada, allá él. Se dirigió al *vestier* de dónde sacó algunas piezas de ropa y unas botas.

—Tienes una verdadera colección de zapatos —dijo Mike.

—Sí —sorbió su café—. No puedo evitarlo.

—Tomo nota —la imaginó con unos zapatos rojos y nada más, curvó sus labios en una risa sensual al darse cuenta que unos zapatos finos no los rechazaría como rechazó la joya.

Se ducharon juntos, Mike se arregló más rápido y fue a hacer el desayuno. Lori se tomó su tiempo. Se puso las botas de tacón delgado en gamuza de color negro y un vestido gris de tela gruesa, que acompañó con un abrigo rojo, accesorios y cartera a juego.

Cuando llegó a la cocina, Mike ya pasaba a la mesa dos vasos de jugo de naranja, fruta, panqueques, café y queso de untar.

—Se ve delicioso —dijo ella y lo abrazó por detrás.

—Tú sí que estás deliciosa —le dio un suave beso en los labios y enterró la nariz en su cabello.

—Te invito al teatro esta noche —dijo Lori mirándolo entusiasmada—. ¿Qué dices?

—Me temo que esta noche no podremos vernos, surgió un imprevisto en Los Ángeles, salgo en dos horas.

—Oh, no hay problema —dijo Lori algo decepcionada, se obligó a sonreír, se sentó en el comedor y se puso la servilleta en las piernas, no se atrevía a preguntar cuándo se volverían a ver, no quería ahogarlo ni mucho menos.

—El sábado es la reunión con Lucas, me dijo que ya tenías algo preparado. Podemos pasar el fin de semana juntos. Te invito a mi casa — ¿Dónde mierda están las distancias, cabrón?, se preguntó molesto consigo mismo y sabiendo que había sucumbido debido a la nube que pasó por sus ojos al decirle que no al teatro de esa noche.

—Vaya —lo miró sorprendida—. ¿Estás seguro?

Frunció el ceño y dejó la taza de café en el plato y tomó la mano

de Lori.

—¿Por qué no iba a estarlo? Puedes llegar en la noche, cenaremos tranquilos en casa, mañana en la mañana nos reunimos con Lucas y el resto del fin de semana solo para nosotros dos, te llevaré a navegar.

—Es una invitación en toda regla. Muchas gracias, señor Donnelly.
Untó el panqueque con queso crema.

—De nada, eres bienvenida —dijo sin dejar de mirarla.

Bromearon el resto del rato y hablaron de naderías. El desayuno estuvo colmado de risas. Mike se sorprendía porque Lori era una mujer con la que se divertía. Dentro y fuera de la cama le brindaba ratos exquisitos, charlas agradables, él bajaba la guardia sin darse cuenta y exhibía su talante de humor que solo sus cercanos veían.

Arreglaron la cocina y salieron minutos después del departamento. Lori llevaba un paquete grande que Mike ayudó a cargar enseguida.

—¿Qué es? —preguntó Mike con curiosidad.

—Ropa para Tom —bajó las escaleras sin darle más explicación.

—¿Quién es Tom? —inquirió Mike serio y celoso de pronto.

—Ya lo verás —contestó misteriosa.

Al salir a la calle, la esperaba junto al poste un mendigo. Era anciano, con un carrito como los de los supermercados, con todas sus pertenencias contenidas en el interior, al ver a Lori una sonrisa desdentada curvó sus labios.

Se saludaron como si fueran amigos de toda la vida. Lori le entregó el paquete que contenía ropa que había reunido para él.

—Gracias, Lori, eres mi ángel guardián —decía el anciano agradecido y con gesto de adoración.

—De nada. —Abrió su bolso y sacó dinero de la billetera, le entregó un billete de diez dólares—. Te vas donde Greg y desayunas, por favor. Cualquier cosa que necesites me avisas. Yo pasaré en la noche a dejarle el dinero de tus desayunos de la otra semana. No te pierdas, mira que puedo necesitarte para cualquier cosa.

El anciano le regaló una mirada digna y orgullosa.

—Lo que necesites, sabes que puedes contar conmigo.

—Eso espero, muchachote.

El anciano se despidió y siguió calle abajo.

—¿Qué fue eso? —quiso saber Mike.

—Oh no es nada, a veces ayudo a los mendigos que pasan por aquí.

—Parece que te conoce de toda la vida. ¿Y para qué lo necesitas?

—Nada especial, a veces lo ocupo con algunos recados sencillos. Se siente digno y útil y a veces pienso que valora más ese gesto que la ropa o la comida que le doy.

—Guau ¿Te das cuenta por qué no me equivoqué cuando te hablé de mi proyecto?

Ella lo abrazó.

—Me descubriste.

—Aja.

Lori sonrió y Mike quiso comérsela a besos pero ya era un poco tarde y tenía la maldita reunión.

Lori quiso alargar el momento de la despedida, “*estas como una tonta sentimental*”, se repitió consternada. Se dio cuenta que ya Mike estaba pensando en sus asuntos de negocios y tecleaba cosas en su iPad.

—¿Quieres que te lleve?

—No te preocupes, Charles llegará en cualquier momento —la limusina llegó en ese preciso instante, Mike se despidió dándole un ligero beso en la boca—. Nos vemos, *principessa* —le sonrió guiñándole un ojo.

—Hasta pronto, Mike.

Horas después de estar en su oficina, recibió otro ramo de orquídeas con una tarjeta que citaba “*No sabía si enviarte orquídeas, fresas o helado, lo de anoche fue inolvidable y deseo darle más clases de cocina a una alumna muy aventajada. En serio, Lori, me prodigaste un placer sublime. Tuyo, Mike*”.

Patrick Davenport estaba sentado al volante de su auto. Miraba hacia su casa con algo parecido a la desesperación, amaba a su familia, adoraba a Isabella, aún hoy, la deseaba con una necesidad insana que los años no habían conseguido aplacar y sus pequeñas princesas eran su mayor orgullo. No quería entrar a su hogar todavía, lo haría cuando ya estuvieran acostadas. Isabella era poco flexible con los horarios entre semana. Si entraba en casa ahora y las encontraba despiertas no lo soportaría, se echaría a llorar como un niño pequeño y no quería asustarlas. Se soltó la corbata, sintió que se ahogaba. Él en su profesión como abogado litigante, vivía pateando traseros todo el día y cuando vencía se sentía satisfecho, como algún guerrero cuando ganaba una batalla, pero nada como una mirada de su esposa y sus hijas para hacerlo sentir el rey del mundo, ese era su reino, su paz después de la guerra, era su pequeño paraíso privado después de lidiar con el cinismo del mundo y no iba a dejar que la desgracia cayera sobre él, así tuviera que batallar solo esta nueva guerra que se le avecinaba.

Capítulo 14



Lori trabajó, parte de la jornada, en algunos detalles de la campaña que le presentaría a Lucas, deseaba que fuera del agrado de Mike. A última hora de la tarde, abordó el vuelo que la llevaría a Los Ángeles.

Mike se paseaba por la sala de espera, el avión había aterrizado hacía unos minutos. Podría haber enviado a su chofer pero quiso ser él el que la llevara a su hogar. Observó la gente que lo rodeaba, un matrimonio joven con un bebé en un coche, una pareja de adultos mayores, hombres y mujeres de negocios que volvían a sus hogares. Empezaron a salir los pasajeros, uno, dos, tres y entonces la vio, esplendorosa y sonriente, caminaba con una gracia innata, llevaba una maleta de rodachinas. Ignoró el aumento de los latidos del corazón. Algunos hombres volteaban a mirarla, y cómo no, con un *jean* que parecía un guante y hacía resaltar sus sensuales curvas, botas hasta las rodillas, suéter de lana de color rojo vivo y chaqueta a cuadros bajo el brazo, era una mujer muy atractiva. Con su enorme sonrisa se acercó a él.

—Hola, *principessa*.

—Hola, Mike.

La abrazó y la besó posesivo. Le puso la mano en la parte baja de la espalda, tomó la maleta y la llevó al parqueadero. En el mismo auto deportivo de la otra vez, Mike abrió el maletero y echó el equipaje.

Lori lo admiró embelesada. Estaba guapísimo en traje de oficina y corbata de colores vivos que aflojó en cuanto se ubicó en el asiento. Lo notaba algo cansado, con la barbilla oscurecida y el cabello en desorden.

—Tuve un día de mierda. —Fue todo lo que dijo antes de besarla de nuevo—. Se acaba de arreglar, *principessa*.

Soltó una breve risa y como siempre quedó hechizado por su gesto. Su aroma lo rodeó, como si después de un tiempo, pudiera al fin respirar. Le sujetó la nuca con las manos y la devoró en un beso brutal, hasta alcanzar su deliciosa lengua y danzar con ella. Cuando ya llevaba las manos debajo del suéter, se obligó a calmarse y la soltó. La piel sonrojada de Lori y la sonrisa que le destinó, casi lo hacen sucumbir de nuevo.

—Es una buena bienvenida —dijo ella antes de acomodarse y ponerse el cinturón de seguridad.

La canción *Magic* de *Coldplay* inundó el ambiente. A medida que se alejaban del aeropuerto, Lori escuchaba el relato de Mike de lo que había sido su día de trabajo y después le contó la historia de su casa que había pertenecido a una actriz famosa en los años cincuenta, del matrimonio que se encargaba del lugar y que a pocas cuadras quedaba la casa de Isabella.

—¿Y tu padre? —preguntó Lori.

Mike se repitió que ella era inocente de los tumultuosos sentimientos que, con su pregunta, despertaba en él. Su locuacidad desapareció.

Lori no se arrepentía de haberle preguntado. Deseaba profundar en ello y ayudarlo a sanar de alguna forma. Al rato le contestó.

—Vive en Bel Air, no tengo una buena relación con él, nos vemos muy de vez en cuando.

—Tu madre murió cuando eras un niño. —Lori le acarició la pierna.

Lo sintió tensarse. Mike cambió la música por algo más fuerte.

Lori sorprendida por el gesto, supo que era un tema del que no le

hablaría jamás.

Se quedaron en silencio varios minutos, fue como si un chubasco hubiera hecho presencia y luego desaparecido como si nunca hubiera estado allí.

—Disculpa, no era mi intención molestarte —dijo ella al fin para romper el hielo.

—Es algo de lo que no hablo ni con Isabella.

La miró consternado, trató de disimular el malestar que le ocasionaba el tema, ella no tenía la culpa, pero tampoco tenía que meter las narices donde no debía. Ese era el problema cuando intimaba con alguna mujer, caviló furioso, querían succionar todo de golpe, nunca tenían suficiente con lo que les daba.

—No te preocupes, Mike, te entiendo.

—Es mejor dejarlo así —la tomó de la mano y le besó la muñeca, no iba a permitir que sus recuerdos amargos le arruinaran el rato.

Mike vivía en las costas de Malibú a pocas cuadras de Pacific Coast Highway. A pesar de sus orígenes italianos; la casa era de estilo clásico norteamericano. Al llegar a la verja, observó un camino rodeado de palmeras y rododendros, que desembocó en la entrada. En un extremo de la casa principal se erigía una vivienda pequeña. La iluminación le daba un aspecto majestuoso al hogar de Mike. Tres escalones en piedra los llevaron a una hermosa puerta de madera ornamentada. Al entrar, Lori quedó maravillada. Mike tenía muy buen gusto, la sala era preciosa, se imaginó que tuvo la ayuda de un decorador de interiores y no se equivocó. Era una sala de diseño de revista que no dejaba ver nada que permitiera vislumbrar algo de la personalidad de su dueño. Había dos sofás blancos, sillones claros, alfombras gruesas y una mesa de centro sacada de algún anticuario, algunas esculturas en bronce y pinturas clásicas en sus paredes.

La casa contaba con siete habitaciones muy bien distribuidas, un comedor para ocho personas de estilo moderno y sobrio. Una amplia cocina que tenía un sello especial y calor de hogar, producto de la mujer que cuidaba del lugar. Con olor a hierbas y especias y una decoración llena de vida, Lori se imaginó que serían de ascendencia mejicana.

—Conocerás a mis empleados mañana —dijo Mike acercándose

al horno y luego a la nevera.

—Tú casa es hermosa, Mike. Te felicito.

—Gracias —sonrió satisfecho.

Por una puerta amplia de cristal corredizo se salía a un balcón que parecía un patio, rodeado de plantas con hermosas flores, había una mesa con sombrilla rodeada de cómodas sillas y dos tumbonas de color azul rey, al frente la playa, se escuchaba el sonido del mar.

—Se ve que tienes buena mano para las plantas —señaló Lori en broma al acercarse a oler una flor.

—Ni lo sueñes, esto es obra de Joaquín ¿Deseas tomar algo?

—Quisiera instalarme primero.

Mike le hizo un recorrido hasta llegar al otro extremo de la casa, donde estaba la piscina de forma ovalada en un patio con otro jardín y una zona para barbacoa.

En el segundo piso estaban las habitaciones. La habitación de Mike parecía una suite de hotel, con una sala pequeña y televisor de pantalla plana, al fondo una cama extragrande, dos mesas de noche con lámparas a cada lado y más al fondo el vestier y el baño con Jacuzzi, amplio, todo blanco y aséptico.

—Subiré tu maleta. ¿Deseas compartir la habitación conmigo o quieres tu propio cuarto?

Lori se dijo que era un hombre muy delicado.

—Quiero que compartamos la habitación.

—Perfecto.

Mike salió veloz por el equipaje. Necesitaba poner algo de distancia. Si ella supiera el impacto que fue para él, verla en su casa, en su habitación, como si perteneciera a ese lugar. Un ramalazo de miedo por todo lo que sentía le hizo querer huir; miedo y rabia por sentirse así, porque en cada encuentro su férreo control salía a paseo. No era lo que había planeado. Deseaba una relación como la que había tenido con sus mujeres en el pasado, pero con ellas no había sentido esa ansia loca que no sabía donde empezaba, si en su cabeza, su miembro o su corazón. Se reprendió por enésima vez, dejaría que las cosas siguieran su curso sin involucrarse emocionalmente, tendría que esforzarse. Cuando volvió a la

habitación con la maleta, Lori observaba el paisaje por la ventana. No veía mucho, parecía sumida en sus pensamientos. Aprovechó para sacar una caja, envuelta en papel regalo, de una cómoda y la puso encima de la cama.

—*Principessa* —llamó Mike—. Ábrelo, es para ti.

“*No, otra vez no*”, caviló consternada, mientras se acercaba a él. Le puso las manos en el pecho.

—Mike, no es necesario, no deseo más regalos.

—Vamos a aclarar eso enseguida que abras el paquete, por favor.

Lori desató el moño, abrió el paquete que contenía una caja de Christian Louboutin, el corazón se le aceleró. Al abrirla halló unos hermosos zapatos en gamuza de color rojo con incrustaciones de brillantes, lo lindo no eran los brillantes aunque le daban majestuosidad al calzado; era la simpleza y sencillez de su corte, la elegancia de su tacón de más de quince centímetros, los zapatos cumplían la misión de seducir.

—No sé que decir —los acarició con reverencia—. Son hermosos, muchas gracias.

Al observar el lujoso regalo, Lori se dio cuenta al momento que era errónea su afirmación de que él le pagaba por sus servicios. Al ver la forma en que esperaba que ella abriera el presente y que no quitaba la mirada de su rostro acusando cada reacción, percibió que era un hombre que le encantaba regalar a las personas que le importaban y eso la hizo feliz.

—Déjame ponértelos —dijo con tono de voz ronco. Se acercó a ella y con su risa sensual dijo—: He fantaseado con eso desde que los vi.

Lori se acomodó en la cama. La desvistió con calma y se tomó su tiempo, sus caricias la calentaban, luego se arrodilló frente a ella y le puso los zapatos con gesto suave.

—Ahora, camina —susurró.

Lori caminó hasta la salita del cuarto, los zapatos eran un guante. Él se recostó en la cama observando su delicioso trasero.

—Ven despacio.

Mike se enderezó. Lori dio la vuelta y caminó sin quitarle los ojos de encima, con su espléndida sonrisa y los zapatos como únicos adornos,

se dijo que era una de las mujeres más bellas que conocía.

—Dios, *principessa*...

Cuando llegó al borde la cama, Mike la acarició con ternura, desde la punta de los zapatos, hasta sus pezones pasando por su sexo, la tumbó en la cama y habló.

—Así es como te pienso, así es como me pongo cachondo, sonrisa, tetas y zapatos que en unos segundos rodearan mi cintura y después mi cuello.

—¿Por qué no te gusta que te regale cosas? —preguntó rato después, mientras le acariciaba el brazo. Estaban acomodados en la cama como en media luna.

Lori se dio la vuelta y sus ojos de cielo descansaron en él.

—Voy a ser sincera contigo, siento como si me estuvieras pagando por algo que te estoy dando libremente.

—Pero qué dices —soltó ofendido—, lo hago porque me gusta hacerlo, me gusta complacer a las personas que me rodean. —Mike se quedó pensativo y decidió ser también sincero con ella. Quería explicar algo que no era claro ni para él mismo—. No soy una persona afectuosa, creo que te das cuenta.

—Me hago una idea —ella no podía dejar pasar este momento, quería conocer algo más del hombre inalcanzable para ella hasta hacía unos días.

—Esos presentes son una forma de darte las gracias porque estás en mi vida. En ningún momento se me pasa por la mente algo como lo que insinúas, debes creerme, por favor. —Ella le rehuyó la mirada, él fijó su rostro, sonrió de nuevo, los ojos le brillaban con calidez. Él tiró de ella hacia delante y le levantó el mentón con un dedo hasta que se pegó a su boca y la besó.

Lori satisfecha se perdió en ese gesto, así Mike no se hubiera dado cuenta, le acababa de dar el regalo más precioso, empezaba a derribar muros.

—No le busques cinco patas al gato. —Se levantó de la cama como un resorte y se puso un pantalón de algodón—. He sido un desconsiderado, no te he alimentado, discúlpame, *principessa*, arreglaré eso enseguida.

—Hay actividades más placenteras —dijo al tiempo que lo abrazaba.

Lori se puso una camiseta y bajó con él a la cocina.

Salieron temprano de la casa. Desayunaron en un Starbucks camino al centro de jóvenes.

Lucas recibió a Lori con un fuerte abrazo que hizo chirriar los dientes a Mike.

—Bienvenida. —La soltó y le tendió la mano a su amigo—. Me imagino que vienes con ganas de trabajo mari... —se detuvo al recordar la presencia de Lori.

Mike esbozó una sonrisa aterciopelada.

—Adelante, no te contengas.

Lucas carraspeó nervioso y los invitó a una oficina improvisada amoblada con una mesa, varias sillas y un archivador que conoció mejores días donde reposaba una cafetera y vasos desechables.

Lori acomodó su ordenador en la mesa y durante la siguiente hora le presentó a Lucas y a Mike el primer esbozo de la campaña que en realidad eran varias campañas en una. Según lo comentado, el centro de jóvenes sería un lugar de apoyo que trabajaría en la prevención de la drogadicción, el alcoholismo y otras conductas de riesgo que dificultan el desarrollo de los adolescentes del lugar, con estrategias educativas, se trabajaba en el ámbito de la educación formal e informal. El centro promovería la educación preventiva en todos los niveles: escuela, familia y comunidad.

—Esa parte quiero que quede muy clara, Lori.

—En la documentación que me enviaste tienes ese tema muy claro, recuerda que lo hablamos hace tres días. He trabajado en el logo que más despierte interés a las personas. Aquí tienes tres ideas, me estás debiendo el eslogan. ¿Tus chicos ya tienen algo? —En ese paso habían decidido involucrar a los jóvenes.

—Tienen unas ideas que no se si sean las correctas.

Lucas se levantó y sirvió tres cafés.

—Lo que no es bueno para nosotros, para ellos es genial. Este centro será de ellos y tienen que identificarse con el —afirmó Lori.

Y así siguieron hablando una hora más. Mike apenas pronunció palabra. La camaradería con que se trataban lo tenía mortificado. Recordó como apenas lo toleraba cuando iniciaron el trabajo de la campaña de los hoteles ¿Por qué con Lucas no había asomo de prevención y con él fue un incordio total? No lo entendía y tampoco profundizaría en eso. El trabajo presentado era excelente. La admiraba y muy pocas personas eran dignas de su admiración.

—Tendremos clases de música, pintura, cursos online de apoyo psicológico, de sistemas y de idiomas —señaló Lucas.

—¿De idiomas? —preguntó Lori.

—Sí, en esta zona de la ciudad llegan jóvenes latinos todos los días y muchos ni siquiera se preocupan por aprender el idioma.

—Te entiendo, pienso que...

Mientras hacía su exposición, Lori lo sintió a su lado, la miraba con la misma intensidad callada y poderosa con la que hacía todo. Era una presencia cálida y tranquilizadora y asentía a todo lo que ella exponía. Al cierre de la reunión descubrió en su mirada café, un brillo de orgullo y admiración por ella.

Al salir ya había varios jóvenes y obreros que trabajaban en la construcción. Mike enseguida se unió a una cuadrilla que trabajaba en el almacén de madera. Lucas llevó a Lori donde estaba el material que había acabado de llegar. Pasó casi toda la mañana, organizándolo y dándole entrada en el computador propuesto para ese fin. De vez en cuando destinaba una mirada a Mike que por culpa del trabajo duro, se había

quitado la camiseta. Verlo así con su torso al aire, sudoroso y atareado en su labor, hizo que a Lori se le encogiera el estómago. Tomó el móvil y le sacó varias fotografías, estaba de perfil acomodando un puntillón grueso antes de coger el martillo. Observó las imágenes y se percató que sus sentimientos iban más allá de una simple aventura. No tenía sentido engañarse, estaba como siete años atrás y se moría del miedo.

—Hola —saludó Lucas que le pasó una botella de agua.

Lori se sonrojó al ver que Lucas siguió la mirada de ella.

Lucas se echó a reír, era un hombre de trato fácil, amable y divertido. La impresionaba su amabilidad y la sensibilidad aparte de que adivinaba su condición.

—Acabo de terminar.

—Eres muy eficiente, Mike tiene suerte.

Lucas supo interpretar su gesto, añoranza, vulnerabilidad y amor. Ella bajó la mirada.

—Lori... —pareció titubear.

—¿Qué?

—Eres buena para él. Ustedes juntos pueden lograr grandes cosas. Pero necesito un favor.

—Dime, lo que sea cuenta con ello.

—No te molestes por lo que te voy a decir. Mike no ha tenido una vida fácil, no es de trato sencillo. Es uno de los hombres más decentes que he podido conocer, pero es un adicto en recuperación, no se te olvide. Tienes que saber dónde estás parada en todo momento. Su adicción es como un maldito juego, si pierdes, tú perderás también.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque lo quiero como a un hermano —se apresuró a aclarar— y la mujer que esté a su lado, tiene que ser fuerte y tenaz. El amor no es suficiente.

—Lucas, apenas estamos empezando algo. Pienso que tus comentarios son algo precipitados.

—Pues por la manera que tienen de mirarse, están a un paso de subir el escalón.

—No creo, Mike no desea nada serio.

La miró sorprendido.

—Entonces, ¿por qué me mira como si quisiera martillarme a mí en vez del clavo que tiene en la mano?

Lori soltó la carcajada y al mirar a Mike, el gesto adusto le dijo lo que quiso saber. Incapaz de romper el contacto de sus ojos cafés que la miraban furiosos, siguió hablando con Lucas.

—¿Qué función cumplirá el muro al fondo del terreno?

—¿El muro de color coral? —preguntó a su vez el aludido—. Se demolerá, pensé que ahí podría ir el salón de danza, pero el arquitecto, por cuestiones de luz, no lo aprobó.

—¿En qué utilizaran el espacio?

—Un jardín.

—Entonces no es necesario derribarlo. Lo podrías utilizar para que los chicos hagan un mural.

—Es una buena idea.

Observó cómo Mike bajaba la escalera y se dirigía a ellos. Ella le sonrió feliz.

Se acercó y sin pedir permiso la atrajo hacia él y la besó con gesto posesivo, delante de su amigo.

—Mejor dejo solos a los tortolitos.

Mike levantó el dedo medio por detrás de Lori. Lucas solo sonrió.

—Sé lo que acabas de hacer —dijo ella sobre su boca—. Es innecesario.

—No lo creo —retrucó él—. Lucas puede ser un jodido ángel, pero es hombre y no me gusta que te ronde.

Lori lo separó de un empujón.

—¡Oye! Creo que tengo algo que decir al respecto.

—No comparto.

—No me compartes, me ofenden tus comentarios.

Él la volvió a abrazar, le besó el cabello, la mejilla y deslizó su boca a su oído.

—He tenido que contenerme, cuando cada hombre de la construcción no hace sino mirarte el trasero.

—Mike...

—Sí, lo sé, es una maldita locura, pero sentí celos.

Se alejó de ella así como había venido.

“*Celos*” vaya, vaya con el señor Donnelly, caviló Lori, este pintaba ser un muy buen día, sonrió y se acercó a un grupo de jóvenes para entablar la charla.

Los jóvenes la recibieron encantados, uno de ellos tarareaba una canción de *Gente de Zona*. Lori expuso su idea y la acogieron con entusiasmo, varios de aquellos jóvenes estarían en el taller de arte, para muchos de esos jóvenes las paredes eran sus voces, era su manera de abogar por una nueva oportunidad.

Para la mayoría de la gente el arte muralista pasa desapercibido o se toma como un grafiti, pero para algunos foráneos y extranjeros los murales eran considerados una expresión de arte y parte importante de la cultura de la ciudad.

Mike la rescató de su reunión, a los pocos minutos abandonaron el proyecto y tomaron rumbo a Malibú.

Capítulo 15



Al entrar en la cocina de la casa, Lori y Mike encontraron a una mujer madura de ascendencia latina, secándose las manos con una toalla de cocina.

—Permíteme presentarte a Consuelo —dijo Mike al tiempo que ponía las manos en los hombros de la mujer—, mi colaboradora en la casa, ella y su esposo viven en la casita detrás de la piscina, Joaquín, se encarga de la vigilancia y el jardín.

—Es un placer conocerte, Consuelo —Lori le dio la mano y le sonrió con calidez.

—El placer es mío —contestó la mujer sonriendo y observándola con curiosidad.

—Consuelo, ¿ya está todo listo?

—Sí, señor Donnelly.

—Iré a cambiarme y después haré unas llamadas, si quieres dar un paseo, o estar en la piscina, estás en tu casa, *principessa*. —Mike se dirigió a la puerta—. Cualquier cosa que necesites, pídesela a Consuelo.

—Ve tranquilo, estaré bien.

Lori decidió dar una vuelta por la piscina y los jardines, Joaquín, un hombre de la misma edad que Consuelo de baja estatura, cabello entrecano y sonrisa afable, podaba algunas plantas.

—Lindo Jardín, lo felicito, se nota que está en manos de un experto artesano.

—Son mi otra familia, todo lo que necesitan es cuidado y amor.

Lori observaba como sostenía una hoja de una planta, cavilaba, si la mandaba a mejor vida o no, decidió dejarlo con su trascendental decisión y seguir su camino.

—Hay ciertas plantas que se protegen con costras duras para evitar que les hagan daño, hay que quitar cada capa, para poder ver la belleza de su interior.

Lori estuvo segura de que no hablaba de las plantas.

—Lo tendré en cuenta —anduvo hasta la casa, a medio camino, se encontró con Consuelo que traía una bandeja con té helado.

—Señorita, Lori ¿lo bebe aquí o en la casa?

—Consuelo, llámame Lori, gracias —sostuvo el vaso que le ofrecía—, prefiero tomarlo donde tú estés, quiero conversar.

—Disculpe al señor Donnelly por haberla dejado sola tan pronto —tenía un gesto de contrariedad—. Claro que puede acompañarme.

Se dirigieron a la casa mientras charlaban de forma animada. Lori se sentó en un banco alto alrededor del mesón de la cocina, mientras observaba a la mujer picar verdura y mezclar ingredientes como toda una profesional. Le preguntó cuánto tiempo llevaban trabajando para Mike, su comida preferida. Percibió que había una relación más afable que la de jefe y empleada. Lo querían y se preocupaban por él.

A la hora de estar conversando, conocía bastante de la vida de Consuelo, el nombre de sus hijos y de sus nietos. Cuando Mike salió del estudio las encontró en la cocina, charlaban como viejas amigas. Lori ayudaba a Consuelo a pasar la comida al comedor auxiliar que daba al jardín y a la piscina.

—Disculpa la tardanza, *principessa* —miraba de Lori a Consuelo, sorprendido por la capacidad de Lori para relacionarse con toda la gente

alrededor, era una mujer cálida y le gustó, sonrió complacido.

—No te preocupes, he estado en muy buena compañía —le devolvió una mirada apreciativa al verlo con unos shorts de *jean* deshilachados, una camiseta pegada y sandalias.

Se sentaron a almorzar, Mike destapó una botella de vino. Le brindó a ella y él bebió una limonada helada. Mientras la observaba, se dio cuenta que nunca había conocido a una mujer que se sintiera tan bien consigo misma en cualquier entorno como Lori, sencilla, sexy, segura, llegaba a algún lugar y tomaba las riendas enseguida, casi sin darse cuenta, como algo natural.

—¡Estoy hambrienta!

—Yo también.

—¿Tu bote tiene nombre? —preguntó Lori, mientras armaba un taco con los ingredientes que había en la mesa.

—No, no he pensado en ningún nombre para el bote.

—¿Vamos a salir a navegar?

—Claro que sí, *principessa*, este fin de semana, tus deseos son órdenes.

Mientras la observaba deleitándose con la comida, lo asaltó el deseo de besarla, llevarla a la habitación y hacerle el amor, pero también quería complacerla, hacerla reír, que lo siguiera mirando así.

—Esta comida me recuerda al restaurante mexicano que quedaba cerca de mi casa, el sabor es el mismo, una delicia.

—Con Consuelo trabajando para mí, está es mi dieta. Me encanta su comida, parezco más de raíces mexicanas que italianas, aunque Consuelo está más que preparada para cocinar cualquier cosa.

—¿A qué se debe que prefieras esta comida y no la italiana?

Lori observó que la mirada de Mike sufrió un ligero cambio.

—En nuestra infancia Isabella y yo, estuvimos muy ligados a esta cultura. Las personas que nos cuidaban y eran importantes para nosotros eran los familiares de Consuelo, su hermana mayor y el esposo nos criaron, aunque teníamos un ama de llaves que parecía alemana —le dijo pensativo—. Isabella y yo pasábamos más tiempo en la cocina y en la casa

de la servidumbre que en nuestro propio hogar —Mike sonrió—. Es increíble que el calor de hogar en nuestra infancia nos lo haya brindado una sencilla pareja de inmigrantes mexicanos.

Mike quedó pensativo, ellos fueron sus primeros amigos, los quería mucho y era un ingrato con la pareja, por castigar a su padre había descuidado a las personas que tanto cariño les habían brindado a él y a Isabella.

Lori tenía el corazón encogido y dejó de disfrutar de la comida. Sabía que Mike se había criado en una gran mansión, pero que tuviera que buscar a la servidumbre para recibir un poco de calor de hogar, era abandono por parte de sus padres. Ahora entendía el porqué de su coraza y lo reacio que era a hablar de ello.

Lo tomó de la mano.

—Eres un buen hombre, Mike Donnelly, hicieron un gran trabajo.

—También quería mucho a mi abuela, pero mi padre, tenía una guerra casada con ella y eso hacía que nos mantuviera alejados; eso la afectó mucho.

Lori quería saber más, pero no deseaba apurarlo, se daba cuenta que poco a poco le iba abriendo su corazón. Después de comer, Lori fue a cambiarse para el paseo en bote. Se reunió con Mike en la piscina, donde él se tomaba un refresco y hablaba con Joaquín que se despidió en cuanto ella llegó. La hambrienta mirada de Mike no tenía precio, le hizo el amor en todo el recorrido hasta que quedó frente a él. Lori se había puesto un bikini blanco y un pareo transparente del mismo color, sandalias doradas de tiras delgadas y gafas.

—Mmmm me dan ganas de quedarme —dijo Mike jalándola hacía él y sentándola en sus piernas. Le besó el hombro. Lori lo abrazó y le dio un profundo beso en la boca.

—Con esa mirada de lobo feroz, estoy tentada.

Entraron en la casa. Lori caminó delante de él. Mike observó el contoneo de sus caderas y pensó que no sería mucho el tiempo que duraría ese bikini en su cuerpo, cuando la tuviera en el bote.

—¡Tío Mike! ¡Tío Mike! —Atravesaron la puerta Carole y Melody, seguidas de Isabella que se sorprendió al ver a Mike en compañía

de una mujer en su casa.

—Chicas compórtense, su tío tiene visitas —señaló Isabella.

Ambas abrazaron a Mike de forma posesiva hasta que las presentó.

—Melody, Carole, les presento a Lori una amiga de San Francisco.

Lori devolvió el saludo con un beso en la mejilla de cada una. Luego Mike la presentó a Isabella.

—Por fin te conozco, Mike habla mucho de ti y desde hace años, siempre quise conocer a la hermana de Peter. —La abrazó de manera calurosa—. Cuando era una jovencita vivía enamorada de Peter.

—Recuerda que ya estabas casada, eras un año mayor y éste garbanzo crecía en tu barriga. —dijo Mike al tiempo que le revolvía el cabello a Carole.

—Pero no estaba ciega y así no lo hubiera estado, no los hubieras dejado acercarse a mí. Peter y Nick eran la fantasía de cualquier mujer y ellos se aprovechaban de eso. —Le golpeó el pecho con una mano—. Como si tú fueras igual de fiar.

—Vaya —señaló Lori—. Cuéntame ¿por qué si te metes conmigo?

Isabella sin ahondar mucho, con esa respuesta, ya había satisfecho su curiosidad en cuanto a la naturaleza de la relación de su hermano con esa hermosa rubia.

Mike, las miró exasperado.

—Bien, preciosas ¿A qué debo el honor de esta visita?

Lori se percató como el semblante de Mike cambiaba cuando miraba a su hermana y a sus sobrinas, una sombra de calidez y cariño vistió su rostro.

—Mike, disculpa la molestia, no sabía que tenías compañía, tengo cita en el Spa en media hora y pensaba dejarlas un rato, pero si estás ocupado...

Mike miró a Lori.

—No hay problema.

—Será un placer compartir con las niñas, ve tranquila —aseguró

Lori.

—Entonces me aprovecharé de ustedes —besó a sus hijas en las mejillas y les pidió que se portaran bien.

—¿Te pasa algo? —preguntó Mike. Su hermana no estaba bien, la veía pálida y con un dejo de tristeza en la mirada.

—No, nada —exclamó la aludida, forzando una sonrisa—. Nos vemos después.

Salió de manera apresurada.

Mike la conocía mejor que nadie y algo la preocupaba, decidió no insistir delante de las niñas y Lori, ya lo averiguaría más tarde.

—Bien, pequeñas, vamos a dar un paseo en bote.

Melody y Carole, saltaron alegres y todo el grupo se dirigió en auto para ir al muelle.

La tarde, a pesar de la estación, estaba soleada, el lugar bullía de actividad, había varios botes de varios colores, estilos y tamaños fondeados en el puerto.

El bote de Mike, sin ser muy grande era cómodo, de color blanco. Después de exigirles los salvavidas a las niñas y de revisarlos bien, acomodó a Carole en las piernas, Lori se sentó a su lado junto a Melody.

—Tío, quiero ver los delfines —dijo Carole a Mike.

—Con gusto preciosa, delfines, allá vamos.

—Carole, cuando estemos cerca no te vayas a asustar, en el último paseo con mi tío —relataba Melody a Lori—, un delfín juguetón se acercó y lo confundió con un tiburón.

—La culpa fue tuya, dijiste que le habías visto los dientes de tiburón —retrucó Carole enseguida.

—Tontita tu que te lo creíste —señaló Melody.

—Bueno, bueno —interrumpió Mike mirándolas ceñudo—, no empiecen o los únicos delfines que verán serán los del negocio de Steve.

—¿Quién es Steve? —preguntó Lori.

—El dueño del negocio de tablas de surfear y que vende flotadores en forma de tiburón, delfines y caballos de mar.

—Mira —saltó Carole de las piernas de Mike—; Leones marinos, son tres, una familia.

Varios metros más allá los delfines, estos se acercaron y jugaron alrededor del bote.

—¡Delfines! ¡Delfines! —gritaron las niñas.

—Qué hermosos —dijo Lori uniéndose a la algarabía.

—Tío Mike, quiero ver ballenas —soltó Carole abrazándose a su cuello.

—No podemos, amor, están mar adentro —Mike la acariciaba con ternura. Lori pensaba que él sería un buen padre, era muy cariñoso y protector con sus sobrinas.

Dieron otra vuelta y después volvieron al muelle. El lugar era un hervidero de gente, caminaron un rato, entraron a un parque de diversiones y comieron helado.

Al llegar a casa pidieron una pizza y jugaron Monopolio. Mike y Melody barrieron con las propiedades. Lori y Carole jugaron sin dignidad, birlando billetes de los montones de Mike y no respetaban las reglas.

—Tramposa —dijo él.

—En el juego y en la guerra todo se vale.

—El dicho es en el amor y en la guerra todo se vale.

Mike sonrió y sin dejar de mirarla, se percató que Lori tenía una dulzura innata, prodigaba cariño a sus sobrinas y al mundo en general, quería acercarse más a ella, necesitaba que lo tocara, se estaba acostumbrando a su afecto, quería un poco, de ese que derrochaba a manos llenas, para él. Cuando lo tocaba, se sentía en paz con el mundo.

—Hueles delicioso —dijo Carole a Lori que enterró la nariz en su cabello.

—Es un perfume con aroma a fresa —contestó Lori sin dar mayor importancia.

—Huele, tío Mike, huele, es delicioso —soltó la chiquilla instándolo a acercarse más a ella.

Mike quería hacer algo más que oler, quería morder, chupar,

besar y saborear y no solo su cuello, quería venerarla entera, imágenes lascivas invadieron sus pensamientos.

Se retiró unos minutos para realizar unas cuantas llamadas. Al volver encontró a Lori en el estudio bailando con sus sobrinas. En el reproductor de música se escuchaba una canción de *Beyonce*, Lori movía las caderas y tenía los brazos levantados, el vuelo del pareo ondulaba al ritmo de la música, sus sobrinas trataban de imitarla, no se pudo aguantar y le tomó otras fotografías. Al ver a Lori tan en comunión con sus sobrinas tuvo el impulso primitivo de sacarla de allí, llevarla a cualquier parte y perderse en ella, saquear como pirata no solo su cuerpo, sino su mente y su alma, era el impulso de todos los machos a través de la historia de querer marcar territorio, de llenarla de hijos, de cazar para ella. “*¡Pero qué diablos estoy pensando!*,” contrólate Mike.

Althea llegó a su piso en el otro extremo de la ciudad. Había estado con los gemelos toda la tarde. Se veían contentos y saludables. Al comienzo de las visitas lloraban, ya no la extrañaban. Los perdía, entre más tiempo pasara, menos oportunidad tendría. Algo le inquietaba, como una rasquiña de la que le era imposible deshacerse. La señora Curtis, la trabajadora social que llevaba su caso y la acompañaba en todas las visitas, había sido muy vaga respecto a cuándo sería la vista ante el juez para recuperar la custodia de los chiquillos. Semanas atrás, le había dicho que en unos dos meses sería la primera vista. Ahora que estaba mejor que antes, que había conocido el lugar donde vivía, era muy vaga en cuanto a su caso ¿Y si nunca los recuperaba? Su ánimo cambió de pronto y apareció de nuevo la sed y la eterna lucha para controlar el impulso de beberse el mundo. Relájate, Althea, se reprendió, debes aprender a manejar el estrés. Caminó por la habitación durante un buen rato. “*Una copa no me hará perder lo ganado. No te engañes. Tengo sed. Un solo trago*”. No iba a llamar a Mike, no podía depender de una persona para controlar una adicción que era solo suya. “*Dios mío, ayúdame, por favor.*” Fue lo último que dijo antes de dirigirse a la despensa. Escarbó entre varios elementos y sacó una botella de licor envuelta en una bolsa de

papel. “*Déjala, Althea. Tú eres más fuerte que esa puta botella.*” La soltó sobre el mesón de la cocina como si quemara. Tomó la botella, las llaves y salió de la casa. La estrelló contra la caneca de basura y corrió como alma que lleva el diablo de nuevo para su casa. Iba a ser una noche muy larga.

Isabella llegó de buen ánimo, por el descanso y muy hermosa, a recoger a sus hijas.

—Mamá, mamá, estás linda —dijo Carole saltando alrededor de ella.

—A papá le encantara —añadió una pragmática Melody.

—Gracias, mis chiquillas, ¿Y tú no me vas a decir nada? —dijo Isabella y dio la vuelta para que su hermano admirara su aspecto.

—Para mí siempre estás preciosa —dijo acercándose a abrazarla con cariño. Isabella cerró los ojos y se negó a llorar conmovida por las palabras de su hermano.

—Gracias, necesitaba ese rato para mí —Isabella lo miró con algo de angustia.

Mike frunció el ceño.

—Isabella, quiero hablar contigo, vamos al estudio, por favor.

Deseaba saber qué diablos le pasaba, le preocupaba verla así, le daba miedo y más con los antecedentes de su madre.

—Yo también quiero hablar contigo sobre los últimos regalos para las niñas, Mike no puedes presentarte con algo así sin consultarnos, Patrick está molesto.

La molestia de Patrick era la menor de las preocupaciones de Mike. Se alejaron por el hall directo al estudio.

—Papá no solo está molesto por los regalos —señaló Melody con gesto preocupado.

El instinto de ayuda afloró en Lori enseguida. Las niñas eran

adorables y no le gustó el ceño de preocupación en sus rostros.

—¿Desean hablar de eso?

Las chicas si deseaban hablar, porque de inmediato pusieron a Lori al tanto de la situación. Melody comentó que sus padres discutían todo el tiempo. Carole afirmaba lo que decía su hermana. Isabella se quejaba que su esposo no tenía tiempo para ella pero para otras actividades sí.

—Mamá está celosa de una tal Linda —añadió como punto final al relato Carole.

Lori las llevó a la cocina. De un aparador sacó galletas, había visto en el rato compartido con Consuelo que las guardaba en ese lugar y de la nevera sacó leche que les brindó a las chicas en sendos vasos.

—Antes que nada, los problemas que ellos tengan, ellos mismos se encargaran de solucionarlos, no dejen que eso las afecte. Sean cariñosas con ambos consientan mucho a Isabella y cuando llegue su papá del trabajo denle tranquilidad, amor, que se sienta el centro del universo en la vida de ustedes.

—¿Crees que funcione? —la miró Melody consternada—. No quiero que se divorcien, la mitad de los papás de mis compañeros de la escuela son divorciados.

—No va a pasar, estén tranquilas y claro que va a funcionar —Lori pensaba que el hombre que se alejara de estas mujeres sería un rematado idiota.

En el estudio, Mike le señaló una silla a una Isabella preocupada y él se sentó al frente de ella en el borde del escritorio.

—¿Qué pasa, Bella?

Isabella soltó el llanto ante el tono cariñoso de su hermano y ante el diminutivo de su nombre, así la llamaba Patrick.

—Creo que Patrick tiene una aventura —soltó Isabella en medio de sus sollozos.

—¿Estás segura?

Mike siempre había visto a Patrick entregado a su familia. Adoraba a Isabella, la manera en la que la miraba, el amor por sus hijas.

No podía creer que todo se fuera al garete. Ningún hombre en sano juicio tendría una aventura con la clase de mujer que Patrick tenía en casa. Claro está, que él la veía con ojos de hermano y que la adoraba además. Cada matrimonio era un mundo y tratar de involucrarse era como atravesar un campo minado.

Isabella le manifestó que Patrick tenía todos los síntomas. Llegaba tarde, peleaba por cualquier cosa, casi no le hablaba, hasta había detectado perfume de mujer en una de sus camisas.

—Hace semanas que no tenemos sexo.

Mike levantó las manos horrorizado, sin querer saber sobre la intimidad de su hermana.

—Por favor, esos detalles, ahórratelos —dijo Mike—¿No será que tiene problemas en el trabajo?

—Pam, me llamó anoche para decirme que había visto a Patrick cenando con una mujer en Nobu. Ni siquiera comparte una pizza con nosotros pero sí cena con compañeras de trabajo.

—Pam es una cotilla. —Era compañera de colegio de Isabella—. ¿Cómo sabes que era alguien del trabajo?

—Por su descripción coincide con Linda una nueva socia del bufete.

—No saques conclusiones precipitadas. De pronto era una reunión de trabajo.

Isabella se levantó de la silla y caminó por la habitación.

—¿Los dos solos? Mike, por favor, no nací ayer.

—Llevas mucho tiempo casada, tienes dos hijas, debes luchar por tu matrimonio.

Isabella creía que su vida era un completo fracaso y todos sus miedos hacían erupción ocasionándole una gran tristeza. Ella no había terminado la universidad, toda su vida lo único que quiso fue formar una familia, para compensar la soledad de su infancia y tenía vocación. Las mujeres ejecutivas y agresivas la dejaban fría. Adoraba su hogar, atender a su familia, así la criticaran, era lo que ella quería de su vida. Pero ahora las dudas la asaltaban, podía haberse equivocado y de pronto Patrick con el nombramiento de socio del bufete, tenía otros intereses. Le era difícil

imaginarlo involucrándose con ese tipo de mujeres. Su Patrick era hogareño, pero fiero y posesivo, le encantaba llegar a su hogar y encontrarla a ella en los preparativos de la cena, le gustaba ayudarla y jugar con sus hijas. Era una vida sencilla pero valiosa para ella. ¿Por qué de pronto sentía que todo se venía abajo y no podía hacer nada para recuperarlo? Isabella era una persona activa intelectualmente, le gustaba la literatura, había tomado algunos cursos libres en la universidad y los había disfrutado. ¿Por qué de pronto sentía que no servía para nada y un miedo frío le atravesaba el corazón?

—Sí Mike, quiero luchar por él, lo amo como no he amado ni amaré a nadie más en la vida.

—Te casaste tan joven —la miraba apenado, si pudiera evitarle cualquier sufrimiento lo haría. Aunque era un año menor a veces actuaba más como padre que como hermano.

La abrazó. Ella suspiró y se limpió la nariz con un pañuelo que sacó del bolso.

—Todo se solucionará.

—Eso espero, me voy a casa. A propósito, estás muy bien acompañado, me gusta Lori.

—Es solo una amiga. No pienses lo que no es —soltó Mike enseguida, molesto por su propia declaración.

Isabella frunció el ceño.

—No estoy pensando nada.

Isabella lo conocía más que nadie y sabía que su hermano era un hueso duro de roer. Sabía que su soledad era puro y físico miedo de sentirse abandonado otra vez, él pensaba que no valía la pena ser amado por lo ocurrido en su pasado.

—Deseo de todo corazón que te enamores de verdad y que alguna buena chica ponga tu mundo patas arriba.

—No esperes de pie, te cansarás —le dijo Mike de sopetón.

Salieron al hall, encontraron a Lori y a las niñas en la cocina. Se despidieron y la casa quedó en silencio.

Al quedar solos, Lori lo abrazó, le acarició los hombros y lo besó.

—Al fin solos —dijo, soltando un suspiro.

—Vamos a la habitación —contestó Mike con voz ronca.

Lori caminó delante de él, se quitó el pareo, luego siguió con la parte superior del bikini

—Vamos al jacuzzi —dijo ella mirándolo provocativa.

A Mike le daba igual el lugar, solo quería perderse en su cuerpo y en el placer que ella le ofrecía.

Al entrar al agua, Lori se despojó del pantalón y ya desnuda, esperó que Mike hiciera lo mismo. Se le hizo la boca agua y se le tensaron más los pezones, cuando él se quitó la camiseta y su torso musculado hizo aparición. Luego se bajó el short, la ropa interior y quedó desnudo frente a ella. Era un hombre hermoso, con largas piernas morenas y musculadas, cubiertas de un fino vello. Se llevó la mano al miembro que se agrandó aún más por el contacto y entró al agua. Ella se acercó despacio a él, rondándolo y lo besó en los labios, al inicio fue solo un roce que Mike enseguida profundizó y le devoró la boca con lengua demandante. Sus manos le aferraron las nalgas y la pegó a él. Lori separó los labios un momento y frunció el ceño al ver un rasguño abajo del hombro.

—¿Qué te pasó?

Mike frunció los hombros y le quitó importancia. Resistió la necesidad de devorarla, poseerla por entero. Ella lo recorrió con el dedo. Ni se acordaba que se lo había hecho.

—Fue esta mañana en la obra.

El rasguño tenía un color rojo oscuro que iniciaba debajo del cuello y terminaba en el pectoral.

—Necesitas atención, un desinfectante, tal vez una cre...

Mike la interrumpió, tomó su mano y la llevó a su erección.

—Esto es lo que necesita toda tu atención. —La boca de Mike se acercó a su oído—. Deseo tanto correrme en medio de tus labios, quiero que me lamas, que me vuelvas loco con tu lengua.

Sin esperar respuesta, tomó su boca de nuevo en un beso brutal, la recorrió entera con la lengua. Ella excitada por sus palabras, quiso darle gusto enseguida y empezó a acariciarlo de arriba abajo.

—Quiero disfrutar de tu sabor.

Sin dejar a mirarlo, se arrodilló, esparció una lluvia de besos y caricias, acarició sus testículos y lo acogió en su boca. Empezó a lamer y a chupar satisfecha con la reacción de Mike que gemía, resollaba y le aferraba el cabello con firmeza, haciendo que ella lo tomara por entero. El rostro de Mike se transformó, mientras empujaba en su boca no dejaba de mirarle con el ceño fruncido y los labios apretados. Notó el momento en que llegó al orgasmo en su garganta y ella tragó y lo escuchó gemir hasta que liberó la presión que ejercía en la cabeza y salió de ella.

—Jesús, Lori, ¿tienes idea de lo que hiciste? —Lori le respondió con una sonrisa satisfecha, se levantó frente a él, se limpió los labios con la mano y Mike la besó de nuevo sin importar lo que habían hecho sus labios minutos antes—. No, no lo sabes.

Descansaron en el agua un buen rato y comentaron los sucesos del día.

—Esto está muy silencioso. ¿Quieres escuchar música?

—Claro que sí.

Mike salió al momento del jacuzzi, se secó con una toalla y fue hasta la casa. Empezó a sonar un tema de *Alicia Keys* por algún parlante que Lori no alcanzó a ver. Volvió con una copa de vino para ella.

—Tienes una casa impresionante —dijo Lori tan pronto entró Mike al agua.

—La compré al poco tiempo de salir de la universidad. Duré año y medio remodelando. Vivía en el hotel.

—No volviste a tu casa.

—Nop.

Mike se puso frente a ella y le rozó con los dedos el contorno del cuerpo.

—Eres tan sexy. El tipo de mujer que me gusta, piernas fabulosas, carne en los huesos, buen trasero y pechos grandes. Toda una mujer.

Lori se arqueó cuando Mike introdujo un dedo dentro de ella.

—Lo que hiciste hace rato fue fabuloso y no se me va a olvidar en la vida.

La levantó un poco y hundió la nariz en sus pechos, luego la besó.
—Hueles delicioso, todo tu cuerpo, toda tú.

Le dio la vuelta. Le masajeó las nalgas y le pidió que se sostuviera de la orilla del jacuzzi, le abrió las piernas y la penetró enseguida, después de una rápida caricia, que le indicó que ya estaba lista para recibirlo. A la luz de la luna, la piel de su espalda brillaba con el tono de la seda. No se aguantó e imprimió los dientes en el hombro. Era la segunda vez que la marcaba, después se lo cuestionaría. Entró al jodido cielo en cuanto ella lo ciñó.

—Dios, se siente tan bien, no tienes ni idea —jadeó al oído con acento agitado al tiempo que le acariciaba los pezones.

Alargó los movimientos eróticos. No quería alejarse nunca, percibía algo diferente en ese encuentro. Desesperación por unirse más a ella, miedo por lo que descubriría y el intenso placer que lo barría como una ola de arriba abajo, muriendo y volviendo a nacer. Mientras estuviera dentro de ella, todos sus demonios quedaban a buen recaudo.

—Mike —pronunció ella, ebria de placer. Le faltaba la respiración y apenas podía modular. Exclamó cuando el clímax hizo su aparición de forma abrupta con la sensación arrolladora que solo Mike le brindaba, con la sensación de que el mundo giraba más rápido y que se despeñaría en cualquier parte. Acabaron juntos. Mike susurraba palabras que ella no entendía al tiempo que la besaba y la calmaba. Lori nunca había experimentado lo que acababa de ocurrir y los ojos se le aguaron al presentir lo que aquello significaba.

Capítulo 16



El domingo transcurrió de forma tranquila, Lori y Mike dieron un largo paseo por la playa, almorzaron en el muelle y al caer la tarde, Mike la acompañó al aeropuerto. Se despidió de ella tan pronto hizo el *check-in*, ya iba camino al parqueadero cuando en un impulso loco, se devolvió y la alcanzó en la fila para entrar a la sala de espera, la aferró del brazo, ella asustada volvió el rostro y lo vistió de su mágica sonrisa para él. Mike no perdió el tiempo y le dio un fiero beso en la boca, que la mujer algo desconcertada, le devolvió. El simple contacto lo sorprendió como si se hubiera separado de ella hacía días y no minutos.

No pronunció palabra, con un gesto se despidió y con una enorme sonrisa abandonó el aeropuerto.

Lori llegó el martes siguiente de su fin de semana en Los Ángeles, a la casa de Jack que había llegado hacia dos noches de Nueva York, donde exhibió la nueva colección de muebles en un stand de su empresa en

una de las ferias más importantes del sector. Vivía en Nob Hill, un barrio de clase alta y de un sector joven de la población urbana de la ciudad. La casa quedaba a mitad de cuadra, era de estilo victoriano que a Lori le encantaba. El interior moderno y lujoso.

Jack la recibió con un fuerte abrazo y la invitó a la cocina donde preparaba la cena y le ofreció una copa de vino. Jack le contó sobre la feria, los contactos que había hecho y los lugares en los que había estado. Lori lo notaba diferente, distendido y sonriente, su veta de sarcasmo estaba ausente. Le ayudó a poner la mesa donde combinaba el mantel y los individuales con la vajilla. El arreglo de la mesa era una de las debilidades de Jack. Tenía cantidad de mantelería y varias vajillas a juego. Cuando se sentaron al comedor a saborear una deliciosa comida Tai: ensalada de papaya verde y verduras, fideos fritos con mariscos y otras delicias, Lori supo el porqué del comportamiento de su amigo y se alegró por él.

—Conocí a alguien.

Lori se atragantó con el vino. Jack venía de una familia con fuertes convicciones católicas. Sus padres murieron en un accidente de tráfico cuando era un adolescente, antes del fallecimiento, estos manifestaron un abierto rechazo a su homosexualidad que lo hizo sufrir mucho. No tenía una relación cercana con Kate, su hermana mayor que vivía en Manhattan con su esposo. Jack permaneció años sin sentirse cómodo con lo que era. Le costaba entablar relaciones, le tenía pánico a enamorarse. Lori deseaba lo mejor para él, se lo merecía, era bueno con la gente, como empleador era excepcional y como amigo siempre estaba para ella. Le costaba arriesgarse, era un hombre precavido y su polo a tierra cuando Lori se dejaba llevar.

—Cuéntamelo todo.

Jack sonrió, bebió de su copa.

—Lo conocí en el vuelo, es dos años menor que yo y está en último año de residencia de cardiología en el Memorial Hospital. Empezamos a hablar, venía de un congreso, ayer lo invité a cenar a nuestro japonés favorito. Estoy —carraspeó—, estamos contentos.

Lori soltó la carcajada, se levantó de la silla y lo abrazó. Era la primera vez que se relacionaba con un hombre más acorde a su edad, Jack tenía treinta y dos años y las pocas parejas que le conoció, no pasaban de

los veintidós o veintitrés años. Era un avance el hecho de que saliera con un hombre más acorde a su edad y por ende más maduro.

—Me alegro mucho, Jack, te mereces un loco amor.

—Amor, solo amor, de loco nada.

—Loco amor, que te haga ver estrellas que te suba al cielo y te baje al infierno, que te saque de tu zona de confort. Quiero conocerlo.

—Calma, calma, lo harás, pero más adelante, no quiero precipitarme.

—Está bien.

Jack se sirvió otra porción de ensalada.

—¿Y qué me cuentas de tu querido príncipe oscuro?

Lori puso expresión soñadora, soltó el tenedor y entrelazó ambas manos debajo de la barbilla, le dijo que todo iba perfecto. Le contó de su reunión en el centro de jóvenes, de las advertencias de Lucas y también que había estado en su casa y conocido a Isabella y a sus sobrinas. Ilusionada, le dijo que Mike poco a poco derribaba sus defensas y permitía que lo conociera un poco más a lo que Jack manifestó.

—Me alegra que estés tan feliz ¡ojo! Sé cautelosa con las barreras, pues al derribarse te pueden dar un buen golpe lastimándote. No eches en saco roto las recomendaciones de Lucas, me intriga y me gustaría conocerlo.

Lori se sirvió otra porción de ensalada.

—Lo harás, hay algo de lo que hace días quería hablarte.

Así se enteró Jack de que sería benefactor del centro de jóvenes en Los Ángeles, a lo que accedió con gusto. Después de la cena, le entregó un regalo que le había traído de Nueva York y que Lori entusiasmada abrió. Era una hermosa pañoleta de Hermes en colores vivos.

—Es preciosa.

—Me alegra que te guste.

Esa noche Patrick llegó de su trabajo algo tarde, como le ocurría hacía varias semanas. La luz tenue de la sala y la figura de su esposa sentada en una de las sillas, le dieron la bienvenida.

—Hola Bella —saludó, soltó el maletín de trabajo, se quitó la chaqueta del traje y se sentó frente a ella.

—Si ibas a demorar, pudiste llamar —soltó ella en un tono que tensó la espalda de Patrick enseguida.

Isabella no quería sonar hiriente, se enfureció por no ser capaz de contenerse y como en una película, recordó los reclamos de su madre a su padre cuando éste se ausentaba de casa. Isabella siempre criticó eso, que injusta había sido, la entendía a la perfección.

—No pensaba llegar tan tarde. Las chicas ¿ya se durmieron? —la miró con culpa.

—Sí, hace media hora.

—Y tú ¿qué hiciste? —la miraba intrigado, estaba igual y diferente a la vez.

—Estuve en el club de lectura, hice algunas compras.

—Ahh.

—¿Quieres cenar? —descruzó una pierna y se levantó, Patrick sintió un ramalazo de deseo.

—No, gracias, ya comí algo en el camino —contestó distraído en las hermosas piernas de su mujer.

Isabella no sabía cómo iniciar la conversación, decidió ser honesta y coger el toro por los cuernos, lo que no sabía era que Patrick iba tratar de evitar cualquier enfrentamiento.

—Patrick, tenemos que hablar —Isabella asustada, tragó saliva y lo miró de una manera que Patrick lo único que deseó hacer fue refugiarse en ella. Quería contarle lo que le pasaba, pero no podía, era algo más fuerte que él.

—Bella estoy cansado, no tengo ganas de discutir ahora mismo.

—No quiero discutir, quiero hablar de nosotros, tengo todo el derecho a saber dónde estamos parados tú y yo ahora.

—Por favor, vamos a la cama —dijo en un tono conciliador.

—Para lo que hay en esa cama, prefiero dormir aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Patrick en tono beligerante y mirándola ceñudo.

Por fin, rio Isabella para sus adentros. Quería despertarlo así fuera atacando su hombría.

—Ahora último no hay actividad que valga la pena en esa cama, hace semanas haces como si no estuviera allí.

—He estado cansado, ¿no puedes entender eso? —Patrick no entendía cómo su Bella podía hacerle esos reproches y de pronto entendió que ella no se portaría así con él, si supiera lo que de verdad pasaba.

—Voy a salir esta noche a tomar un trago con Megan, ir a esa cama contigo no me atrae ni un poco —soltó Isabella con aparente indiferencia, por dentro estaba asustada, a Patrick no le gustaban los retos “*¡Pues que se vaya a la mierda!*,” caviló furiosa.

—¡Qué carajos vas tu salir por ahí! —exploto él enseguida.

Ahora entendía, el vestido negro ceñido al cuerpo, el cabello suelto y el perfume. Nada de eso era para él. Ni de coñas lo iba a permitir y nada más y nada menos que con Megan. Esa mujer lo único que buscaba era divertirse con cuanto hombre se le atravesara. A Patrick le hirvió la sangre, fue como si hubieran puesto un pañuelo rojo delante del toro.

—¡Tengo todo el derecho!

—¡Qué derecho ni que ocho cuartos!

Patrick estaba furioso y excitado a la vez, una mala combinación. Su mujer era tan deseable, que pensar que pudiera salir por ahí a reclamar la atención que él, por cobardía le había negado, le hacía un nudo en las entrañas. Pues sabía que a Isabella compañía no le faltaría ¡Antes muerto!

—Pues ya que no hay diversión en esta casa es justo que la busque por fuera.

Bella no tenía ni idea de lo que acababa de hacer. Patrick se sacó la chaqueta, se aflojó la corbata y acercándose a ella le dijo:

—¿Así que quieres diversión? —la miró beligerante de arriba abajo—. Pues aquí hay de sobra. Ten cuidado Bella, eres mía y nadie toca lo que es mío sin sufrir consecuencias.

—No me siento tuya, siento que no te conozco.

—Pues eso lo vamos a solucionar ahora mismo —saltó sobre ella y la castigó con un beso duro y sensual, le abrió la boca e introdujo su lengua sin ninguna consideración. Bella lo dejó hacer, quería sentirse unida a él así fuera de esa manera y respondió a sus besos con toda su pasión.

La llevó hasta el sofá, miró furioso su vestido y se lo sacó en segundos, no supo si lo había roto en el proceso, no tenía sujetador, sus interiores eran minúsculos, los rasgó enseguida, quedó solo en medias de seda negras con unos coquetos ligeros, pensar que ella hubiera salido así, casi lo volvió loco de celos y acrecentó sus caricias.

—Ni loco te dejaría atravesar esa puerta.

Bella pegada a él, enroscó las piernas a su cintura y se amaron como hacía tiempo no lo hacían. Patrick vagó por sus curvas con tacto ansioso y posesivo. Besos, caricias, gruñidos y el aroma inconfundible a sexo, saturó la estancia. Los susurros eróticos crecían a medida que alcanzaron un clímax tempestuoso y violento.

Segundos después con la respiración agitada Patrick resolló:

—Eres mía, mía, mía. —La agarró por el cabello mirándola con ojos encendidos—. Dilo, repítelo.

—Sí, sí, soy tuya, siempre.

Isabella se levantó de golpe, trató de taparse con el vestido. Patrick no dejaba de mirarla.

—No te equivoques, el hecho de que no esté muy comunicativo en estos momentos, no te da ninguna posibilidad de divertirte por tu cuenta, piénsalo.

—El sexo no soluciona los problemas que tenemos.

—Créeme, si en esta vida solucionáramos todo con sexo, yo no tendría trabajo.

Isabella salió de la sala directo al baño, no creía que hubiera solucionado nada. La brecha estaba ahí y no sabía qué hacer para cruzarla.

Mike miraba el reloj a cada tanto, observaba los diferentes comensales del restaurante al que había citado a Lori, para compartir un almuerzo. No había una razón de peso para esa cita, pero no quería esperar a la noche, solo que deseaba verla. El camarero se acercó y le sirvió agua en una copa. Era un restaurante italiano pequeño y sencillo, pero con una cocina exquisita. Pensó en la llamada de la noche anterior a Althea, algo le pasaba, habló con Lucas que se haría cargo de ella, estaba seguro que la chica estaba a punto de sufrir una recaída e Isabella, la notó más tensa esa mañana que el sábado anterior. Tendría que hablar con Patrick, así su hermana se llevara un disgusto. Desechó los pensamientos, ese momento era suyo y de la hermosa joven que entró al restaurante, caminaba a zancadas, vestía una falda negra, tacones negros, un suéter beige y una pañoleta de colores vivos, estaba hermosa, con su mágica sonrisa y su melena suelta y rizada, así como a él le gustaba.

—Hola, *principessa*.

—Hola, Mike, perdona la tardanza, no podía salir de la reunión sin aclarar ciertos puntos.

Lori se acercó, le dio un beso en la boca y lo acarició con ternura. Dejó la chaqueta y el bolso en una silla.

—De nada me valió regalarte un reloj.

Ella sacudió la cabeza y ese gesto hizo que los rizos de su cabello danzaran.

—La puntualidad no está en un reloj, Mike.

Lori llamó el mesero, un jugo de frutas frescas. Mike la observó largamente. Los comensales a su alrededor desaparecieron. Con semblante serio, Mike se echó hacia atrás en su silla.

—No he dejado de pensar en ti —lo dijo en tono molesto, como si ella tuviera la culpa.

Levantó la vista sorprendida.

—¡Vaya es toda una sorpresa! —Bajó el tono de voz y añadió—: Yo también te he pensado mucho y no es un problema para mí.

Mike la miró de forma maliciosa. El mesero interrumpió y

procedieron a ordenar la comida. Estiró las manos sobre el mantel y Lori le cedió las suyas.

—Estás muy hermosa y esa pañoleta es preciosa, le da calidez a tu tono de piel.

—Gracias, es un regalo que me trajo Jack de su reciente viaje a Nueva York...

El semblante de Mike cambió de pronto. La soltó. El fuego de la ira brilló en sus ojos.

—¿Por qué desprecias mis regalos y los de Jack no? —preguntó con voz dura, mientras aferraba la copa de agua sin levantarla de la mesa.

Lori se percató de su error demasiado tarde. Con la excepción de una charla sobre su amigo, nunca había aclarado la verdadera naturaleza de su relación con Jack.

—Jack es mi amigo.

—¿Yo quién diablos soy? ¿El que te folla?

—No seas vulgar, es innecesario.

—¿Por qué le aceptas los regalos a él y a mí me lanzas tu discurso?

—Porque los regalos de Jack son de amistad, de hermandad.

—Hermandad, una mierda.

—¿Sabes qué? Yo me largo —hizo el amague de levantarse y Mike le aferró la muñeca.

—Ni se te ocurra darme plantón.

Estaba celoso y era una sensación nueva para él. Imaginar el fuego y la sensualidad de Lori en manos de otro hombre sacaba lo peor de sí. Lori era suya y nadie se acercaba a lo que era suyo; lo que más lo enfurecía era saberse dueño de esos sentimientos y el deseo ilimitado de posesión. Él nunca había celado a ninguna mujer, le importaba un bledo lo que hicieran después de salir de su cama, pero con ella no, era distinto y lo que sentía, lo estaba desgarrando por dentro, no quería sentirlo, se suponía que así no serían las cosas.

—Necesito saber —dijo Mike con un tono parecido a la desesperación, pero que transformó enseguida por un semblante de hielo.

El enojo de Mike la alcanzó como si fuera una presencia que ocupara espacio. Estaba celoso y eso solo podía decir una cosa, algo sentía, eran algo más que amigos con derechos y una semilla de esperanza, brotó de su corazón. Debía haberlo adivinado, un hombre tan intenso en sus pasiones y en su temperamento, era un hombre posesivo y celoso.

—Jack y yo nunca hemos sido amantes. Jack es homosexual.

Mike desenchajó la mandíbula sorprendido.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, es gay y así es muy difícil tener sexo conmigo ¿Satisfecho? —concluyó molesta.

—Me dejas sorprendido, ustedes se ven muy unidos, nunca lo habría pensado. Discúlpame, *principessa*, por favor —la tomó de las manos y le besó las palmas.

—No entiendo tu reacción, tienes todos los síntomas de estar celoso y eso va en contra de tus convicciones —le miró por encima del borde de la copa, era difícil no hacerse ilusiones respecto a los sentimientos de Mike.

—Cuido lo que es mío —soltó Mike con semblante serio y antes de que se ilusionara sobre un futuro juntos, corazones y esas majaderías, decidió dejar claro su punto de vista—. Por el tiempo que estemos juntos.

Un paso adelante, dos atrás, se dijo Lori. “*Sin embargo, sentiste celos y eso es punto a mi favor, así insistas con tus majaderías del señor no vendo futuros*”. Comieron en calma. Mike le contó su preocupación por Althea.

—Los comienzos son difíciles, sé por lo que esa chica está pasando y me siento impotente para ayudarla.

—Haces lo que puedes —dijo Lori mientras picoteaba la ensalada—. Pienso que a pesar de toda la ayuda que ustedes brindan, es una batalla personal e intransferible. Tu deber es estar ahí cuando te necesite.

—Tienes razón.

Al momento de los postres, los sorprendió el saludo de Peter.

—Hola, ¿ustedes qué hacen aquí?

Peter llegó como una bocanada de aire, con su rostro risueño y su apostura de sol, varias mujeres alrededor lo observaban embelesadas. Mike se cortó, pero se repuso enseguida.

—Reunión de trabajo —señaló hosco.

Se sintió un cretino al ver como la expresión de Lori se apagó como si de un interruptor de tratara.

—Sí, Peter, solo trabajo —confirmó Lori herida y resignada.

—Me hubieras avisado y te habría acompañado, por lo visto las cosas entre ustedes están mucho mejor y me alegra que hayan fumado la pipa de la paz.

“No tienes idea hermanito.”

—Se me hace tarde para una cita —dijo Lori levantándose, le preguntó a su hermano— ¿Vas para la oficina?

Mike invitó a Peter a tomar asiento, pero él declinó la invitación, señalando que una amiga lo esperaba en una de las mesas.

—Acabo de llegar.

—Deja que te acerque a la oficina —dijo Mike mirándola preocupado. El encuentro con Peter fue una sorpresa y reaccionó de la peor manera, no estaba preparado para lo que Lori quería de él.

—No, gracias —contestó ella sin mirarlo—. Adiós.

Salió del lugar como si la persiguieran. Ya en la calle trató de ordenar sus pensamientos y aquietar los latidos del corazón, era una imbécil, se cubrió la cara con las manos y caminó de prisa para la oficina.

Mike, la alcanzó dos minutos después, la tomó del brazo. Ella se soltó de forma brusca.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te despediste así? —inquirió preocupado y con tono de culpa.

Ella lo miró con ojos que echaban chispas.

—No quise arruinar la charada, Peter cree que nos detestamos, con tu actitud me diste a entender que no te interesa que mi hermano se entere de lo nuestro.

Mike tuvo la decencia de agachar la mirada, se puso ambas manos en la cintura y respiró profundo.

—Soy un imbécil, lo reconozco.

—No te lo discuto, y eso, de todas formas no arregla como me siento en estos momentos.

Siguió caminando.

—No estaba preparado para responder preguntas sobre lo que tenemos, pero voy a arreglarlo —contestó él con gesto preocupado. No toleraba la forma en que lo miraba, necesitaba esa otra mirada, la que le decía que todo estaba bien y que lo hacía sentir el rey del mundo.

La tomó de la mano y la llevó de nuevo camino al restaurante.

—¿Qué te pasa? ¿A dónde me llevas?

—A hablar con Peter.

—Ni lo sueñes. —Se soltó de forma brusca—. Ahora lo confirmo, eres un imbécil.

—¿No es lo que quieres?

—No es lo que yo quiera, joder. El momento pasó y nunca te obligaría a hacer algo que no quieres. No me conoces.

Le dio la espalda y caminó más rápido, al cambió de luz de un semáforo cruzó la calle. ¿Qué iba a hacer con su amor? Porque lo amaba como una idiota, se le aguaron los ojos, pero antes muerta que derramar una jodida lágrima por él.

—Detente, por favor. —Se meció el cabello con ambas manos—. Esto es nuevo para mí.

Ella levantó la mirada, sus ojos echaban chispas.

—¿De qué hablas? No es la primera vez que estableces una relación con una mujer.

—No de la manera en la que lo estamos haciendo. Eres mi amiga, contigo puedo hablar de lo que sea.

Ella lo miró confusa.

—¿Qué tenemos, Mike? ¿Dime qué tenemos?

La gente los observaba. Lori le hablaba exaltada.

—Tenemos una relación, nos estamos conociendo, nos acostamos.

—¿Qué hay de los sentimientos?

—Te estimo, eres agradable, pasamos buenos ratos juntos — contestó Mike con un nudo en el estómago. Se inclinó a abrazarla, pero el cuerpo de Lori estaba rígido, inflexible.

Lori se dijo que no debía profundizar más o no le iba a gustar lo que encontrara.

—Mike en serio, tengo trabajo, hablamos después.

—Debo viajar esta noche. Me acaban de avisar de una reunión de última hora en Los Ángeles. ¿Por qué no nos vemos el sábado? Ven a mi casa.

—Este fin de semana estoy ocupada —contestó poco dispuesta.

—No hagas eso, no te desquites, tú no eres así.

—Tú no tienes ni idea de cómo soy yo, recuerda, solo follamos y cuando no, tenemos charlas agradables. No más.

Mike se metió las manos a los bolsillos del pantalón y con gesto furioso detuvo la marcha.

—No te molesto más.

Lori cerró los ojos y caminó más despacio. Estaba furiosa consigo misma. Nadie tenía la culpa, ella había aceptado el trato, sexo y amistad, entonces, ¿por qué se ofendía? No quería mostrarse vulnerable ante Mike y más cuando ella había traspasado la barrera hacía días. Él solo hacía lo que sabía hacer. Querer a todo el mundo, su familia, sus amigos y a sus ahijados, a ella la estimaba más que a la media de mujeres con las que entablaba una relación, o eso creía. Amar a una sola persona era mucho más difícil. Mike no deseaba esa clase de amor y tampoco salir de su zona de confort, parecía satisfecho con la vida que llevaba, pero eso no le daba derecho a tapar su relación como si estuvieran haciendo algo malo. Peter ya era grandecito, de malas sino le gustaba que su mejor amigo se estuviera acostando con la hermana. Entonces, ¿por qué diablos la celaba?

Mike le envió un ramo de orquídeas en horas de la tarde y dos mensajes de texto, el primero decía:

“Háblame, por favor ¿por qué no contestas mis

llamadas."

El segundo rezaba:

"Háblame, así sea para repetirme que soy un imbecil."

"Imbecil."

"Gracias."

"Tengo que trabajar."

"Yo también."

"¿Nos vemos el sábado?"

"No y me parece que debemos dejarlo aquí."

"¿Hablas en serio? ¿Me estás soltando esto por WhatsApp?"

No le contestó.

Lori llegó rendida a su casa con el corazón oprimido, otro

desengaño en su larga lista. Como le había dicho Jack, este era el desengaño, sus desilusiones anteriores nada tenían que ver con la manera en que se sentía en este momento. Pero por lo menos le alegró haber sido ella la que tomara la decisión. Aunque la idea de no volverlo a ver la aturdí y desconcertaba, en plan romántico claro, porque sabía, por los lazos de amistad que los unían, se lo seguiría encontrando en todas las reuniones familiares y de amigos. Encendió la lámpara y se llevó el susto de su vida.

Mike estaba sentado en el sofá y sus ojos destilaban un tremendo desafío.

Capítulo 17



—Hola —susurró ella, vulnerable y presa de la sorpresa. Se le secó la garganta y el corazón martilleaba a ritmo loco, sintió los latidos hasta en la cabeza—. Te hacía en Los Ángeles —balbuceó sin mirarlo a los ojos, mientras se despojaba del bolso y la chaqueta.

—Tenía una reunión muy importante, pero la cancelé para mañana.

—No lo hubieras hecho.

Estaba nerviosa, alterada y eso lo puso contento. El resentimiento por su mensaje aún no menguaba, quería castigarla, hacerla sufrir y al mismo tiempo deseaba abrazarla, aferrarla a él, que nunca se le ocurriera separarse de su lado. Era una situación ridícula, ni siquiera sabía por qué estaba allí. Estaba actuando como un adolescente, debió darle espacio e intentarlo cuando se hubiera calmado. Pero su índole posesiva y la certeza de que siempre era él el que tenía la última palabra, lo habían empujado a ella.

—No me gusta dejar asuntos pendientes.

Se miraron por un largo rato, a Lori la pasmaba la impotencia,

culpa de los sentimientos que Mike le despertaba, solo era verlo y lo único que deseaba era correr a abrazarlo. Se había despojado de la chaqueta y quitado la corbata, la camisa desabotonada dejaba ver su pecho moreno y esbelto, recordó cómo le gustaba refregarse en él. Sintió una llama de deseo en el vientre. Sus pechos se tensaron y sus puntas rosadas quedaron presionadas contra el sujetador, que de pronto le resultó muy ajustado. Su corazón pulsaba a toda velocidad. Se rebelaba contra el efecto que Mike le causaba. Sus elucubraciones fueron interrumpidas por la voz de Mike.

—¿Es en serio que no deseas volverme a ver?

Lori carraspeó sin dejar de mirarlo.

—Es lo mejor, Mike, esto no va a ninguna parte.

Pudo detectar un brillo furioso en su mirada. Lori estaba de pie en medio de la sala, Mike se levantó con la agilidad de un depredador.

—Ya —dijo él.

La incredulidad en su tono pretendía ser ofensiva. En contravía a lo que de verdad sentía, inclinó la cabeza y le acarició los labios con los suyos antes de entreabrírselos con la lengua y explorar su boca.

—Creo que tendré que hacer algo más drástico para quitarte esa idea de la cabeza.

La deliberada sensualidad con la que se expresó, hizo que Lori sintiera un escalofrío. Su mirada café, el calor de su cuerpo y su inconfundible olor, causaban en ella un efecto sísmico. El gesto se debocó en segundos en un beso voraz. De la mente de Lori desapareció todo pensamiento o decisión, solo se limitó a sentir. Caliente y húmeda reaccionaba a cada caricia.

Con una sonrisa posesiva, Mike le separó las piernas y metió la mano por debajo de su falda. Lori sabía que debía detenerlo, pero él la acariciaba con una destreza que le hizo perder el control.

Mike le subió la falda, le bajó de forma brusca las bragas y la llevó al sofá.

—Vamos a la cama —susurró ella.

—Después.

Lori se vio arrastrada por la pasión y la emoción de sentir el peso de Mike encima de ella cuando la acomodó en el sofá. Olía delicioso y

sentirlo de nuevo junto a ella, encima de ella, cuando pensó que no lo haría más, la emocionó al extremo.

Mike percibió su índole, porque se separó un poco y le tomó el rostro con las manos.

—¿Así, que deseas dejarlo aquí? Creo que disentimos, *principessa*. —Se apoderó de nuevo de sus labios con ternura y se separó de nuevo—. Lori, yo valoro lo que hay entre nosotros, hoy te extrañé, en cuanto llegué a la ciudad, no me pude aguantar hasta la noche y por eso te cité en el restaurante, porque deseaba mucho verte. Estuvo muy mal como me comporté contigo y con Peter, ustedes son muy importantes para mí. Voy a hablar con él en la próxima oportunidad. Lo de hoy no se va a volver a repetir. Dime que me perdonas. Dame tiempo, tengo mis rollos y me cuesta un montón abrirme a la gente, pero contigo quiero hacerlo.

Lori podría haber terminado las cosas allí y él lo hubiera aceptado, pero su mirada revelaba tanto anhelo y confusión que lo entendió y se prometió que le tendría paciencia, no le había hablado de sentimientos, ni corazones, pero le había dado algo valioso en que pensar.

—Está bien —contestó ella con dulzura.

Mike le devoró la boca.

—Ya estás lista para mí, *principessa* —dijo él introduciendo los dedos en los pliegues de su sexo.

Emitió un gruñido de satisfacción. Le subió la falda hasta la cintura.

—Estoy muy caliente —dijo mientras se bajaba la cremallera del pantalón.

Sin desvestirse, ni terminar de desvestirla a ella, la penetró. Ella emitió un gemido al sentir el miembro abriéndose paso en su estrechez. Mike le aferró los huesos de la cadera y embistió con decisión y con fuerza, con un instinto primitivo de posesión que no había sentido nunca y que a Lori la excitó mucho más. Fue un encuentro muy diferente a los anteriores. Mike hizo las embestidas más profundas, la levantaba del mueble con cada empujón. Se retiraba levemente y volvía de nuevo a ella.

—Me voy a correr —dijo.

Los gemidos de Lori, la fricción y el calor lo hicieron explotar en

el mismo instante en que el cataclismo asaltó a Lori en forma de interminables oleadas.

Los sonidos del sexo colmaban la sala.

Ella amortiguó los últimos gemidos contra el pecho de Mike, mientras seguía aprisionándolo con sus fricciones. Para él, era una de las sensaciones más placenteras que había experimentado y se la brindaba la hermosa mujer de rizos dorados, su *principessa*.

Mike se acercó a su cara, le dio un breve beso en la comisura de los labios, con las respiraciones trabajosas y aún agitadas, se separó de ella.

Todo parecía diferente, pero nada había cambiado de lugar. Lori se incorporó. Se bajó la falda. Ni siquiera se había desabotonado la blusa. La asaltó un escalofrío.

—¿Tienes frío?

—No. —Sonrió—. Son los rezagos del orgasmo.

Mike la jaló y la sentó junto a él. La abrazó.

—Fue diferente.

—Sí.

El silencio recayó sobre ellos y durante varios minutos.

—Vamos a la cama —dijo Lori.

Mike se agachó y le dio un beso en la coronilla.

Lori se dedicó el resto de las noches a preparar un regalo para Mike, era un collage de fotografías que le había tomado el pasado fin de semana. En una de las impresiones, descollaba su talante serio y atento, cuando estaban reunidos con Lucas en el centro de jóvenes. En otra, sonreía, cuando con algunos jóvenes, armaron algarabía y empezaron a jugar con agua, pero su favorita era una foto donde estaba con Carole y Melody. Él las abrazaba y su sonrisa, su gesto de amor y aceptación no

tenía precio. Acarició el retrato, el borde de la sonrisa y las arrugas en los ojos a causa de la risa por un chiste de Carole. Deseó que le sonriera a ella así, los celos eran inevitables a esas alturas. Quiso el amor y devoción hacía su familia para ella. Puso las fotografías de manera artística en un retablo de madera y procedió a cubrirlo con una resina transparente, técnica que había aprendido en una clase de arte, lo dejaría secar dos días y lo enviaría a casa de Mike, al tiempo que ella fuera.

El sábado a primeras horas de la mañana, llegó a Los Ángeles. Mike la recibió en el aeropuerto.

—*Principessa* —dijo, la abrazó y le dio un profundo y largo beso, sin importar las miradas curiosas a su alrededor.

—Hola —sonrió ella.

Salieron abrazados rumbo al parqueadero, comentando el viaje, el clima que estaba más cálido que en San Francisco y los planes para el próximo Día de Acción de Gracias. Mike los pasaría con Isabella y Lori con Peter y sus padres que ya habían llegado de su viaje.

—Hoy después de trabajar con el negrero de Lucas. —Lori sonrió—. Daremos un paseo en el bote, esta vez tú y yo solos. Tenemos reserva en Nobu para la cena y no sé, si deseas ir a bailar. —La miró y quiso arrancarle más besos. Ella le acariciaba el rostro mientras hablaba.

—Tus planes son perfectos y sí quiero ir a bailar.

Llegaron al puesto donde estaba parqueado el vehículo. Mike abrió el maletero y arrojó el equipaje dentro. Estaba hermoso esa mañana, con unos vaqueros desteñidos y una camiseta amarilla pegada al cuerpo, con gafas oscuras y botas que le daban el aspecto de hombre rudo. La apoyó contra el capó del auto y la encerró entre sus brazos.

—Te voy a hacer el amor hasta dejarte extenuada. Estoy preparado para servirte de la manera que quieras.

Una sonrisa de placer iluminó su cara.

—¿Y si digo que no? —ronroneó mientras le acariciaba el pecho.

Mike le regaló su hermosa sonrisa, como si el rechazo nunca hubiera pasado por su mente. Él enredó los dedos en su pelo y lo acarició con dulzura.

—No te conviene, tengo tu maleta de zapatos secuestrada y

conociéndote, es un grave problema.

—Sí, es un gran problema. —Bajó la mano por su espalda y le dio una palmada en el trasero—. Mejor te utilizaré como mi juguete sexual durante todo el fin de semana.

Mike soltó la carcajada, la tomó de la mano y le abrió la puerta para que se acomodara en el auto.

Al ritmo de una canción de *Ed Sheeran*, tomaron rumbo al centro de jóvenes. Después de la reunión con Lucas, en la que se pactó la hechura del logo y la elaboración del comercial que presentarían en las diferentes entidades; Lori se reunió con los jóvenes y cuál fue su sorpresa al ver que ya había varias propuestas para el mural que pintarían. Lucas le comentó que había conseguido un buen lote de pinturas. La gente de la zona colaboraba, sobre todo los pequeños comerciantes, ya que se veían beneficiados porque serían menos chicos delinquiendo en la calle y afectando la imagen del lugar. Se habló de hacerle un tratamiento previo a la pared, lijarla y pulirla, dejarla de textura suave, para que las brochas y pinceles se deslizaran mejor. Los chicos habían llevado varias propuestas muy llamativas y ricas en colores. Lori debía tener en cuenta que era un sector de minorías hispanas y afroamericanas, luego los murales dejaban ver mucho de su cultura y eso a ella le gustaba y lo respetaba. Entre las propuestas descollaba la de un grupo de mariachis, uno de un famoso cantante, no era lo que buscaban, otra de un grupo de jóvenes reunidos en una plaza y la última una muchedumbre de hombres y mujeres jóvenes trabajando en lo que sería un florido jardín. Un tímido muchacho, delgado y de ademanes tranquilos, le mostró su trabajo. Lori se impresionó, en una carpeta plástica, había una serie de dibujos de rostros deformados por los estragos causados por el uso y abuso de las drogas. Famosos cantantes y actores que habían caído en la adicción. Las imágenes eran perfectas y supo que habían encontrado la idea.

—Miren chicos, todas las propuestas están geniales y pienso que podemos poner un detalle de cada una, pero la que nos sirve y nos muestra el verdadero significado de lo que hacemos aquí, es está.

Joaquín, Pedro, Tomás, Mohamed y dos chicos más, observaban y escuchaban concentrados lo que Lori trataba de explicar.

—¿Puede ir la guitarra de Bob Dylan? —aventuró Mohamed un

joven alto y desgarrado de no más de diecisiete años.

—Claro que sí —contestó Lori.

Y así siguieron discutiendo sobre algunas figuras, colores y tamaños. Lori les dijo que ese día dejarían la pared lista para trabajar y que al día siguiente, harían el bosquejo.

Lavaron la pared con agua y jabón, luego la lijaron y la pintaron de blanco. Al día siguiente temprano continuarían.

Mike había salido a comprar materiales de trabajo y merienda, llegó con rosquillas, refrescos y agua para todo el mundo. Estaba orgulloso del proyecto, en una semana habían avanzado una barbaridad. El presupuesto inicial no había dado un brinco, pero eso él ya lo sabía, su experiencia en ese campo no fallaba, siempre una obra se saldría del presupuesto por más que se quisiera amarrar los cinturones.

Se acercó despacio, ninguno se dio cuenta de su llegada y se limitó a observarla compartir con los chicos. Algo que no sabía nombrar se paseaba por su pecho, solo pudo dilucidar una profunda ternura y una gran admiración por el ser excepcional que había llegado a su vida y desde lo instintivo y visceral, el deseo profundo que siempre ella le inspiraba. Lo dominaba el tono de su voz, la gentileza de sus gestos hacía esos jóvenes que sobrevivían en un ambiente hostil. Con sus *jeans*, tenis y camiseta sin mangas, era una más, pero no por el vestido, era por la manera en que afrontaba los retos del día a día, como si estuviera preparada para todo. Un deseo impetuoso lo invadió, pero no era solo el deseo del cuerpo, por primera vez en años quiso algo diferente, quería una conexión con esta mujer más allá de las sábanas y es que Lori no se daba cuenta lo que con sus actos conseguía. Lograr que un cínico como él se planteara un tipo de relación diferente ¿Qué de malo sería ser novios?, que todo el mundo supiera que estaban juntos. Lori no casaba en el esquema de sus otras conquistas, amigos con derechos, no. Era una mujer que se merecía otro tipo de relación.

Al medio día llegaron a la casa y Consuelo la recibió como al hijo pródigo.

—Qué alegría verte, me parece bien que este bribón te haya invitado de nuevo —dijo la mujer en medio de un abrazo.

Mike puso los ojos en blanco.

—Créeme si no lo hubiera hecho, ella te habría traído de igual forma.

—Me alegra estar aquí —dijo a Consuelo con cariño—. Hice un envío ayer desde San Francisco, ¿ya llegó?

—No ha llegado nada aún —contestó la mujer.

—Cuando llegue me avisas —dijo Lori mientras Mike la jalaba de la mano hacia él, y la llevó a paso rápido por las escaleras.

—¿Qué es eso de un envío?

—Es una sorpresa. No te voy a decir más —contestó ella y le guiñó el ojo.

—Ya veremos —retrucó Mike—. Tengo unos métodos súper efectivos para hacer hablar a las personas.

—No me cabe la menor duda, pero soy un hueso duro de roer.

Una sonrisa perezosa se dibujó en la boca de Mike.

—No me interesa roer, quiero chupar, saborear.

A Lori se le aflojaron las rodillas a causa de su mirada voraz y el tono de voz empleado por Mike tan cerca de su oído. Al llegar a la habitación, la abrazó como si hiciera meses no la viera.

Isabella estaba en la cocina, alistaba su equipo de jardinería. Patrick había salido temprano sin decir a donde como ya era costumbre. Carole y Melody hacían sus deberes en sus respectivas habitaciones. Necesitaba esos preciosos momentos robados para pensar.

Sonó el timbre del teléfono, no quería contestar, saltó el contestador.

—Buenos días, soy el doctor Whitman. Patrick ya tengo los resultados de tus exámenes, me gustaría hablar contigo hoy a las once y treinta, por favor.

Isabella corrió al teléfono antes de que el doctor colgara.

Necesitaba averiguar lo que sucedía.

—Doctor Whitman, ¿cómo está? Soy la esposa de Patrick, hace tiempo que deseaba hablar con usted. Mi esposo me habla de su diligencia y dedicación. —Lo engatusó ella—. Hoy quería ir con él, pero un resfrío de las chicas, me impide moverme. Cuénteme, ¿cómo va todo?

—Por lo que veo Patrick ya habló con usted. Le dije que era un error mantenerla en la ignorancia, más si los resultados del examen no eran lo que se esperaba.

La expresión de Isabella se congeló.

—Explíquese —susurró Isabella tenía un nudo en la garganta, presa de la angustia se había puesto pálida. El corazón le latió de manera feroz.

—Ya tengo los resultados del ganglio que le operé hace dos semanas y pueden estar tranquilos no es linfoma.

Isabella sintió que la tierra se abría a sus pies. La declaración la tomó por sorpresa.

—Pero él —balbuceó, mientras tragaba el nudo formado en la garganta— ¿Estará bien?

—Claro que sí; es una inflamación tardía como respuesta a una infección de tiempo atrás y que alertó a los otros ganglios, pero no es importante, pueden respirar tranquilos, sé, que este mes y medio ha sido difícil. —“*Ni que lo diga*” pensó, Isabella—. Pueden respirar tranquilos, no hay de qué preocuparse.

El médico se despidió de Isabella. Con la mirada fija en el teléfono, se lanzó en uno de los taburetes que rodeaban el mesón de la cocina. Dio gracias a Dios, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar de alivio porque la pesadilla terminaba y de ira por la falta de confianza. Patrick no sabía lo que le había hecho a su matrimonio. Después de unos minutos se obligó a calmarse, no quería que sus chicas la encontraran así.

Marcó el número del móvil de Mike, saltó a buzón. Le dejó un mensaje. Al ver que pasaba el tiempo y no obtenía respuesta. Marcó a la casa.

—Consuelo, buenos días, quisiera hablar con Mike.

—Buenos días Isabella, no creo que Mike se pueda poner al teléfono en este momento, está arriba con Lori que llegó de visita hoy.

—Por favor Consuelo, es urgente, necesito hablar con él —dijo Isabella, se sentía una cretina por dañarle el rato a su hermano, pero necesitaba que las chicas no estuvieran en casa cuando tuviera su confrontación con Patrick.

—Espera un momento.

Rato después un Mike disgustado se puso al habla.

—¿Qué pasa, Bella? ¿Por qué intentas sabotear los ratos que Lori pasa en esta casa?

—No le digas eso —escuchó Isabella que decía Lori.

—Habla —acotó serio.

—Patrick —a Bella se le quebró la voz y empezó a llorar de nuevo—, me ha mentado todo el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta mañana recibí una llamada del doctor Whitman, Patrick estaba enfermo y me lo ocultó todo el tiempo.

—Lo siento —soltó Mike preocupado—. ¿Qué tiene?

—Pensaban que era linfoma pero las pruebas dieron negativas, no es eso.

—Gracias a Dios. —Mike no entendía porque Isabella estaba así—. ¿Qué pasa? Deberías estar feliz, estabas equivocada, no hay otra mujer, era el estrés por pensar que fuera a tener algo grave, vaya, entiendo al pobre tipo.

—No puedo creer que me estés diciendo esto, me ocultó algo que debíamos haber superado los dos. ¿Es que no lo entiendes? —Bella lloraba a moco tendido— ¿Dónde está la confianza y el estar juntos en los malos momentos?

—No quería preocuparte eso es todo, te protegía —Mike estimaba mucho a Patrick.

—No necesito que me protejan, no soy una porcelana. —Bella estaba furiosa con los dos—. Hazme el favor de cuidar las chicas no quiero enfrentarme a él con las chicas en casa.

—Van a llover platos por lo que veo. Bella, tengo a Lori aquí este fin de semana, tenemos muchas cosas planeadas, no sé si pueda hacerme cargo de ellas.

—Por favor, sabes que solo una emergencia me haría interrumpir tu fin de semana.

—Está bien, tráelas —soltó molesto al teléfono— !Pero en una hora!

—Gracias, hermanito ¿que haría sin ti?

Capítulo 18



Althea, cumplió su turno en el hotel y después del medio día ya estaba lista para pasar la tarde con sus pequeños. Se había comprado un vestido de flores, les llevaba de regalo un par de cuadernos, crayolas para colorear y unas camisetas con la imagen del tigre de la película: La era de hielo. Le extrañó que la señora Curtis la citara en la oficina un sábado en la tarde. Cuando llegó al lugar, una distinguida pareja la acompañaba y a sus hijos no los veía por ningún lado. La falsa sonrisa de la mujer que apenas la toleraba le disparó todas las alarmas.

La señora Curtis hizo las presentaciones en medio de un ambiente de aparente amabilidad. El matrimonio Morgan, una pareja de abogados de un importante bufete de Los Ángeles, era una pareja joven, vestidos de forma elegante y con la seguridad de los que están acostumbrados a triunfar.

—¿Dónde están mis niños? —fue todo lo que atinó a decir Althea.

—Ellos están muy bien, querida —contestó la señora Curtis.

La invitaron a tomar asiento y tomó la palabra Alicia Morgan. La mujer le explicó en un lenguaje claro, que ella y su esposo llevaban

casados diez años y que no podían tener hijos. Conocían a la señora Curtis hacía varios años y habían conocido a Matthew y a Joshua hacía tres meses.

Althea abrió los ojos y miró a la trabajadora social con franco odio, porque ya sabía que esa pareja de piratas, como su apellido atestiguaba, deseaba quedarse con sus hijos.

—Sé las condiciones en las que has sobrevivido, no es fácil sacar dos pequeños adelante, la crianza y la educación son costosas y me imagino que deseas darles muchas cosas a tus hijos. Además, tienes una adicción, debes concentrarte en ti misma para poder...

—Usted no me conoce, señora.

La mujer se levantó y se acuclilló ante ella.

—Lo siento, no debí decirte esto último.

—¿Qué quieren? —preguntó sacudiéndose a la mujer. Se levantó y quedó frente a ellos.

—Queremos que nos acompañes a casa a ver a tus hijos —terció el hombre que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—¿Por qué en su casa?

—Porque hemos sido su hogar sustituto en todo este tiempo.

Althea miró confundida hacia la señora Curtis.

—No entiendo...

—La casa donde los visitabas los sábados, era la mía, Althea.

—Quiero ver a mis hijos, ahora.

Un nudo profundo en el pecho apenas la dejaba respirar, nunca necesitó un trago en su vida como en aquel momento. Quiso llorar, quiso llamar a Mike, que estaba segura los pondría en su lugar, pero ¿qué madre sería? Si no podía luchar sola por sus hijos. Con una profunda desilusión los acompañó a la salida. La subieron en una camioneta elegante y la llevaron para uno de los suburbios de la ciudad donde pululaban casas de varios millones de dólares. Esa era la idea de ellos desde el comienzo, ni la trabajadora social ni el sistema pensaban devolverle sus hijos. Como un zombi se bajó del auto. Un hermoso jardín de hortensias le dio la bienvenida. Una empleada abrió la puerta a un interior lujoso y muy bien

decorado. El arrugado corazón de Althea cayó al piso para no reponerse más al ver a sus hijos en una enorme sala de juegos, saludables y felices jugaban con una mujer mayor que ella. Intuyó que sería la madre de alguno de los dos abogados. Los pequeños interrumpieron el juego a la llegada de la pareja, y corrieron a sus brazos. Althea se acercó a Joshua, que le regaló una sonrisa, pero no mostró signos de quererse liberar de la abogada para ir hacia ella.

—Hola, pequeño —la mujer en un acto de piedad la dejó cargar al chico. Que resbaló enseguida por su cuerpo y se liberó para continuar el juego con su hermano. Althea en un último intento se acercó a Matthew que le sonrió y siguió con su actividad de armar grandes Legos.

La mirada de la mujer mayor a sus hijos era de reprobación.

—Althea, como verás, los niños están muy bien con nosotros, les podremos dar todo lo que ellos quieran. A Joshua le encanta la lectura y a Matthew armar cosas. El seguro médico cubrió la afección del oído de Matthew, además, necesita cirugía.

Althea se sintió culpable, ella tenía la culpa de lo sucedido en el oído a su pequeño. Llevaba borracha tres días y el chico lloraba día y noche, al cuarto día lo llevó a urgencias y el diagnóstico fue otitis media con el tímpano obstruido. Ese día seguridad social le quitó a los pequeños.

—Son mis hijos —balbuceó ella impotente. Nunca les podría dar lo que tenían en esa casa. Ni porque trabajara cien años. Se echó la culpa de todo, era una inepta, ni siquiera había terminado la escuela.

Se acercó a sus hijos. Les dio un beso en la cabeza a cada uno. No fue capaz de darles los humildes presentes que les había llevado, ya no, después de ver el lujo en que vivían. Salió del lugar, la señora Curtis la llamó, Althea le hizo un gesto grosero con el dedo medio, caminó varias cuadras hasta una estación de bus. Marcó el móvil de Mike. Saltó a contestador “Mike te necesito”, tecleó el mensaje en medio de una nebulosa de llanto. Al llegar a su barrio, sonrió irónica, sería una crueldad que sus hijos se criaran en ese ambiente, pudiendo tener mejores oportunidades. Entró en el supermercado y compro tres botellas de licor. Al llegar a su casa, soltó el llanto desgarrador que llevaba atenazado en la garganta. Se escurrió hasta el piso y sin quitarse el abrigo, se bebió de golpe la primera botella.

Mike colgó el teléfono, preocupado después de su charla con Bella, conocía el carácter explosivo de su hermana. Pensó en el pobre Patrick, no tendría la más mínima posibilidad de salir ileso. En fin, tendrían que arreglar sus problemas, ya era hora.

Miró a Lori apenado.

—Lo siento, *principessa*, hay crisis familiar en casa de mi hermana, tengo que cuidar a mis sobrinas, lo entenderé si quieres volver a casa.

—¡Pero qué dices! Disfruto con ellas, son encantadoras.

Mike la miró con expresión curiosa.

—No sabía que te gustaban los niños.

—Me gustan los niños. El hecho de que sea una profesional exitosa y no me haya casado todavía, no quiere decir que en un futuro no quiera el sueño de una familia para mí.

—Dices sueño —la miró pensativo—. ¿Es lo que de verdad deseas?

—Sí, Mike, quiero hijos, con gusto renunciaría a mi carrera por quedarme con un bebé en casa, trabajos hay montones, puedes iniciar tu carrera en cualquier momento, pero los primeros años en la vida de tu hijo, es un tiempo que no te devolverá nadie.

—Eres una buena mujer.

Se abalanzó sobre ella en la cama, donde yacían desnudos, y una guerra de cosquillas fue el prelude de una nueva sesión de sexo duro.

La boca de Mike se acercó a la de ella y su lengua no tardó en apropiarse de la de Lori que gimió ante la demanda del beso. Le acarició los pechos y luego las nalgas, se puso de rodillas y la levantó hasta que quedó frente a él con las piernas a lado y lado de sus caderas. Le apartó el cabello, le echó la cabeza hacia atrás y le devoró el cuello de forma ávida haciéndola gemir una vez más. En un momento dado sus miradas quedaron encadenadas y pudieron percibir una conexión más allá de lo físico. Se acariciaron y Mike a un movimiento de vaivén de ella la penetró. Los movimientos certeros y profundos, les brindaban gran placer.

—Estar en tu interior es como morir y volver a nacer —jadeó rato después—. Es una puta locura. No quiero ser adicto a ti, soy un maldito problema con las adicciones.

La penetró de nuevo con fuerza, el sonido de la piel al entrechocar y los dientes de Mike en el hombro de Lori, aceleraron las cosas a un ritmo frenético. Se besaron de manera salvaje, Salió de ella, la acostó y le colocó un almohadón debajo de las nalgas y las piernas de Lori aterrizaron en los hombros de él que volvió a su posición de rodillas. Mike paseó su erección por el sexo de Lori, que excitada se acercaba más a él.

—Fóllame ya...

—Mmmmm, estamos muy exigentes.

Lori se contoneó de nuevo.

—No tienes ni idea.

—Tócate.

Lori se tocó al tiempo que Mike entró en ella, llenándola por completo. Observar las caricias de Lori, sus sexos unidos, el movimiento dentro y fuera, hicieron que Mike cerrara los ojos, si la miraba en ese momento todo acabaría demasiado pronto. Le acarició el contorno del cuerpo, le chupó los pezones hasta dejarlos más rojos y erguidos, lo hizo con los ojos cerrados, retiró la mano de ella para reemplazarla por la de él. Las sensaciones se multiplicaron. El calor y la humedad de Lori lo hicieron gemir.

—*Principessa...* —balbuceó Mike tan pronto la sintió llegar al orgasmo, la manera en que lo ciñó como si nunca lo fuera a dejar ir, hizo que Mike en medio de gemidos se corriera dentro de ella. No dejaron de moverse, como queriendo eternizar el momento. Con las pieles muy sensibles, Mike abandonó el cuerpo de Lori con la respiración aún agitada.

—Tenías toda la razón —dijo ella con los ojos cerrados.

—¿En qué?

—Me has dado el mejor sexo del mundo y me has dejado extenuada.

—Te lo dije —sonrió él.

Lori intentó levantarse al baño, Mike no la dejó.

—No, quédate así —le besó el cabello, había traspasado las barreras y Lori se moría por manifestarle sus sentimientos.

—Soy tan feliz que me da miedo —dijo Lori.

—No quiero hacerte daño.

Lori se dio la vuelta y lo miró.

—¿Por qué dices eso?

—Soy un fiasco, *principessa*, no lo olvides. —La jaló para levantarla—. Vamos por una ducha que las chicas ya deben estar por llegar.

Lori tenía razón, era el mejor sexo, aunque no dejó de sentirse mortificado por su comportamiento salvaje. Ella estaba feliz y ni siquiera se quejó. Le encantaba ser el motivo de su dicha, el dueño de su sonrisa. Perdía el control con cada encuentro y nunca le había pasado, ella le daba sentido a su vida.

Si Carole y Melody, sospechaban que algo iba mal en su hogar, no lo manifestaron en casa de Mike. Contentas de ver a Lori de nuevo, se dirigieron a la piscina mientras su tío contestaba varios correos. Lori y las chicas charlaban en la piscina de las últimas películas de *Walt-Disney*, y *Harry Potter*.

Melody le contó a Lori sobre su afición a la literatura.

—¿Qué estás leyendo en este momento? —le preguntó Lori.

—Uf —dijo Carole y miró a Lori como diciendo, no sabes lo que viene a continuación.

—Varios libros, la semana pasada terminé la serie Escalofríos, son libros cortos de historias de terror. Mañana termino Sinsajo. Pero lo que más disfruto en este momento, es la literatura del siglo XIX, estoy descubriendo un género de novela que relata las costumbres de la gente en esa época. Me encanta la descripción de los vestidos, las casas, el comportamiento de los hombres y las mujeres, aunque algo cursi es muy

divertido.

La mirada de Melody se transformaba a medida que iba profundizando en su disertación.

—¿Qué libro estás leyendo sobre ese tema? —preguntó Lori admirada de los conocimientos de Melody y el lenguaje utilizado se le notaba la lectura en su manera de expresarse, no era como el de cualquier chica de su edad, presentía que estaba tras una escritora en potencia.

—Mujercitas de Louse May Alcott.

—Es un libro excelente, yo también lo leí de joven, aunque algo triste déjame decirte. ¿Ya descubriste a Jane Austin?

—No, aún no.

—Creo que llenará tus expectativas, es una escritora inglesa que combina en sus novelas todo lo que acabas de describir —Lori miró a Carole no quería dejarla fuera de la conversación— ¿Carole cuál es tu afición?

—Voy a ser diseñadora de modas, como Carolina Herrera, Dona Karan o Anne Klein —soltó la chiquilla animada.

Las tres estaban apoyadas en el orillo de la piscina. Consuelo les había dejado una jarra de limonada.

—¿Te gusta el dibujo?

—Oh sí, dibujo muy bien, estoy tomando algunas clases particulares, diseño los vestidos de mis muñecas, aunque también tengo un buen catálogo en mi computadora, puedo pasar tardes enteras dibujando vestidos y carteras —señaló Carole soñadora.

Los padres de estas niñas habían hecho un gran trabajo y Lori supo que de manera independiente a como se desarrollara la crisis en su casa, las chicas iban a estar bien.

—¿Qué deseas ser cuando seas mayor? —preguntó Lori a Melody.

—Escritora, la mejor del mundo. El otro año papá, va a enviarme a un curso de escritura para jóvenes talentos.

—Las felicito chicas.

—Gracias —contestaron orgullosas.

—Si ambas trabajan duro por sus sueños lo lograrán. No lo tendrán fácil, pero lo más importante de todo, es el amor y el tesón con que enfrenten los desafíos para ser las mejores en lo que les apasiona.

Mike escuchaba oculto la conversación, no quiso interrumpir, no por sus sobrinas, él conocía y sabía de sus aficiones. Sino por los comentarios de Lori, a medida que la escuchaba la imaginó rodeada de los hijos de ambos, con su vientre crecido y esa imagen en vez de alegrarlo, le instaló un peso en el corazón. No quería necesitar a nadie, pues tenía la amarga experiencia de que todo desaparecía en segundos. Viendo a Lori en comunión con sus sobrinas, por primera vez en su vida, quiso que las cosas fueran diferentes, cambiar en lo que se había convertido. Pero las viejas costumbres no lo dejaban. No permitiría que alguien lo lastimara de nuevo. Tampoco quería lastimar a Lori, no lo merecía.

—Hola, chicas.

—¡Viene tras nosotras! Lori, nada al otro extremo —exclamó Melody algo tarde, porque Mike brincó en la piscina de tal forma de casi la desocupa y persiguió a Lori hasta darle alcance, la aferró de un pie, la pegó a su cuerpo.

—A ver cuánto duras debajo del agua —y la hundió sin muchos miramientos, Lori estaba tranquila y lo dejó hacer; Mike no sabía que ese juego, era uno de los preferidos de Peter y ella de niños y nadie la superaba.

Siguieron jugando largo rato, ensayaron saltos, Mike bromeaba, las alzaba y las lanzaba más lejos, hasta que salieron a descansar dejando a las chicas en la piscina un rato más.

—¡Diablos! Se me olvidó ponerles bloqueador solar, Bella me matará.

—No te preocupes, yo les apliqué antes de exponernos al sol.

—Gracias.

Consuelo llegó con el móvil de Mike que había dejado en la habitación.

—No ha parado de vibrar, debe ser importante —señaló la mujer.

Lori y las chicas siguieron en la piscina. Mike preocupado tomó el aparato, se había distraído y llevaba más de dos horas sin revisar el

móvil, tenía la casilla de mensajes de texto repleta y cantidad de llamadas de Lucas, Althea y Celia.

Marcó a Althea, la mujer no contestó. Habló con Lucas.

—Lo siento chicas —dijo cuándo colgó—. Tengo que salir.

—¿Algún problema? —preguntó Lori al ver el gesto preocupado de Mike.

—No lo sé aún, debo ir a casa de Althea, Lucas fue muy vago —dijo Mike preocupado. Parecía que no podía pasar un fin de semana tranquilo.

—¿Por qué no dejas que las lleve a algún lado? —Lori salió de la piscina, se secó con una toalla y agarró su móvil. Mira —le señaló—, en Beverly Hills hay un taller de arte, lo crearon con la idea de que las madres pasen tiempo con sus hijas. No soy la madre, pero con su autorización no creo que haya problema.

—No hay problema. Haré venir la limusina, las llevará a donde quieras.

Se despidió de ellas y minutos después salía al encuentro de Althea.

Lori y las chicas estuvieron listas cuando la limusina llegó a recogerlas, la charla animada de las tres las distrajo todo el recorrido.

Bella, con las manos frías puestas sobre el mesón de la cocina, no sabía cómo iba a reaccionar cuando lo viera, ¡el muy cabrón! Por un lado estaba aliviada, daba gracias a Dios que no era grave, no alcanzaba a imaginar que sería de su vida donde a Patrick algo le ocurriera. Pero por otro lado, sentía como una espina clavada en su corazón y el sentimiento de traición que no la abandonaba desde aquella dichosa llamada. Escuchó el ruido de las llaves en la cerradura y se preparó para la confrontación.

Patrick entró asustado, conocía el temperamento de su mujer y de su charla con el doctor, dedujo que ella ya estaba enterada, sabía que le había fallado. Le pediría perdón, se humillaría, haría lo que fuera necesario para restaurar la confianza perdida.

—Hola Bella —se acercó para darle un beso en la mejilla, pero ella lo esquivo enseguida.

“*Está furiosa,*” pensó Patrick, al observar la tensión y la mirada penetrante de su esposa.

Ella no le respondió, se limitó a mirarlo sin pestañear. Lo que lo puso más nervioso de lo que ya estaba.

—Lo siento mi amor, no quería que sufieras lo que yo estaba sufriendo.

La admisión de Patrick, hizo que Bella se levantara como un resorte y quedó frente a él. Echó atrás la cabeza.

—¡Eres un soberano cabrón, egoísta! Siempre creyéndote el súper héroe, me dejaste en un papel estúpido —lo miraba con furia—. Traicionaste nuestros votos matrimoniales.

—¡No he hecho eso! —exclamó Patrick enseguida, reaccionando con rabia—. Eres tan dramática, ¿de verdad crees que hubieras podido llevar esta situación con tranquilidad sin afectar a las niñas? —se arrepintió al momento de sus palabras—, cariño...

Bella cruzó los brazos como si tuviera frío y se dio la vuelta, se acercó a la ventana y observó su jardín.

—No me ofendas —y como si hubiera tenido una revelación volvió su mirada a él—: Lo que sucede es que me consideras igual a ella.

— ¿De quién diablos hablas? —preguntó Patrick extrañado.

—Sabes muy bien a quien me refiero —señaló con voz rota—. Crees que soy igual de inepta a ella —lo miraba con lágrimas en los ojos—. Pobrecita Bella, no tiene los cojones para aguantar ninguna presión, eso fue lo que pensaste.

—Estás muy equivocada yo...

—¡Mentira! Tú, Mike, y el recién descubierto padre que tengo, piensan que puedo ser igual a ella, todos lo piensan. Cuando será el día en que se me suelte un cable y termine como ella. Caminan a mi lado como si estuvieran pisando huevos, como si me fuera a romper.

—Yo nunca he pensado eso —la agarró por los brazos, trataba de calmarla—. No se dé donde sacas esa historia. Ah sí, ya veo, tu fértil imaginación, deberías escribir una novela, así plasmas tus dramas

imaginarios en el papel.

—No seas condescendiente, sabes que es verdad, siempre me has querido tener protegida, apartada de todo lo malo del mundo.

—Lo he hecho porque adoro lo que hemos creado, te adoro a ti y que me condenen si es pecado querer ahorrar penas a mi mujer.

—No entiendes todavía —le sonrió con tristeza—. El matrimonio es en lo bueno y en lo malo, no puedo confiar en ti si me ocultas cosas todo el tiempo, no sería real para mí.

Isabella agachó los hombros apesadumbrada. Patrick la miraba aterrado, pensó que iba a tener problemas, pero esto era más serio. Los ojos de su esposa reflejaban una decepción que no le había visto en tantos años de matrimonio.

—¿Cómo pudiste llegar todas estas noches y mirarme a los ojos, sabiendo lo que te ocurría?

—Por favor, Bella —intentó acercarse.

—¡Suéltame! ¡No me toques!

—Perdóname.

—¿Qué debo perdonarte? ¿El que no me hayas contado lo de tu enfermedad? ¿El que quieras tenerme en una caja de cristal alejada del mundo?

—No me disculpo por querer protegerte, pero desde lo más profundo de mi alma me disculpo por haberte ocultado algo tan importante para los dos —los ojos de Patrick reflejaban el arrepentimiento que sentía—. No lo volveré a hacer, te lo prometo.

—Dios. Piensas que con una simple disculpa todo está arreglado —mover la cabeza de lado a lado—. Me alegra que estés bien.

Salió de la cocina con sus útiles de jardinería a cuidar sus plantas.

Patrick quería arreglar la situación, quería llevársela a la cama, tenía ganas de saborearla. Se veía tan bella con su sombrero de playa, sus guantes y su delantal de jardinería, lo único que quería era hacerla feliz y nunca se había visto en la necesidad de cuestionarse sus métodos, pero ahora lo hacía, se había equivocado y no sabía qué hacer para repararlo.

Capítulo 19



Mike llegó al vecindario de Althea. Una mala premonición lo asaltó al bajar del coche y ver dos autos de la policía y una ambulancia. Llegó a la vivienda y subió los escalones de dos en dos, la gente se había arremolinado, unos murmuraban:

—Pobre, estaba muy borracha.

—¿Quién lo diría? —dijo otra mujer que estaba en la calle en bata de estar en casa y la cabeza llena de rulos.

Al ver la cara de Lucas que esperaba tras el precinto amarillo, el corazón de Mike se aceleró y su rostro se puso pálido.

—¿Qué mierda pasó?

—Mike...

El aludido atravesó el precinto.

—No, Mike, espera, por el amor de Dios.

Al llegar a la puerta y observar el desastre que había en la pequeña vivienda, sabía que esa escena lo perseguiría hasta el día de su muerte. Todos contemplaban lo que yacía en la alfombra de regular

calidad, que había sido color champaña y que ahora estaba cubierta de sangre. Los forenses tomaban medidas y hablaban entre sí. Ante el rugido de Mike que se abrió paso a empujones, apareció el cadáver de Althea junto a tres botellas vacías de licor, la mujer se había cortado las venas.

Mike se agachó, la cara sin vida de Althea, el olor de la sangre y el desamparo en que queda el cuerpo cuando el alma viaja a otros mundos, le trajeron a la mente y las retinas de Mike, recuerdos de la tragedia de su vida. Otra vez le había fallado a alguien. Otra vez por su maldita culpa había muerto una persona. Observó el lugar, estaba limpio y ordenado, a un lado estaban unos cuadernos y cajas de crayolas ¿Qué había pasado? Apenas la noche anterior habían hablado por teléfono, estaba animada porque al día siguiente visitaría a sus hijos. Los pequeños, caviló, ¿qué sería de ellos ahora? Alguna buena familia los adoptaría, se encargaría de eso. Los forenses no lo dejaron acercarse al cuerpo. La mirada de Mike carecía de vida, mientras observaba el cadáver, cuya sangre se había escurrido y había sido recibida por el tapete.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —fue lo único que atinó a decir —. Lo siento, lo siento...

—Hermano, por favor —Lucas trataba de levantarlo del suelo. Mike se había arrodillado a pocos pasos del cadáver.

—Déjame solo.

—No.

Lucas lo ayudó a levantarse y ante una orden de la autoridad, abandonaron el recinto. Mike se dirigió veloz al auto, Lucas no le despintaba los pasos.

—No te vas a ir solo.

Al ver que abría la puerta y entraba veloz. Se paró frente al auto. Tendría que atropellarlo si quería pasar. Mike lo miró con furia. Aceleró. Lucas siguió en sus trece. Mike bajó el vidrio.

—Si tengo que pasar por encima de ti para largarme, lo haré.

Había una nota amarga en su voz, la tonalidad ronca le hablaba de un estado de ánimo que no estaba para juegos y Lucas supo que lo haría, si no se quitaba, lo atropellaría y también supo que, antes de terminar el día, su amigo estaría más borracho que una cuba.

—No lo hagas Mike —atinó a decir. Más que una orden era el ruego de un amigo.

—No importa. Ya no importa.

—Mike, hermano, lo solucionaremos.

El gesto irónico de Mike que simulaba una sonrisa y que estremeció a Lucas por lo que significaba, hizo lo que no hizo el resto. Mike estaba más allá de todo y nada podía hacer por él.

—Te vas a arrepentir —Lucas levantó las manos dándose por vencido y se alejó del auto. Mike hizo chirriar las llantas al alejarse del lugar.

Al acelerar y salir a la autopista, profirió un grito dentro del auto y golpeó el volante en más de una ocasión. La rabia y el dolor, le tensaron el cuerpo. La vida era irónica. En su alma brotó de nuevo la sombría necesidad de evadirse de la única manera que conocía. Necesitaba borrar aunque fuera por unas horas la horrible realidad que había dejado atrás. Frenó frente a un supermercado. Como una bala entró al lugar. Ni siquiera vio que licor compró. Salió del lugar, al atardecer lo acompañaba la baja temperatura, pronto anochecería. Entró de nuevo al auto con el frío y tres botellas como compañeros. Ni siquiera encendió la calefacción. Al abrir la primera, se sintió derrotado y miserable. El olor del licor le bailó en las fosas nasales y le convirtió agua la boca. “*No lo hagas,*” le decía su conciencia guerrera. “*Hazlo, sabes que es lo único que te alivia el dolor,*” le habló su demonio al oído. Con lágrimas de derrota, envió cuatro años de sobriedad al diablo. Fue como si nunca hubiera dejado de beber, mientras lo hacía, los recuerdos de esa tarde cuando tenía doce años se colaron en sus memorias.

—“*Michael, tu madre quiere verte —el niño frunció los hombros sin contestar y siguió con su juego de Nintendo.*

Mike pensaba que si su madre no se preocupaba por él y por su hermana, no tenía por qué correr cuando a ella se le antojara.

—¿*Dónde está papá?* —preguntó sin despegar los ojos del juego.

—*En su habitación ¿Qué le digo a tu madre?*

—*No quiero verla.*

El ama de llaves salió con gesto derrotado y volvió en sus pasos para entrar en el cuarto de Isabella y darle las buenas noches.

Pedro Donnelly estaba tarareando una canción mientras se hacía el nudo de la corbata, cuando Michael entró a su santuario. Era una habitación imponente, con amplios muebles caoba, una biblioteca pequeña, y la cama con un edredón de arabescos dorados sobre una base vinotinto, cuadros adornaban las paredes. Un amplio espejo con marco grueso de madera hasta el piso, frente al cual estaba su padre. Era un hombre alto, delgado y atractivo, con abundante cabello negro, ojos oscuros del mismo color que el de sus hijos.

—¿Vas a salir?

—¿Qué haces aquí? —preguntó su padre con el ceño fruncido. Siempre se ponía en guardia cuando sus hijos se acercaban a él—. ¿Por qué no estás durmiendo?

—Quería saber si puedes jugar conmigo Nintendo —le contestó el chico, con semblante algo triste.

—Tengo un compromiso, juega con Isabella —contestó Pedro, alzando la ceja y el tono de voz, mortificado con la interrupción. No le gustaba sentirse culpable y los ojos de Michael eran los únicos que le hacían sentir así. Ni siquiera las escenas de celos de Anabel o los lloriqueos de su hija, tenían el impacto de la mirada de Mike—. Vete mejor a descansar, ya es tarde.

—Mamá no se siente bien hoy —concluyó Mike.

—Como todos los días, eso no es una sorpresa.

Mike sabía lo que pensaba su padre, por los años que llevaba escuchando sus discusiones. Pedro vivía resentido, porque la familia de Anabel le había escondido su estado depresivo durante el noviazgo. Aunque la familia de su madre había pagado el precio con los millones que dio y con los que se incrementó el patrimonio de los Donnelly, seguro para acallar su condición, Pedro le echaba la culpa a ella y a la abuela, el hecho de estar amarrado a esa familia que le impedía vivir de manera libre y sin ataduras. Pero Mike pensaba que su padre hacía lo que quería de su vida, mujeres, alcohol, deudas de juego y largas ausencias, como si la mujer encerrada en el cuarto y el par de jóvenes no existieran.

—¿Vas a dormir fuera? —volvió a la carga.

—No sé, de pronto pase la noche con amigos.

Seguro estaba estrenando novia, había escuchado la conversación del jardinero con una de las empleadas de la casa. El hombre decía que su padre estaba estrenando amante, una deliciosa muchachita de veintitrés años, fueron sus palabras, aspirante a actriz y cuando eso ocurría su padre tardaba días en aparecer.

—Mira —dijo el hombre poniéndose la chaqueta—, cuando vuelva, te prometo que iremos al fútbol —le revolvió el cabello y salió sin darle un beso de buenas noches.

Michael, se acercó al cuarto de Isabella. Estaba dormida, era la mayor por menos de un año y muy parecidos. La quería como no quería a nadie más en el mundo, quizás por esa convivencia forzada que ata a los que se enfrentan a la soledad. El cuarto olía a Jazmín, el aroma preferido de ella, un libro descansaba en el piso. Otra vez se había quedado dormida leyendo. Le apagó la luz. Al alejarse por el corredor de la mansión, se detuvo en la puerta de la habitación de su madre. Un rayo de luz se colaba por entre la rendija de la puerta y el piso, escuchó el sonido de la llave del agua del baño. Decidió entrar para comprobar que estuviera bien y no hubiera dejado abierta ninguna llave; ya había pasado en varias ocasiones. A veces le tocaba llevarla casi desnuda hasta la cama. Al acercarse al baño, trató de gritar, pero de su garganta no salió ningún sonido. Su madre estaba en la tina con un camisón transparente por lo húmedo. Tenía las muñecas abiertas y el agua teñida de rojo, ya había tomado camino a la habitación. Su mente cayó en un pozo profundo y oscuro, sus ojos desorbitados tenían en su expresión la magnitud de la tragedia. El olor de la sangre revuelto con el del jabón floral que siempre usaba ella, le produjo náuseas. Empezó a temblar de manera incontrolable, pero era incapaz de moverse, sus pies no le respondían para poder acercarse a ella.

Minutos después, el ama de llaves entró y con sus gritos despertó a toda la casa. Mike siguió en trance y sin derramar una sola lágrima. Si hubiera ido cuando su madre lo necesitaba a lo mejor no habría pasado nada y sería otro día como cualquier otro. Se sintió culpable, muy culpable. Algo se rompió dentro de él esa noche y nunca había podido repararlo.

Seguía consciente a pesar del licor ingerido que no parecía mitigar la angustia y la rabia que sentía. Pensó en Lori, su rubia cabellera, caminando hacia él, pensó en fundirse en esos brazos que le brindaban calor y paz. Se reprendió enseguida por estúpido. Él no necesitaba el afecto de nadie, nunca mendigaría el cariño de nadie. Nadie lo había querido, su madre lo abandonó, no tuvo el coraje de luchar por ellos. No los quería, luego ese ridículo amorío cuando era joven y el resto de mujeres que solo buscaban su dinero ¿Qué quería Lori? Pues sencillo, el contrato de publicidad que los haría ricos a su hermano y a ella, en menos de un año. Antes no se preocupó por él. Nunca mostró interés en verlo cuando iba a San Francisco e invitaba a la familia a cenar. Siempre se escabullía y cuando se encontraban, lo miraba como a un vomitivo. Seguro era otra pérfida que saldría corriendo, ninguna se quedaba. La echaría antes de que eso ocurriera. Abrió la tercera botella.

El Brentwood Art Center, era el lugar escogido por Lori para pasar la tarde. Tomaron una clase de pintura en cerámica, cada una pintó un pocillo, las chicas escogieron colores vivos y llenaron la taza de dibujos variados, el de Lori fue más elaborado. Después de una hora dejaron el trabajo para que fuera al horno y la pintura durara más. Melody dijo que los recogería con Isabella la próxima semana. Como todavía era temprano, decidieron ir a un salón de belleza muy especial. *Spa Divas Grandes y Chicas*, era un sitio hermoso con una decoración que cumplía con las expectativas de varias generaciones. Sus muebles de colores alegres, la atención recibida y las actividades allí realizadas, hacían de este sitio un lugar especial para que las madres o demás familiares pasaran un rato diferente con sus hijas, familia o amigas.

Aparte de los servicios de belleza ofrecidos, había buena música, películas y actividades de juego para las más pequeñas. Lori y las chicas, se dedicaron a recorrer encantadas el lugar y luego escogieron los servicios que deseaban.

Les hicieron masajes en los pies al son de los últimos éxitos

musicales, de *Britney*, *Beyonce* y *Avril Lavigne*; luego pasaron por manicura y pedicura, las tres escogieron el color Rosa Barbie y también se pusieron de acuerdo para que les decoraran las uñas de pies y manos con flores diminutas, les aplicaron mascarilla facial de fresas y menta para Melody por su acné incipiente, de chocolate para Lori y Carole y luego se hicieron un masaje en las puntas del cabello y por último las peinaron.

Ambas chicas estaban encantadas con Lori, charlaban sin parar, haciéndose confidencias, fue una tarde especial y más después de las tensiones sufridas en su casa y de ver las preocupaciones de su madre. Para Lori era la oportunidad de hacer algo por estas chiquillas que se habían ganado su corazón y que en medio de su viveza, una sombra de inquietud teñía sus facciones por la crisis que estaban atravesando sus padres.

Salieron del Spa como verdaderas divas y ufanas por su aspecto. Fueron a *Hard Rock Cafe* donde merendaron y luego a *Border's* de compras, Melody adquirió tres libros de Jane Austen y Carole un hermoso libro que le permitía crear sus propios diseños y vestir las diferentes modelos que estaban en las páginas. Lori se percató, que el teléfono estaba sin batería.

Llegaron a la casa de Mike al anochecer. La encomienda que esperaba Lori había llegado esa tarde. Emocionada les pidió ayuda a las chicas y a Consuelo para deshacer el paquete.

—Lori, ¿has sabido algo de Mike? —preguntó Consuelo con talante preocupado.

—Tengo el móvil descargado —contestó la aludida—, deja y lo pongo a cargar.

Soltó lo que hacía y sacó el aparato del bolso, el cargador estaba en el estudio de Mike.

—Lucas llamó en la tarde —dijo Consuelo tan pronto Lori volvió del estudio.

—¿Qué dijo?

—Me pidió que le avisara tan pronto llegara Mike. Lo noté preocupado.

Lori volvió al estudio y marco primero al móvil de Mike que estaba apagado y luego al de Lucas que tampoco contestó.

Quería darle la sorpresa, colocar en la pared el collage de fotos que había hecho para él, en la salita de su habitación, para eso tenía que quitar una pintura de arte abstracto que parecía llevaba tiempo en el lugar. Le preguntó a Consuelo si no sería atrevido de su parte, reemplazar la pintura por su trabajo. Consuelo y Melody dijeron que no habría problema, que debería darle la sorpresa. Carole fue más precavida.

—No sé si a mí me gustaría —repuso seria y mirándose las uñas.

—No seas aguafiestas —concluyó Melody.

Momentos después llegó Patrick por las chicas. Saludó a Lori con semblante curioso y extrañado, era la primera mujer que Mike llevaba a casa y lo sabía porque una noche de baloncesto, su cuñado le había manifestado que para sus aventuras utilizaba una suite del hotel. Melody se encargó de las presentaciones.

Carole llegó como una tromba y abrazó a su padre, dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Mi preciosa, ¿cómo estás?

—Bien, mira mi peinado y mis uñas, claro que tendremos que quitarnos el esmalte mañana a la noche, porque en la escuela no me permiten llevarlo, pero lo voy a disfrutar cada minuto —sonreía encantada mirándose las uñas y tocándose el cabello.

—Me alegro. —Observó con curiosidad que las tres tenían los mismos dibujos y el color en las uñas de las manos y los pies, sonrió.

Melody en cambio le habló de los libros que Lori le había regalado.

—Te agradezco mucho las atenciones que has tenido con las chicas hoy.

—De nada, fue un placer compartir con ellas, son magníficas.

Siguieron charlando un rato.

—¿Cuánto llevan juntos? —se dirigió a Lori y sin esperar respuesta agregó—: Se te dan muy bien los niños.

—No llevamos saliendo mucho. Mike es un buen amigo.

—Y un buen hombre.

Se despidieron y quedó sola en la casa. Un buen amigo del que estaba locamente enamorada ¿qué iba a hacer?

Mike no aparecía. Preocupada, al cabo de unas horas se comunicó por fin con Lucas que le contó lo sucedido.

—Estalló la bomba, Lori. Tarde o temprano ocurriría. En sus condiciones...

Lori le interrumpió.

—¿Cuáles condiciones? —Era un hombre que llevaba sobrio bastante tiempo — ¿De qué condiciones hablaba?

Lucas no le contestó. Ella preguntó si sabía dónde estaba. Lucas dijo que no tenía idea, lo imaginaba en la casa. Añadió también que podría volver en una hora, un día o una semana y que ella no podría hacer nada por él.

Bella estaba recostada en la cama, las chicas entraron a darle el beso de las buenas noches.

—Yo las acostaré —manifestó Patrick. Después de arreglar el jardín se había recostado y ni siquiera había bajado a cenar. Patrick la dejó tranquila y salió por las niñas, permitiéndole aplacar su enfado y sí, el enfado estaba aplacado, caviló ella, pero la decepción no. No tenía sentido seguir disgustada con él, debía estar tranquila, la tormenta había pasado, pero la experiencia le dejaba un molesto sinsabor.

Rato después entró Patrick y se acostó a su lado acomodándose detrás de ella y abrazándola por la cintura, enterró la cara en su pelo; empezó a hablarle con dulzura.

—Bella eres lo más importante para mí, te necesito tanto. Tú eres mi faro, eres mi guía, eres el final del camino. —Sintió a Bella estremecerse en sollozos—. No llores, mi amor, sabes que es verdad, nos

amamos.

Empezó a acariciarla de forma suave, la volteó y le besó los labios. Sabía que esta vez, tenía que conquistar lo que quería con paciencia y ternura. Saboreó sus lágrimas hasta llegar a sus ojos con pequeños besos, acarició el contorno de sus orejas, y descendió hasta su cuello, fue desabrochándole los botones de su blusa para poder acariciar sus pechos, posó sus labios en los pezones, acariciándolos mientras sentía encender su pasión, la recorrió de la cabeza a los pies, reconociéndola como suya. Unieron sus cuerpos con pasión, con amor. Rato después, yacían saciados uno en brazos del otro. Bella sabía que pasaría algún tiempo para poder recuperar lo que creía refundido y sabía que Patrick lo sabía. Él le daría el tiempo necesario para superarlo, siempre y cuando no se alejara emocionalmente.

—Bella, ¿recuerdas el día que nos conocimos?

—Cómo olvidarlo, llegaste como una tromba, me invitaste a bailar y desde ese momento no nos hemos separado —Bella sonrió ante el recuerdo.

—Exacto, nunca nos hemos separado, eres el amor de mi vida y siempre será así, nadie podrá arrancarme de tu lado, estaremos juntos siempre.

—En la vida pueden ocurrir muchas cosas, no deberías hacer ese tipo de afirmaciones.

—¿Cómo que cosas? —preguntó Patrick.

—Te puedes enamorar de otra o yo de otro.

—¡Nunca! —respondió, colocándose encima de ella y mirándola de forma fiera—. Dentro de cuarenta años, yo amaré cada arruga de tu rostro —dulcificó la mirada—, y cada cana de tu cabello y me sentiré honrado por haberte tenido en mi vida, te agradeceré por haberme dado las mejores hijas, por nuestros amaneceres, por nuestras batallas, por perdonarme mis errores —le acarició las mejillas—. Yo solo he querido hacerte feliz, sé que tengo muchos defectos, pero te amo como no te amaré nadie más.

Bella le sonreía entre lágrimas.

—Lo sé.

Capítulo 20



Lori quedó sentada en la cama ante el estruendo que hizo Mike al entrar a la habitación. Aparte del cambio del cuadro, ella y las chicas, habían reordenado algunos muebles. Miró el reloj digital de la mesa de noche, marcaba las cuatro de la mañana.

—¿Qué diablos hace este mueble aquí? —vociferó.

Lori se levantó, encendió la lámpara de la mesa de noche y se acercó a él.

—No es nada, es que las chicas y yo hicimos algunos cambios.

Mike la apartó de un manotazo. Nunca había visto a Mike así, ni siquiera la noche de años atrás. La ropa arrugada y el gesto descompuesto.

—Mike, lo siento, Lucas me contó...

Lo agarró para llevarlo a la cama, él se soltó de nuevo.

—Suéltame, joder, no te he pedido que me ayudes.

—Mike...

Miró a la pared y vio los cambios en la habitación y una rabia inmensa lo colmó.

—El hecho de que esté follando contigo, no te da ningún derecho a hacer cambios en mi casa, aquí eres una invitada, nada más —la miró furioso—. Yo no necesito nada de esto, ¿cómo te atreves?

Lori palideció y Mike supo, a pesar de la nebulosa de alcohol que lo saturaba, que no debió haber dicho eso. Era el tipo de comportamiento hostil al que siempre recurría para evitar que cruzaran sus defensas. Viejos hábitos.

A Lori su reacción la tomó desprevenida, pero se repuso enseguida y se disculpó por su intromisión. Mike se sentó en una de las sillas.

—Siento lo de Althea.

Al nombrar a la joven, Mike se levantó de nuevo.

—A nadie le importa.

—No digas eso —contestó Lori y se acercó a él de nuevo.

—No te necesito, puedes coger tus maletitas e irte enseguida. Llamaré a Charlie para que te recoja.

—No te voy a dejar en este estado, quiero ayudarte, por favor.

Le dolía en el alma el sufrimiento de Mike, hizo suyo su dolor. Así que esto era el amor, el querer evitar el sufrimiento a la persona amada. Aunque en ese momento deseaba darle una bofetada por su comportamiento, su alma lloraba de tristeza por todo lo ocurrido.

—¿Por qué no duermes? Te ayudaré a quitarte la ropa.

—No quiero desvestirme, tú no sabes lo que yo quiero. ¿Quién eres tú? Eres solo la mujer que me estoy follando, solo eso. ¿Quieres follarme? ¿Es eso? Por eso quieres quitarme la ropa —soltó una risa—. Todas quieren lo mismo, todas son iguales.

—Sé que no eres tú el que habla. Es el alcohol que has ingerido. Déjame ayudarte.

La mirada de Mike era dura.

—¿Es qué tengo un jodido letrado que dice sálvame?

Lori quiso contestarle que sí, que era brillante y en neón, pero no quería más problemas.

Mike prosiguió:

—Dicen por ahí que los borrachos siempre hablan con la verdad. Te lo digo: no eres nadie, no significas nada y te quiero lejos de aquí.

Lori entendía que había pasado algo grave y también que se estaba desquitando con ella, pero tampoco tenía por qué aguantarle sus patanerías. Salió de la habitación y bajó a la cocina, se sentó en el mesón y lloró como una niña. La pregunta de Mike le bailaba en la mente y no se alejaba: *¿Es qué tengo un jodido letrado que dice sálvame?* Esa pregunta le había disparado las alarmas, pero no con respecto a él, sino con respecto a ella misma. No quería pensar más en eso. Tendría tiempo de sobra para diseccionar su relación con Mike en los días que vendrían.

Pasó la siguiente hora sentada en una de las sillas de alrededor de la piscina. Había subido y mientras Mike dormía a pierna suelta, ni un cañón lo despertaría, se puso unos *jeans*, un suéter grueso y sacó su equipaje. Dio un paseo por la playa tratando de ordenar sus pensamientos, el amor, la rabia y la decepción deambulaban por su mente y su corazón. Era una relación reciente, pero intensa, lo vivido esas semanas le había marcado el alma y la piel, debía olvidar las sensaciones, ese querer abrazarlo y besarle tan pronto lo veía y lo que la hacía sentir en la cama, apenas hacía unas horas habían hecho el amor de una forma sublime, Mike lo llamaría follarlo, para él fue follarlo. Ahora, una sensación de vacío la rodeaba, era normal sentirse así después de lo ocurrido, pero más que el vacío, ¿por qué sentía como si quisiera morirse? Mike era un hombre tan complicado que no podía brindar lo que no tenía y ella no podía quejarse, había tomado tanto como pudo conseguir. No podría olvidar los momentos en que bajó sus defensas, por esos sencillos momentos hubiera permanecido a su lado. Lo habría ayudado a superar de nuevo su adicción, pero no tenía derecho, no eran nada, él lo había dejado claro.

El sol asomaba tímido en el horizonte, hacía frío. Los rayos se tendieron rapidísimo y empezaron a bailar sobre las olas y todo relució. Menos su corazón que no se dejaba alcanzar por la luz e insistía en ocultarse en la habitación del dolor. La playa empezó a llenarse de gente que salía a hacer ejercicio. El culto al cuerpo que tanto valoraban en esa ciudad. Volvió a la casa, llamaría un taxi en cuanto se despidiera de Consuelo. Recordó la cita con los chicos en el centro de jóvenes. No podía dejarlos plantados. Se llevaría la maleta, cumpliría su compromiso y volvería a San Francisco a última hora de la tarde.

Consuelo, quedó sorprendida cuando Lori le contó que Mike había llegado borracho. Se frotaba las manos en el delantal en gesto nervioso.

—Pobre Mike, ha sufrido tanto.

Cuando llegó el taxi, una Consuelo llorosa se despidió de Lori, la mujer presentía que entre ellos había pasado algo muy grave.

Mike despertó a media mañana, se sentó en la cama y se apretó la cabeza que le dolía como si alguien estuviera martillando en ella y de paso se divirtiera con la acción, estaba seguro que hacían puré con su cerebro. Después de tantos años de abstinencia, el estómago no estaba acostumbrado y el licor ingerido le había caído como una piedra. En cuanto vomitó, la culpa, el enfado y la decepción hicieron presencia. Era un imbécil y siempre lo había sido. Estaba mortificado y avergonzado como nunca por lo ocurrido con Lori. Durmió otro rato, no quería levantarse de la cama. Cuando abrió los ojos de nuevo, se quedó quieto y caviló, que había vuelto a las andadas. El deseo de beber otra vez estaba ahí más fuerte que nunca. Tenía dos caminos, podría atiborrarse de licor hasta hartarse y con suerte tirarse por la ventana o cortarse las venas como su madre y Althea o podría darse una ducha y volver a empezar.

Se levantó.

Hizo una llamada.

Cuando le abrió la puerta a Lucas ya se había duchado, se había cambiado, pero no había podido probar bocado, su cara mostraba los estragos de la noche anterior. No le pasó desapercibido que Consuelo no le había dirigido la palabra. Solo le dijo que Lori había salido con su maleta a primera hora. La piedra en el estómago se incrementó al escucharla.

—Hermano —saludó Lucas con un abrazo.

—He vuelto a beber —dijo tan pronto cerró la puerta del estudio—. Llegué aquí en una borrachera espantosa, por lo menos me acuerdo de lo ocurrido, hoy he vomitado hasta los intestinos.

Invitó a Lucas a tomar asiento en una de las sillas, se sentó frente a él.

—Entiendo el por qué bebiste, lo ocurrido con Althea prendió la bombilla en algo que no has superado. —Lucas se agachó con los codos en las rodillas con expresión calmada, amable, lejos de toda crítica—. Esto era lo que te decía cuando te aconsejé que debías superar el pasado. Eres un guerrero hermano, pero esa fuerza de voluntad te durará un tiempo, antes de que estalle otra crisis que te hunda en el alcoholismo otra vez.

Mike sonrió molesto, se frotó el rostro y se mesó el pelo entre los dedos por varios segundos.

—He durado cuatro años sobrio.

—Es un logro, ¿pero cuánto llevas ahora?

—No eches por tierra mi labor de cuatro años, Lucas.

Se levantó furioso y caminó por el estudio, mientras le contaba a Lucas todo lo ocurrido en la noche, hasta la discusión con Lori.

—¿Por qué a estas alturas de tu vida, te culpas del suicidio de tu madre? Eras un niño, por Dios. Alguien tenía que cuidarte y ser responsable por ti. Tu madre era una mujer enferma.

—¡No luchó por nosotros! ¡Nos abandonó!

—Porque estaba enferma, era depresiva, no le funcionaba bien el cerebro. No puedes culparla. Aférrate a un buen recuerdo de ella. Que estoy seguro lo tienes. Lo que tú no perdonas no es que ella se haya matado. —Mike abrió los ojos espantado—. No le perdonas a la vida que hayas sido tú, el que la encontrara cuando ya no había nada que hacer. Déjalo ir hermano, no hay otra solución o en un año o dos vendrá otra crisis que dará al traste con todo.

—Como si fuera tan fácil.

—Esta circunstancia llegó a tu vida en el momento justo, es terrible la muerte de esa joven, pero a ti te permite cerrar por fin una herida. En cuanto a Lori, le debes una tremenda disculpa.

—En cuanto vaya a San Francisco...

—Lori está en el centro, hoy iban a empezar el mural. La recibí hace un par de horas, estaba hecha polvo y sin embargo, recibió a los

chicos con una enorme sonrisa. Tu mujer es especial.

—No es mi mujer.

Lucas abrió los ojos y movió la cabeza de lado a lado.

—Estás ciego, cabrón.

Mike evadió la mirada e hizo caso omiso al comentario.

—Empezaremos todo de nuevo. En la próxima reunión te daré la nueva moneda y antes de que lo olvide, lo de superar el pasado también va para la no relación que tienes con tu padre. Él no te cuidó cuando eras un niño ¿Tú lo harías con un pequeño tuyo?

—No, como se te ocurre, en el hipotético caso de tener un hijo, tenlo por seguro que no sería tan cabrón.

—Bien, me alegra escucharlo, ahora los papeles se cambiaron, dentro de poco tu padre por sus años será ese niño. ¿Lo vas a abandonar?

Mike hizo los arreglos para el funeral y el entierro de Althea, con Lucas visitaron a la trabajadora social. A Mike le causó curiosidad que la mujer viviera en la misma casa donde Althea visitaba a sus hijos, lo sabía porque la había llevado hasta allí en una ocasión.

—¿Y los niños? —preguntó él—. Pensé que está era la casa de acogida de los pequeños.

La mujer nerviosa y con expresión culpable, les contó que los niños vivían en la casa de los Morgan, un matrimonio joven que deseaba adoptarlos.

—Ella nunca tuvo la oportunidad ¿cierto? Ya entiendo —se pasó la lengua por los labios y emitió un chasquido—. Esa pareja y usted, buitre asqueroso, la amedrantaron.

—Era una adicta, tarde o temprano habría ocurrido.

—Eso, usted, no lo sabe.

—Conozco el paño, señor Donnelly.

La voz de la mujer resultó tajante, lo miró altiva.

La expresión de Mike equiparó a la de la mujer y con rictus amargo en los labios le replicó:

—No conoce una mierda. Exijo ver a los niños.

—Usted no es familia.

Mike soltó una risa carente de humor, luego frunció el ceño, las palabras salieron de su pecho con rabia.

—No me provoque o haré un escándalo y le pondré una demanda por tráfico de influencias y se verá de patitas en la calle en un dos por tres, tengo muchos amigos jueces y abogados, con gusto me ayudaran. Fui su padrino en Alcohólicos Anónimos y el señor aquí presente fue su terapeuta.

La mujer, nerviosa, al ver que no estaba ante un par de personas que podría evadir o intimidar, les dio los datos del matrimonio, que se defiendan ellos, pensó, para eso eran abogados.

—¿Hasta qué horas va a estar Lori en el centro? —preguntó Mike tan pronto se montaron en el auto de Lucas.

—La llevaré al aeropuerto a las cinco.

Mike observó la hora en su reloj: doce y cuarto, tendría tiempo de hacerles la visita a los abogados y después ir a hablar con ella. Estaba avergonzado o era un cobarde, le tenía temor a la confrontación. No le temía a nada, pero a verla de nuevo a ella, sí. Lori lo podría mandar al diablo y él aceptaría el castigo como penitencia, porque lo merecía. Hoy al observar el collage que le había regalado supo que ella lo amaba, ninguna persona, por más profesional que fuera, hubiera captado esos momentos tan íntimos entre él y su familia si no existiera un sentimiento profundo de por medio. Sin embargo, Mike no tenía nada que ofrecerle, escenas como la de la noche anterior que ella ni de lejos se merecía. Se recriminó su comportamiento. Lucas tenía razón, mientras no arreglara sus rollos no era sano para nadie.

Los niños de Althea eran preciosos y la verdad, no tuvo nada que reprocharle a la pareja que, en medio de un clima algo incómodo, los recibió. Se veían afectados por la muerte de Althea y a grandes rasgos la mujer les explicó lo sucedido la tarde anterior y aunque la indignación lo invadía a bocanadas, no podía culparlos; los niños se veían sanos y felices, estarían bien, él no era quien para sacarlos de un entorno al que ya estaban habituados, se veía el cariño de parte y parte. Cerraría ese capítulo y seguiría reparando lo que tenía que reparar.

Llegó al centro casi a las dos, ni siquiera había almorzado, había

bebido agua en cantidad, el malestar de la noche anterior había menguado algo. La vio con el grupo de jóvenes, el trabajo tenía muy buen aspecto. Las figuras escogidas no eran del agrado de Mike, le pareció algo truculento, pero Lori insistió en que la elección de los jóvenes había sido unánime. Lucas le había comentado que los chicos habían tomado las fotos de un blog que presentó varias fotografías de personas antes de consumir y el deterioro que sufrían al paso del tiempo. Él podría ser una de esas personas, pues a la adicción al alcohol, se le sumaba de forma muy fácil el resto de drogas. Lucas pidió que no fuera ningún famoso. Aunque la mayoría estaban muertos, no quería problemas legales con el tema de los derechos de propiedad. Entonces, los chicos investigaron en un programa de computador, tomaron varias caras anónimas y las sometieron a un proceso de deterioro.

“*Caray con los jóvenes de hoy día, tienen el mundo a sus pies,*” pensó. Se sintió viejo y anticuado.

El ambiente era de camaradería, en la radio se escuchaba un tema de reggaetón, no supo identificar la canción, solo se hablaba de sexo, drogas y dinero. La nueva filosofía, sonrió irónico. Lori a pesar del esfuerzo de uno de los chicos para hacerla sonreír, estaba seria. En ese instante le daba sombra al rostro de una joven de no más de dieciocho años, que parecía de treinta ¿Por qué no habían escogido un jardín de flores, arcoíris y niños corriendo? No lo entendía. A un lado estaban rodillos, brochas, trapos y pinceles, así como pintura en spray y cantidad de galones de pinturas de todos los colores.

Se acercó a ellos.

—Hola...

Tomó a Lori de la cintura y la sintió tensarse. Cuando se volvió hacía él había un fulgor borrascoso en sus ojos azules y le dolió ser el causante del dolor por el que ella atravesaba.

—Necesito hablar contigo.

—Estoy ocupada —contestó volviendo a lo suyo.

—Lori, por favor.

—No voy a interrumpir mi trabajo ahora, tendrás que esperar — dijo mientras daba un pincelazo al contorno de un labio.

Los chicos que estaban alrededor, echaban vistazos curiosos a Mike. Uno de ellos con una sonrisa de burla, llevó sus pulgares abajo. Mike les dio la espalda y se puso a trabajar con el equipo de obreros.

Lori no deseaba plasmar la rabia que sentía en las figuras que dibujaba. No quería perder la labor realizada, había comenzado con un trabajo de proyección y el equipo de trabajo era muy talentoso. Se obligó a calmarse y a seguir con la pintura y de verdad que le había servido. Había llegado al lugar desecha de pena, los chicos trataban por todos los medios de animarla.

Había entrado en esta relación con los ojos bien abiertos, no supo cuando fue que se le salió de las manos, había percibido cambios que le habían hecho albergar esperanzas. Que tonta había sido, una aventura tiene el noventa y nueve por ciento de terminar como lo que es, una aventura y no la gran historia de amor, no quería caer en la autocompasión, si Mike no la quería en su vida, ella le facilitaría las cosas. En cuanto terminó el trabajo, quedó satisfecha con el resultado, se aseó las manos, les dio unas últimas instrucciones a los chicos y se despidió de ellos, confiaba en que terminaran el proyecto sin tener que volver. Sería incómodo. Había visto de refilón que Mike había ayudado a los obreros, después, no lo había visto más.

Entró en la oficina y lo encontró acomodado detrás del escritorio.

—¿Sabes dónde está Lucas?

Mike se levantó y cerró la puerta.

—Salió, una emergencia.

Lori ocultó su irritación, se arregló el cabello en un gesto nervioso y trató de ignorar las pulsaciones del corazón, tomó la maleta y se dispuso a salir.

—Yo te llevaré al aeropuerto.

La indignación emanó de ella y lo alcanzó.

—No es necesario.

—Lo es. Te debo una disculpa. No debí hablarte de esa forma.

—No debiste —lo miró dolida.

—No estoy acostumbrado a esta cercanía, a la intimidad.

—Ya me di cuenta. —Era un hombre incapaz de comprometerse con una mujer—. Ha sido un tiempo fabuloso, Mike, pero no puedo seguir así.

El tono de voz de Lori firme y seco, hizo que Mike elevara las cejas.

—¿Qué quieres decir? —Allí está, deberías respirar tranquilo, se dijo Mike poco convencido.

Lori rompió el contacto visual y se alejó unos pasos.

—No puedo seguir escondiéndome, mintiéndole a Peter y viendo que tu familia me mira como tu última distracción, soy más que eso Mike, por lo menos para mí misma.

—No te miran como una distracción, mi familia te adora incluyendo a Consuelo, además, no me importa lo que la gente piense.

—A mí sí y eso nos diferencia, no me arrepiento de lo que hemos vivido, pero debo dejarlo ya, pienso que en este momento tienes problemas más graves y debes concentrarte en tu vida.

—¡Por Dios, Lori! Llevaba cuatro años sin probar una gota de alcohol. —No tenía por qué darle explicaciones, pero su mirada y los sentimientos que ella le profesaba le obligaban a ser honesto con ella.

—Pensé en ayudarte, lo juro, me lo hubieras pedido y me habría quedado, pero dejaste muy claro que no me quieres en tu vida.

—Estaba borracho.

—Ahora estás sobrio, ¿quieres que me quede?

Mike se quedó callado, no quiso contestar, ella no merecía lo que vendría, porque él no lo tendría fácil en un buen tiempo, habría que empezar de nuevo todo el proceso. Excusas y más excusas, se dijo, tienes pavor de necesitarla, pavor de no poder superar esto si ella se marcha algún día.

Lori lo entendió, había sido intenso, complicado y no era el momento de complicarse si las cosas subían al siguiente nivel.

—Es una batalla que tienes que librar tú mismo. Tus comentarios fueron muy hirientes y una frase tuya dicha anoche me recordó un refrán: Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad. —El corazón de Lori se encogió, no quería acercarse a él, su olor la turbaba, ese aroma al

suavizante usado en su ropa, la loción amaderada mezclada con su olor a hombre. Otra vez llegó a ella esa sensación de querer morirse si cortaba lazos con Mike, pero tenía que salir de esto de una forma digna.

—Tú quieres la jodida historia de amor —soltó Mike con sarcasmo y disgusto consigo mismo por cómo se sentía—. Caminar por un jodido paisaje. Ah, y con castillo incluido me imagino. ¡Despierta! Eso no existe.

—¡Si existe! Que tú seas ciego y no quieras verlo, no quiere decir que no exista —explotó furiosa—. Nick y Julia lo tienen, a Isabella no le ha ido mal, tienen una crisis pero la resolverán, se aman. No todos somos víctimas de nuestras propias frustraciones—. Terminó Lori más enfadada de lo que pretendía momentos atrás.

—No estoy frustrado —la miró Mike de forma beligerante.

—Sí que lo estás —insistía Lori—. La muerte de esa chica, revivió la muerte de tu madre.

—¿Qué sabes de la muerte de mi madre?

El tono en el que lo pronunció fue como una bofetada para Lori que se quedó callada. Los ojos de Mike brillaban furiosos.

—No puedo hablar de ello —dijo y se refregó la cara.

—Hasta que no puedas hacerlo, no lo habrás superado y perderás a la gente que te ama en el proceso.

Mike siguió batallando.

—No puedo darte lo que quieres, pero eso no te da ningún derecho a dar cosas por sentado, no me conoces lo suficiente.

—¡Vete a la mierda! —Lori agarró la maleta y salió dando un portazo.

—Ven acá.

Mike la alcanzó a los pocos pasos, sus voces habían alertado a la gente que estaba afuera y que los observaban con curiosidad. La aferró del brazo.

—Lo siento, lo siento, *principessa*... —No quería que se fuera y que desapareciera de su vida sin más. La recordó con sus sobrinas, recordó su baile en el estudio y la preciosa voz que tenía, su rostro y sus

gemidos en el momento de la pasión.

—¿Qué es lo que sientes? ¿La manera en que me trataste anoche o lo que pasó hace siete años? —Lori estaba siendo rastrera y lo sabía, pero no le importó.

—¿De qué hablas?

Mike empezó a sudar frío, no sabía si era por la resaca, se limpió la frente y se jaló el cabello.

—Es una noche que no recuerdas, por lo menos lo de ayer lo recordaste.

—No entiendo...

—Hace siete años, estuvimos juntos, fuiste el primero... mi primero...

Capítulo 21



El rostro de Mike palideció, su garganta emitió un gemido.

—¿Perdón? —susurró él.

—Tuvimos sexo una noche que no recuerdas.

Fue como si le hubieran lanzado un baldado de agua fría. La arrastró de nuevo a la oficina, cerró la puerta y la soltó. Lori se sobaba el brazo que él había aferrado. Mike agachó la cabeza y se apoyó contra la puerta con las manos detrás. Respiró profundo varias veces.

—Dime por lo que más quieras que no te obligué.

—¡No!

Ahora entendía la sensación que lo asaltaba las primeras veces que la tocó, claro, la conocía. Levantó la mirada tormentosa, sus ojos oscuros inundados de desconcierto y dolor la atravesaron. Lori se arrepintió de haber hablado. No era ni el momento ni mucho menos las circunstancias.

—Perdóname, Mike, no debí decírtelo cuando han pasado tantas cosas.

Soltó una risa irónica y negó con la cabeza varias veces.

Mike se agachó, y con las manos en la cara duró varios segundos en esa posición, se levantó de pronto.

—¡Lo sabía! —Se acercó a ella—. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Estaba borracho ¿por qué aceptaste mis avances?

—Me gustabas, nunca te habías fijado en mí y sin embargo, esa noche me hablaste y me miraste por primera vez como una mujer.

Una cantidad de sensaciones se paseaban por la mirada de Mike, desolación y vergüenza.

—¿Fui rudo? ¿Te lastimé de alguna forma?

Lori deseaba consolarlo y se recriminaba su impulsividad.

—Físicamente no...

—Explícate. —Mike se separó de la puerta y caminó por el pequeño lugar con las manos en la cabeza—. Ahora entiendo tu actitud, y la forma en que me mirabas, como a un vomitivo.

—No me lastimaste, la verdad, poco dolor sentí.

—¿Sentiste placer?

—Sí.

—Si no te lastimé, entonces...

—Mi orgullo y mis sentimientos sí sufrieron un tremendo revés, al ver que al día siguiente no te acordabas de nada.

Mike recordó esa mañana.

—Fue el día de la cocina, los panqueques en el piso. Lo recuerdo.

—No es muy agradable para una chica que el chico del que está enamorada, no se acuerde que el día anterior le arrebató la virginidad. Me sentí usada, aunque no lo recordaras y por eso mi antipatía todos estos años. Te perdoné al ver que en realidad no te acordabas y cuando te acompañé a Alcohólicos Anónimos.

Mike necesitaba un trago, deseaba beber y perderse en la inconciencia que brindaba el alcohol, pero el nuevo hombre que era no iba a permitirlo jamás y más con lo que acababa de escuchar. No volvería

a beber una jodida gota de licor en lo que le quedaba de vida, se lo juró con vehemencia y sabía que siempre hacía honor a su juramento.

—Lo siento tanto —añadió él sin saber que más decir.

—Ahora que lo pienso, siempre estuve a la espera de que tú levantaras la vista y vieras algo más en mí, era patética. Pero dejaste una huella profunda, porque no fue sino que empezáramos a relacionarnos y mira lo que sucedió. Yo me metí en esto con los ojos bien abiertos, Mike, no me considero una víctima, en ningún sentido. Me has brindado buenos momentos y los ratos compartidos me han traído felicidad. Pero quiero más, no soy una mujer de mirar los toros desde la barrera, yo entró en la corrida así me gane un par de cornadas.

—No me parece, ahora vas a salir corriendo.

—No puedo estar con un hombre que tiene miedo de amar a una mujer.

—Miedo no es, el hecho de que no te ame, no quiere decir que no pueda amar a alguien más, *principessa*.

—No me digas *principessa* y sí, puedes tener razón, pero por lo menos podrías demostrar algo de delicadeza, imbécil.

—Lori, perdóname —Mike se encogió y una piedra empezó a instalarse en el estómago. Recordó que era la segunda vez que ella le pedía que no la llamará así y también se percató que nunca había utilizado ese apelativo con otra mujer.

—Nadie puede dar lo que no tiene; ninguna relación te brindará la felicidad que tú mismo no construyas —lo miró con los ojos brillantes—. Debes superar todo lo que te impide amar a una mujer como debe ser.

—A lo mejor no deseo hacerlo.

Lori sintió lastima, atacaba como un animal herido sin importar a donde iban a parar las dentelladas.

—Ojalá que cuando te decidas no sea demasiado tarde.

La situación se estaba poniendo melodramática, al estilo de los dramones que pasaban por televisión. Lori se sintió ridícula.

—Lori, respecto a lo que pasó hace siete años, siento mucho no poder devolver el tiempo y recordar a la jovencita que me brindó, estoy seguro, una noche especial.

—No te preocupes, yo tengo mucha culpa, me aproveché de la situación, estabas vulnerable y allí estaba yo, con mis sentimientos y mis telarañas en la cabeza.

—Estoy avergonzado, no creo que pueda volver a mirarte sin sentir vergüenza por culpa de esos episodios que tanto control me arrebataron.

—No vuelvas a beber, Mike, es lo mejor, puedes meterte en serios problemas.

—Y entonces nosotros...

—No hay nosotros, me siento herida y no deseo verte más.

Mike se envaró, pues claro que no deseaba verlo más, era un alcohólico y además, tenía cantidad de problemas que resolver.

—Te llevaré al aeropuerto.

—Como quieras.

Hicieron el recorrido en silencio, una canción de *Lenny Kravitz* hizo presencia en el auto. Mike pensaba que lo ocurrido entre ellos no era para tanto, entonces, ¿por qué le dolía tanto? El ardor en la boca del estómago, no era por el maldito licor. Empezaba a sentir cosas que hacía tiempo no sentía, se había encaprichado o encoñado de varias mujeres en el pasado, pero cuando las cosas terminaron, nunca sintió lo que estaba percibiendo ahora. Le dolía ver su expresión apagada. Adoraba su risa, la que a veces contenía y cuando soltaba una limpia carcajada, la que le brindaba después de la pasión y la que ofrecía a todo el que la rodeaba, cuando le hacía cosquillas en la cama y era el preludio de..., no sigas por ese camino, porque estás jodido. Suspiró. ¿Por qué se había acercado a ella?, caviló, debió dejarla en paz, ahora todo sería más difícil, no volvería a ver su sonrisa entre las sábanas de seda de su habitación.

Los pensamientos de Lori iban por derroteros parecidos, la sensación de no verlo más, no era agradable. Qué fácil habrían sido las cosas si ella lo hubiera dejado en el plano sexual. Mike era un hombre muy guapo, pero eso no lo era todo, había salido con hombres guapos en el pasado. ¿Por qué tuvo que enamorarse de un imposible? Era como si se autosaboteara. Jack tendría tema para rato. En sus veintiocho años de vida poco pensaba en las consecuencias de sus actos, planeaba eso sí, como

estratega era la mejor para hacer caer el hombre que le atraía. Por lo menos en este caso, la iniciativa fue de Mike. Observó sus manos mientras maniobraba la caja de cambios, era un hombre bueno, decente, culto e inspiraba confianza por su sinceridad. Tuvieron charlas interminables, era bueno escuchando, lo extrañaría, a lo lejos divisó la señalización que indicaba que estaban a poca distancia del aeropuerto.

Ya iba para el parqueadero cuando Lori le dijo que no se preocupara, que la dejara en la puerta sin problema.

—Lori...—paladeó su nombre, resistiéndose a dejar marchar algo tan importante para él—. Deseo acompañarte.

—No te molestes.

Decidió dejarla en paz. Sacó la maleta y se la entregó.

—Fue especial, Lori, aunque pienses lo peor, fue especial.

Sin esperar respuesta, se montó en el auto y arrancó para perderse en segundos del lugar.

El vuelo fue un infierno para Lori que a pesar de mostrarse fuerte, en cuanto se ubicó en la silla se puso a llorar desconsolada. La azafata se acercó preocupada, se obligó a controlarse. Volvió a llorar en el taxi y siguió llorando en casa.

Al día siguiente, se excusó en el trabajo, sabía que Peter se daría cuenta de que algo malo le pasaba y no quería poner en peligro, tanto su amistad con Mike, como su negocio con la firma.

El martes sin más excusas se dirigió a su trabajo. Mike no había llamado, no había razón alguna para que lo hiciera. No lo imaginaba preocupándose por sus sentimientos.

Peter supo que era más que un resfrío en cuanto Lori cruzó la puerta. Con talante serio y preocupado, le pidió que le contara lo que de verdad le pasaba. Ella siguió en sus trece, trataba de convencerlo de que era un simple resfrío.

—Peter, te quiero, pero por favor, deja en paz mis asuntos —concluyó ella seria, ante la insistencia de su hermano.

—Está bien. —Algo en su expresión lo disuadió de seguir insistiendo—. Por ahora.

Salió de la oficina momentos después. *“Un cuerno que es un*

resfrío”, caviló Peter, camino a su oficina. “*Debe ser él cretino de las flores el que la puso así, quisiera saber quién es, para ponerlo en su lugar*”.

En la noche, después de llegar de la oficina, se echó en el sofá, se tomó dos copas de vino mientras un tema de *Muse* se paseaba por la sala, durmió una siesta. Se levantó sobresaltada al escuchar el timbre de la puerta y pensar en Mike, luego recordó que esperaba a Jack.

—Hola preciosa —saludó Jack atrayéndola a sus brazos.

—Oh, Jack —soltó Lori y empezó a llorar desconsolada.

—¿Qué pasa? —Jack agarró ambos lados de la cara de Lori, la miraba con preocupación.

—Todo terminó con Mike.

—Ese hijo de puta —exclamó Jack furioso— ¿Qué te hizo?

—La aventura llegó a su fin.

Jack sacó un pañuelo y le limpió las lágrimas.

—No quiero repetir te lo dije, debiste mantenerlo en ese plano. La ventaja es que fue poco tiempo juntos, lo superarás en un santiamén.

—El tiempo no tiene nada que ver con este hueco que siento aquí —señaló el corazón.

Jack sirvió vino para los dos.

Lori le contó todo lo ocurrido, desde la muerte de la chica, hasta la despedida en el aeropuerto. Jack emitió un largo silbido.

—Me alegra que lo hayas dejado. El tipo está jodido, todo lo que sucedió debería lanzarte a correr. Mereces otro tipo de persona. Aunque me imagino que babeaste ante la cantidad de problemas, es como te gustan. La luz brillante y la polilla loca por estrellarse contra el resplandor.

Lori le regaló una mirada herida.

—Es un buen hombre.

—Todo lo que un buen hombre puede ser sentado sobre una enorme cantidad de problemas.

Jack jugueteó con su copa.

—Fui una ilusa, me dije que quizás con el tiempo cambiaría de parecer. Yo sé que en la vida real el sapo no se convierte en príncipe azul, tranquilo. Que los cuentos de hadas no existen, pero también sé, que puedes tener un gran amor que tenga la suficiente valentía para afrontar el camino de la vida y los baches que se presenten. Mike tiene que experimentar un proceso de crecimiento y es mejor que lo haga solo, como yo también debo hacer el mío.

—Vaya, vaya, mi niña creció.

Lori soltó la carcajada.

—No seas cretino.

—No insultes al cocinero.

Jack se levantó y fue a la cocina, preparó unos emparedados y una crema de tomate, el remedio de su tía para todos los males de la humanidad, le dijo mientras revolvió la sopa.

Mike llegó a su casa esa noche, después de dejar a Lori en el aeropuerto. Se encerró en el estudio, cerró las cortinas, se apoltronó en un sillón y con el mando del equipo de música, seleccionó una canción cualquiera, empezó a sonar *Everybody's Changing* de Keane, terminaba la canción y con amargo deleite la repetía, hasta que en un momento dado, silenció el equipo y como un azote cayó sobre él la confesión de Lori. Un gemido ronco inundó la habitación. Le había arrebatado la virginidad a Lori en una noche de borrachera. Así ella se culpaba, el adulto era él. Había actuado como un bastardo, ella le atraía en esa época, su calidez, la dulzura y el desparpajo en su manera de ser lo cautivaban, pero no había hecho nada al respecto. Por lo visto su subconsciente sí se había deleitado y había hecho con ella lo que le dio la gana. “Dios ayúdame a superar esto, por favor”. La maldita sed seguía allí, estaba tentado de perderse otra vez en el licor y olvidar todo, olvidar a su madre, a Althea y el pánico que experimentaba y que lo paralizaba cuando Lori se acercaba demasiado. Pero sabía que no lo haría y era por todo lo anterior, tendría que ponerse por encima de la situación.

Se fue a la cama a la media noche, poco concilió el sueño, se levantó temprano y con ropa de deporte fue a correr a la playa. Volvió a la hora, con cara de haber ido al infierno y haber vuelto. Consuelo lo recibió con un jugo de naranja y gesto de reprobación, en silencio le brindó un humeante café. Se sentó frente a él con un pocillo y lo encaró.

—¿Cómo pudiste? —preguntó indignada—. Esa niña iba hecha un mar de lágrimas.

Mike hubiera podido replicarle que no era asunto de ella, pero sería injusto, ella y Joaquín eran como su familia y solo querían su bienestar.

—No soy lo suficiente bueno para ella —replico él, aferrado a la taza de café.

—No digas bobadas, esto que te pasó fue por miedo —Consuelo suavizó su gesto y le brindó una mirada comprensiva—. Se acercó mucho ¿verdad?

Mike hundió los dedos en su cabello y luego los pasó por su cara en un gesto atormentado.

—No tienes idea de cuánto.

—Ya era hora.

Él levantó la vista.

—No puedo, algo me paraliza, no puedo —se lamentó en tono desesperado y se levantó enseguida, saliendo de la cocina.

Dos días más tarde, se dio cuenta que era muy difícil, sacarla de su mente, su confesión, todo, le venían retazos de sus conversaciones, las risas, los juegos.

Se obligó a dejar de lado los recuerdos para concentrarse en alcanzar las metas diarias, construir cada hora en ser mejor, llegar a la noche con la satisfacción del deber cumplido, y lo hacía, pero enfocado en su trabajo.

Dedicó cada minuto de su tiempo a su responsabilidad, tal y como hacía siempre que tenía problemas o preocupaciones. En cuanto pasaba cualquier cosa que amenazaba con perturbar su ánimo o el equilibrio emocional, se sumergía en el trabajo hasta agotar a sus empleados.

En la reunión con Lucas, perdió los estribos ante los comentarios

de su amigo.

—No estás haciendo la tarea como debe ser.

—No he bebido —contestó beligerante.

—No me refiero a eso, matarte a trabajar no lo soluciona.

—Ya lo creo que sí, necesitas mi dinero.

—No necesito tu dinero.

—Discúlpame.

—Tienes que procurarte salud emocional, tienes que encontrarle un sentido a tu vida y no me refiero al trabajo.

Lucas siguió en su explicación, pero Mike ya no lo escuchaba, sabía que el hombre tenía razón. Recordó la discusión con Bella el día anterior.

Había llegado a la casa una noche y su hermana estaba en la cocina con Consuelo. No deseaba ver a nadie, el día había sido un día difícil.

—Bella.

—Hola, querido —se acercó ella y le dio un beso en la mejilla—. *Me escapé un rato de casa, vamos a caminar por ahí.*

—Estoy cansado...

—Te relajará, además, Consuelo me dijo que estás corriendo en la playa cuando llegas del trabajo.

—Está bien, espera me cambio, hace frío.

Mike bajó vestido con un jean desteñido, sandalias y suéter grueso. Había anochecido, a lo lejos se escuchaba el ruido de las olas.

—¿Cómo están Patrick y las chicas?

—Bien, Patrick trabajando, los últimos exámenes médicos están perfectos y las chicas bien, planeando Acción de Gracias.

—Me alegro.

—Mike...—dijo—. *Sé lo ocurrido con Lori y con Althea y también que volviste a beber.*

—Ya está solucionado —contestó tenso.

—No todo, tienes temas vedados para todo el mundo —se acercaron a un kiosco con una mesa y varias sillas. Bella lo invitó a sentarse mientras ordenaba sus pensamientos.

—Bella, por favor, ¿vas a empezar con eso de nuevo? —señaló fastidiado.

—¿Por qué es tan difícil emprender contigo una conversación? —le respondió airada.

—Viejos hábitos.

—Debes dejarlos atrás como el pasado —Lo miró como observaba a sus hijas cuando la cantinela era inevitable—. Si no empiezas a cerrar las puertas de tu pasado, no puedes abrirte a una nueva vida, llena de amor y significado.

—¿De qué coños estás hablando? ¿Estuviste hablando con Lucas? —preguntó molesto por la intromisión en sus asuntos y sabiendo exactamente para donde iba.

—Piénsalo, Mike —hizo una pausa dándole tiempo de asimilar las cosas—. Todas esas costras y muros a tu alrededor ¿qué te han dejado?

—Dios. —Se levantó bruscamente, como si lo hubieran pinchado con un alfiler, se pasó las manos por la cabeza y miró furioso a Bella—. ¿Ya vas a empezar con tu análisis psicológico? ¿Qué pretendes lograr? ¿Qué olvide todo?

—No, no pretendo eso, solo quiero que aceptes los hechos y perdones —exclamó.

Y ahí se desmadró todo, Mike con semblante desencajado, dio un fuerte golpe contra una de las columnas del kiosco. Bella no le temía, para ella era solo un niño dolido y vulnerable en un cuerpo de hombre.

—¿Cómo me pides eso? Tú estabas allí, esa mujer vivía encerrada, se cortó las venas, no valimos cinco centavos para ella.

—Mike esa mujer, como la llamas de forma despectiva, era ¡nuestra madre! ¡Estaba enferma! ¿Cómo puedes juzgarla? —dijo con la voz desgarrada—. No podía actuar de otra forma. No sabía actuar de otra manera. Su enfermedad le impidió tener una relación con nosotros.

—Y un cuerno, tampoco es que hubiera puesto mucho de su parte —señaló dolido por la lluvia de sentimientos que esos recuerdos le traían.

Bella se acercó a su hermano y lo abrazó, con lágrimas en los ojos le dijo:

—¿Tú crees que si ella hubiera estado bien, no habría sido una madre para nosotros?

—Oh, Bella —Mike estaba desgarrado—, por favor.

—Yo guardo la ilusión, de que las cosas hubieran sido diferentes si ella hubiera estado bien —insistía—. Tengo fe en ella, lo sé. —dijo mientras se llevaba un puño al corazón—. Lo siento aquí.

—Tú no la encontraste con las venas abiertas en canal —respondió él agresivo.

—No, no la encontré, pero yo estaba en mi cama cuando la encontraste —Bella sacudió la cabeza como espantando las imágenes de su mente—. Trato de pensar cosas buenas de ella. Cuando una persona sufre la enfermedad que ella padecía, no puede mantener unos vínculos emocionales y profundos con las personas que las rodean.

—No puedo perdonarla —caminaba de lado a lado—. Así de simple.

—Entonces, nunca podrás vivir, no podrás disfrutar de tu vida, ni de una relación sana. Lori... —expresó Bella convencida y apesadumbrada al ver la terquedad de su hermano.

—¿Que tiene que ver Lori con todo esto? —la miró furioso.

—Todo, Mike, aunque tú no lo veas así, rechazaste todo lo que ella te podía brindar. ¿Por qué Mike? ¿Por qué te cuesta tanto abrirte a otra persona? —lo miraba interrogante.

—¿Tú crees que lo que paso con Lori, está relacionado con mamá? —la miraba estupefacto.

—Estoy segura.

—Estás loca, no tienes idea de lo que hablas.

—Sí, sí tengo idea —le respondió fuertemente—. Tú crees que Patrick y yo no tuvimos esa sombra en nuestra relación.

—No me vengas con bobadas.

—Pues la tuvimos, pero gracias a Dios tengo un marido inteligente y que me ama a pesar de todo —sonrió nostálgica—. Me ayudo a aprender

a perdonarla, a valorarla por el simple hecho de que me dio la vida, aprendí a verla como realmente era, un ser humano herido, con virtudes y defectos. No fue fácil, pero con el tiempo lo logré y no me arrepiento.

—Pues, te felicito —contesto sarcástico—. Mereces una medalla al mérito por tu trabajo.

Bella lo observó con lástima.

—Mike, Mike, deja los sarcasmos, conmigo no necesitas muros, yo te conozco muy bien, se de tu capacidad de ternura. Como eres con mis hijas, vislumbro el gran padre que serías si te dieras la oportunidad.

Mike por primera vez en su vida se preguntó cómo sería hacerlo, cómo sería levantarse con el alma liviana, sin el enorme peso que cargaba. No era fácil. No era como cambiar el chip que había regido su vida y de buenas a primeras poner en su lugar “un felices por siempre”, la vida no funcionaba así por más que las intenciones de su hermana sugirieran lo contrario.

—Debes hablarle a mamá con el corazón y tratar de acercarte a papá.

—¿Por qué con él?

—Porque está viejo, cansado y enfermo. Mañana es Acción de Gracias y tanto él como tú están invitados.

El gesto derrotado de su hermano, le hizo ver a Bella que sus palabras habían servido de algo.

—Bella, Bella —soltó un suspiro resignado y movió la cabeza de un lado a otro—. Me estás pidiendo el sol, la luna y las estrellas.

—Las quiero para ti hermanito, te las mereces.

Él esbozó una sonrisa.

—Lo pensaré, te lo prometo.

Capítulo 22



Lori compró en una pastelería italiana de su vecindario, un *pie* de coco cubierto con una capa de merengue, para llevar a su casa el día de Acción de Gracias. Llegó al hogar de los Stuart en *Pleasanton* antes del mediodía. Adele estaba en la cocina vigilando el pavo. El olor irrumpía por toda la casa, había una torta de patatas en una refractaria lista para entrar al horno. Lori guardó el *pie* en la nevera. Peter y su padre veían un partido de fútbol en el estudio.

—Ese postre se ve delicioso, que tu padre no lo vea o para el momento de la comida solo quedaran las migajas.

Adele sacó las verduras para preparar una ensalada. Miraba de reojo a Lori.

—¿Has estado enferma?

Lori no quería que su madre empezara con sus comentarios, si lo hacía daría media vuelta y volvería a la ciudad como un cohete.

—No.

Adele se acercó, le tomó el rostro con ambas manos y la miró.

Lori rehuyó la mirada.

—Puedes vestir tu rostro con una sonrisa, pero tus ojos no mienten.

—Mamá...

—No te estoy criticando, hija, ven tomémonos un té.

Lori se sentó en una de las sillas, observó los movimientos armónicos de su madre y luego el lugar, la cocina no había cambiado mucho. Colores alegres, frascos de especias y algunas sartenes colgaban del techo, idea que trajo su madre de una cocina que visitó en Francia y el resultado era, agradable.

—He tenido mucho trabajo.

Adele se sentó frente a ella.

—He pensado mucho en nuestra conversación a la salida del restaurante.

—Mamá, la verdad no estoy de ánimo para...

Adele tomó su mano.

—No quiero molestarte. Solo quiero decirte que me disculpo por herirte de la manera en que lo he hecho, no es fácil para mi darme cuenta que he estado lejos de ser la madre perfecta.

Lori quedó sorprendida.

—Has hecho un buen trabajo mamá.

Adele se levantó de la silla y le indicó a Lori que la acompañara. Llegaron hasta la puerta de una habitación que se utilizaba para guardar cosas viejas.

Al entrar, Lori se sorprendió. No recordaba que la ventana daba al patio trasero que estaba sembrado de flores. Pero no fue eso lo que la dejó estupefacta. La habitación mostraba una personalidad algo diferente de lo que conocía de su madre, pero sabía que este pequeño espacio, un estudio de pintura, era su propio mundo, claro y brillante.

—¡Mamá! Es increíble.

Lori paseó por el lugar, había pinturas en una paleta, la tela en un caballete, la luz del medio día que entraba por la ventaba, el verde menta de las paredes y un par de pinturas en sus lienzos, apoyadas en la pared.

—Volví a pintar.

—No sabía que lo hacías de esta manera.

—Hacía años que no tomaba un pincel.

Lori se acercó a las pinturas ya hechas.

Un arreglo de flores sobre una mesa y la otra unas frutas en un cuenco, no eran profesionales, pero denotaba un enorme talento en el manejo de los colores y del juego de luces y sombras. Una gran sonrisa descolló del rostro de Lori, hasta el momento serio.

—Tienes mucho talento, te felicito ¿Por qué dejaste de pintar?

Adele soltó un suspiro.

—No lo sé, me dediqué al hogar, pero ahora después de nuestra “conversación” —hizo énfasis—, me di cuenta que tenía un problema muy grande sin resolver, me había alejado de mi arte y al verte a ti, con tu talento y tus logros, no sé, perdóname por lo que te voy a decir, tenía cierta envidia, vivías la vida que yo había deseado y me di cuenta que en vez de criticar tus logros, debía luchar por volver a revivir los míos. Aún soy joven para ir tras mis sueños.

Lori se acercó a la pintura que había en el caballete, era un paisaje marino.

—Yo represento todo lo que tuviste que dejar —dijo sin dejar de mirar la pintura—. Ahora entiendo porque prefieres a Peter, él no es una amenaza para ti.

—Oh Lori, no digas eso —contestó su madre asustada.

—Tú y yo podemos parecer iguales, pero somos diferentes porque así debe ser. —Lori se sintió inspirada, de algo tenían que valer los libros de autoayuda que leía de vez en cuando—. El error que cometen muchos padres es creer a sus hijos iguales a ellos, cuando eso no es verdad.

—Estoy haciéndome cargo de esos sentimientos, Lori, pero nunca creas que no te amo.

—Lo sé.

Salieron del cuarto y Lori entró a saludar a Peter y a su padre. Se tomó una cerveza con ellos, mientras le hacía unas hurras al equipo

contrario, ganándose la animosidad del par de hombres. Volvió a la cocina. Su madre ya había arreglado la mesa y al verla decorar la ensalada le dijo:

—Tú nunca dejaste el arte, siempre estuvo presente en tu vida, en como llevabas la casa, en como nos ayudabas a Peter y a mí con nuestras tareas de dibujo, en toda tu ayuda a la comunidad cuando lo requerían. Recuerdo cuando te tocó arreglar el auditorio de la escuela para esa obra de navidad hace tantos años, la gente puede ver esas cosas sencillas y superficiales, pero no es así, mamá, en ello ponías tu corazón y eso es lo que cuenta.

—Gracias hija —dijo—. Lleva la ensalada, yo llevaré la carne.

La familia Stuart se reunió en torno a la mesa y dio gracias por todas las bendiciones, disfrutaron de una cena tranquila. Lori por más que lo intentó, solo picoteó algo de comida, ante la mirada sorprendida de su madre.

Los hombres se ofrecieron a arreglar la cocina. Lori se acercó a un armario y sacó dos cobijas e invitó a su madre a sentarse con ella en el porche mientras degustaban un café. Lori se envolvió en la frazada y recogió los pies bajo el cuerpo. La noche despojaba al día de la luz solar y los colores.

—¿Qué pasa, Lori?

Lori suspiró y tomó un sorbo de café que ya estaba frío. Lo dejó a un lado.

—Nada.

—Conozco a mis hijos, has perdido peso, en otras circunstancias te lo alabaría, pero con la cara de perro apaleado que tienes, no puedo hacerlo.

—Me enamoré, no funcionó. Estaré bien.

—Sé que estarás bien.

Lori se colgó una sonrisa en la cara a la que le faltaba la magia de su risa real.

—Dicen por ahí que si ríes, tu alma se convence que eres feliz.

—Dicen por ahí que el tiempo lo cura todo.

Lori trataba de convencerse de que estaba bien, pero no era así y su madre no era ninguna tonta. Ante los demás creía que lo tenía bajo control. Trabajaba, compartía con amigos y seguía su rutina, pero al llegar a casa y en soledad, la avalancha de recuerdos que reprimía durante la jornada, le caía con fuerza. Algo había descubierto de su relación con Mike, unas cosas eran buenas otras no tanto. Hizo un inventario de las buenas: con él pudo ser ella misma en todo momento, paseó sus imperfecciones y su forma de ser en el tiempo compartido, no como autosabotaje, sino porque ya había cumplido su cuota de querer proyectar una imagen que no era, ante el hombre que le atraía. Tenía veintiocho años joder, si a esa edad no lo sabes, estás jodido y no en el buen uso de la palabra. Con una copa de vino y ya arrebuja en el sofá de su casa, se obligó a ser honesta con ella misma. Cada relación la enfrentaba como a una partida de ajedrez. Unas veces jugaba lento, algunas rápido, en otras desistía por físico aburrimiento. Todas sus jugadas tenían algo en común, vestida de reina, utilizaba las mismas maniobras, contra el gran rey negro, el objetivo: alcanzarlo, con ingenio, recursos y las demás fichas del juego. Incluso se había sacrificado ella misma. Ganar o el jaque mate. No iba a negar que con Mike quiso hacerlo al comienzo de la relación, pero algo dentro de ella dijo basta. Nadie trapearía el piso con ella nunca más. Era una mujer cuidadora por naturaleza y había sido un golpe fuerte a su forma de ser, el haber renunciado a separarse de Mike cuando su apoyo hubiera sido importante, pero él no la quiso a su lado, le dio la oportunidad y él la rechazó. No le rogaría, había dicho basta. Le dolía y mucho, pero supo que podría dejar de jugar, dejar de dirigir, dejar de querer controlar y dejar de ser una de esas mujeres que aman demasiado y a costa de su propia manera de ser.

Mike decidió pasar solo la fiesta de Acción de Gracias. Consuelo y Joaquín habían ido a San Diego a pasar la festividad con su hija. Se dedicó a trabajar, viajó a Las Vegas y volvió al día siguiente. Nick llegaba de luna de miel ese fin de semana. El lunes volaría a San Francisco.

Tendría que seguir trabajando con ella, ¿cómo? Le daría ese

trabajo a Nick, no podría mirarla a la cara nunca más.

—Hola socio ¿cómo vas? —Mike abrazó a Nick con afecto—. Tienes cara de habértela pasado en grande, aunque te noto algo cansado se ve que le diste buen uso a...

—No tienes idea —interrumpió Nick—. Estamos felices, el viaje fue espectacular. Esta mañana Julia fue a su chequeo y el bebé está muy bien.

—Me alegro —soltó Mike serio de repente.

—¿Qué te pasa? Tienes ojeras y has perdido peso —soltó Nick preocupado.

Tomó asiento rodeando el escritorio y Mike continuó de pie frente a él, metió la mano en los bolsillos.

—Nick, necesito hablar con alguien.

—Habla —soltó Nick, más que preocupado, sorprendido por la vulnerabilidad que encontraba en su amigo.

—He metido la pata hasta el fondo.

—¿Cómo?

—Volví a beber y tuve una aventura con Lori.

Nick se quedó callado, abrió los ojos sorprendido.

Mike le contó a Nick lo ocurrido en su ausencia.

—¿Qué coños te pasó?

—Me descontrolé, lo de Althea me afectó mucho y con Lori, pues no pude tener la polla quieta en mis pantalones —caminó por la oficina con talante disgustado, mientras Nick lo observaba con curiosidad—. Desde tu matrimonio andamos juntos, pero todo acabó hace unos días.

—Tres semanas, fue todo lo que duró lo tuyo con Lori ¿Por qué me da la impresión que te preocupa más lo ocurrido con ella que tu recaída? —Sus instintos eran certeros, sabía antes de la boda que entre los dos algo había.

—Mi recaída está controlada, puedes estar tranquilo —soltó Mike algo molesto.

—Lo estoy, ese no es el problema aquí. —Decidió provocarlo.

Por su recaída Nick no se preocupaba, sabía ante que clase de hombre estaba—. Tómallo como lo que fue una aventura y nada más. Peter no tiene porque enterarse.

—Lori no es una simple aventura, merece algo más.

Nick le mantuvo la mirada unos segundos, antes de concentrarse en su ordenador y decidió presionarlo para saber que tan profundos eran sus sentimientos.

—Lori no es tu tipo si estás pensando en algo serio. No me la imagino como tierna ama de casa que es lo que tú deseas como compañera de vida.

“No tienes ni idea, amigo”, caviló Mike, mirándolo ceñudo.

—No creo que le gusten los niños, no es muy maternal —siguió machacando Nick, ya con una sonrisa en los labios, al ver la expresión asesina en la mirada de Mike.

“Es adorable con mis sobrinas.”

—Y esa obsesión por los zapatos, ¿no te parece extraño?

“Podría vivir con unos zapatos de esos, todas las noches alrededor de mi cuello o mi cintura.”

—No, no me parece extraño —soltó furioso—. No tienes derecho a hablar así de ella, no la conoces como yo.

—¡Lo sabía! —exclamó Nick satisfecho.

—¿Qué?

—¡La amas! —Nick dio una fuerte palmada a la mesa de su escritorio— ¡La amas!

Y en ese momento Mike lo supo, no sonaron trompetas, no cayeron rayos, no se abrió el techo y le cayó encima, lo único que cayó fue su capa de dureza, dejándolo vulnerable, pero algo extraño ocurrió, no abrigó miedo, lo aceptó como un hecho consumado en su vida y el alivio que sintió fue enorme.

Caminó hacia la puerta con cuidado, como si no quisiera pisar los escombros que hasta ese momento circundaron su alma.

—Perdón, Nick, deseo estar solo.

—Pero ami.... —Mike ya no lo escuchaba, porque este

descubrimiento, venía acompañado de algo más.

Llegó en trance a su oficina, le alcanzó a susurrar a Jane su secretaria, que no recibiría ninguna llamada y que no estaba para nadie.

—¿Estás bien? —le preguntó la mujer preocupada.

—No te preocupes, es solo que no quiero ver a nadie.

—Ok.

Se sentó en la silla, pasó los dedos pulgares por sus ojos y al descubrir las lágrimas, puso ambas manos en su cara y soltó el llanto. Desde niño no lo hacía, lloró por la pérdida de Lori, por la manera en que ella le ofreció su amor y él lo descartó con esa prepotencia con la que se vestía para esconder sus temores. Lloró porque la sabía una persona buena, quién sino ella toleraría sus exabruptos, sus malos genios, su egoísmo. Era generosa y valiente, pensó entristecido, *“me hizo frente cuando fue necesario, bajó mis defensas, su amor agarró cada uno de mis miedos, los estrujó y los arrancó de mí, sin ni siquiera darme cuenta”*.

“Es una mujer generosa con el mundo, descubre la falta de afecto, se hace amiga de mendigos, tiene un amigo homosexual que adora, supo hacer feliz a mis sobrinas, solo Dios sabía que lo necesitaban, ¿y yo que le di? Malos genios, regalos que no valen nada, desamor y por último mi rechazo.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Lori con los ojos abiertos de par en par, al entrar en la casa de Jack y conocer a Seth. Se quitó el abrigo que guardó enseguida en un armario para tal fin—. Este hombre es divino, lo quiero para mí.

Jack se limitó a sonreír, salió de la cocina secándose las manos, le dio un beso en la mejilla, mientras le recibía la botella de vino que Lori había llevado para la ocasión. Estaba vestido con un pantalón chino color negro y un suéter color gris.

—Cielo —dijo refiriéndose a Seth—, te presento al mayor incordio que tengo en la vida —Y luego se dirigió a ella—. Ya le había

hablado de ti y está preparado para todo.

—Podrías enamorarte de mí —dijo Lori risueña a un hermoso hombre, alto y delgado de ascendencia oriental y ojos claros, tenía el cabello oscuro y agarrado en una coleta que le llegaba a mitad de la espalda, irradiaba tranquilidad y observaba a Lori con una sonrisa. Vestía *jeans* y suéter color granate. Era todo un bombón—. Te prometo que te hare más feliz que Jack.

—No le hagas caso —dijo Jack—; te romperé el corazón, lo sacaré de tu pecho y lo asará en una fogata.

—No le creas, soy un dulce corderito.

—Eres una mercenaria, no esperaba que se desarrollara así este encuentro. Me estoy arrepintiendo.

—¿Pero qué esperabas? No me importa jugar sucio.

—Lori —habló por fin al aludido—, lo siento, pero no eres mi tipo.

El hombre se acercó a Jack y sin pena lo besó.

—Ya entendí, ya entendí, aunque será algo difícil resignarme —le dio un codazo a Jack.

Y éste se sorprendió al encontrarla tan de buen humor esa noche, ni modos, la vida tenía que continuar.

—Seth, ¿colocas música mientras termino con esto?

Al tiempo que alistaba la entrada, Jack la observó y vio cambios más sutiles, como las sombras debajo de sus ojos y que seguía perdiendo peso, además, quería mostrarse demasiado jovial, la conocía, enmascaraba su pena detrás de una gran sonrisa, pero seguro estaba cansada de hacerlo con todo el mundo porque la máscara ya mostraba sus grietas mientras hablaba de música con Seth.

Pasó la refractaria con una entrada a la mesa que tenía un mantel que Lori no le conocía.

—Vaya, me imagino que tan pronto lo viste en el catálogo de tu tienda favorita corriste a comprarlo y con la vajilla y las carpetas a juego.

—No te equivocas —contestó Jack.

—Huele delicioso como todo lo que prepara Jack —dijo Lori al

ver una Bruschetta de tomates secos en la refractaria que su amigo puso en la mesa al lado de una cesta con tostadas delgadas.

Jack le sirvió a Lori, a Seth y por último a él.

—Sí, he tenido la oportunidad de probar las delicias que prepara Jack.

—Has seguido perdiendo peso, no me gusta, bajaste cinco kilos por lo menos.

Lori soltó su manjar.

—Alégrate, mamá estará feliz —dijo irónicamente.

—No me importa lo que piense ella, me importas tú y sigue comiendo.

Tomó un sorbo de su copa de vino. Seth los observaba algo confuso.

—Seth, como te darás cuenta es inevitable que Jack se meta en mis asuntos, discúlpanos.

—No, tranquila estoy disfrutando el verlos interactuar juntos, muy interesante.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Jack.

—Se cuidan mucho el uno al otro, no puedo evitar sentirme raro, como si interfiriera de alguna manera.

—No digas eso —exclamó Jack preocupado, le tomó la mano—. Lori es importante para mí.

—Ya me doy cuenta —contestó en un tono que evidenciaba algo de celos.

—Un momento, no me gusta el carisma de esta conversación —dijo Lori mirando del uno al otro—. Jack, déjanos un momento, por favor.

—¿Lo deseas amor? —dijo dirigiéndose a Seth.

—Sí, no te preocupes —respondió él.

Jack se levantó no sin antes darle a Lori una mirada de advertencia a la que ella le correspondió con un guiño.

—Perdóname, no quise asustarte —dijo Lori contrita—; pero voy a ser sincera contigo, no quiero que lo lastimes.

—Lori, por favor, de ahora en adelante el bienestar de Jack es también mi prioridad, puedes bajarte de tu nube de mamá oso, no lo voy a hacer sufrir.

—Hemos sido muy amigos durante mucho tiempo y tiene un corazón de oro, es leal, fiel, amoroso, se merece toda la felicidad del mundo.

—Yo también quiero eso para él, quiero compartir mi vida con él, nunca antes me había sentido así —le cogió la mano y con cariño le dijo —: Debes dejarlo ir, lo tendrás más cerca de lo que crees.

—Lo sé —dijo, “*el hombre era sensible e inteligente,*” suspiró, “*gay tenía que ser*”—. Pero si lo lastimas, te perseguiré y te haré picadillo.

—No habrá necesidad, sé que seremos grandes amigos, no lo vas a perder, me ganarás a mí también.

Ella le sonrió, la primera sonrisa genuina de la noche.

Jack llegó con el resto de la cena rato después y respiró tranquilo al escucharlos hablar de libros y películas y se dijo que todo saldría bien. En un momento Lori, acompañó a Jack a la cocina.

—¿Cómo vas? —preguntó Jack, se miraron de reojo. Lori no sabía que decir.

—Bien, sobreviviendo —le dio un codazo—. Tú chico es hermoso, Jack.

—Es cierto —dijo por lo bajo mientras Seth se ponía al frente del mueble de música. Señaló a Adele.

—No, por favor —dijo Lori—. Quiero escuchar algo que no me dé ganas de tirarme de un puente.

—No digas bobadas —expresó Jack.

Seth se decantó por música salsa.

—Sé lo que estás pensando —señaló Jack.

Lori, negó con la cabeza. Sabía que de ahora en adelante la relación sería diferente, estaba Seth y se sentía celosa. Sí, celosa porque durante mucho tiempo tuvo a Jack solo para ella y le desagradaba el tener que compartirlo. Jack, hombre inteligente, lo adivinó enseguida.

—No pasa nada preciosa, los dos hemos estado escondiendo nuestros corazones rotos durante mucho tiempo, nos aferramos el uno al otro —puso su mano en la de ella—, algún día tenía que acabar, si fuera al contrario, yo estaría sintiendo lo mismo.

Empezó a sonar una canción de Andy Montañez. El hombre caminó hasta ellos.

—Me siento como una bruja. Pero esta bruja desea en el alma que seas feliz.

Jack le dio un beso en la mejilla y Seth la tomó del brazo y la sacó a bailar.

—Esto se pone mejor.

Jack soltó la carcajada.

Capítulo 23



La Navidad había llegado ese año demasiado rápido. Las vitrinas ya estaban decoradas con los motivos alegres de la época. Lori era una entusiasta número uno de esas fechas, pero en esta ocasión personificaba al *Grinch*, no toleraba las luces, los adornos y ver un papá Noel en cada esquina. Ya era veintitrés de diciembre y ni siquiera había comprado los regalos, al día siguiente tendría que salir temprano y hacerlo, cuando sabía que no encontraría ya nada que valiera la pena, los almacenes estarían desprovistos. Se preguntó qué haría Mike en esas fechas, lo añoraba, el tiempo no le había servido de mucho para olvidarlo. La afirmación; ojos que no ven corazón que no siente, le pareció una cruel mentira. Vivía, trabajaba, sonreía, como si estuviera en una burbuja. La cita a última hora de la tarde era con una empresa de *Silicon Valley*, que había decidido colaborar en el centro de jóvenes. Lori deseó poder desandar el camino con ellos, pero Lucas se lo ponía muy difícil, dependía de ella ya que había creado un portafolio, que según palabras de Lucas: “era la putería y los inversionistas se abrirían de piernas o sino de piernas por lo menos abrirían sus billeteras”.

La reunión era en uno de los salones del hotel Fairmont, uno de

los íconos de la ciudad. Lucas estaba sentado en una de las elegantes sillas ubicadas al lado de recepción. El alivio descolló en sus facciones tan pronto la vio, se levantó como un resorte y caminó hasta ella. A Lori se le hizo raro verlo de saco y corbata, era un hombre muy guapo. Le sonrió.

—Menos mal que llegas, estos lugares me revientan.

Lori lo entendía, el lujoso vestíbulo y la exquisita decoración, podían apabullar a cualquiera. El hotel, uno de los más lujosos de la ciudad, ubicado en la cima de Nob Hill, era un monumento a la historia de San Francisco.

Se dirigieron a los ascensores, ya se cerraba la puerta cuando una mano atrapó la puerta, en cuanto escuchó: “esperen, por favor” con ese tono de voz, rugoso y dominante, un escalofrío le atravesó el cuerpo de golpe y su primer pensamiento fue: *“tengo que salir de aquí”*. La presencia de Mike Donnelly se materializó de pronto y ante su mirada que la atravesó como un puñal, se le destemplan las rodillas. Lori miró a Lucas reprochándole la traición con un simple vistazo. Él hombre apenado, agachó el rostro.

—Hola, Lori, no te molestes con Lucas, yo insistí.

Le dio la espalda a Lori, mientras el ascensor subía. Ella no había sido capaz de contestar el saludo. Aprovechó que él no la miraba y se embebió en su imagen. Traje azul oscuro, antes de darse la vuelta, vio que tenía camisa blanca y corbata de varios colores. Su olor inconfundible le instaló una sensación conocida en las entrañas, los pechos los sintió pesados de pronto. Se reprendió por tonta al sentir el aumento de las pulsaciones y tendría que controlarse o la reunión sería un fiasco. Dejó de respirar, cerró los ojos y trató de pensar en otra cosa. De pronto se sintió muy abrigada, deseó despojarse del abrigo y de paso de toda la ropa y que él la tomará así vestido... pero ¿qué diablos pensaba? Abrió los ojos de golpe y se percató que Mike la miraba de reojo. Descansó cuando llegaron al piso en el que sería la reunión.

Ingresaron al salón.

Lucas la presentó a los ejecutivos reunidos, una mujer rubia en la cincuentena y dos hombres uno delgado y pelirrojo y el otro con sobrepeso y medio calvo. Lori se calmó mientras se quitaba el grueso abrigo que una camarera le recibió. Se sentó al lado de Lucas y Mike

enseguida tomó asiento y quedó a su lado. Se hicieron las presentaciones y se charló durante unos pocos minutos. Hasta que Lori se levantó para hacer una mejor exposición del tema.

El inicio de la exposición fue algo atrevido, pero Lucas había estado encantado con la idea.

—Señores —dijo Lori—, ¿tienen hijos?

Todos contestaron de manera afirmativa.

—Piensen por un momento que sucedería si alguno de ellos manifiesta esta transformación en menos de tres años. La imagen que voy a pasar puede herir susceptibilidades. Muestra cómo un muchacho de diecisiete años adicto al crack echó a perder su vida.

Lori pasó una serie de imágenes trabajadas por uno de los jóvenes, donde se mostraba un claro deterioro de las facciones y del aspecto en general. Uno de los hombres se revolvió incómodo. Mike había dejado de mirarla a ella, parecía perdido en pensamientos.

—Después de ver esto, sabemos que todos tenemos que hacer algo para evitar que esta epidemia acabe con nuestros jóvenes y con el futuro de nuestra nación. No voy a entrar en detalles sobre el tema de las drogas que ya todos conocemos, ni tampoco en discursos moralistas que poco han servido. En este video voy a dejar que sean los jóvenes los que hablen sobre el proyecto, los que les cuenten que han encontrado allí y por qué necesitan tanto de nuestra ayuda.

Lori puso el vídeo y se sentó de nuevo. Notó tenso a Mike y no entendía el por qué, reuniones como esta eran su pan de cada día y estaba segura que ella lo había hecho bien.

Al terminar el vídeo, Lori volvió al ruedo y continuó con una serie de explicaciones y la reunión fluyó a la perfección. Mike la miró sorprendido.

—Eres maravillosa, joder —susurró Mike sin mirarla cuando volvió a tomar asiento y dejó que Lucas cerrara la presentación.

La reunión fue todo un éxito. Tomaron la decisión enseguida, tendrían el dinero para realizar varios proyectos.

—Gracias, Lori —dijo Lucas al tiempo que la abrazaba

emocionado, a las puertas del ascensor—. Sabía que caerían.

—Eres excelente, ya te lo había dicho —dijo Mike a la salida—. Si desean ir a cualquier parte el chofer los llevará.

—Vamos a celebrar. Los invito a comer.

—Lo siento tengo un compromiso —dijo Mike.

Lori aceptó la invitación, pero le dijo que cenaran en su casa, estaba cansada, pedirían algo a un restaurante cercano.

Mike los llevó en la limusina. Lo notaba molesto y Lori lo único que deseaba hacer era arrebujarse en él, acariciarle el entrecejo, que hubiera un embotellamiento de autos y poder quedarse a su lado hasta el día del juicio final, hacerlo sonreír, hacerlo feliz. Se iba a volver loca, quería tocarlo, besarlo, sentarse en sus rodillas y besarlo hasta ahogarlo. Menos mal que en pocos minutos ya estaba en su calle y el auto frenó frente a su casa.

Se despidió de forma seca y brusca de Lucas y a ella, le tomó la mano y le dijo:

—Gracias, fue una presentación perfecta, me alegra que nos estés colaborando.

Con semblante de hielo, se subió de nuevo al auto y en minutos se perdió en la vorágine de autos.

—¿Y el árbol? —preguntó Lucas a Lori tan pronto escruñó en el apartamento.

—No compré este año.

—¡Sacrilégio! ¡Arderás en las piras del infierno!

Él se quitó la chaqueta y la dejó en el sofá, se frotó las manos. Ella sonrió y se sintió mal por no haber puesto adornos. Prendió la calefacción.

—¿Tienes adornos, guirnaldas, papás Noel bailarines, luces y

todas esas cosas?

—Sí, hay una caja por aquí. Pensaba poner leche y galletas a papá Noel— bromeó.

—Pobre diablo, ponle un whisky o tequila, no lo tiene fácil el muy cabrón.

Lori lo llevó a la habitación que tenía de estudio de pintura, en uno de los muebles guardaba la caja de navidad.

—Guauu ¿son obras tuyas?

Lucas hablaba de las pinturas arrumadas en la pared y de la que en ese momento estaba en el caballete. Una pintura abstracta de colores vivos.

—Tienes talento.

—Muchas gracias.

Salieron de la habitación, Lori se disculpó y fue a su habitación a cambiarse. Salió ataviada con un chándal de yoga, un suéter negro y gruesos calcetines de lana. Se sentaron en la alfombra de la sala e hicieron el inventario de las cosas que Lori tenía.

Lori le sirvió un vaso de whisky que Lucas aceptó encantado. Ella se decantó por una taza de té.

—Por un momento pensé que lo ibas a rechazar —dijo Lori refiriéndose al licor.

—No soy alcohólico. Son muy bonitos —dijo Lucas refiriéndose a los adornos que Lori dejaba en la mesa.

Había un papá Noel sentado en una silla y varios muñecos, velas y una corona que Lucas puso en la puerta. En poco tiempo el apartamento brillaba con la Navidad.

Lori sacó una guirnalda y una bolsa con frutas artificiales envejecidas.

—Estírala bien.

—Sí, señora. Usted manda.

—Vas a ver.

La alegría y el entusiasmo de Lucas terminaron por contagiarla. Se limpió las manos en los pantalones y empezó a trabajar. Él la contemplaba divertido.

El semblante de Lori cuando se habían encontrado en el hotel, reflejaba algo de tristeza, lo saludó con una sonrisa que no llegó a los ojos. Se alegró de haberla acompañado ese rato.

—Están tan apetitosas esas frutas, dan ganas de comerlas.

Lori soltó una genuina carcajada.

—No quiero terminar en un hospital la víspera de Navidad.

Lucas se levantó y encontró en el aparador de la música un *cd* con música de la época cantada por Frank Sinatra.

Con dedos diestros, Lori engarzó las frutas a la guirnalda, el arreglo acabado parecía como el de las vitrinas de decoración pero con su toque personal. La gruesa guirnalda cubierta por las frutas, unidas por el alambre, era un bello adorno. De pronto levantó la vista y miró a Lucas.

—¿Sabes si está bien? ¿Ha vuelto a beber?

—Está todo lo bien que puede estar con sus problemas y no, no ha vuelto a beber.

Lori soltó un profundo suspiro.

—No quiero más encuentros como los de hoy.

—Me rogó.

—No lo hagas más.

—Está bien, ¿cómo vas a hacer con la cuenta del hotel? Tarde o temprano tendrán que normalizar por lo menos a una relación de conocidos.

—He pensado en irme los primeros días de enero a Chicago. Me servirá para centrarme. Haré un curso de arte en una escuela de artes, dura cuatro semanas. No quiero que lo sepa. Pienso que después de ese mes, todo será diferente.

—Me parece bien. Te voy a extrañar.

Lori le dio un codazo.

—Eres un majadero Lucas Escamilla, vas a extrañar a la esclava, negrero. —dijo en broma, se había convertido en un buen amigo.

Lucas sonrió.

—Pidamos pizza.

—Perfecto.

Era el jodido infierno. No lo supo en cuanto se subió al ascensor y su aroma lo hipnotizó como siempre, o cuando la miró de reojo y la vio con los ojos cerrados, seguro concentrada en la presentación. No, el infierno se desató en cuanto ella se quitó el abrigo y dejó a la vista un vestido color gris, el traje era igual a cualquier otro, ni pegado ni suelto, de manga larga, pero no sabía si era porque la extrañaba o que hacía tiempo no estaba con alguna mujer. Se acomodó a su lado como si un canto de sirena lo llamara y estuvo seguro que hubiera levantado al que fuera con tal de quedar a su lado, lo necesitaba, era patético y lo sabía. No debió haberlo hecho. Imaginó lo que había debajo de la tela, coquetos ligeros, tangas transparentes y sostenes de esos que muestran más de lo que esconden y sufrió el calentón de su vida, como si fuera un adolescente ante el primer cuerpo desnudo que veía. Se puso duro, se revolvió en el asiento, a duras penas prestó atención y cuando se levantó ella a exponer el tema, con su andar de amazona y sus follables zapatos, imágenes lascivas lo atravesaron, él encima o debajo de ella, envolviéndolo, sudoroso, queriendo parar e incapaz de hacerlo, sus labios matadores acariciándole la verga, succionándolo, ofreciéndole el cielo. Empezó a sudar, uno de los meseros se acercó y le dijo al oído que si deseaba quitarse la chaqueta. No, todo lo contrario, la abotonó para no quedar en evidencia y se obligó a pensar en catástrofes y enfermedades o simplemente concentrarse en el tema que se exponía. Evitó mirarla, pero era una estupidez, había recorrido con manos, piel y boca cada depresión, cada línea y cada curva de esa hermosa mujer. Al término de la presentación, tuvo el impulso de levantarse y salir corriendo al baño más cercano y aliviarse de alguna forma. La notó seria y distante con Lucas y con él, el pobre diablo no tenía la culpa, le había rogado para poder acompañarlos, la culpa era solo suya, por no dejar de pensarla, por no dejar de verla en todos los rincones de su casa o recordarla cuando estaba con sus sobrinas, la culpa era del maldito ahogo y el dolor en el estómago que tenía desde que ella había salido de su vida, por lo menos en ese breve

espacio de tiempo pudo respirar. Escuchó su risa ante un comentario del pelirrojo y recordó cuando ese mismo gesto iba dirigido a él, pero la percibió más apagada y cuando la miró, ésta no llegó a los ojos. En cuanto salieron, no se quería despedir, deseaba pegarse como una lapa a su abrigo *“llévame a donde quieras, principessa”*, le dijo con el pensamiento, pero al ver su expresión ante la invitación de Lucas, supo que no era bienvenido. En el auto fue otra tortura, era duro fingir que no había nada, actuar como simples conocidos, cuando la había recorrido entera. ¿Qué mierdas había hecho él para merecer ese castigo? Castigo de no tenerla, castigo de extrañarla, castigo por querer desandar lo andado y arreglarlo de alguna forma pero sin saber cómo. La admiraba, era buena en lo que hacía y la mujer más extraordinaria que había conocido y deseaba recuperarla a cualquier precio, sonrió nervioso, ya estaba como galán de telenovela. Se despidió de manera precipitada, porque si se quedaba un segundo más, se arrodillaría y suplicaría clemencia para el pobre pecador. Llegó a la suite del hotel y otra vez percibió el ahogo y algo más, ganas de tomar una jodida botella y perderse, pero no lo haría, ya no, en cuanto bajara esa ansiedad, buscaría la manera de hablar con ella, aún era pronto, además, solucionaría otros problemas. Se desnudó y tomó una ducha, buscó el alivio pensando en ella, en sus gloriosos pechos que se bamboleaban cuando él la zarandeaba al derecho y al revés, en la sensación de estar aprisionado en su interior, en que nunca sentiría igual con otra mujer, se corrió mientras reconocía lo enamorado que estaba por primera vez en su vida.

Lori decidió hablar con Peter antes de que viajara con su grupo de amigos a recibir el año nuevo en Aspen, fue a su oficina y entró tan pronto la anunció su secretaria. Peter levantó la vista y la invitó a sentarse. Le dijo que en un momento la atendería mientras firmaba unos papeles.

—Cuéntame, querida hermanita, ¿qué te trae a mi cueva? — preguntó intrigado, casi nunca ponía los pies en su oficina.

—Tengo algo que comunicarte.

—Soy todo oídos —contestó intrigado.

—Voy a tomarme un tiempo para mí. —Peter arrugó el ceño—. Voy a Chicago a hacer el curso de arte que deseo hacer hace tiempo.

—No hay problema, si necesitas unas cuantas semanas, la oficina puede prescindir de ti —señaló sin dejar de mirarla con gesto preocupado, su hermana no era la misma de hacía unas semanas y le molestaba lo hermética que estaba.

—Son cuatro semanas, Peter, pero pienso que Lilian está más que capacitada para reemplazarme.

Peter soltó un silbido.

—Cuatro semanas, es mucho tiempo, pensé que me hablabas de dos —la miró punzante, echó la silla hacia atrás y juntó sus manos en un gesto común en él.

—Sé que es mucho tiempo, pero lo necesito.

Algo en su tono, hizo que Peter relacionara esta huida intempestiva, con lo sucedido con el hombre de las flores.

—¿Tiene algo que ver el cretino que te está haciendo sufrir?

—Peter, no es de tu incumbencia, por favor —contestó Lori molesta.

—Si dejas el trabajo un mes, sí, creo que lo es.

—Necesito un descanso, tiempo para mí, para pensar.

—Bueno como quieras, sino confías en mí, lo entenderé —repuso cortante.

—No te pongas así, claro que confié en ti, pero créeme, en esto no puedo —Lori sabía que si Peter se enteraba de que era Mike el que estaba detrás de esto, se lo haría pasar bien mal. Además, no quería poner en riesgo el contrato con los hoteles, la cuenta Admiral era importante para la empresa y Peter en un arranque de furia podía mandar todo al infierno, ella conocía muy bien su temperamento, en apariencia era afable, pero era capaz de romper paredes si alguien lastimaba a quien él quería.

Peter se quedó pensativo unos segundos, observaba el puente de la bahía.

—Será difícil trabajar con Lilian, me huye en cuanto me la topo

por el camino. Además, ese aspecto, ¿por qué no le sugieres un cambio de imagen?

—No puedo creer que seas tan sagaz en unas cosas y tan obtuso en otras.

—No necesitas ofenderme.

Lori se levantó de la silla y caminó por la oficina.

—No te estoy ofendiendo, Lilian lleva un año aquí y aún no te has dado cuenta que es una mujer que esconde adrede su belleza, no quiere que nadie repare en ella.

Peter soltó una carcajada irónica.

—Todas las mujeres resaltan sus atributos.

—No todas, si su belleza la ha hecho sufrir, como creo es su caso, reprime fieramente cualquier indicio que la haga atractiva al sexo opuesto.

—No te creo.

—Obsérvala bien y te darás cuenta de que tengo la razón.

Peter le hizo un gesto con las manos como calmando olas y decidió no hablar más del tema, le dio algunas recomendaciones.

—Peter, necesito pedirte un favor, no quiero que nadie del trabajo ni de las cuentas que tengo a mi cargo sepa de mi paradero. Si no, empezaran a cargarme de trabajo donde quiera que esté y quiero que sea un retiro lejos de todo y de todos.

—¿Por qué tanto misterio? Ni que hubieras robado un banco.

—Prométemelo —insistió Lori.

—Está bien, está bien, te lo prometo ¿Cuál es el jodido misterio?

—Adiós, Peter —y salió dejándolo intrigado una vez más.

Capítulo 24



Mike no podía seguir aplazando las visitas pendientes. El día de Navidad se levantó temprano y antes de ir a la casa de Isabella para abrir los regalos con sus sobrinas, fue al cementerio donde estaba enterrada su madre. Le llevó gardenias blancas, sus flores favoritas. Hacía frío y el día era opaco.

Llevaba mucho tiempo que no visitaba la tumba, desde que su abuela los traía uno que otro domingo. Él solo se limitaba a pagar la cuenta del arreglo de la tumba y que no faltaran flores en el lugar.

Se bajó del auto y caminó entre tumbas como si los pies le pesaran. Llegó ante la lápida y leyó la inscripción. Anabel Donelly Grazziani, esposa y madre. No renegó del significado de las últimas palabras como siempre le ocurría. Ya no. Se arrodilló, puso las flores en el recipiente decidido a hablar con ella.

—Mamá, necesitaba venir a verte, hablar contigo, tengo muchas cosas que contarte, pero seguro ya las sabes, por unas me felicitarás y por otras sé que merezco una reprimenda. Quiero decirte que todavía trato de entender lo que nos pasó. Sé que no fue tu culpa, siempre lo he sabido,

pero mi orgullo y este amor enojado no me dejaban reconocerlo. Te amo mamá —se le quebró la voz— y siempre te amaré. Espero que donde estés puedas ser feliz y vuelvas a reír como el día que bailamos mambo en el mirador ¿Lo recuerdas? Esa mañana entraste como una tromba a nuestros cuartos y, así en pijama, nos sacaste al jardín, tenía nueve años. Recolectamos flores y las pusimos en la mesa del mirador. Empezó a llover, pero no dejaste que entráramos, dijiste que la lluvia era buena, que lavaba los miedos, los pesares y regalaba nueva vida. Solo entraste tú a poner música y terminamos bailando mambo en el mirador con la lluvia cayendo, nos mojamos y luego salió el ama de llaves y no se quien más y nos dañaron la fiesta. Isabella y yo no queríamos que entraras porque todo volvería a ser igual, pero ese día te acercaste a nosotros y no queríamos dejar marchar a nuestra mamá.

Mike lloró como ese niño que extrañaba bailar y coger flores con su madre.

Recuerdo más instantes como esos, madre. Sé que los malos ratos han sido egoístas con los buenos momentos que pasamos juntos, pero madre, déjame decirte que si estaban en mi corazón. Estoy enamorado —se secó las lágrimas—, y es difícil y tengo miedo, pero no quiero luchar contra esto que siento, como en el pasado. Es buena, es inteligente y muy hermosa, la amarías al segundo, tiene la cualidad de encandilar a todos con su sonrisa y su forma de ser, pero he sido un estúpido y no quiere saber nada de mí. Para poder amarla tengo que hacer las paces contigo, eso me hará más fuerte en mi batalla con el alcohol. Por ella y por mí, iniciaré una nueva vida sin resentimientos. Dame tu bendición y deséame suerte.

Mike se levantó. La tierra no se movió, ni tampoco sopló una brizna de aire, pero Mike supo en lo profundo de su alma que su madre lo había escuchado.

Llegó a la casa de Isabella. En el ambiente reinaba la alegría, se escuchaban villancicos y olía a galleta y a chocolate.

—Por fin, me tenían loca con la apertura de los regalos.

—Bueno, chicuelas, ya estoy aquí —dijo cuándo ellas saltaron a abrazarlo—. ¿Quién repartirá los regalos?

Saludó con un abrazo a Patrick que salía de la cocina con una bandeja de galletas algunas quemadas.

—Me fue mal en el experimento con las galletas, míralas —tomó una—, tiesas y negras, no sé qué brujería utilizan estás mujeres para que le queden así.

Señaló otras galletas, esponjosas y con el dorado perfecto que había en un plato.

—Ay, papá, yo te enseñaré más tarde —dijo Carole—, vamos a abrir los regalos, si quieres puedes repartirlos.

—No, preciosa, hazlo junto a tu hermana.

En ese momento, entró Pedro su padre a la sala. Mike no se sorprendió, se hubiera sorprendido de no haberlo encontrado. El hombre estaba algo más acabado de la última vez que lo viera. El cabello más blanco y estaba un poco más delgado.

—Hola, hijo.

Mike reciprocó el saludo con un apretón de manos.

Se sentaron todos alrededor del árbol al que no le cabía un paquete más. La casa de su hermana como siempre, lucía con el ambiente propio de la Navidad y ese calor de hogar que hoy envidió Mike. Deseaba lo mismo para él e imaginó a Lori al pie del árbol de navidad repartiendo sonrisas y regalos a un par de chiquillos, la imaginó haciendo galletas, aunque sabía que no era lo suyo, el comería galletas quemadas y duras de por vida, con tal de tenerla revoloteando a su alrededor. Lo invadió la nostalgia de querer una familia, un hogar, sonrió para sí. Era amor y no tendría por qué ser complicado amar a una mujer.

Carole y Melody repartieron los regalos, menos mal que le había comprado algo a su padre. El día anterior había dejado los paquetes.

Carole le tendió un paquete “es un regalo de mi hermana y mío”, dijo, ábrelo.

Mike abrió el paquete y se encontró con un pocillo en cerámica pintado a mano. Los detalles eran muy pulidos para ser un trabajo de las chicas.

—Está hermoso ¿quién lo pintó?

—Lori —dijo Melody, mientras leía la tarjeta de otro paquete, que

soltó enseguida y buscó otro, seguro porque su provisión de regalos hasta el momento era escasa.

Mike enseguida miró a Isabella confuso.

—A mí no me mires.

Y entonces su hermana le contó de la clase en el taller de cerámica. Mike recordó la tarde en que había ocurrido todo, Lori iba a llevar a sus sobrinas a una clase de arte. Llevó la mirada al pocillo otra vez, claro que era obra de Lori, solo ella tenía trazos y pinceladas perfectas. Quiso abrazar el pocillo y besarlo, pero haría un ridículo espantoso. Recibió un regalo de su padre y vio que Isabella recibió uno igual. Al abrirlo se sorprendió, era un álbum con fotos de ellos con la familia. Mike iba pasando las hojas, fotos de ellos en campamentos y fiestas, las graduaciones y las fastuosas navidades con la abuela. Bella tenía razón, él lo sabía hacía tiempo, pero no había querido hacer nada al respecto. Allí mirando la foto de su primera comunión con sus padres e Isabella a su lado, se dijo que era fácil extraviar los sentimientos, que era fácil extraviarse en la vida; disfrazar los verdaderos sentimientos con costras y más costras de cinismos y rencor y cuando esas costras caen, vulneran lo que haya cerca, eso lo sabía muy bien, por experiencia. Lo difícil, era encontrar el camino de vuelta, aprender a perdonar el desamor y el abandono. Lucas tenía razón se dijo observando ahora a su padre, en unos años sería como un niño. Al aceptar que retomar la relación llevaría tiempo y que lo perdonaría, se quitó un peso de encima. Se levantó y le dio las gracias a su padre con un apretón en la mano. Era un avance.

Percibió que su hermana respiró tranquila y lo miró con la curiosidad en su semblante.

Mientras la familia disfrutaba de sus regalos, le envió un feliz navidad por WhatsApp a Lori. Se percató que lo había leído y estuvo unos minutos pendiente, sin soltar el móvil, pero ella no le contestó.

Al inicio de la tarde y después de un succulento desayuno tardío, Mike se ofreció a llevar a Pedro a casa.

Hablaron de política y economía durante todo el recorrido hasta Bel Air.

Felipe y Josefa los amables sirvientes de su infancia y que tantos ratos agradables les prodigaron a Bella y a él, lo recibieron como al hijo

prodigo, algo más ancianos pero bien conservados, no podían disimular la alegría que los embargaba. Pedro entró en la casa y le dijo que estaría en el estudio, le regaló unos minutos de intimidad con la pareja.

—Ya era hora —señaló Josefa con algo de reproche en la voz, Mike se sintió apenado.

—Perdónenme, estaba algo perdido —y los abrazó con cariño.

—Más vale tarde que nunca, yo sabía que eras un buen hombre.

A Mike le remordía la conciencia, al alejarse de su padre no se dio cuenta que también los alejó a ellos, las personas más buenas que había conocido.

En ese momento un cachorro de labrador color chocolate hizo su aparición, batía la cola con ánimo juguetón.

—¿Y este personaje? —soltó Mike sorprendido.

—Carole y Melody le regalaron el cachorro hace dos meses.

Mike estaba sorprendido. Nunca pudieron convencer a su padre de tener una mascota.

—Pero si a papá nunca le gustaron —soltó él resentido.

—No les puede decir que no a ese par de chiquillas. Carole lo trajo para que acompañara a su abuelo y no se sintiera tan solo —respondió Felipe—. Esas chicas hacen de su abuelo lo que quieren.

Mike sonrió y el hombre continuó:

—Él las adora, nunca lo había visto tan feliz, desde que esas chiquillas llegaron a su vida.

—Me alegro.

—Mike, quiero decirte algo —dijo Josefa preocupada—. Espero que esta reunión sea por un buen motivo. No está para enfrentamientos. Está enfermo.

—No te preocupes —la tomó de las manos y la besó con cariño— ¿Qué tiene?

—Es mejor que él te cuente.

Encontró a su padre en el estudio, veía por televisión un partido de golf de la temporada pasada. El cachorro iba detrás de él.

—¿Estás bien? —preguntó más curioso que preocupado.

—Bien —le hizo un gesto quitándole importancia a lo mal que se sentía—. Nada que un buen tratamiento médico no pueda hacer.

—¿Que te diagnosticaron? —quiso saber Mike. Josefa no le había dicho nada y Bella tampoco.

—Tengo cáncer de próstata —soltó su padre, tranquilo.

Mike se puso pálido, su padre iba a morir. Bella tenía razón en todo. Qué necio había sido.

—¿Cuál es el pronóstico? —lo miró angustiado, algo que sorprendió a su padre. Mike estaba seguro, no se lo esperaba.

—Estoy en tratamiento, lo más importante es que no ha hecho metástasis, podré operarme en algún tiempo.

—¿Son buenas noticias?

—Sí, hijo, sí, son muy buenas noticias —lo notaba cambiado, su hijo siempre había sido un guerrero, duro, cínico, pero lo notaba más asequible, como si el peso del mundo ya no descansara en sus hombros.

Lo que más le dolía a Pedro Donnelly de su vida desperdiciada, era no haber estado cerca de sus hijos cuando estos más lo necesitaron. Así el paso de los años, suavice los malos recuerdos de sus actuaciones, era imposible ocultarse a sí mismo todos sus fracasos. Pedro ya había dejado de intentarlo y con la valentía que le faltó a todos los actos de su vida, reconoció que no había hecho nada digno de mención; solo engendrar dos fabulosos hijos que habían sido criados por otras personas. Le dolía el alma, ya era tarde para arrepentimientos, pero aún no era tarde para intentarlo de nuevo. Amaba a sus nietas con el amor libre que solo brindan los abuelos y se había acercado a Bella, era una buena mujer, disfrutaba los domingos que compartían todos en familia. La admiraba, había formado un hogar muy diferente a lo que él les brindó en su infancia.

—Veo que tienes compañía —señaló Mike al cachorro, que se sentó a los pies de Pedro, mirando a éste con curiosidad.

—Es el mejor regalo que me han hecho en años. Carole y Melody es lo mejor que me ha pasado en la vejez, hijo, las adoro, son hermosas y tan llenas de vida.

—Sí, son chicas especiales.

—Bella tiene un buen matrimonio —dijo Pedro curioso por la vida de su hijo. Las chicas hablaban de una tal Lori, Lori esto, Lori aquello y cuando les preguntó, ellas dijeron que era una amiga de Mike y a él, se le hizo raro que solo siendo amigos le hubiera presentado a la familia, pero no quiso indagar y quedar como un chismoso, pero sabía que era alguien importante por la expresión de su mirada cuando hablaban de ella.

—Papá, ¿aún sigues jugando golf?

—Sí, aún juego dieciocho hoyos dos veces por semana.

—Me gustaría acompañarte en tu próximo juego, aunque mi swing deja mucho que desear.

Pedro casi salta de la silla.

—Claro, hijo, podemos ir cuando quieras, es más, si quieres vamos ya.

—No traje mis palos.

—No importa yo tengo dos bolsas.

Se levantó como un muchacho de veinte años, dispuesto a correr, frenó a medio camino, se volteó y con los ojos aguados le dijo:

—Perdóname, Mike, perdóname por todo, gracias por esta navidad, ha sido la mejor en muchos años y siguió sin esperar una respuesta.

Era un buen comienzo.

A Mike se le aguaron los ojos y por primera vez vio a su papá como de verdad era; un hombre con defectos, con sueños incumplidos, frustraciones y una fuerte necesidad de amor. Se llevó las manos a la cara y se secó las lágrimas a la brava, nunca había llorado tanto en su vida.

Pasaron las fiestas, llamó a Lori para desearle un feliz año nuevo pero el aparato saltó a buzón. Llamó a su casa los primeros días de enero y le respondió el contestador, llamó a la oficina y le dijeron que se había tomado una licencia y que no sabían cuando se reintegraría. Llamó a la oficina de Peter, pero le dijeron que se había tomado unos días de vacaciones. De Lori no sabía nada, era como si se la hubiera tragado la

tierra, supo que la licencia era larga, cuando no fue Lori la que se presentó para una reunión en la firma días después, sino una menuda mujer, pelirroja y con gafas de abuela. No pudo evitar compararla con Lori que era una delicia para todos sus sentidos. Ésta chica parecía un ratón asustado parado frente a un elefante. La joven lo saludó con un fuerte apretón de manos. Mike la invitó a sentarse. A los quince minutos supo que estaba frente a una mente excepcional. La empresa de Peter se tenía bien escondido ese activo, se dijo, mientras la joven le exponía su punto de vista.

—¿Dónde está Lori? —preguntó Mike a quemarropa.

—Está tomando un curso.

Y antes de que Mike se frotara las manos al descubrir el paradero de Lori, la chica lo desinfló.

—Pero no tengo idea de donde está.

No quiso seguir insistiendo. Era un tío, por Dios, también tenía su orgullo.

El día que llegó Peter de sus vacaciones de invierno, Mike se presentó a primera hora en su oficina.

La secretaria, lo anunció y lo hizo seguir enseguida. No sabía en qué piso estaba la oficina de Lori y tampoco quiso preguntar.

—Siga, señor Donnelly, el señor Stuart lo está esperando.

Mike entró a la oficina y miró con afecto a uno de sus amigos del alma, agachó la cabeza y sonrió, estaba sensible en esos días.

—Bienvenido, hermano —Peter le ofreció la mano, pero Mike dio la vuelta y lo abrazó. Peter le devolvió el gesto sorprendido.

—¿Estás bien? —inquirió preocupado.

—Sí, estoy bien, hasta el momento —dijo Mike avergonzado porque había defraudado la confianza de un amigo.

—Si es algún problema de la campaña, lo solucionaremos. Tal vez Lilian no sea la indicada —respondió Peter preocupado.

—Todo está muy bien, la chica es brillante, no es eso de lo que deseaba hablarte.

—Soy todo oídos —dijo Peter más tranquilo de que no fuera nada

del trabajo.

—Es un tema delicado y sé, que lo vas a tomar muy mal —Mike se levantó de la silla, caminó por la oficina de su amigo, se acercó a la ventana, observó la vista, a lo lejos estaba el puente de La Bahía y los edificios de la ciudad, tuvo que reconocer que era una de las ciudades más hermosas que había visitado, a pesar del clima.

—Habla, por favor, me estás preocupando —lo miró ceñudo.

“*No tienes ni idea*”, pensó Mike abatido.

—Antes que nada, déjame decirte que amo profundamente a tu hermana.

La sorpresa se rebeló en el rostro de Peter.

—¿Ella lo sabe? —preguntó Peter con una horrible sospecha instalada en el alma.

—No, no lo sabe, yo soy la causa de que en este momento esté pasando un mal rato.

—¿Qué pasó? —Peter levantó el tono de voz y se levantó del escritorio para encararlo.

—Tuvimos un amorío, no me di cuenta de lo profundos que eran los sentimientos de tu hermana, todo terminó muy mal. —Mike se dio la vuelta y apoyó las manos en el quicio de la ventana—. Estoy aquí porque no es justo mantenerte en la ignorancia y porque necesito hablar con ella —concluyó en tono desesperado.

—Eres un hijo de puta —exclamó Peter y golpeó la superficie del escritorio con un puño—. Cómo no me di cuenta, que tú fuiste el bastardo que la hizo llorar.

“*Pero también muy feliz*”, se obligó a meditar Peter ante los hechos.

—Me merezco todo lo que quieras decirme.

—No, en este momento, lo que menos quiero es hablar. ¿Por qué Mike? —se acercó a él y con un vistazo poco amistoso, lo agarró de las solapas—. Habiendo tantas mujeres ¿por qué ella?

—Porque siempre me ha gustado, no había hecho avances por ti, pero esto se nos salió de las manos.

—¡Claro que se te salió de las manos! ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cuándo te canses de ella le darás el collar de despedida? —escupió las palabras en el rostro de Mike.

—No me ofendas, ni la ofendas a ella —bramó Mike—. La amo y lo único que quiero hacer es recuperarla. Necesito buscarla, saber dónde está.

Peter lo soltó al ver la expresión de sus ojos y escuchar el desespero en su voz. No sabía si darle un puñetazo y echarlo de la oficina o sentir pena por él.

—Déjala tranquila, ni en sueños te voy a decir donde está, es tu penitencia, por todos tus desmanes con ella, debes esperar hasta que regrese.

Entendía la reacción de Peter y la culpa lo azotó. No había hecho las cosas bien desde el inicio de la relación. El pedirle que no le comentara a Peter su arreglo, hablaba mal de sus intenciones. Si Peter supiera lo ocurrido años atrás, lo colgaría de las pelotas, estaba seguro.

—No la respetaste, apuesto a que la pusiste al mismo nivel de las demás mujeres. Por eso no me contó nada. Tampoco respetaste nuestra amistad. La trataste como si fuera tu sucio secreto.

—Fue una relación consensuada. Lori es una mujer adulta y ambos quisimos mantener en secreto nuestra relación.

Peter se dirigió al escritorio, por lo menos Mike lucía apenado.

—No voy a decirte donde está. Te lo repito, espera a que vuelva.

—Y un cuerno que voy a esperar —soltó Mike desesperado—. Necesito arreglar las cosas con tu hermana.

—A lo mejor ya te olvidó y no quiere arreglar las cosas contigo. —Casi sintió lástima al ver su expresión y decidió hurgar en la herida—. A lo mejor conoce a alguien que la valora y te manda para la mierda.

—Ni en sueños —respondió Mike furioso—. Tu hermana alberga hacia mí sentimientos profundos.

El último comentario había logrado despertar sus celos.

—No sé qué ocurrió entre ustedes, tampoco me interesa saberlo, pero sí sé, que la desilusionaste, si piensas que va a estar colgada por ti después de la forma en que la trataste, es que no la conociste bien.

Mike se acercó al escritorio de Peter y puso ambas manos sobre la mesa.

—La amo. Nunca he amado a nadie como a tu hermana —dijo desolado y con voz desesperada y al ver el mutismo de Peter, insistió—: Es la primera mujer de la que me enamoro y con o sin tu permiso iré tras ella.

—Veo que vas en serio, pero no te pondré las cosas fáciles. Nunca has tenido que luchar a una mujer y mi hermana se merece a alguien que luche por ella. —Recordó la expresión apagada de Lori cuando le pidió el permiso para el viaje y supo que Mike lo tenía difícil.

—Quiero hacerlo, hermano, si me dices donde está podré solucionarlo.

Peter supo que los sentimientos de Mike eran profundos. Nunca lo había visto suplicar por nada, un hombre tan orgulloso como él no estaba acostumbrado a hacerlo. No le extrañaba que hubiera sido Lori la causante de ese cambio. Peter negó con la cabeza.

La expresión del rostro de Mike era tempestuosa. Apreciaba a Peter, pero no le importaba lo que él pensara, ni mucho menos necesitaba su aprobación, este asunto era de él y Lori, nadie más.

—Vete al diablo —salió furioso de la oficina.

Peter se quedó observando la puerta por la que había salido su amigo o ex amigo. Le deseó buena suerte, la iba a necesitar. Llamó a su secretaria:

—Comunícame con Lori —con suerte la encontraría antes de que saliera para clase.

Capítulo 25



Lori se instaló en Chicago la segunda semana de enero, en un aparta-hotel a pocas cuadras de la escuela de arte. Todos los días caminaba, entre la muchedumbre, cuatro cuadras para ir al lugar. Disfrutaba el cambio de rutina, así fuera una ciudad imposible como la llamaba Jack, era la segunda ciudad del país y muy hermosa, se sentía privilegiada de poder disfrutar de ese retiro.

Hizo amistades con facilidad, salía almorzar con algunos compañeros a lugares cercanos. La época del año no ayudaba para dar largos paseos alrededor del lago Michigan, pero a veces se escapaba al parque *Lincoln*, le encantaban sus boutiques de moda y cafeterías. El único problema era la maldita burbuja, no podía atravesarla, los colores y las sensaciones no eran los mismos. Desde que había roto con Mike, el único momento en que sintió la burbuja diluirse fue durante el encuentro en el Fairmont. No sabía qué hacer con esa brecha que tenía en el corazón y que ante cada recuerdo sangraba como el primer día. De nada le valía el auto convencimiento de que todo había sido para mejor, amaba a Mike Donnelly, deseaba ser parte de su vida, acompañarlo en su camino, ayudarlo a levantar cuando cayera, besar sus cicatrices. La había herido y mucho,

pero también le había dado momentos felices, por primera vez en años, vislumbró lo que sería si decidieran estar juntos. Pero Mike era una persona con muchas oscuridades, como las de todo el mundo, pero él hacía que esas oscuridades taparan lo bueno que tenía. Quiso rescatarlo, quiso sanarlo y quiso moldearse a él. La nueva mujer que trataba de ser, se dijo que no era sano. No podría reparar sus fallos, podría ser su soporte en los malos momentos, nada más.

Esa noche habló con Julia, se habían tomado un café días antes del viaje y Lori la había puesto al día de lo sucedido con Mike.

—Cuéntamelo todo —dijo Julia tan pronto respondió al móvil.

Lori soltó un suspiro. Estaba en el supermercado de la esquina.

—Ha estado bien, la clase es agradable. Mis compañeros son el grupo más dispar que hayas conocido. Hay de todo y el profesor es muy atractivo.

—Un profesor atractivo, hummm, no tendrá oportunidad —bromeó Julia.

—Créeme, Julia, que no habríamos dado en nuestra adolescencia por un profesor así.

—¿Qué tan guapo es? —preguntó curiosa—. Aún recuerdo cuando tenía quince años y el único profesor atractivo, bueno, que a mí me gustaba era el padre Ryan.

—Eh —escuchó Lori una voz al fondo y a Julia soltar la carcajada.

Lori sonrió mientras metía una almohadilla de pan y un frasco de café en el carrito del mercado.

—Tendré que rendir cuentas —continuó Julia.

—No te quepa duda —contestó Nick—. Y tú, Lori, no le andes dando ideas a mi mujer —dijo pegado al móvil.

—En serio, ¿cómo vas? —preguntó Julia con otro tono de voz.

—Bien, ya puedo dormir mejor, no te preocupes, estaré bien.

—Ha estado preguntando por ti, yo solo sé que estás tomando un curso, pero ni idea de dónde.

Lori frunció el ceño y quedó con un frasco de mantequilla de

maní en el aire.

—¿Qué ha preguntado? —dijo con el corazón golpeando en el pecho.

—Quiere saber dónde estás. Reclutó a mi marido para sacarme información, pero como no sé nada.

—Aún no estoy lista para verlo.

—Tarde o temprano tendrás que enfrentarlo.

—Prefiero tarde.

Se despidieron segundos después. Mientras hacía la fila para pagar, revisó de nuevo el móvil y los mensajes de WhatsApp que Mike le había enviado. Uno de Navidad, otro de Año Nuevo y los últimos de hacía dos días.

“Necesito verte, principessa, por favor, hablé con tu hermano, no quedó muy contento.”

El malgenio de su hermano quedó patente en la llamada que le había hecho. Tuvo una fuerte discusión con él, ella no era ninguna niña y podía acostarse con quien le diera la gana.

“Te extraño.”

Le envió la fotografía del pocillo que le habían dado sus sobrinas de navidad con la nota cursi:

“No me separo ni un momento de él. ¿Reclutaste a todo el mundo para que no me dijeran tu paradero? Sabes que puedo contratar ayuda profesional para encontrarte.”

Siempre que los leía quería borrarlos, pero algo la detenía. Era patética. ¿Qué quería Mike ahora? ¿Por qué no seguía con su vida?

Nick observaba a su mujer poner la mesa para sentarse a cenar.

—No creo eso de que no sepas dónde está —dijo Nick de repente.

—Te digo la verdad, querido —contestó Julia.

Nick la conocía, el tono de voz de su mujer cambiaba cuando ocultaba algo, bien que lo sabía él.

—Mike está mal, la quiere.

Nick no sabía cuáles eran las intenciones de Mike, solo que deseaba hablar con ella.

—Bonita forma de demostrar amor. No le perdono la manera en que la trató.

—No sé mucho de eso, pero está arrepentido, habló con Peter.

Julia levantó la vista sorprendida.

—¡Oh Dios mío! ¿Mike está vivo todavía?

La pregunta hizo reír a Nick.

—Sí, no ha dejado este mundo por lo que sé —dijo Nick distraído observando los pechos de su esposa y como habían crecido. No quería hablar más. Se acercó a ella por detrás, masajeándole la barriga—. Está creciendo —afirmó orgulloso.

—Dímelo a mí, dentro de poco estaré como un elefante. No querrás tocarme.

Nick la miró extrañado y soltó una sonrisa sarcástica.

—En este mismo momento lo único que deseo es llevarte a la cama y saborearte toda —dijo lujurioso.

La pensaba todo el tiempo, la forma en la que le crecía el abdomen, estaba esplendida en su maternidad y más deseable que nunca.

Ella se volteó y le acarició el pecho.

—Entonces hazlo, estos días ando cachonda. Aprovéchate de mí.

—Me gustas cachonda y tus nuevas curvas me vuelven loco, me encantan tus hormonas alborotadas. —La abrazó y la besó con pasión, bajó las manos y le acarició las nalgas—. Aquí está tu hombre a tu entero

servicio.

—Anda, vamos a la cama —dijo Julia tomándolo de la mano—. La cena puede esperar.

Apagó la estufa y lo llevó hasta el cuarto, impaciente por desnudarlo.

Mike sabía que tendría que arrastrarse, pero no ante la última persona en este mundo a la que le habría pedido un jodido favor.

Llegó a muebles Dónovan a primera hora de un miércoles. Las oficinas eran elegantes y acogedoras, había mucha gente joven, a excepción de la secretaria que era una mujer mayor y lo recibió con gentileza.

—Permítame informar de su presencia, ¿su nombre es?

—Mike Donnelly de hoteles Admiral —lo dijo con el ánimo de impresionarla.

—Siéntese, por favor.

Por el intercomunicador oyó la voz de Jack:

—Ronda, cielo, estoy ocupado.

—El señor Mike Donnelly desea verlo.

—¿Quién? —inquirió y cambió el tono de voz enseguida.

—El señor Mike Donnelly de hoteles Ad...

Jack interrumpió enseguida.

—¡Ya sé quién es ese cabrón! —enseguida Ronda desconectó el intercomunicador y levantó el teléfono rápidamente, antes que el aludido escuchara la diatriba que Jack estaba lanzando por el teléfono interno.

Mike podía hacerse una idea de lo que el hombre estaba diciendo. Se levantó dispuesto a marcharse cuando una amable voz le dijo:

—Puede seguir, señor Donnelly —lo invitó a entrar con gesto preocupado.

—Tranquila no habrá puños, por lo menos de mi parte.

—Sí, pero no estoy segura si los habrá de parte de él.

—Vine en son de paz —y siguió a la oficina guiñándole un ojo.

Entró al lugar, inseguro por primera vez en muchos años, no sabía cuánto tiempo Lori estaría fuera, no le contestaba ni mensajes ni llamadas. Debería dejarla en paz. Su actitud decía que no deseaba verlo, pero ella no sabía que él la amaba y necesitaba decírselo. Necesitaba expiar el pecado.

Jack estaba inclinado sobre una mesa de diseño, con unas modernas gafas. Mike sonrió irónico, por lo menos tenía un defecto. Estaba celoso de él, no como competencia entre hombres por la misma mujer, sino porque Jack tenía una parte importante del corazón de Lori y un impulso fiero y posesivo lo rechazaba. Ella era de él, solo de él, su corazón le pertenecía a él.

—Dame una buena razón para no estrellarte la cara contra esa pared —lo miró ceñudo, se retiró los lentes y los dejó en la mesa sobre un dibujo. Lo examinó atentamente.

—Se te arruinaría la decoración —contestó Mike sin poder evitarlo.

Jack se levantó alevoso.

—Vengo en son de paz —Mike alzó ambas manos.

—¿Qué coño quieres? —le soltó furioso.

—La amo, Jack y necesito verla.

Jack se recostó en la silla y miró a Mike con intensidad. Lo notaba diferente. Era el cabrón que había hecho sufrir a su amiga del alma. Él podía entender el amor de Lori; Mike aparte de sus atractivos rasgos latinos, descollaba la clase de energía que lo hacía capaz de experimentar grandes pasiones. Jack estaba seguro que su problema de alcoholismo estaría en camino de ser superado, la personalidad fuerte de este hombre, no se sometería a una adicción por largo tiempo.

—Y yo quiero ir a Brasil —contestó desafiante.

—Por favor, necesito hablarle, pedirle perdón.

—¿No es un poco tarde para venir a darte cuenta de tus

sentimientos?

—No tengo porque dar más explicaciones. Le fallé y no necesito un jodido discurso más.

—Me vas a hacer llorar —soltó burlón.

—Mira, Jack, no vine en busca de problemas, solo quiero verla, hablar con ella, pero todo el mundo se confabuló para ocultarme su paradero.

El hombre estaba desesperado, casi se condolió de él, casi. Jack no se ablandaría tan fácil, quería sangre y no lo iba a dejar ir, sin obtenerla.

—Voy a sacar mi pañuelo —respondió.

Su ironía no le pasó desapercibida a Mike.

—Déjate de sarcasmos, tú eres la última persona en mi lista a la que recurro, nadie ha querido decirme nada —se cogió el cabello impaciente, Jack levantó una ceja—. Ni siquiera su vecina la del gato sabe algo.

—Todos la amamos —sonrió burlón, esto estaba mejor que un *reality show*—, la cuidamos, ella cuida a todo el mundo, es natural que la protejamos.

—Créeme, ya me quedo claro ¿y si Tom se enferma? —se levantó derrotado, dirigiéndose a la puerta.

—¿Quién diablos es Tom?

Mike lo miró con gesto sorprendido.

—El mendigo que aparca en la puerta de su casa, si hablas con ella dile que solucioné lo de su comida por un año.

Esas palabras podrían sonar fuera de marco para alguien que no conociera de verdad a Lori, pero más viniendo de un hombre cuyo traje costaba miles de dólares.

El hombre abrió la puerta.

—Entonces la amas. —Era a medias una pregunta, a medias una afirmación—. Aún no te he dicho dónde está.

—¿Me lo vas a decir? —sorprendido, Mike cerró de nuevo la puerta y se sentó frente a él.

—No lo hago por ti, lo hago por ella, porque merece ser feliz — Lori seguía triste, así le insistiera a Jack que estaba bien. Él sabía que seguía queriendo a Mike, pero antes de darle la llave del tesoro, tendría que sacarle algunas promesas.

Mike lo interrumpió.

—Te prometo que la haré feliz, me casaré con ella y la llenaré de hijos, claro, si ella quiere también.

Jack se echó atrás en la silla.

—Seguro que querrá, Lori te ama, no entiendo qué te ve, no la mereces, pero si tú eres su felicidad, debes ir por ella. No lo tendrás sencillo, está resentida.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Mike. Nadie había querido decirle nada. Jack era la última persona a la que habría recurrido sino estuviera tan desesperado.

—Porque hace poco entró el amor a mi vida y créeme, cuando te dejas ir, es una experiencia alucinante, con dolores de cabeza, no te lo voy a negar, pero es el mejor estado y deseo de corazón que Lori lo halle contigo. Está en Chicago —le tendió un memo con sus datos.

—Gracias, Jack, no sabes lo que significa para mí este gesto.

Jack se puso los lentes dispuesto a continuar con su trabajo y cuando Mike abrió la puerta, preguntó:

—En el restaurante cuando besé y acaricié a Lori, ¿qué sentiste?

—Ganas de matarte.

—¡Lo sabía! —dijo Jack como si hubiera ganado una apuesta—. Suerte, Mike, la necesitarás.

Mike salió de la oficina de Jack, con sus sentimientos hechos un lío. Alegría porque por fin la había encontrado, temor por el encuentro y expectativa porque por fin podría hablar con ella. Planeó su viaje con la meticulosidad con la que hacía todo. Arregló sus asuntos de trabajo, se reunió con Nick y le delegó algunos viajes y reuniones. Jane le hizo las reservas de hotel y de tiquetes y decidió partir esa misma tarde para Chicago, con suerte la vería esa misma noche.

Lori merendaba, sentada en una cafetería cercana a la escuela de arte. Por la ventana observaba los copos de nieve, estrellarse en el pavimento y en los diferentes autos. Bebía chocolate caliente y revisaba sus correos cuando entró un WhatsApp de Jack.

"Te envío un regalo"

Emoticones varios.

"Espero que te encuentres bien, disfrutando de la congestionada, contaminada y fría ciudad de los gánsteres. Hoy en la noche o mañana tendrás un regalo mío en tu puerta. Espero que no lo devores de golpe. Lori, querida, ¿has ido al salón de belleza? ¿Tienes la manicura? Sé que esos cursos de arte arruinan las uñas y ¿qué tal estamos de depilación? El hecho que estemos en invierno y no tengas mucho sexo, no quiere decir que debas dejarte las piernas como futbolista de Rugby por no hablar de otras partes. Si no has ido al salón, te sugiero que separes una cita enseguida. Seth te envía un saludo especial y palabras textuales, dice que no me prestes atención, que hoy enloquecí de repente.

Te quiero amiga y lo único que deseo es verte feliz.

Emoticones de besos."

Lori casi se ahoga con el chocolate y el *pie* de queso que degustaba en ese instante. Después de toser unos segundos, le contestó:

"¿Qué es eso de la depilación? Me asustas, ¿estás bien de la cabeza?, para que sepas, me regalé un día en Elizabeth Arden, tendré que trabajar como esclava cuando regrese, porque mi tarjeta de crédito no estira más, esas son las consecuencias de vivir como estudiante adulto y sin beca, quieres ir de compras todos los días.

¿Qué es eso de un regalo? Parece algo de comida. Oh, espero que sea la torta de nueces de mi pastelería favorita, desde ya te agradezco tu regalo con un beso, mándale otro beso a Seth.

Seth, cielo, por favor, contrólale los ataques de locura, sé que son nuevos para ti, no te asustes.

Voy a cenar con mi profesor de arte ¿Te imaginas? El dolor de cabeza de toda madre y el sueño de toda adolescente.

Emoticones de besos."

Capítulo 26



Tenso e inquieto, Mike arribó al aeropuerto Midway a las ocho de la noche. Se le pasó por la cabeza que solo había visitado Chicago en una ocasión y cuando el fuerte viento lo golpeó como una cachetada, se dijo que a lo mejor no había sido su decisión más inteligente ya que la información provenía de un hombre a quien no le simpatizaba, pero el caso era que lo había hecho sin confirmar con nadie más. Ni siquiera con la recepción del lugar en que vivía Lori.

Se alojó en el Radisson Blue, en una habitación con vista al lago. Había nevado más temprano, el paisaje parecía el de una postal de navidad. Mike odiaba el frío, no le gustaba la nieve y andar abrigado con kilos de ropa, pero en esos momentos, podría ir al polo norte a buscarla si era necesario. Sus pensamientos estaban desbordados por ella, ¿cómo la abordaría?, no tenía idea, tendría que desplegar un encanto que sabía que tenía en alguna parte aunque algo refundido. Confiaba en que este viaje fuera por fin el hilo conductor de su vida.

Se dio una ducha caliente y se vistió de manera informal, *jeans* algo gastados, el cinturón le bailaba en la cintura, había adelgazado,

contempló su imagen en el espejo, no tenía la mejor cara, pero tendría que bastar.

Con la expectativa del próximo encuentro a flor de piel, llegó a la dirección del domicilio de Lori. En recepción le dijeron que no se encontraba. Eso no lo amilanó, se sentó en un cómodo sofá y con una revista en sus manos se dispuso a esperarla. Había vuelto a nevar, levantaba la vista en cuanto la gente entraba y salía, pasó media hora, una hora ¿dónde diablos se encontraba?, ¿y si estaba con otro? No era un hombre inseguro, pero recordó las palabras de Peter y éstas se encargaron de aguarle la fiesta. Ella podría tener al hombre que quisiera a sus pies, se la imaginó enamorada de otro y fue como si dagas se clavaran en su pecho. Todos sus planes sobre abordarla de manera gentil, se fueron por la borda al verla llegar acompañada de un hombre de su misma edad, pelo largo y pinta de hippie, con tatuajes en el cuello y las manos. Mike clavó los ojos duros y fríos en la mujer y con los labios apretados, los observó con expresión demasiado calmada. Demasiado tranquila.

Estaba hermosa, aunque mucho más delgada y con ojeras debajo de sus preciosos ojos, la sensación en la boca del estómago se acrecentó cuando en un gesto se quitó el gorro de lana y la mata de cabello largo y pesado hizo aparición. El hombre que la acompañaba no quitaba su codiciosa mirada de sus facciones. Ninguno se percató de su presencia. Mike vio todo rojo cuando Lori se despidió del bastardo. Hasta él llegó el sonido de su voz.

—Me divertí mucho, muchas gracias.

El hombre se acercó y le dio un suave beso en los labios, que en segundos hizo más profundo.

Mike se levantó y enseguida se dirigió a ellos.

—Suéltela —exclamó en tono de voz ronco e irascible.

Lori volteó la cabeza para encontrarse con la expresión furiosa de Mike, abrió los ojos como platos al tiempo que un gesto parecido al temor se apoderaba de su expresión.

—¡Mike!

El hombre que la acompañaba lo miró desconcertado.

—Lori, ¿qué pasa? —preguntó pidiendo una explicación y Lori estaba tan asombrada que no pudo contestar.

Mike se dispuso a despedir al hombre sin contemplaciones.

—Amigo, su presencia sobra, ya llegué yo. Adiós.

El joven al ver el mutismo de Lori y que no desprendía la mirada del intruso, decidió retirarse.

—¿Estarás bien?

Lori hizo un gesto un afirmativo.

—¿Segura? —insistió.

—Segura, ve tranquilo.

El ruido de los pasos del joven al retirarse, resonó en el silencio de la recepción.

Mike se acercó hasta quedar frente a frente, observó como Lori enrojeció de repente y como sus ojos lo miraban como dagas directo al corazón.

—¿Se puede saber qué rayos te pasa? ¿Qué haces aquí? —¿Cómo se atrevía a arruinar el frágil equilibrio que ella había encontrado en esos días, solo con aquellos ojos matadores y su voz ruda?

—No me pasa nada y necesitaba verte —la voz masculina sonó tranquila y razonable—. Vine a recuperar lo que es mío.

Lori alzó la barbilla odiando cada latido de corazón que sabía le pertenecía a ese hombre, odiando cada recuerdo que pasó por su mente y odiando la necesidad que la asaltó de arrebujarse en su pecho y no salir jamás de allí, sintió la burbuja diluirse y se odió aún más. Se enfureció ante el deseo que sintió de gritarle por causar el caos en su interior.

—Aquí no hay nada tuyo, además, me trataste como si fuera un objeto inservible.

Había vuelto a colarse en su vida. No, por nada del mundo saldría lastimada otra vez, caviló ella.

—¿Dejaste San Francisco por mí? ¿Vas a vivir ahora en Chicago?

Jack no le había aclarado ese punto, todo el viaje estuvo inquieto, pensando si habría dejado la ciudad por lo ocurrido.

—No, no dejé San Francisco por ti. Tengo una vida, Mike, no

todo gira a tu alrededor. ¿Qué haces aquí? —Irguió la cabeza y enderezó los hombros con gesto desafiante—. Ah, ya entiendo, vienes por un revolcón. ¿Se acabaron tus existencias en California?

—Yo sé que quieres herirme y lo merezco, pero no te voy a permitir que denigres lo que tuvimos —expresó ofendido.

—Lo denigraste tú.

A Mike no le pasó desapercibido el tono triste y vulnerable en la voz de Lori y quiso ponerse de rodillas y pedirle perdón.

—No, Lori, estás equivocada, no he venido a eso.

—Ah, entonces debe ser por trabajo, lo siento Mike, estoy de vacaciones —le regaló una mirada altanera, giró sobre sus talones y se dirigió al ascensor, pulsó el botón nerviosa. Quería desaparecer y llorar su pena, pues a pesar de su bravuconería, de todo lo ocurrido y del lavado de cerebro de estas semanas, no había dejado de amarlo ni un maldito minuto.

—No, tampoco es por trabajo —le contestó poniéndose a su lado.

Lori se concentró en el tablero del ascensor, faltaban diez pisos para que llegara y se acabara la tortura.

—Hiciste una escena —dijo sin mirarlo—, deplorable, además.

—No pude tolerar que ese hombre te pusiera sus manos encima —le tocó el brazo para que lo mirara y esa simple caricia los afectó.

—Deja que otro hombre me quiera —contestó.

Él la aferró más fuerte del brazo y mirándola con ojos como carbones encendidos.

—¡Nunca! ¡Jamás!

—No tienes ningún derecho.

El portero levantó la mirada ante el tono elevado en que Mike pronunció esas palabras.

—Me vas a escuchar, así no quieras —dijo con los dientes apretados por la frustración que el comportamiento de Lori le causaba, por la conmoción que el roce de su piel le ocasionaba y porque antes mataba al que se atreviera a tocarla.

La puerta del ascensor se abrió en ese momento. Lori se soltó del

agarre de Mike y cuando éste hizo el amague de entrar, Lori le cerró el paso.

—No eres bienvenido a mi casa. Buenas noches, Mike, que tengas feliz regreso a California.

Mike respiró profundo varias veces mientras trataba de calmarse.

—Bien, mañana, te recojo a las ocho, cenaremos juntos y hablaremos —sentencio él.

—Tengo un compromiso —le respondió furiosa.

—Cáncélalo.

—No —respondió ella queriendo saber hasta dónde iba a llegar él.

—No me retes, Lori, no estoy muy contento en estos momentos. Así tenga que cargarte en hombros, vas conmigo mañana y no se hable más.

Mike acababa de descubrir que Lori era la única mujer con el poder de hacerlo pasar de la medida al mal genio, en menos de diez segundos.

—¿Quién te estás creyendo que eres? —preguntó indignada.

Mike entró al ascensor, la arrinconó a la pared y acercó sus labios al oído de ella, le susurró con voz gentil pero con sustrato de acero.

—Soy el hombre que te brinda placer, soy el hombre que saboreó tu cuerpo al derecho y al revés y soy el hombre que con una sola caricia te enciende. *Soy el hombre, principessa.*

—Eres un engreído.

—Decidido, que es otra cosa —dijo sin dejar de mirar de forma insistente su boca—. *Adiós, principessa.*

Se dio la vuelta y se fue antes de que Lori pudiera reaccionar a su comentario.

Lori cerró las puertas del ascensor, se le doblaron las rodillas y se escurrió hasta el suelo. No podía creerlo, Mike en Chicago y tan imponente y atractivo como siempre, con sus vaqueros y su abrigo de invierno, se reprendió enseguida por el curso de sus pensamientos, no podía olvidar que era un prepotente, egoísta, necio y le había roto el

corazón. Se dijo “recuerda lo que has sentido este tiempo, las lágrimas derramadas hasta dormirte, acuérdate de eso, en vez de estar pensando en su físico o en lo guapo que está”. Cuando su voz le susurró cosas al oído; un sudor frío le recorrió la columna vertebral, le fallaron las rodillas y el corazón dio tumbos en su pecho intoxicada por el olor de su perfume, y esa mirada cuando se despidió, la repasó entera. Basta Lori, suficiente. Abrió la puerta del aparta-estudio y caminó directo a la cama, se tumbó. Tuvo el impulso loco de hacer las maletas y salir corriendo, pero no le iba a dar el gusto, lo enfrentaría, a lo mejor ese último acto era lo que necesitaba para que saliera de su vida, se puso la pijama y aunque tardó en conciliar el sueño, al final se durmió.

Solo después de medianoche, se levantó de golpe y dijo: ¡Jack Dónovan!, me las pagarás.

Mike llegó al hotel en medio de la nieve y una ventisca, se quitó los guantes y el abrigo. Triste y apenado, se dijo que era el imbécil más grande del mundo. No había esgrimido sus mejores armas para la conquista. Quería darse cabezazos contra la pared. Tendría que desaparecer su número de troglodita a como diera lugar. ¿Quién era ese tipejo? Solo imaginar que ese tipo pudiera tocarla, le nubló el pensamiento. Más tarde, caminaba por la habitación, el sueño estaba ausente y hasta que diera con una idea aceptable sobre cómo recuperar a Lori, no dormiría. Lori era una persona amistosa por naturaleza, si él dejaba un par de cosas fuera de la ecuación, estaba seguro que ella bajaría sus defensas. Aunque la tentación de utilizar el sexo como una manera de unirla a él, era demasiado grande, podría manipularla y lograría funcionar, pero no quería, la deseaba como pocas veces había deseado a una mujer. Tendría más valor si volvieran a ser amigos, habría que revestirse de paciencia, no le declarararía su amor enseguida y trataría de ahogar el deseo que ella le causaba. Difícil, pero no imposible. Se ganaría su confianza y cuando estuviera lista le diría que la amaba. Esperaba hacerlo antes de que se le congelaran las pelotas, aunque cerca de ella no sucedería.

Se levantó temprano e hizo ejercicio en el gimnasio del hotel.

Después de desayunar, habló con su secretaria y adelantó trabajo pendiente durante toda la mañana. En la tarde al ver que ya no nevaba, salió a caminar por *Navy Pier*, deambuló por algunos almacenes y almorzó en uno de los restaurantes de la zona. Le envió un WhatsApp a Lori:

“¿Te recojo a las ocho?”

“No.”

“Tomemos algo, intentémoslo como amigos, no me niegues eso, por favor.”

A esas alturas no le importaba manipularla, y cuando sonó el mensaje de respuesta sonrió. La conocía.

“Está bien, nos reuniremos en una pizzería. Estaré con amigos. No sé si sea un problema para ti.”

“No sé a qué te refieres con problema, si es por tus amigos, me encantará conocerlos, si es por la pizza, sabes que mis ancestros son italianos y si es por el licor que puedan vender, no tengo problemas con ello, ¿satisfecha?”

“En un rato te envío la dirección.”

No era lo ideal, pero con tal de que no lo eludiera, iría con ella a

donde quisiera.

Mike llegó al lugar antes de la hora, pidió vaso de agua con limón y se dispuso a esperarla, el lugar era agradable, con decoración en madera oscura, había una pequeña pista de baile y en minutos se llenó de gente. Cuando la vio llegar con su grupo de amigos, con sus mejillas sonrosadas por el frío, su sonrisa marca registrada, todo lo demás desapareció, Mike la vio dirigirse a una mesa reservada, la vio quitarse el mismo gorro del día anterior y cuando se quitó el abrigo, se quedó sin respiración, llevaba una minifalda negra con un suéter grueso de color rojo. Se dirigió a ella.

—Hola —susurró embobado, al observar sus espectaculares piernas envueltas en medias de seda negra, acompañadas de unas botas tacón de aguja hasta la rodilla. Quiso agarrarla del cabello, subirle la falda y follarla ahí mismo sobre la mesa y que esos tacones le marcaran la espalda. Lo de pretender ser su amigo iba a ser muy difícil. Trató de separar sus oscuras fantasías y concentrarse en el objetivo inmediato.

Lori se dio la vuelta y contuvo la respiración, tenía la esperanza de que no viniera, lo citó con amigos porque no estaba lista para tener una charla a solas con él. Mike estaba vestido con un pantalón de dril oscuro y un suéter gris, llevaba una bufanda de cuadros y chaqueta bajo el brazo. Imponente, atractivo e intimidante. Sus amigos que sonreían, quedaron serios de repente. Hasta ella llegó su olor narcótico que la envolvió, quiso tocarle la sombra de su barba.

“Para ya, Lori.” Tenía que ser fuerte, tenía que probarse a sí misma que podría vivir sin el influjo Donnelly en su vida.

—Mike —le sonrió—, bienvenido.

Le presentó a su grupo de amigos, el hippie llamado Dan estaba con ellos, lo que lo irritó sobremanera, el hombre tampoco hizo buena cara.

Lo presentó como un amigo de California, Dan levantó la ceja y se acomodó al lado de Lori, luego le presentó a un joven Devon y a una mujer, algo mayor que Lori, llamada Claudia, Mike se sentó a su lado, por lo que entendió, era vecina en el aparta-hotel y Alec era un hombre en la cuarentena que también tomaba el mismo curso que Lori. Pidieron unas cervezas y conversaron de varios temas, solo Dan era de Chicago. Lori miró preocupada a Mike, cuando pusieron las bebidas en la mesa. Él la

tranquilizó con un gesto.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Dan a Mike.

—Trabajo en una firma hotelera.

Esa respuesta agradó a Lori y recordó la sencillez de Mike en su grupo de Alcohólicos Anónimos. Él podría ir a sus reuniones en otra parte y sin embargo, ayudaba a los más necesitados. El pecho se le calentó al ver lo amable que era con Claudia, ella la había conocido en el ascensor. Cuando Lori entró, la mujer lloraba a lágrima viva, Lori la acompañó hasta que se calmó, llegó tarde a clase ese día. La mujer arreglaba la pensión de su divorcio.

—Tienes pinta de abogado y detesto a los abogados —dijo el hippie.

Mike iba a contestar pero Lori se adelantó.

—No necesitas ser grosero, Dan. Es mi invitado.

El hombre tomó un sorbo largo de cerveza y dijo algo entre dientes que Mike no entendió. No dejaba de mirarla, sus labios, la manera en que se entreabrían y recordó su gusto y su tacto. Quería separarla del tipo, pero éste quizás adivinando sus intenciones, se adelantó y la sacó a bailar. Mike le dio la espalda a la gente de la mesa y con aparente calma, se dedicó a mirarlos. Después de que bailaron una pieza, Lori quiso volver a la mesa. Mike cambió de silla y quedó sentado a su lado. Mike subió las comisuras de los labios ante el gesto de disgusto de Dan. Pidieron una pizza. En media hora, se percató que Claudia y Alec hacían buenas migas, el hombre había enviudado hacía un año, que el joven Devon suspiraba por una chica de la mesa siguiente y a Dan le gustaba Lori y que deseaba partírsela a él la cara a medida que subía su dosis de licor. Para aligerar el ambiente, Lori sacó a Dan a bailar, lo que no le gustó a Mike ni un poco y más cuando el hombre se acercaba y le olfateaba el cabello. Tuvo que tener un gran autocontrol, para no levantarse de la silla y arrancarla del lado del personaje cuando puso su mano en la parte baja de la espalda. En un momento dado, quiso meter la mano por dentro del suéter, pero Lori se percató y con gesto serio, impuso las distancias. Demasiado tarde, se dijo Mike, iba a reclamarla y lo de ser amigos lo dejaría para los integrantes de la mesa. Ella era su mujer y creyó conveniente recordárselo. En cuanto acabó la pieza, Lori se

disculpó, seguro para ir al baño, Dan volvió a la mesa y Mike se levantó y la siguió. Podía sentir la adrenalina corriendo por su cuerpo, se tensó de rabia y lujuria. En un instante de lucidez se instó a volver a la mesa, pero al apoyar la mano en el picaporte olvidó su propósito.

Lori se mojaba las manos y llevaba la mano húmeda a la frente con gesto preocupado.

—¿Estás bien? —fue lo primero que atinó a preguntar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con gesto horrorizado. “*Otro baño, no*” —. Te aseguro que estoy bien, puedes marcharte.

Mike se recostó en la puerta y con ambas manos apoyadas en la puerta, le regaló una irónica sonrisa.

—Creo que no —se alejó de la puerta y se acercó a ella—. Tengo algo que recuperar.

Lori lo miró fijamente por el espejo. El timbre intenso y oscuro de su poderosa voz, despidió un reconocimiento que recorrió su espalda como una intensa caricia.

El ambiente del lugar cambió como si un cerco eléctrico los circundara, refractando la energía.

—Estás loco. No soy tuya.

Se pegó a ella y la sintió estremecerse.

—Tu cuerpo piensa otra cosa.

Se inclinó para besarla, ella trató de negar con la cabeza, entonces la boca de él aterrizó en su cuello, le levantó el suéter y metió sus manos por entre la falda y las pantimedias, hasta llegar a su ropa interior.

—Mike, ¿qué haces?, por Dios —dijo al tiempo que un gemido la inundó al tocarla en medio de las piernas y cerró los ojos. Dejó de resistirse.

—Lo sabía, puedes pelear lo que quieras, pero tu cuerpo no miente —la miró de pronto con el ceño fruncido—. ¿Acaso es por el imbécil que te tocó mientras bailabas.

—¡No!

Lori abrió los ojos y se ablandó por la mirada que le destinó Mike, entre alterada y vulnerable.

—¿Quieres estar con él?

Ella no le contestó y se movió intentando soltarse.

—Déjame —exclamó Mike rosándole la piel del rostro. Suavizó el tono de voz—. Lo necesitas tanto como yo.

Se arrodilló ante ella, le subió la falda a la cintura, las medias y los interiores los bajó hasta donde las botas lo permitieron, pensó por un momento que las prendas no estirarían lo suficiente, pero logró acomodarse entre sus piernas, besó la piel interna de los muslos y le acarició el sexo con los dedos, en cuanto estuvo húmeda le abrió los labios y acercó su rostro, la lamió y la chupó de forma suave y cuando ella empujó su cabeza para pegarlo más supo que había ganado ese asalto. Jaló de la cadera hasta acomodar una mano en su nalga, para que siguiera el ritmo que estaba imprimiéndole con la lengua y labios.

—Te quiero así siempre, *principessa*, paladeándote, agachada, acostada, contra una mesa o una pared —farfullaba intoxicado por su aroma—, en todas las jodidas posiciones que existen.

Chupó su clítoris con acometidas suaves y firmes, los gemidos de Lori, su esencia y su suavidad lo tenían al borde de una combustión, quería lamer más duro, la quería perdida en el placer, jugó con ella con labios y lengua hasta que explotó de placer en su boca. En cuanto ella se calmó, se levantó.

Lori se negaba a mirarlo mientras se acomodaba la ropa.

—Lori.

—No digas nada.

—Arreglemos las cosas —rogó él cuando ella ya iba a abrir la puerta.

Ella se volteó furiosa y lo enfrentó.

—¿Qué es lo que quieres arreglar? ¿Quieres tenerme de nuevo en tu cama? No, Mike, no voy a caer otra vez.

—Ya caíste.

Lori lo miró mortificada.

—Vuelve a California, Mike. Esto no volverá a ocurrir.

Él le abrió la puerta.

—Permíteme que disienta, *principessa*.

El resto de la noche pasó volando, se despidieron antes de medianoche, Mike insistió en llevarlos, pero Lori se montó en un taxi con la compañía de Claudia. Mike los siguió a poca distancia y al ver que las mujeres llegaron bien, se dirigió a su hotel.

Capítulo 27



Lori no sabía qué hacer. Después de una ducha caliente y ponerse una pijama abrigada, encendió el televisor y pasó por los diferentes canales sin poder concentrarse en nada. Su mente volvía a lo ocurrido en el baño, estuvo segura que cuando llegó a la mesa, se le notaba el orgasmo que acababa de experimentar y la mirada de suficiencia de Mike no ayudó mucho, quiso borrarla de una bofetada. No entendía qué quería, ella deseaba su amor y un compromiso, ¿era algo malo?, no lo creía, ella lo amaba y no iba a entrar en su espiral de relaciones sin sentido. Debería dejarla en paz y seguir con su vida, no demoraría en encontrar una mujer que quisiera meterse en su cama. El corazón se le arrugó ante ese pensamiento. No podía quitarse de la cabeza las palabras que tanto la habían herido: *“El hecho de que no te ame, no quiere decir que no pueda amar a alguien más, principessa.”*

Después de una pésima noche, se alistó para ir clase, no sin antes enviarle un WhatsApp a Jack, que estaba inusualmente callado.

“¡Nunca creí que llegaras a traicionarme, Jack

Dónovan! ¿Es que ya no eres mi amigo?"

"Nunca he sido más amigo tuyo que en este momento, recuérdalo cuando cambien los vientos y la armonía y la paz lleguen a tu vida."

"No me vengas con bobadas, por lo visto cambiaste de profesión, eres el último Gurú de ayuda a parejas de California, pues déjame decirte que se te da muy mal, mejor sigue de diseñador."

Emoticones furiosos.

Jack no le contestó el último mensaje. Lo conocía y ella sabía que tuvo que tener una razón poderosa para haberle revelado su paradero a Mike. Por primera vez en años de amistad, su amigo le ocultaba algo. Arreglaría cuentas con él en cuanto volviera a San Francisco. Mortificada llegó a clase, mientras trabajaba en una pintura al carboncillo, pensaba en lo ocurrido por enésima vez. ¿Dónde estaba su fuerza de voluntad? Se recordó que era muy mala invocándola, dietas, ejercicios, comida saludable, relaciones sanas, ¿por qué se molestaba?

A media mañana recibió un mensaje de Mike. No quiso abrirlo en ese momento. Cuando llegó a la cafetería para comer un sándwich, leyó el mensaje.

"Principessa, tenemos que hablar, te prometo que si me escuchas, te dejaré en paz y volveré a Los Ángeles."

Tendría que hacerlo, pero no le daría el gusto ese día, se dijo. Lo dejaría para dos días después. Tenía que erigir sus defensas.

“Está bien, Mike, pero no puedo hoy ni mañana, no estoy aquí de vacaciones y debo presentar un par de trabajos para el viernes, si deseas, nos vemos el viernes en la tarde.”

Llegó la contestación minutos después.

“Me parece fabuloso, ropa informal y abrigada.”

“Bien.”

Mike llegó al edificio donde Lori estudiaba, abrigado con *jean* grueso, chaqueta acolchada, botas de invierno y guantes. La temperatura no era tan baja esa tarde, estaba soleada y no había nevado ese día, pero el viento estaba algo fuerte. Los dos días anteriores apenas había salido del hotel. Dio gracias a Dios cuando Lori salió del lugar, estaba con un grupo de compañeros, se despidió de ellos y llegó hasta él. A pesar de que tenía guantes, se frotó las manos y por culpa de la temperatura se le enrojeció la nariz, estaba con una vestimenta muy parecida a la de él a diferencia que llevaba un gorro de lana. Se saludaron algo tímidos, Mike se acercó y le dio un suave beso en la mejilla, ella se sonrojó. No podía evitar mirar sus ojos que como pozos azules, veían a través de él, el viejo Mike utilizaría sus mecanismos de defensa ante ese gesto que lo dejaba vulnerable, pero el nuevo hombre, deseaba desnudar su alma ante ella. Alabó en sus pensamientos la tersura de su piel, como extrañaba tocarla. Estar lejos de ella era peor que el infierno, para el poco tiempo pasados juntos; Lori había dejado una huella profunda.

—Menos mal que me hiciste caso, vas muy bien abrigada —le dijo mientras la llevaba al auto, un Land Rover último modelo. Estaba nervioso, tenía la boca seca y el corazón expandido en el pecho. Ya no peleaba con esas sensaciones, se regodeaba en ellas. Así era el amor.

—Hace un frío de los cojones.

Al subir al auto, Mike encendió la calefacción y le brindó un recipiente con chocolate caliente que acababa de comprar en una cafetería de la esquina. Lori agradeció el gesto con una sonrisa. Estaba nerviosa, había pasado dos días tratando de controlar sus sentimientos, pero no era sino que su presencia invadiera su espacio para mandar los resquemores a pasear. Su aroma la intoxicaba, era una nebulosa que le invadía las fosas nasales, recordó los dibujos animados cuando el zorrillo, Pepe Le Pew, llegaba y con su fragancia trataba de conquistar a la gatita Penélope, pues bien, Mike era Pepe y la diferencia entre ella y Penélope era que Lori si estaba enamorada. Pronto la calefacción caldeó el ambiente, eso y el chocolate la pusieron de buen humor.

—¿Y bien? ¿A dónde vamos?

—Vamos a hacer turismo. ¿Has conocido algo de la ciudad?

—La verdad no mucho, de la casa al estudio y algunas salidas cerca.

Mike le comentó que irían al Museo Contemporáneo de Fotografía ubicado en el centro de la ciudad. Las fotografías expuestas eran de artistas locales poco conocidos, pero con un enorme talento.

Llegaron al lugar, un edificio de varios pisos, hicieron el recorrido en silencio hasta que Mike se paró frente a una de las fotografías, una pareja caminando por un corredor de piedra bordeado de árboles y sin mirarla le dijo:

—No te agradecí el collage de fotografías que me regalaste, es hermoso y como todo lo que haces, demuestras talento. Una de las fotografías me llamó mucho la atención.

Lori volteó la cabeza intrigada. Mike continuó.

—Estoy martillando una viga de madera en el centro de jóvenes.

—La recuerdo.

—Y yo recuerdo lo que pensaba en ese instante —la observó y se apresuró a continuar—. Meditaba sobre la mejor manera de no involucrarme contigo emocionalmente, de dejar todo en un plano físico.

—No es una sorpresa —dijo ella.

—Te veía —se aclaró. Se metió las manos enguantadas en los

bolsillos de la chaqueta para evitar tocarla—. Te veo tan en comunión con el mundo que me pregunto: ¿cómo lo haces?

Caminaron hacia otra serie de fotografías. Varias personas pululaban alrededor.

—Tengo mis propios demonios, Mike, no soy perfecta, pero amo la vida y amo todo lo que me rodea y a los problemas que se presentan, siempre les busco una solución. Trato de no esconderme en actitudes mezquinas. En cuanto a lo que pasó, no te involucraste emocionalmente.

—Eso no es cierto, *principessa*, te me metiste en la piel y en el alma y reaccioné de la peor manera.

Ella no le contestó. Recorrieron los siguientes pisos. Hablaron de las fotografías. Mike quería llevarla por el sendero de una charla más íntima, pero ella lo eludía con maestría.

Lori esquivaba el tema porque con cada comentario, sus defensas se desmoronaban y otros sentimientos la asaltaban. Debería estar atizando el fuego del resentimiento, pero lo que estaba atizando era otra cosa y eso le sentaba mal. En vez de echar vistazos embobados a su boca o sus ojos que la miraban de diferente manera, nunca la había mirado así. ¿Por qué ahora? Debería pensar que estaba ante un hombre que sufría una fuerte dolencia emocional y el hecho de que se estuviera disculpando no era excusa para desearlo. Se recordó que ahora era una nueva mujer, incapaz de contentarse con migajas emocionales. Se merecía poder amar sin dobleces ni barreras y ser correspondida de la misma forma.

Salieron del lugar y se montaron en el auto, el cielo estaba oscuro y parecía que una tormenta se avecinaba, el viento cantaba a través de calles y árboles.

—No creo que sea buena idea ir a *Sears Towers*.

Ella sonrió y se arrebujó aún más la chaqueta.

—No, no creo —contestó.

El ambiente caldeado del auto y la música de *Keane* que Mike puso en el reproductor de música, les hizo sentirse cómodos. Mike se negaba a echar el auto a andar.

—¿Qué pasa? —preguntó Lori—, ¿por qué no arrancas?

—¡Oye! Esto es como en las películas, nos quedamos atrapados en

medio de una tormenta y una ventisca, hasta que nos rescaten. Lástima que se acabó el chocolate.

Lori no iba a dejar que se hiciera el simpático.

—Habla, Mike, me dijiste que te escuchara. Bien, te escucho.

Empezó a nevar, pequeñas bolas de nieve se estrellaban contra los vidrios del auto. La gente corría o caminaba rápido para resguardarse. No alcanzaban a estuchar el ruido del mundo. Ellos estaban encerrados, protegidos y Mike no quería estar en ningún otro lugar.

—Siempre he creído en el amor —Lori abrió los ojos de asombro y antes de que pudiera replicar, Mike la calmó con un gesto de manos—. Como una amenaza, como un peligro. Necesito el control, Lori, siempre, y el amor me priva de él. La vulnerabilidad hace que el amor me inunde y entonces todo se derrumba.

—No necesariamente.

Mike se quitó los guantes. Lori tenía calor y se quitó los guantes y la chaqueta, el suéter color melocotón que llevaba era abrigado.

—Mi madre se suicidó, se cortó las venas cuando yo tenía doce años —soltó Mike en un murmullo. Lori ahogó un gemido aterrada—. Yo fui el que la encontró en la tina, había ido a verla antes de dormirme porque me negué a ir cuando me llamó —se le aguaron los ojos.

—Oh, Mike.

Lori se puso de lado y le acarició el cabello, deseaba consolarlo.

—Estaba con su camisón mojado y toda la tina llena de sangre, no pude reaccionar, ni gritar, ni llorar, ni nada —el nudo en la garganta lo obligó a tragar varias veces—. Era depresiva y alcohólica.

—Lo siento mucho, Mike.

—En la adolescencia me enamoré como un tonto, entré con mi corazón en bandeja y lo destrozaron. Me prometí no volver a pasar por eso.

—Todos tenemos desengaños y no perdemos la fe en el amor. Siento mucho todo lo que te ocurrió y pienso que esas experiencias han hecho de ti, el hombre que eres hoy día, no todo es malo, eres generoso a tu manera.

—A veces pienso que soy la suma de varios pedazos.

—Todos lo somos, Mike, nadie va por la vida sin recibir siquiera un rasguño, además, sería aburrido —Soltó un suspiro y dejó de acariciarlo—. No puedo arreglarlo ni debo hacerlo.

—No te lo estoy pidiendo. No necesito que me arreglen. Esos pedazos estarán ahí siempre, pero estos días he aprendido que puedo construir una nueva vida sobre los errores que he cometido.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Quiero que me entiendas. Deseo estar a tu lado, recuperarte.

Lori se enderezó.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó mirándolo con rabia— ¿Semanas? ¿Meses? ¿Hasta cuándo decidas que me tienes que despachar por tu paz mental?

—Para toda la vida.

—¡No me jodas, Mike Donnelly!

Lori soltó el cinturón de seguridad y se bajó del auto, caminó varios pasos antes de que Mike la alcanzara.

—¡Entra al jodido auto! Te va a dar una neumonía.

—¿A ti que carajos te importa? —estaba siendo injusta y lo sabía.

La aferró de los brazos y la zarandeo.

—Te amo, Lori Stuart, te amo —pegó su frente a la frente de ella—. Sé que te lastimé, sé que me ofreciste tu corazón y me porté como un idiota, pero te amo, es la primera vez que siento esto aquí. —Señalaba el corazón—. Es como si se fuera a salir del pecho cada vez que te veo. Te amo, Lori Stuart y no sabes de qué manera me sentí por lo ocurrido entre nosotros años atrás, sé que es una nube entre los dos y quiero arreglarlo de alguna forma, sé que hemos hecho muchas cosas mal, pero te amo.

Lori soltó un gemido y se tapó la cara con las manos. Los cristales de nieve que caía salpicaron la cabeza y la ropa de los dos. No les importó.

—Lori, mi amor, *principessa*. —Mike la abrazó y trató de calmar el llanto que la amargaba—. Déjame hacerte feliz. Soy consciente de que clase de persona soy. Un adicto, mi amor, soy un adicto y si no deseas

nada conmigo lo entenderé.

Lori levantó la mirada y con gesto furioso, lo golpeó en el pecho.

—No te atrevas a decirme eso nunca más. Lo único que hará que desmerezcas a mis ojos, será que no te hagas cargo de tus sentimientos, Mike Donelly. Te amo, no tienes idea de cuánto.

Mike soltó un gemido y la abrazó sin percatarse de la presión que ejercía. La gente los miraba al pasar, pero le importaba un comino. ¡Dios mío! La necesitaba con desesperación, no había comprendido tanto hasta que tuvo la certeza de que la había perdido. No la dejaría ir nunca más. La llevó volando al auto y antes que de verdad se quedarán en medio de la nevada, se dirigieron al aparta hotel.

Él le acariciaba las piernas con la mano libre, se les hizo una eternidad la llegada al lugar. Cruzaron el vestíbulo de manera apresurada cogidos de la mano. En el ascensor se besaron sin importar la pareja de ancianos que se subieron un piso más arriba. Salieron del elevador y llegaron a la puerta, mientras Lori hurgaba en su bolso, Mike deslizó una mano por su vientre.

—Apresúrate o no respondo.

—Quieta las manos.

—No voy a jugar a eso hoy, ni de coñas. Empezaré a contar hasta cinco y como no encuentres la dichosa llave, lo haremos aquí en el pasillo.

Lori levantó el artilugio con gesto triunfante.

—Tenía la esperanza que no la encontraras.

—Pervertido.

Lori abrió la puerta y él miró para todos lados hasta encontrar la habitación. Era un lugar de apenas dos espacios y el baño. Se desvistieron como si estuvieran en un concurso de quien queda más rápido sin ropa. Gimieron cuando juntaron sus cuerpos y cayeron en la cama. Fue un encuentro diferente, fue emocional, intenso e íntimo.

—Eres todo lo que quiero, lo que no me había atrevido a soñar. Quiero hacerte el amor —dijo Mike al tiempo que le acariciaba la cara y el cabello.

Lori le sonrió con una expresión de felicidad que era nueva en

ella.

—Vaya, ¿enamorado, señor Donnelly?

—Hasta el infinito y más allá.

Lori soltó la carcajada al recordar la película *Toy Story* y el muñeco que recitaba la frase.

Mike bajó la cabeza, la besó y jugueteó con su lengua un rato. Luego trató con el mismo mimo sus pezones, pero Lori lo quería dentro de ella fuerte y duro, lo necesitaba, la ternura vendría después. Se puso a horcajadas sobre él, ya estaba húmeda, lista para recibirlo. Bajó sobre su miembro y fue la sensación más exquisita.

—Ah, así —jadeó él sin dejar de mirarla extasiado.

Lori movió las caderas, al comienzo con ritmo suave y después con una cadencia como si estuviera bailando la danza del vientre sobre Mike. Él gemía hechizado, le besó los pechos que se movían al mismo ritmo, en una escena tan erótica, que superó sus más tórridas fantasías. El interior de Lori le acogía prieto, ardiente y húmedo y él respondía empujando hacia arriba las caderas.

—Eres jodidamente hermosa —le regaló una mirada enamorada y posesiva.

De pronto, Mike cambió las posiciones y se puso encima de ella. Ella se aferró a su espalda y enroscó las piernas a su cintura. El hombre impuso un ritmo más enérgico.

—Más, quiero más fuerte —le susurró Lori al oído.

—Todo tuyo, *principessa*... tus tetas me matan, toda tú me matas. Tenía muchas ganas de comerte —farfulló excitado como pocas veces en la vida.

A Lori no le molestaba su falta de gala al hablar, le gustaba que Mike fuera de lenguaje sucio en el sexo y sobre todo si le regalaba su mirada de ojos ardientes. Él aumentó la intensidad de los empujones, le sujetó el cabello en el proceso, le obsequió más palabras sucias mientras se deslizaba con facilidad por su cuerpo. Gimió alto. A ella era a la que estaba matando de amor, de lujuria y de necesidad. Sí, Mike Donnelly, era el hombre, el hombre para ella, su compañero de vida. Lo amaba con locura, caviló, mientras se dejó llevar por la espiral del orgasmo, que sintió por

todo el cuerpo, quiso decirle muchas cosas pero las palabras se juntaban en su garganta impidiendo la salida. Un gemido fue toda la respuesta a lo que le tenía atenazada el alma.

Un jadeo sentido, emergió de lo profundo de la garganta de Mike, fue la bienvenida a un brutal orgasmo. Abandonado a las sensaciones, no cesaba de abrazarla.

Capítulo 28



Al día siguiente, se trasladaron al hotel donde se hospedaba Mike y estuvieron encerrados todo el fin de semana. Hablaron, desnudaron no solo sus cuerpos, sino sus almas, comieron y se amaron. Lori volvería con él a San Francisco el siguiente miércoles que terminaba el curso, Mike no se iba a separar de su lado, ahora que la había recuperado. La invitó enseguida a Los Ángeles, le comentó que sus sobrinas, no lo dejaban en paz, en cuanto a ella.

—Melody, después de las novelas que le regalaste, se erigió en consejera sentimental de Patrick y mío. Con Patrick la tuvo fácil, al fin y al cabo Isabella no corrió al otro extremo del país —la miró con un gesto irónico—. En serio Lori, es un clima atroz, ¿cómo se te ocurrió?

Lori sonreía, mientras aferraba una taza de café.

—No fue por el clima, fue por la academia de arte.

—¿El hippie pinta algo ahí? —preguntó con aparente desenfado.

Lori puso la taza en la mesa y se sentó a horcajadas sobre Mike. Él le aferró el cabello y la atravesó con la mirada.

—Nada, ni siquiera lo conocía. ¿Qué consejo te dio Melody?

—Ah, la buena de Melody, me consideraba un caso terminal. Me aconsejó arrastrarme como serpiente o cambiarme de cara.

Lori soltó la carcajada y Mike aprovechó para besarle el cuello.

—Si supieran lo fácil que soy a todo lo tuyo. Las amo, amo a tus sobrinas.

El móvil de Mike vibró, estaba encima de una mesa. Se apresuró a contestar. Lori se levantó y dejó que hablara, era un asunto de trabajo.

Todavía estaba sobrecogida por lo ocurrido el día anterior. Mike la amaba, era algo con lo que soñó desde que tenía veinte años. Volvió a la habitación y entró al baño, dispuesta a llenar la tina. La suite era lujosa, dividida en dos ambientes y el amplio baño, gruesas alfombras y muebles oscuros de madera. Se acercó a una de las ventanas y abrió la cortina, una manta blanca cubría la ciudad, a lo lejos veía puntos oscuros, era la gente que salía sin importar el clima. Quería bailar, cantar a voz en cuello su felicidad. Amaba y era correspondida. Deseaba volver a San Francisco, tenía curiosidad por todo lo que vendría. Allí donde Mike la llevara, ella, gustosa, iría. No lo escuchó acercarse, lo percibió a su espalda, La envolvió en sus brazos y le besó la coronilla.

—En serio, Lori, Melody y Caro, fueron muy duras conmigo.

Lori se giró sin salir del abrazo.

—No te creo, esas chicas te adoran. Tú lo que quieres es inspirar mi lástima y que te consuele de tus penas.

—¿Funciona? —preguntó Mike.

—Sí, campeón.

Se alejó de él, caminó hasta el baño, donde la tina los esperaba, se soltó la bata y con gesto seductor, lo invitó a compartir espacio en el agua que desprendía un delicioso aroma.

El miércoles en la tarde, tomaron el vuelo a San Francisco. Mike intentó un par de veces, convencerla de sumarse a la lista de pasajeros que

lo hacen en un avión en las alturas. Ella le respondía con alguna carcajada. Le susurró al oído todas las cosas guarras que podría hacerle en el baño, mientras le rozaba las piernas y los pechos. Lori lo separaba cuando veía venir a la azafata. “Vamos preciosa, puedo hacerte el mejor sexo oral, o tú puedes hacérmelo a mí o puedo comerte contra la pared”.

—No sigas o cambiaré de silla —contestó ella.

—Te encanta, lo sé. Te estremeces, tus pezones están erguidos y te sonrojás, ya sabes lo que te pierdes.

Apenas podía mantener las manos fuera de ella. Estaba perdido en su sonrisa, en sus gestos, en el brillo de sus ojos. Era él, el que había puesto esos gestos allí. A miles de pies de altura, descubrió que el amor de Lori, era lo único que le había traído plena felicidad. No eran los hoteles, la superación de su adicción o su familia, era ella que con su mágica sonrisa, había extendido una red que lo había atrapado para siempre.

Arribaron a San Francisco. Lori abrió las ventanas del apartamento tan pronto llegaron, olía un poco ha encerrado, pero todo estaba limpio y ordenado, la empleada que hacía la limpieza había estado el día anterior. Escuchó los mensajes en la contestadora, uno de Jack en el que suplicaba su perdón y que le impusiera su penitencia.

—¿Lo perdonarás?

—Ya lo hice. —Sacó el móvil del bolso y tecleó un WhatsApp a su amigo “*Gracias*” —. Además, me lo había advertido, pero no le presté atención.

Mike se acercó y la abrazó.

—No puedes estar disgustada mucho tiempo con la gente que amas.

El siguiente mensaje fue de Julia:

“Sé que regresas hoy, es noche de fútbol, estaremos donde tus padres si te animas. Ah, y contesta el móvil, aunque sea para saber si estás viva”.

—¿Qué dices? ¿Vamos? —preguntó Lori mientras se quitaba la chaqueta.

—Claro, ya es hora de que todo el mundo sepa que te amo —dijo Mike solemne.

—Primero voy a tomar una ducha.

—¿Puedo acompañarte? —susurró carraspeando, también se quitó la chaqueta —. Te refregaré la espalda solamente, palabra de *boy scout*.

Levantó la mano derecha.

—Tú no fuiste *boy scout*, majadero —Se humedeció los labios, se acercó a él y lo abrazó—. Además, tengo ganas de hacer todo lo que me hablaste en el avión.

—Esa es mi chica.

Llegaron a Pleasanton a las ocho de la noche, la primera sorprendida fue Adele, quien abrió la puerta en el momento en que Mike le daba un tierno beso a Lori. Adele, alzó la ceja sorprendida.

—¿Y esto?

Mike se acercó, la abrazó y le dijo algo al oído que Lori no alcanzó a escuchar, pero mudó la expresión de la mujer a una embelesada.

—Sigán, todos están en el estudio —farfulló nerviosa.

Entraron al estudio, se quedaron en silencio menos el papá de Lori, que inocente de lo que sucedía se levantó, abrazó a Mike y luego a su hija.

—Por fin coinciden ustedes en esta casa después de tantos años.

—Papá yo...

—¿Qué es esto Lori? —preguntó Peter de malgenio—, ¿alguna broma acaso?

Mike interrumpió a todo el mundo y no dejó contestar a Lori la pregunta de su hermano.

Nick y Julia observaban la escena como si de una puesta de teatro se tratara.

—Amo a Lori, señor Stuart y creo que todos deben saberlo.

El patriarca de los Stuart, se levantó con gesto algo confundido.

—Vaya, es bueno saberlo, ¿eres correspondido hijo?

—Sí, señor.

—Entonces, no hay más de que hablar.

—Claro que hay de qué hablar —refutó Peter—. Si la haces sufrir iré por ti y te arrancaré las pelotas, estás advertido.

Peter tomó un sorbo de su cerveza y se concentró otra vez en el partido. Se sentaron en el mismo sofá, donde años atrás Mike le había arrebatado la virginidad a Lori. Era algo que abría una herida en su pecho, como si alguien se regodeara en hurgar en ella. Lori adivinó su índole, le apretó la mano y con su sonrisa le dijo que todo estaba bien, y entonces, la cicatriz de la herida se cerró y supo que no se atormentaría más por ello, su mujer era su salvación, así no hiciera gala de su forma de ser, daba amor a manos llenas, solo tenía que estar allí, a su lado, para que él se hiciera cargo de sus sentimientos de una manera honesta. Las heridas siempre estarían allí, había cosas que nunca olvidaría, pero en ese instante supo que su amor por Lori, era la oportunidad y el regalo que le daba la vida para vivirla a plenitud y envió una silenciosa oración de agradecimiento a Dios por todo lo que vendría.

Adele entró en la habitación y les pidió ayuda a las chicas con las bandejas de comida. Al entrar a la cocina Adele, se dio la vuelta.

—¡No lo puedo creer! Mike Donnelly es una estampa de hombre, ¿desde cuándo?

—Hace algún tiempo, mamá.

—Oh, Lori estoy feliz por ti—Julia miraba a su amiga gozosa—. Mike tiene una mirada que no le había visto nunca —dijo mientras sacaba unos platos de un mueble y cubiertos de otro cajón.

—Soy muy, muy feliz. Lo amo, lo amo, lo amo —Lori danzaba en la cocina como posesa.

Adele arreglaba una bandeja con una picada de costillas asadas, en otro plato patatas fritas.

—Aprenderé a cocinar —señaló Lori viendo la agilidad de las dos mujeres para organizar una comida.

—A él, lo que menos le interesa de ti son tus dotes culinarias —

contestó Adele con picardía—. Te mira como si tú fueras el plato principal y déjame decirte, con una mirada así, no tendrás que preocuparte nunca de prender un fogón.

—¡Mamá!, pero qué dices —exclamó Lori mortificada.

—Mike Donnelly, es para no creer —salió Adele sorprendida a agasajar a su yerno con un plato de comida.

Nick y Julia volvieron a San Francisco tan pronto terminó el partido. Mike y Lori pasaron la noche en la casa, Peter también. No se atrevieron a compartir cama, Mike se quedó a dormir en el estudio. Lori ocupaba su antigua habitación. Mike no podía dormir, al rato, los ruidos de la casa y sus habitantes se silenciaron. Escuchó la puerta abrirse, y vio a Lori, en el umbral. Se acercó a él.

—Como en los viejos tiempos —dijo ella en tono de broma.

—No es gracioso, aún.

Él se sentó y ella se acomodó entre sus piernas.

—Señor Donnelly, como explicarle que esa noche fui una mercenaria y que obtuve lo que vine a buscar. No hablaremos más de ello. Estaba enamorada.

Él le acarició el cabello y el contorno del rostro con una sonrisa triste.

—Tendré que hacer de ti una mujer honesta.

Lori levantó una ceja.

—Hablas como los héroes de las novelas históricas que lee mamá.

—Antes de hacerte la proposición —dijo Mike alargando su brazo hacía la chaqueta que estaba a poco espacio de ellos—. Quiero ser honesto contigo.

Lori frunció el ceño.

—No frunzas el ceño —Mike le alisó el gesto—, *Principessa*, si deseas un cuento de hadas mejor dime que no, si deseas días sin nubes, mejor dime que no. No lo tendremos fácil, soy un hombre complicado, no todos mis días son buenos, pero si me honras siendo mí esposa, te prometo que trabajaré por ser mejor persona cada día, prometo complacerte en lo que quieras. Tienes mi amor incondicional, mi lealtad y

mi más profundo respeto.

Mike sacó un estuche del bolsillo de la chaqueta y le regaló la mirada con la que ella había soñado mucho tiempo.

—Quiero que seas mi esposa, quiero aprender todo contigo, quiero ser tu amigo, tu amante, tu todo —soltó un suspiro nervioso—. A tu lado me siento mejor persona, ¿sabes? , siempre me imaginé solo, pero en cuanto apareciste con tus rizos y tu sonrisa, pensé que había sido un rompecabezas incompleto y tú eras la pieza que faltaba. Aunque me di cuenta de ello más tarde y por eso te causé un sufrimiento que no merecías. Quiero hacerte feliz, *principessa*. Quiero borrar mis años de soledad.

Lori recibió el presente con manos temblorosas y los ojos aguados. Lo abrió y soltó una carcajada nerviosa. Era un anillo con base en platino sobre el que descansaba un diamante azul.

—Es el color de la realeza, de la templanza y el símbolo de mi promesa de amor. Para mi *principessa*, lo mejor.

Mike lo sacó del estuche y se lo puso en el dedo.

—Te amo, Mike Donnelly, pídele a Dios todos los días por un poco de silencio y paz, amor mío, porque no los volverás a tener, nuestros hijos te mantendrán muy ocupado, por lo menos en los próximos veinte años de tu vida. Te amo por considerarme tu *principessa*, así no creas en el cuento de hadas, ya me has dado el mío. Prometo no cambiar tu esencia, respeto el hombre que eres.

—¿Por qué?

—Porque te tengo fe.

Epílogo



Siete años después.

Era el cuatro de julio y como todos los años, la casa estaba llena de gente, los gemelos Aidan y Matthew, los hijos mayores de Mike y Lori, corrían alrededor de la piscina con un balón que aterrizó en la cabeza del novio de Melody con toda intención. Ésta, los miró como mosquitos y siguió charlando con el joven. Estudiaba tercer año de literatura en Stanford, lejos estaban las gafas y los bracketts. Era una hermosa mujer y el chico que tenía a su lado, la miraba con adoración, como si no pudiera creer la suerte de que se hubiera fijado en él.

Patrick, aplaudió a sus sobrinos satisfecho, Bella le dio un codazo, para borrarle la cara de complacencia.

—¿Siempre tienen que tener el cabello largo? —preguntó Patrick molesto.

—Pregúntale a la experta en hippies —contestó Mike enseguida.

Estaba en una tumbona con las piernas abiertas y Lori acomodada en el medio con un short y una camiseta de pre-mamá. Mike le masajeaba

el abdomen, tenía cinco meses de embarazo de su cuarto hijo.

—Es una etapa, lo superará, te lo aseguro —señaló Lori convencida—. Para la muestra un botón—. Acarició a su marido que enredo más las piernas con las de ella.

La pequeña Samanta de cuatro años, estaba en la piscina con Carole que convertida en una hermosa adolescente, volaría ese otoño lejos de casa, a Paris para hacer su sueño realidad, en la carrera de diseño de modas. Bella tenía siete meses de embarazo, fue una total sorpresa para ellos y ya con las chicas fuera de casa, era un nuevo comienzo y estaban felices.

—Oye, papá —dijo Aidan a su padre, acababan de cumplir seis años y eran unos pequeños terremotos, llenos de vitalidad.

—Dime, hijo.

—Deja de sobar a mamá y ven a jugar con nosotros —expresó el chiquillo, con semblante serio, no eran muy generosos compartiendo.

—Está bien. —Se levantó de la tumbona resignado—. Más tarde continúo con el masaje, *principessa*.

Le acarició la cara y la besó en la boca mirándola con deseo, ella le palmeó las nalgas y él siguió a su pequeño hijo. Primero se agachó a la orilla de la piscina para besar a su hija que lo abrazó y lo invitó a meterse en la piscina.

—Deja organizo un rato el juego y estoy contigo, mi amor.

—Bueno, papi —contestó la hermosa chiquilla de cabellos rubios y de ojos oscuros, que ahogaba a Mike en sentimientos. Adoraba a sus hijos, le molestaba ausentarse a veces y dejarlos, disfrutaba cada momento de su hogar.

Convidó a los demás al partido, Patrick y John el novio de Melody. En ese momento entraron Seth y Jack, con el pequeño Dan, un chiquillo de mirada pícara y de ascendencia china que habían adoptado tres años atrás, el pequeño tenía cuatro años. Seth se unió al equipo y Jack camino hacia Lori, la abrazó y la besó con descaró, en un gesto que hizo fruncir el ceño de Mike, éste le comentó algo al oído a Patrick. Jack reía.

—Míralos, están planeando donde desaparecer el cuerpo —comentó a Lori.

—No seas malo, sabes que Mike te estima.

—Oh, sí, claro —dijo Jack bromeando, mientras ponía unos flotadores en los brazos de su hijo. Habían alcanzado una tregua hacía varios años y Mike por su mujer haría cualquier cosa, hasta tolerar a su “querido Jack”, como decía irónico, cada que lo nombraban.

Carole recibió al pequeño Dan en la piscina, quien se puso al lado de Samanta enseguida, se conocían y se llevaban de perlas.

Empezaron a salpicarse agua y a nadar.

En ese momento salió Pedro de la casa y se sentó al lado de Melody enzarzándose en una discusión sobre el último libro que había leído el abuelo. Estaba bastante recuperado y lleno de vida, su cuerpo estaba libre de cáncer y pasaba mucho tiempo con ellos. Lori lo quería mucho y él la amaba como a una hija. Los suegros de Mike llegarían en cualquier momento, la limusina los estaba recogiendo en el aeropuerto. Los fuegos artificiales empezarán en tres horas. Peter estaba algo lejos y se disculpó por teléfono.

—¿Hasta cuándo vas a seguir aumentando la prole Donnelly? — Jack la miro con cariño.

—Ya decidimos que éste será el último.

—Tu marido cumple sus promesas, por lo que veo.

—¿Por qué lo dices? —lo miró curiosa.

—Hace años cuando le di tu paradero en Chicago, me prometió que te haría feliz y que te llenaría de hijos, lo ha hecho todo al pie de la letra —le tocó la barriga y en ese momento sintió un pelotazo.

—¡Mike! —gritó Lori disgustada.

—Lo siento —contestó Mike con fingida consternación.

Chocó las palmas con Patrick en una mirada cómplice.

Jack no le prestó importancia.

—Déjalo, no sabes lo que disfruto verlo mortificado.

—Se nota que lo disfrutas.

Lori miró a Mike feliz por todo que habían construido. Eran más los días buenos que los malos, el centro de jóvenes había crecido bajo la tutela de Lucas y Lori.

Mike había creado una red muy tupida con sus ahijados de Alcohólicos Anónimos para que lo sucedido a Althea no se repitiera.

Mike devolvió la mirada a su mujer, satisfecho porque con un solo gesto, lo hacía sentir el rey del mundo. Un pelotazo de John lo sacó de sus pensamientos, todos reían.

—Papá está haciendo el tonto otra vez —dijo Matthew.

—Como siempre que mira a mamá —contesto Aidan.

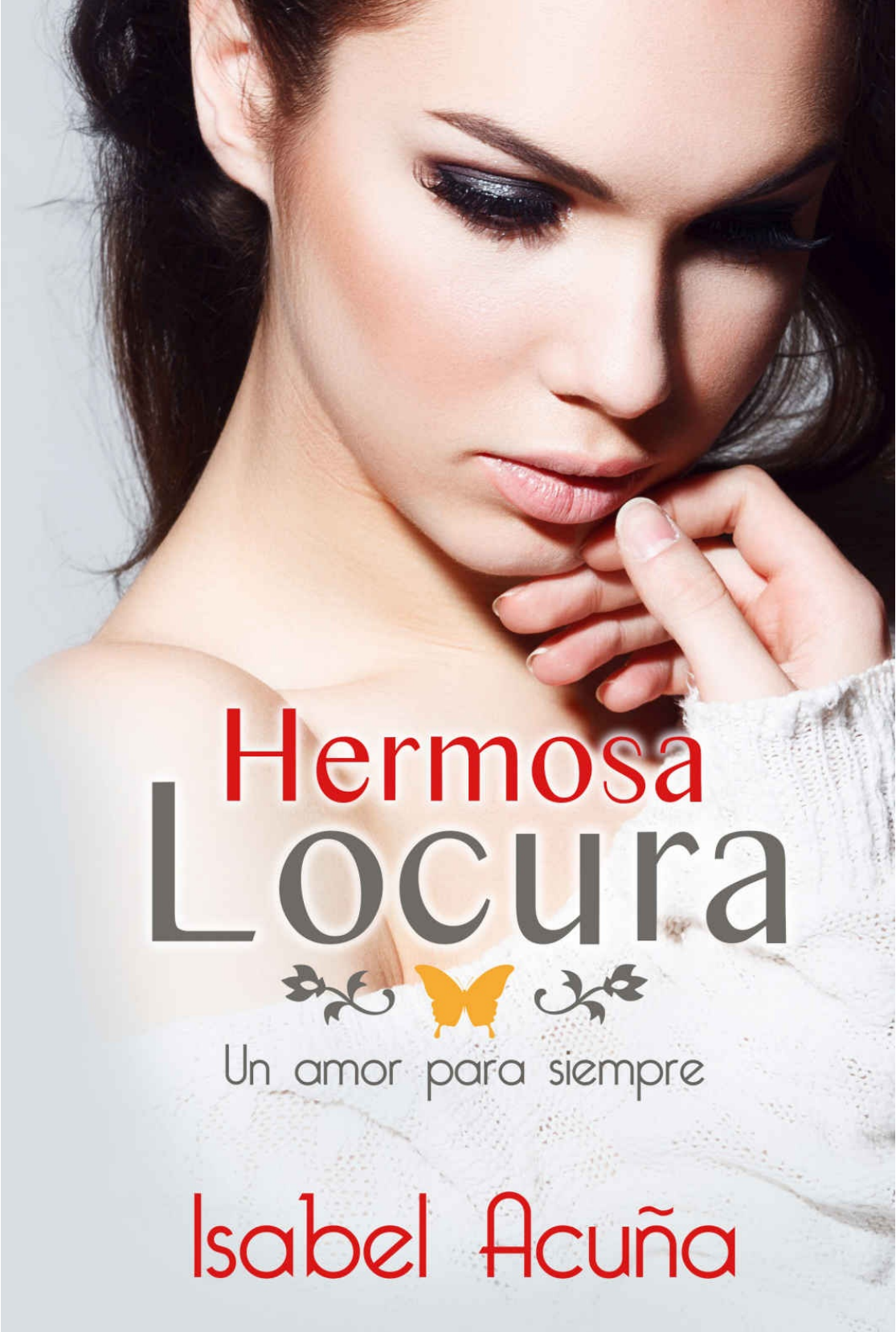
—Sí, como siempre —confirмо él—. Lo que hace el amor, hijo mío, algún día lo comprenderás.

FIN

Agradecimientos



He sido una persona muy afortunada por contar con personas tan especiales en mi vida. Amigas que se han ganado un espacio en mi corazón. Mil gracias a Sheila Irizarry por todo lo que me brinda, su cariño, su amistad y sus conocimientos, a mi primera lectora que sufre y se alegra conmigo Patricia Patiño y a Carolina Ducón, por sus aciertos y el tiempo dedicado a mi novela. A todas las lectoras y en especial a Pau Herrera por sus preciosos artes, a los diferentes grupos que me apoyan con menciones y sorteos, Divinas lectoras, Zorras literarias, La Magia de los Libros y Las Devoralibros. A las chicas de mi grupo de Historias de amor de Isabel Acuña. De nuevo mil y mil gracias.



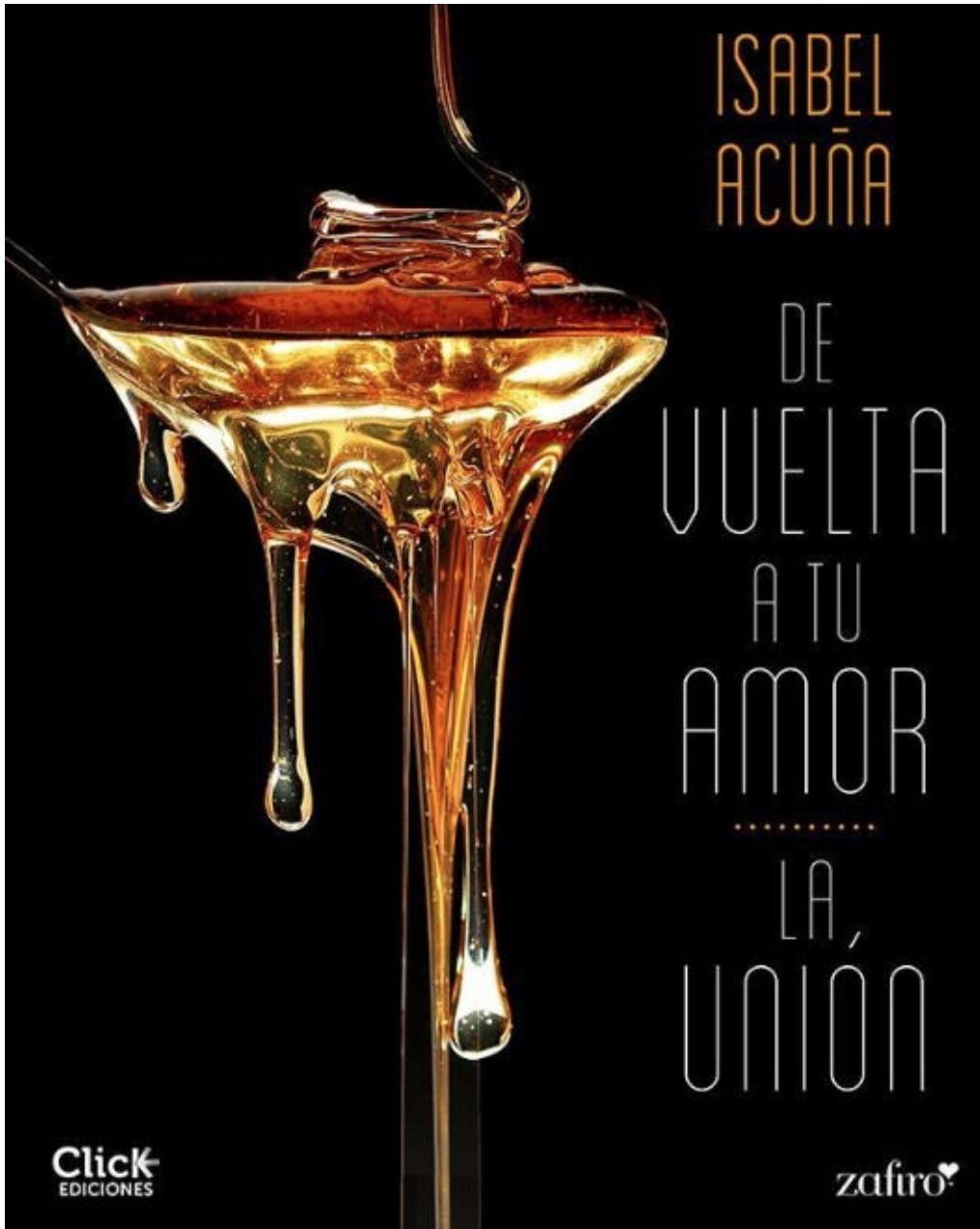
Hermosa
Locura



Un amor para siempre

Isabel Acuña

[Ver en Amazon](#)



[Ver en Amazon](#)

De la autora de:
De Vuelta a tu Amor
La Unión

*Entre el Valle
y las Sombras*

Isabel Acuña

[Ver en Amazon](#)



[Grupo: Historias de amor de Isabel Acuña](#)